

Sa 15

Praxis

1

ESTUDIOS - DEBATES - DOCUMENTOS.

AÑO I N° 1

Primavera 1983

LAS TAREAS DEL MARXISMO HOY

Gramsci y la crisis orgánica

Los intelectuales argentinos

y la dictadura - inéditos de:

Semprún y Sacristán.

Homenaje a Marx en su centenario

ESTUDIOS
DEBATES
DOCUMENTOS

Praxis

año 1 - n. 1
primavera 1983

Sumario

PRESENTACION, p.3.

EDITORIAL: Las tareas del marxismo, hoy, p.4

SECC.: EL INTELLECTUAL Y LA REVOLUCION

La intelectualidad y la crítica del balazo,

por Carlos A. Brocato, p.52.

Los intelectuales argentinos frente a la dictadura,
por Laura Rossi, p.59.

SECCION: LA REALIDAD ARGENTINA

23 tesis por un Frente Democrático

Antimperialista, p.120.

SECC.: LOS MARXISTAS. ANTONIO GRAMSCI

¿Existe un verdadero Gramsci?,

por Jorge Semprún, p.133.

Gramsci y el concepto de crisis orgánica,
por Alejandro Contti, p.136.

**SECC. ESPECIAL: CARLOS MARX, HOMENAJE
EN SU CENTENARIO**

El concepto de partido en Marx,

por Gabriel Rot, p.160

¿Qué Marx se leerá en el siglo XXI?,
por Manuel Sacristán, p. 136

Consejo de Redacción

Laura Rossi

Gabriel Rot

Horacio Tarcus

Colaboran en este número

Carlos A. Brocato

Alejandro Contti

Arte y diagramación

Daniel Moor

El texto **23 tesis por un Frente Democrático Antimperialista** fue extraído de un folleto del CES del mismo nombre, de marzo de 1983. El artículo de M. Sacristán fue publicado por El país de Madrid, el 14-III-1983 y el de J. Semprún por L'Express del 3-V-1980. Agradecemos la autorización para reproducirlos.

Estudios-Debates-Documentos. Praxis es una publicación trimestral, de carácter cultural. Editor y director editorial: Emilio Cafassi. Dirección: CC 181 Sucursal 13 B (1413), Capital. Registro Nacional de la Propiedad: en trámite. Queda hecho el depósito que marca la ley. Fotocomposición e Impresión en los talleres de "El Guillonense", Madariaga 778, Luis Guillón, Prov. de Buenos Aires. Setiembre 1983.

Estudios-Debates-Documentos. Praxis recibe toda su correspondencia colaboraciones, cheques y giros a nombre de Emilio Cafassi, CC 181, Sucursal 13 B (1413) Capital.

presentacion

PRAXIS quiere ser -afirma nuestro Editorial- la conciencia teórica de una necesidad práctica: la de integrar la lucha económica, la lucha política y la lucha ideológica en la totalidad concreta de la praxis revolucionaria. En tanto órgano independiente destinado a la lucha ideológica, PRAXIS quiere contribuir, a través de la investigación, el ensayo, la publicación de documentos y el debate, a la formación de un bloque intelectual revolucionario. Su Editorial, más que una previsible declaración de principios quiso ser una invitación al conjunto del estudiantado, de la intelectualidad y de los cuadros políticos, a la investigación y al debate, al replanteo de las categorías y los modelos de interpretación económica, social y cultural, especialmente referido a nuestro país y a América Latina; un llamado a los investigadores especializados a plantear problemáticamente la relación entre sus disciplinas respectivas y el marxismo, entre sus prácticas específicas y la lucha de clases.

Las secciones que se alternarán en los sucesivos números pueden ofrecer una idea del proyecto editorial:

*el intelectual y la revolución tratará los temas referentes a la función del intelectual, a su inserción social y política, etc.;

*los marxistas incorporará ensayos, monografías y debates acerca de la vida y la obra de los grandes marxistas, de Marx a nuestros días;

*el "socialismo real" contiene los análisis referentes a la naturaleza económico social de los países que han iniciado su transición al socialismo, y a las tareas revolucionarias que en ellos se presentan;

*socialismo y libertad incluirá los estudios y debates referentes a la problemática de la democracia y la libertad en el capitalismo y en el socialismo, la articulación de fuerza y consenso en los procesos de transición revolucionaria, etc.;

*la realidad argentina que incorpora trabajos relativos a nuestra historia económica, social y política, con especial interés en el replanteo de los modelos y categorías tradicionales del análisis histórico.

Las restantes secciones -historia del movimiento obrero, la realidad mundial, estética y marxismo, psicoanálisis y marxismo, etc.- darán cabida a investigaciones, documentos y debates de diversa índole -con especial atención en proporcionar material inédito, resumir el estado actual de las investigaciones- proporcionar bibliografías por tema y autor- cuyo único punto común será el careo con Marx.

editorial

las tareas del marxismo hoy



I
"La relación con Marx es la verdadera piedra de toque de todo intelectual que toma en serio el esclarecimiento de su propia concepción del mundo, el desarrollo social, en especial su situación actual, su propio lugar en ella y su toma de posición respecto de ella".

Georg Lukács (1)

"El careo con Marx -escribió el marxista húngaro- debe constituir el problema central de todo pensador" (2). El careo con Marx, agregamos nosotros, constituirá el problema central de los trabajos volcados en nuestra publicación.

Sin embargo, para una verdadera revista teórica marxista, la relación con Marx no consiste en ser meramente planteada y explicitada: puede quedarse en la simple expresión de deseos. Debe ser concebida -de acuerdo a la ceñida expresión de Lukács- como "el problema central de todo pensador", esto es, la relación con Marx debe ser entendida como problema, en su problematicidad, como una relación abierta, que se plantea y replantea constantemente, en cada momento histórico y desde cada lugar.

Este "careo con Marx" entendido en su problematicidad, quiere ser la respuesta de un grupo de jóvenes investigadores a la dispersión y al vacío teórico imperantes en la sociedad argentina, especialmente desde el golpe militar de marzo de 1976.

Vacío y dispersión teóricos impuestos por la sistemática represión a la actividad intelectual y política. Vacío teórico de los claustros universitarios, por un lado, y dispersión teórica, por otro, de cientos de cursos privados, inconexos entre sí y semiclandestinos, producto del éxodo de intelectuales, de la escasez de materiales de estudio, etc. A esta situación debe agregarse la crisis de todos los sectores políticos que se reclaman marxistas, una de cuyas manifestaciones es la ausencia de producción teórica. Frecuentemente, las publicaciones teóricas marxistas entre nosotros se han hecho en base a traducciones de trabajos realizados en el extranjero (desde la filostalinista **Dialéctica**, que dirigió Aníbal Ponce, hasta la trotskista **Cuarta internacional**) o cuando el material realizado en el país fue abundante, tuvo un carácter escolástico, falta de rigor (pensemos en la pobreza teórica y la miseria política que dominan los sucesivos años de **Cuadernos de Cultura y Nueva Era**: ¿qué queda hoy de la "crítica literaria" de Héctor Agosti, del "materialismo dialéctico" de Ernesto Giudici, de las "investigaciones" históricas de Leonardo Paso, las "sociológicas" de Paulino González Alberdi, las "económicas" de Mauricio Lebedinski... ? (3).

Pero además, este careo con Marx es un desafío teórico que se enfrenta a dos enfoques opuestos, a dos actitudes contradictorias ante el marxismo: el de quienes consideran superfluo dicho careo y el de quienes creen tenerlo resuelto

una vez y para siempre. "Los escrupulosos esfuerzos dirigidos a mantenerse 'dentro de los límites del marxismo' -señalaba Rosa Luxemburgo en 1903- han resultado tan desastrosos para la integridad del proceso intelectual como el otro extremo, que repudia totalmente el enfoque marxista y manifiesta 'la independencia de pensamiento a toda costa'" (4).

Para unos, privilegiar la relación con Marx implica caer de lleno en el campo de la ideología. Marx sería simplemente un pensador del siglo pasado, brillante pero limitado por las condiciones y las ideas de su tiempo. Se trataría de investigar con criterio científico dentro de cada disciplina, respetando el objeto y el método de cada una de ellas. Para otros, el marxismo es una concepción del mundo elaborada y acabada, que engloba todas las áreas del conocimiento. Todo lo que quede fuera de dicha concepción, pertenece al campo de la ideología y de la reacción.

Para la primera actitud, que llamaremos **revisionista** o **cientificista**, la relación con Marx es una vía agotada, muerta, para el conocimiento científico. Para la segunda, que denominaremos **dogmática**, si bien la relación con Marx pretende ser su piedra de toque, la ausencia de problematización en dicha relación, su carácter cerrado, resuelto, sin contradicciones, también conduce a una vía muerta.

La actitud revisionista-cientificista, aún sin romper formalmente con Marx, rechaza la integración de cada aspecto del conocimiento de la realidad en una concepción totalizadora: dicha concepción entraría en la especulación metafísica o en la ideología. Ciencias particulares como la lingüística, la antropología o la historia no tienen por que rendir cuentas a Marx cuyas preocupaciones, eran de otra índole -políticas, económicas. Cada disciplina científica debe buscar sus propias pruebas de verdad.

La actitud dogmática, por el contrario, sólo considera real y verdadero aquello que se integra plenamente en una totalización previamente definida: "el marxismo". Ninguna disciplina científica que se precie de tal puede llegar a estar en contradicción con lo escrito y previsto por Marx. Todo aquello que vaya más allá se convierte inmediatamente en ideología burguesa (piénsese, por ejemplo, en la actitud del stalinismo frente al psicoanálisis, aunque más abajo nos ocuparemos de este caso en extenso).

La **concepción revisionista-cientificista** opera una **fragmentación** del conocimiento y de la realidad, así como la **concepción dogmática** crea una **totalización abstracta**. La primera expresa tras su pretensión científica una **falsa concreción**, así como la segunda -tras su pretensión totalizadora- una **universalidad ficticia**. Para la primera el todo no es sino la **totalidad de los elementos**, mientras que la segunda **formaliza el todo** y afirma su predominio y prioridad sobre las partes.

Como ejemplo de la primera concepción citaremos a los teóricos de la Segunda Internacional, quienes interpretaron el socialismo científico como "una suma de conocimientos puramente científicos, sin relación **inmediata** con la práctica política o de otra índole de la lucha de clases, cuando, según la concepción materialista de la historia bien entendida, es decir, concebida revolucionariamente como teoría, dialéctica y práctica, no puede haber ciencias parciales, aisladas, independientes unas de otras; como no puede haber una investigación puramente teórica, científica, sin supuestos y al margen de la praxis revolucionaria" (5).

Karl Korsch, entre otros, criticó brillantemente esta posición en polémica con los textos de Hilferding (*El capital financiero*) y Kautsky (*La concepción materialista de la historia*).

Como ejemplo de la "escolástica de la totalidad" señalaremos, con Fernández-Santos, el stalinismo. "Pero es sobre todo bajo el stalinismo -afirma este autor- cuando esa escolástica llega a gangrenar completamente el pensamiento marxista (en su sector comunista) convirtiéndolo en un **catecismo de totalidades abstractas** y anticientíficas que, en vez de derivarse de un análisis empírico de los hechos, son a menudo simple emanación justificatoria de las decisiones del Comité Central, o más concretamente, de su Secretario General. La burocracia staliniana hace pasar sus deseos y sus necesidades por **ciencia objetiva** de la realidad histórica. De ahí el desprecio por los resultados empíricos de las ciencias positivistas (sociología, economía, antropología, teoría del lenguaje, cibernética...), calificándolos de 'burgueses' y por tanto, de 'acientíficos'. De este modo, la teoría marxista, que durante tanto tiempo había estado en la vanguardia del conocimiento de la realidad contemporánea, experimentaba en ese conocimiento un grave retraso respecto de las ciencias 'burguesas'; se convertía en un Saber abstracto y vacío que creía conocer la realidad antes de analizarla en su consistencia empírica: un verdadero conocimiento revelado" (6).

Para una concepción dialécticomaterialista del conocimiento, y para una interpretación marxista del marxismo, en cambio, se plantea una interacción, un movimiento entre lo concreto y lo abstracto, entre el todo y las partes, entre lo racional y lo empírico, entre el punto de partida y el resultado. Para dicha concepción la realidad es "un todo estructurado que se desarrolla y crea" (7), una "totalidad concreta" (8), lo que implica entender la "Realidad como un todo estructurado y dialéctico, en el cual puede ser comprendido racionalmente **cualquier hecho**" (9).

Sólo en este sentido se superan los límites del conocimiento sistemático-acumulativo del revisionismo-cientificismo y los límites del conocimiento organista-abstracto del dogmatismo.

La unidad y la especificidad del conocimiento no es caprichosa sino que depende de la unidad y especificidad de lo real. "El notable desarrollo de la ciencia en el siglo XX depende del hecho de cuanto más se especializa y diferencia la ciencia, cuantos más nuevos campos descubre y describe, tanto más transparente se vuelve la unidad material interna de los sectores de la realidad más diversos y alejados, a la vez que se plantea de un modo nuevo el problema de las relaciones entre mecanismo y organismo, entre causalidad y teleología, y con ello, el problema de la unidad del mundo" (10).

En resumen, frente al **cientificismo** que hace hincapié en la **especificidad** de cada área del conocimiento y de lo real, una concepción dialéctico-materialista afirma la **unidad del conocimiento y de lo real**, y frente a la **unidad abstracta y cerrada** del dogmatismo, aquella concepción afirma que cada problema específico **replantea el problema de la unidad del mundo y del conocimiento**.

Estas ideas nos llevan a dar una definición marxista del mismo marxismo. "Nuestra teoría -escribió Engels- es una teoría en desarrollo, no un dogma que deba aprenderse de memoria" (11). El marxismo consistía -para Plejanov y luego para Lenin- en una "concepción del mundo", en "una concepción grande y soberana del mundo" (R. Luxemburgo) en un "sistema" -según Korsch- que "no se fracciona jamás en una suma de ciencias parciales". El marxismo es una **concepción dialéctica**, un **todo en movimiento**, un **sistema en proceso**, que jamás puede

cerrarse sobre sí mismo, darse por concluido, sin contradecir su propia esencia y su propio método.

Sólo una concepción de la realidad como **totalidad concreta**, como **proceso** en el curso del cual la humanidad **realiza** su propia verdad, donde el marxismo es una **concepción en proceso**, en desarrollo, permite ligar de modo consecuente la teoría a la práctica. Sólo una concepción que entienda una teoría constantemente enriquecida por la práctica y una práctica que se hace cada vez más conciente y más rica por la incorporación de la teoría permite una investigación seria que sea al mismo tiempo "la crítica despiadada de todo el orden existente" (Marx) y satisfacer las necesidades y las exigencias de la praxis revolucionaria.

NOTAS:

(1) Lukács, Georg, Mi camino hacia Marx, en: Piana, Maccio, Daghini, Lukács, El joven Lukács, Córdoba (Arg.), Pasado y Presente, 1970, p. 29.

(2) Ibid., p. 134.

(3) La crisis de los partidos que se reclaman marxista en nuestro país, no sólo se caracteriza por su pobreza teórica, sino también por su pequeñez numérica, su burocratización y descolocación ante los movimientos "nacionales" de masas que los hacen oscilar del sectarismo al oportunismo. Estas características - que afectan tanto a sectores socialdemócratas, stalinistas, trotskistas o maoístas - han generado - y a la vez son el resultado - de una ausencia de inserción en el seno de la clase obrera y de las masas explotadas, tema del que nos ocuparemos en extenso en los siguientes números.

(4) Luxemburgo, Rosa, Estancamiento y progreso del marxismo, en Obras Escogidas, Bs. As., Pluma, 1976, tomo I, p. 131.

(5) Korsch, Karl, Marxismo y filosofía, México, ERA, 1970, p. 40 y en La concepción materialista de la historia y otros ensayos, Barcelona, Ariel, 1980, p. 5-150 (Una controversia con Karl Kautsky).

(6) Fernández-Santos, Francisco, Historia y filosofía, Ensayos de dialéctica, Península, Barcelona, 1969, p. 173.

(7) Kosík, Karel, Dialéctica de lo concreto, México, Grijalbo, 1967, p. 64.

(8) El concepto de totalidad, que Marx reelabora a partir de Hegel ha sido retomado por Lukács (desde Historia y conciencia de clase, 1923) y continuado por Goldmann, Kosík y otros autores. Hagamos notar que Lenin lo remarca en sus anotaciones a la Lógica de Hegel de 1914 (v. Lenin, Cuadernos Filosóficos, Bs. As., Cartago, 1960, especialmente sus anotaciones al libro segundo: Doctrina de la esencia: la Realidad, y libro tercero: Doctrina del Concepto: la Idea).

(9) Kosík, Karel, op. cit., p. 55.

(10) Kosík, Karel, op. cit., p. 57.

(11) Engels, carta de 1877, citada por Lefebvre, H., Síntesis del pensamiento de Marx, Barcelona, Nova Terra, 1971, p. 319.

II

"Ud... debe haber observado cuán reducido es el número de jóvenes escritores afilados al Partido (Socialdemócrata Alemán) que se toman el trabajo de estudiar la economía, la historia de la economía, la historia del comercio, de la industria, de la agricultura, de las formas sociales... El descaro del periodista ha de suplirlo todo, y el resultado es proporcional. Parecería a menudo que estos señores piensan que cualquier cosa es suficientemente buena para los obreros. ¡Si estos caballeros supieran tan sólo que Marx consideraba que sus mejores cosas no eran todavía bastante buenas para los obreros, y que consideraba criminal ofrecer a los obreros algo inferior a lo mejor de lo mejor".

Engels, Correspondencia (1)

"...la herencia marxista, salvo pocas excepciones, no ha sido aprovechada. Esta arma nueva y espléndida se herrumba por falta de uso..."

Rosa Luxemburgo, Estancamiento y progreso del marxismo (2)

Si definimos, entonces, al marxismo, como un **todo en movimiento**, un **sistema en proceso**, debemos precisar que este desarrollo inmanente no debe confundirse con el de una teoría pura que se autodesarrolla, a la manera de la Idea hegeliana. "La **tarea teórica** - escribió Korsch - surge en realidad de las **necesidades y exigencias de la praxis revolucionaria**" (3).

En efecto, para la concepción marxista, el conocimiento no es mera contemplación o reflejo de la realidad sino que es una actividad creadora, **uno** de los modos de **apropiación** humana de la realidad. Los hombres no sólo contemplan la realidad, sino que también la crean, y en este proceso, en esta **praxis objetiva de la humanidad**, los hombres se crean a sí mismos.

El principal defecto del materialismo anterior a Marx consistía en concebir la realidad meramente bajo la forma de **objeto**, como objetividad pura, ante la cual al hombre sólo le queda la actitud pasiva de visión o contemplación. El lado **subjetivo**, el de la **actividad** (sensorial) humana, el aspecto **activo**, es elaborado por el idealismo, pero de modo abstracto, ya que sólo concibe la actividad del sujeto en tanto sujeto conciente, pensante, e ignora la actividad práctica, sensible, real. La concepción dialécticomaterialista, al señalar y superar los límites del materialismo y del idealismo, entiende a "la misma actividad humana como actividad material", "crítica" (teórica) y "práctica" al mismo tiempo, es decir como

praxis. Praxis de la humanidad que, en la medida que transforma las relaciones sociales y se transforma a sí misma, se convierte en **praxis revolucionaria** (4).

Las dos concepciones, objetiva y subjetiva, pasiva y activa, según las cuales las circunstancias determinan a los hombres, o bien, éstos a las circunstancias, se integran como momentos y se resuelven en la práctica revolucionaria de la humanidad. Los hombres conocen la realidad en la medida que la crean y la crean en la medida que la conocen.



*Lenin
líder de la revolución bolchevique*

Si reconocemos, entonces, que "la tarea teórica surge, en realidad, de las necesidades y exigencias de la praxis revolucionaria", nos vemos obligados a considerar el "movimiento del pensamiento, esto es, la teoría revolucionaria, en relación al "movimiento revolucionario" simultáneo (5). Si el sistema marxista es la expresión teórica del movimiento revolucionario de la clase proletaria, no podemos considerar su desarrollo autónomamente. Dar una **explicación marxista del propio marxismo** exige entender, con Korsch, que "el origen de la teoría marxista es sólo el 'otro lado' de la aparición del movimiento de clase del proletariado real, y **únicamente los dos lados juntos forman la totalidad concreta del proceso histórico**" (6).

Veamos, por lo tanto, algunas de las principales interpretaciones de las vicisitudes históricas del marxismo, que han tratado de dar cuenta de su doble carácter, teórico-práctico.

a) El tema no podía ser ajeno a **Lenin**, ya que el gran revolucionario ruso no es -de acuerdo a la ceñida definición de Lukács- ni un teórico ni un práctico, sino un profundo pensador de la práctica, un hombre cuya aguda mirada se fija siempre en el punto de mutación en el cual la teoría pasa a ser práctica y la práctica, teoría" (7). En efecto, Lenin destacó el lugar de la **lucha teórica** junto a las otras formas de la lucha de clases (económica y política) y atacó a quienes "en una época de dispersión teórica" intentaban "aminorar la importancia de la teoría".

"Sin teoría revolucionaria -sentenció Lenin-, no puede haber tampoco movimiento revolucionario" (8).

Lenin distingue tres grandes periodos en la historia contemporánea, en relación a las "vicisitudes históricas de la doctrina de Carlos Marx" (9):

1) De la revolución de 1848 a la Comuna de París (1871),

2) de la Comuna de París a la Primera Revolución Rusa (1905);

3) de la Primera Revolución Rusa hasta los días en que escribe Lenin (1913).

En el primer tramo, "período de tormentas y revoluciones, la concepción marxista no es la imperante entre las doctrinas socialistas, pero con las profundas experiencias históricas de ese período se pone de manifiesto que todo socialismo y que toda política que no sean clasistas, se acreditan como simples absurdos: el marxismo adquiere la hegemonía con la muerte del socialismo premarxista y nacen los partidos proletarios independientes. La Internacional y la Socialdemocracia Alemana."

El segundo período se distingue del primero por su carácter pacífico, por la ausencia de revoluciones. "El Occidente ha terminado con las revoluciones burguesas. El Oriente no está aún maduro para ellas". Si bien "la doctrina de Marx obtiene un triunfo completo y se va extendiendo", cierto mejoramiento en las condiciones sociales de los obreros, las prácticas electorales y parlamentarias del socialismo de este período y la proletarización de capas medias llevando una mentalidad pequeño burguesa a las filas del proletariado, engendran el "revisionismo". El socialismo premarxista había sido derrotado, "ya no continúa la lucha en su propio terreno, sino en el terreno general del marxismo, a título de revisionismo" (10). La corriente hostil del marxismo no lo hostigaba desde fuera, como en el primer medio siglo de existencia, sino "en el seno de éste".

b) **Karl Korsch** plantea, unos años después, un esquema que, si bien conserva los rasgos fundamentales de la caracterización leninista, aporta nuevos elementos de análisis. Según las ideas del revolucionario alemán se plantean tres grandes periodos en el desarrollo de la teoría del marxismo:

1) 1843-1850: surge la concepción materialista de la historia en este período revolucionario como un componente inmediato de la acción subjetiva de la clase revolucionaria;

2) 1850-1900: el capitalismo entra en un nuevo ciclo histórico de desarrollo, después del aplastamiento del proletariado en las revoluciones de 1848. Se produce una **separación entre teoría y práctica**: el proletariado no puede "vincularse inmediatamente" a la forma revolucionaria de la teoría original de Marx, surgida bajo las condiciones de la época precedente". La teoría elaborada en este período por Marx y Engels no fue "la expresión general de las luchas de clases existentes", sino más bien el resultado sintetizado de las luchas de clases del período precedente, careciendo además con cualquier tipo de relación inmediata con las actuales luchas de clases que reaparecen nuevamente, pero bajo unas condiciones plenamente modificadas. Esta separación de la teoría y la práctica llevó a que en los epígonos socialdemócratas de Marx y Engels su concepción "fuera evolucionando progresivamente hacia una teoría meramente abstracta y contemplativa acerca del **proceso objetivo** del desarrollo social determinado por leyes externas";

3) 1900-1930 (fecha en que escribe Korsch): etapa revolucionaria en que

vuelven a sintetizarse teoría y práctica y que encuentra su máxima expresión en el bolchevismo ruso (11).

c) **Georg Lukács** ha interpretado agudamente las manifestaciones culturales del mundo moderno en base a la tesis de la alternancia cíclica del capitalismo, y su discípulo brasileño Carlos Nelson Coutinho ha llevado estos análisis a la historia del marxismo. En efecto, para estos autores las clases sociales no constituyen universos cerrados. "pese a sus antagonismos, viven y experimentan problemas análogos originados por la sociedad como un todo. De esta manera la clase obrera, tanto en su vida cotidiana como en el nivel superior de su organización política, se enfrenta con los problemas de **alternancia cíclica en el capitalismo, entre períodos explosivos y períodos de relativa estabilidad**" (12). La ideología burguesa de los períodos "explosivos" (1789-1850 y 1900-1945) experimenta, frente a lo real, una sensación de "angustia"; la de los períodos de relativa estabilidad (1850-1900 y 1945-1971, año en que escribe Coutinho) experimenta una sensación de "confianza". La primera engendra filosofías románticas e irracionalistas, la segunda, racionalistas y positivistas. La conciencia obrera si se mantiene sólo en el nivel de la espontaneidad reproduce los contenidos inmediatistas y fetichistas propios de la ideología burguesa, asimila las "soluciones" burguesas a los problemas que presenta cada período concreto, marcadas, respectivamente, por el irracionalismo o por el positivismo, en un camino que va, en lo que hace a nuestro siglo, del marxismo existencial de Sartre (propio de un período de crisis) al marxismo estructural de Althusser (propio de un período de relativa estabilidad).

Pero ya mucho antes de estos análisis sobre la historia del marxismo -Lenin, Korsch, Lukács- los propios fundadores del socialismo científico reaccionaron vivamente contra la vulgarización y la parcialización que -en su nombre- se practicó sobre su doctrina. Marx acostumbrada a decir a propósito de los "marxistas" franceses de fines del '70 "todo lo que sé es que yo no soy marxista" (13). Y Engels se quejaba amargamente de los "jóvenes escritores alemanes" a quienes la concepción materialista de la historia les sirve de excusa para no estudiar historia (14).

Trece años después del testimonio de Engels, la situación teórica no mejoraba en las filas de la socialdemocracia. "Es un hecho que -aparte de uno o dos aportes teóricos que señalan un avance-, reconoce Rosa Luxemburgo en 1903, desde el último tomo de **El Capital** y los últimos escritos de Engels no han aparecido más que unas cuantas popularizaciones y explicaciones excelentes de la teoría marxista. La esencia de la teoría marxista quedó donde la dejaron los dos fundadores del socialismo científico" (15).

Rosa Luxemburg explica parcialmente el estancamiento teórico del marxismo por el hecho de que las necesidades de la práctica política revolucionaria "todavía no se adecuan a la utilización de las ideas de Marx" (16). Korsch, criticando esta interpretación, afirma la "crisis del marxismo" desde el momento en que, como vimos arriba, se separan teoría y práctica. Además, este autor no hace surgir la crisis abruptamente de los epígonos, pues, en definitiva, la actual crisis del marxismo también significa una crisis en la teoría de Marx y Engels" (17).

La integración de las diversas -pero afines- tesis expuestas sobre el desarrollo histórico (teórico-práctico) del marxismo -posponiendo para otro trabajo una confrontación entre las mismas y un análisis crítico de cada una de ellas-, nos

permiten seguir su sinuoso curso, oscilando entre períodos "explosivos" y períodos de "relativa estabilidad", entre objetivismo y subjetivismo, racionalismo e irracionalismo, revisionismo y dogmatismo. Como criterio metodológico, nos parece tan importante el aforismo leniniano ("Sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario") como su contrapartida korschiana: sin movimiento revolucionario, no puede haber tampoco teoría revolucionaria (18).

Hemos visto cómo -según diversos autores- después de la muerte de Marx (1883) y Engels (1895) la herencia teórica de los fundadores del socialismo científico cae en manos de la socialdemocracia, especialmente la alemana. La concepción marxista del mundo, el hombre y la sociedad había surgido en un período revolucionario, que alcanza su máxima expresión en las revoluciones de 1848 que conmueven los cimientos de Europa toda. Las sublevaciones de los obreros parisinos, austriacos, berlineses, húngaros e italianos, que nacieron de la acción conjunta del proletariado y la burguesía liberal, son reprimidas salvajemente por la propia burguesía coaligada a las fuerzas de la reacción. Después de las sucesivas derrotas de 1849 se abre una etapa de profundo desarrollo de las fuerzas productivas y de relativa estabilidad político-social: "la primera etapa del período revolucionario había terminado y hasta que no estallase una nueva crisis económica mundial no había nada que esperar" (19).

Y este acontecer real, histórico, es el que lleva a Marx y Engels a situarse de un modo determinado, y no de otro, frente a la tradición ideológica burguesa. El marxismo no es solamente la continuación y la superación del socialismo francés, la economía política inglesa y la filosofía clásica alemana, esto es, una **concepción científica** que reclama para sí lo mejor de la tradición revolucionaria burguesa; es también la **expresión teórica del movimiento revolucionario del proletariado**. El marxismo no es meramente una **concepción científica**, sin "presupuestos" de clase, como pretenden los socialdemócratas alemanes y los austromarxistas: ni simplemente la **ideología del proletariado**, más allá de toda fundamentación científica, como quiere el dogmatismo stalinista. Precisamente, si el marxismo aspira a una validez universal, científica, es porque el proletariado es la **única** clase cuyos intereses históricos exigen la **revelación** de la estructura esencial de la sociedad y su **transformación revolucionaria** (20).

El período que abarca las últimas décadas del pasado siglo y culmina con la primera gran guerra está signado, dijimos, por un profundo desarrollo de las fuerzas productivas, una relativa mejora en las condiciones de vida de las masas y por la "confianza" de la burguesía y sus ideólogos en el "porvenir indefinido" del capitalismo. Estas condiciones materiales determinaron prácticas políticas y concepciones teóricas determinadas: la lucha de calles es reemplazada por las prácticas electorales, el parlamentarismo, y aún el ministerialismo; los partidos socialistas minoritarios dejan su lugar a grandes partidos de masas. La ideología burguesa de la "confianza" también penetra en las filas obreras y tiene su expresión en el movimiento reformista.

Con la corriente revisionista "vemos surgir la primera tentativa de 'revisar' al marxismo, tentativa a la que se encuentra ligado sobre todo el nombre de Bernstein; pero los contenidos de esta 'revisión' actuaron inconscientemente también sobre algunos adversarios 'ortodoxos' de Bernstein, como Kautsky y Plejánov. Bernstein, con el pretexto explícito de eliminar cuanto en Marx había

de Hegel, sustituyó la dialéctica histórico materialista de Marx por una versión blandengue del positivismo neokantiano, o sea, por una expresión ideológica que corresponde a la 'confianza' burguesa. Kautsky y Plejánov, a su vez, aunque se autoacreditaban rigurosamente 'ortodoxos', oponían al revisionismo declarado de Bernstein una sociología vulgar, de origen igualmente positivista. Por consiguiente, al reformismo espontaneísta y oportunista del movimiento obrero de entonces, determinado en última instancia por la capitulación ante la aparente estabilidad y 'confianza' capitalista de la época, corresponde una sustitución del auténtico marxismo por ideologías fundamentalmente positivistas y agnósticas" (21).

"...En la época de la primera guerra mundial, cuando se destruyó completamente el mito de la 'confianza' burguesa y se abrió una época revolucionaria, el 'izquierdismo' espontaneísta que ocupó su lugar en el plano ideológico se caracteriza por un activismo subjetivista de rasgos marcadamente irracionalistas.

En consecuencia, varios ideólogos socialistas, ahora en nombre de la eliminación del pretendido materialismo vulgar de Engels incluso de Lenin, se orientaron hacia un historicismo subjetivista, influido en bastante medida por la "filosofía de la vida", y posteriormente por el existencialismo. En lugar de la dialéctica objetiva y materialista de Marx, surgió una 'dialéctica' paraidealista, que sobrestimaba el papel del 'proyecto subjetivo' en detrimento de la legalidad objetiva de la historia. Pese a sus innumerables variantes internas, se ligan a esta corriente pensadores como Karl Korsch, el joven Lukács, Ernst Bloch y, de un modo bastante mediatizado, Gramsci" (22). Podríamos agregar a la lista de los "izquierdistas", a los italianos Bordiga y Terracini, a los holandeses Pannekoek, Holst, Gorter, etc.

La etapa revolucionaria que se abre encuentra en Rosa Luxemburg, en Lenin y en Trotsky los más grandes líderes de masas y los más claros y profundos "pensadores de la praxis". La generación siguiente descubre a Karl Korsch al frente del proceso revolucionario alemán, a Georg Lukács como líder de la revolución húngara y a Antonio Gramsci como inspirador del movimiento revolucionario turinés. Tres revolucionarios cuyo pensamiento, a pesar de las reservas expresadas arriba, rescata y profundiza lo mejor de la tradición revolucionaria marxista.

En la década del '30, consolidado el Thermidor de la Revolución Soviética, con el fracaso de las revoluciones húngara, alemana y china y el ascenso del nazismo, se cierra la etapa revolucionaria a nivel mundial abierta con la guerra mundial. La burocratización del estado soviético -producto, fundamentalmente, del atraso ruso y del aislamiento de la revolución-, genera una ideología dogmática, burocrático-manipuladora, apoyada en la teoría staliniana del "socialismo en un sólo país".

"En la época stalinista, tales divergencias en el interior del marxismo (subjetivismo objetivismo), aunque continuasen manifestándose, fueron reprimidas o hipócritamente ocultadas por una ideología homogeneizante y burocrático-manipuladora. Pero esta duplicidad se manifestaba inclusive en el interior del propio stalinismo: reaccionando frente a los acontecimientos de un modo casi siempre táctico u oportunista, el stalinismo oscilaba entre un voluntarismo subjetivista y un positivismo mecanicista. Desde el punto de vista histórico-universal, sin embargo, el stalinismo, al crear y fomentar una concepción burocrática del socialismo,

dio muy fuertes incentivos para convertir al marxismo en una variante de las 'ideologías de la confianza' o sea, una sociología vulgar positivista, de tipo manipulatorio" (23).

Frente al monolitismo de la escolástica soviética, y por reacción a ella, surge el llamado "humanismo socialista", que se propone rescatar al hombre concreto de las garras de la burocracia. Mientras el stalinismo diluye la concepción del individuo en la de clase social, el humanismo vindica el "hombre" como lo real por excelencia y considera a la clase como mera "conceptualización"; mientras el primero reduce la dialéctica de lo real a un "dialéctica de la naturaleza", el segundo rechaza la ontología marxista de la naturaleza y del ser social en nombre de la dialéctica histórica, cerrando la historia sobre su propio círculo; mientras el stalinismo convierte a la ética en una excrecencia de la política, el humanismo socialista concibe un eticismo abstracto, previo y por encima de la lucha de clases. La crítica de la razón dogmática llevada a cabo por la razón humanista ha desembocado frecuentemente en el individualismo, en el irracionalismo y en el anticomunismo. Son exponentes de las distintas vertientes del humanismo, el italiano Rodolfo Mondolfo; Sartre y el último Garaudi en Francia; Gajo Petrovic, en Yugoslavia, Fromm, Marcuse y la Escuela de Frankfurt en Alemania, etc.

La descomposición del stalinismo, que alcanza su expresión más acabada en el XX Congreso del PCUS, provoca el estallido de la duplicidad objetivismo-subjetivismo, voluntarismo-positivismo que llevaba en su seno. Surgen así, en el seno de los PC de Europa occidental, corrientes científicas de nuevo cuño, en oposición frontal al humanismo señalado arriba. Su expresión más acabada es el marxismo estructuralizado de Louis Althusser y su escuela. Su actitud -puntualiza Coutinho- "es una respuesta espontánea a un período de estabilidad y confianza capitalistas, que corresponde a una tendencia burocrática del movimiento obrero y que, por ello, asimila un tipo de racionalismo que, como vimos es propio de la praxis burocrático-manipuladora. En lo esencial, no sería equivocado afirmar que Althusser representa, en el marxismo contemporáneo, una posición de derecha (24). Al rechazar el historicismo, el papel creador de la praxis, el humanismo como concepción del mundo, el althusserismo contribuye, consciente o inconscientemente, a reforzar una concepción burocrática y conservadora del socialismo. En la visión de Althusser, el marxismo tiende a convertirse en una técnica de manipulación (económica, política, etc.), con abandono completo de sus aspectos humanistas: democratización, construcción de un hombre nuevo, etc. Con ello, se convierte en una tendencia restauradora que pretende, bajo el velo de un 'modernismo' científico, volver a poner en circulación determinados contenidos, propios del stalinismo, de una concepción tecnocrática y manipuladora del socialismo" (25).

Paralelamente al surgimiento del marxismo spinoziano de Althusser en el PCF, nace -o bien, renace- el marxismo kantiano en el seno mismo del PCI, encabezado por Galvano della Volpe y su escuela. El antihistoricismo dellavolpiano, si bien más mediatizado que el de su colega francés, ahoga la razón dialéctica en las frías aguas del intelecto kantiano. Aunque reconocemos en Italia una gran profusión de literatura marxista y vemos al marxismo afirmarse como expresión dominante, nuevamente, en un período de relativa estabilidad, el revisionismo científico enfrenta a la concepción de la praxis en el seno mismo del marxismo.

La crisis del stalinismo, por una parte, y el fin del ciclo de expansión capi

talista de posguerra, por otra, abren nuevas perspectivas históricas para la lucha revolucionaria del proletariado. Sin embargo, se abren tres grandes obstáculos para esa praxis revolucionaria (que, en realidad, no son sino tres facetas de un mismo proceso):

a) La **relativa integración al sistema del proletariado** de los países "centrales" -otrora la vanguardia del proletariado mundial- ya que el mismo ha sido capaz de entregarle salarios más elevados y un grado más alto de seguridad social; esta situación objetiva trae aparejado un enorme **peso de la ideología burguesa** sobre la conciencia obrera y a ésta debe agregarse la profunda desmoralización política que para la clase obrera mundial significó la burocratización de los procesos revolucionarios (URSS, China, Democracias Populares);

b) la **crisis de la dirección revolucionaria**, dividida, enfrentada, burocratizada, escindida entre las prácticas oportunistas y las sectarias, la crisis abarca tanto a stalinistas y chinoístas, como a trotskistas y foquistas;

c) **crisis del pensamiento marxista**, empantanado durante años en oposiciones estériles que señalamos arriba (objetivismo-subjetivismo, humanismo-positivismo, idealismo-materialismo vulgar...).

La **crisis del stalinismo**, -cuyos hitos han sido: la ruptura del PC Yugoslavo con Moscú en 1948; el XX Congreso del PCUS en 1956, las insurrecciones polaca y húngara del mismo año, reprimidas por el Ejército Rojo; la "primavera de Praga" y la represión de las masas checas por las tropas del Pacto de Varsovia en 1968- favoreció el fortalecimiento de corrientes antiburocráticas en los países del Este (los polacos Adam Schaff, Kuron y Modzelewski, el checo Karel Kosík, el yugoslavo Mihailo Markóvic, Agnes Heller y la escuela de Budapest) y precipitó la ruptura de importantes sectores y de intelectuales marxistas de los PCs, de Occidente (tal el caso de Henri Lefebvre, expulsado del PCF en 1958 a raíz de su oposición política a la intervención soviética en Hungría y a su oposición teórica al Diamat oficial).

La actual crisis del sistema capitalista -a partir de la recesión generalizada de 1974-75-, la reaparición del desempleo masivo, las crecientes amenazas que penden sobre las libertades democráticas y sobre la paz en función del propio deterioro de la situación económica, ponen en evidencia ante las masas explotadas el carácter enajenante y opresor del sistema. La crisis actual debe facilitar la liberación de la clase obrera "de la influencia ideológica burguesa. Arranca los velos que habían tapado en parte la verdadera cara del capitalismo durante el período de prosperidad relativa. Por tanto, la crisis propicia la elevación de la conciencia de clase proletaria, estimulando así el combate anticapitalista" (26). El tan mentado "renacimiento del marxismo", la vuelta -en un nuevo nivel de la espiral dialéctica- a la tradición de Marx y Engels, Lenin y Trotsky, Franz Mehring y Rosa Luxemburgo, Karl Korsch, Georg Lukács y Antonio Gramsci, sólo será posible como expresión teórica de la lucha revolucionaria del proletariado.

NOTAS:

(1) Engels, carta a C.Schmidt del 5-VIII-1890, en Marx+Engels, Correspondencia, Bs. As., Cartago, 1972, p. 393.

(2) Luxemburgo, Rosa, cit., p. 131.

(3) Korsch, Karl, Marxismo y filosofía, cit., p. 47.

(4) Marx, C., Tesis sobre Feuerbach, en: Rubel, M., Páginas escogidas de Marx para una ética socialista, Bs. As., Amorrortu, 1974, t.I, p. 107-110.

(5) Korsch, ibid., p. 26.

(6) Korsch, ibid., p. 30.

(7) Lukács, G., Historia y conciencia de clase, Barcelona, Grijalbo, 1978, p. XXXV; Lenin, Bs. As., La Rosa Blindada, 1968.

(8) Lenin, Qué hacer, en Obras Completas, Bs. As., Cartago, 1959, t.V, p. 376.

(9) Lenin, Vicisitudes históricas de doctrina de Carlos Marx, en OC, cit., t. XVIII, p. 544-547.

(10) Lenin, Marxismo y revisionismo, en OC, Bs. As., Cartago, 1960, t. XV, p. 27.

(11) Korsch, K., Marxismo y filosofía, cit.; La crisis del marxismo, en Mattick y otros, Karl Korsch o el nacimiento de una nueva época, Barcelona, Anagrama, 1973.

(12) Coutinho, Carlos Nelson, El estructuralismo y la miseria de la razón, México, ERA, 1973, p. 137. Aclaremos que este autor se centra en el análisis de la ideología estructuralista, de Levi-Strauss a Althusser, y que sólo tangencialmente aborda algunos problemas de la evolución histórica del marxismo.

(13) Engels, carta citada, p. 392.

(14) Engels, ibid., p. 392-393.

(15) Luxemburgo, R., cit., p. 130.

(16) Luxemburgo, R., cit., p. 135.

(17) Korsch, K., La crisis... cit., p. 134.

(18) Estos aforismos, contra lo que puede parecer, no responden a concepciones opuestas. Su oposición, la contradicción entre ambos, tiene un carácter dialéctico y se resuelve en la praxis revolucionaria, y sólo en ella. Cada una de ellas por separado, cada momento del todo dialéctico, al ser desmembrado y transformado en una falsa totalidad, fragmenta la concepción de la praxis y produce profundas desviaciones en la práctica política. El aforismo leniniano, correcto en sí mismo, deja abierta la posibilidad de ligarlo a la tesis kautskiana -aceptada efectivamente por el Lenin del Qué hacer de una teoría revolucionaria elaborada al margen del movimiento revolucionario e inyectada a éste afuera. Que esta tesis fue abandonada por el mismo Lenin, por lo menos después de los acontecimientos de 1905, dan sobradamente cuenta los trabajos de Michael Lowy, La teoría de la revolución en el joven Marx, Bs. As., Siglo XXI, 1973, parágrafo a) El centralismo de Lenin, pp. 257-267 y de Antonio Carlo, La concepción leninista del partido, en: Pasado y presente, Nro. 2, 1973. El aforismo que atribuimos a las ideas de Korsch, si bien corrige dicha desviación, también, considerado separado del todo, conduce a la desviación inversa: el movimiento de masas generará espontáneamente la teoría revolucionaria, siendo, por lo tanto, estéril la elaboración teórica en tiempos de retroceso del movimiento revolucionario. En realidad, la integración de ambos aforismos como momentos, significa concretamente que la "verdad" revolucionaria no está antes ni después de la praxis revolucionaria, sino se da en, desde y por la praxis. "El conjurado -afirma Michael Lowy- ve en su secta secreta al único portador de la 'totalidad', porque le parece que la masa obrera está condenada al oscurantismo mientras subsista el régimen capitalista; Marx considera su papel y el de los comunistas como un instrumento de la autoliberación de las masas, porque asiste al nacimiento de un movimiento obrero autónomo, y cree que dicho movimiento es capaz de elevarse a la conciencia de su tarea histórica" (op. cit., p. 34). Volvemos extensamente sobre este tema en los próximos números.

(19) Engels, F., prólogo a Las luchas de clases en Francia, de Carlos Marx, en Obras Escogidas, Bs. As., Cartago, 1957, p. 73-86.

(20) Marx, C., Contribución a la Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel, Bs. As., Ed. Nueva, 1968. Lukács, G., Historia y... cit.

(21) Coutinho, cit., p. 137-138.

(22) Ibid., p. 138. Aún respetando la caracterización del autor, consideramos que la inclusión de estos autores en la corriente "izquierdista" es problemática: Gramsci no la integraría en modo alguno por las posiciones políticas de L'Ordine Nuovo, sino por el peso que en su concepción genuinamente marxista tiene el historicismo subjetivista de raíz croceana; y Korsch, por tomar otro ejemplo, integraría esta tendencia en tanto restringe la concepción marxista a la esfera histórica. Es más representativo el caso del joven Lukács que -más allá de su magnífico aporte a la concepción marxista- integra acabadamente el subjetivismo filosófico con el izquierdismo político (v. su prólogo de 1967 a Historia y conciencia de clase, cit.).

(23) Ibid., p. 139-140.

(24) Recordemos la pertenencia de Althusser a los cuadros del PCF, la penetración de sus textos de la URSS, la ruptura de sus discípulos izquierdistas, como Roger Estabiet y Jacques Rancière, su silencio cómplice frente a la invasión soviética a Checoslovaquia, etc.

(25) Coutinho, cit., p. 143-144.

(26) Mandel, Ernest, La crisis, 1974-1980, México, Era, 1980, p. 11.

III

Intentemos llevar ahora estos planteos globales expresados en los párrafos anteriores, al terreno específico de las distintas disciplinas que se integran en la concepción marxista, o bien cuya integración se presenta problemática. ¿Cómo se articulan sus relaciones con el núcleo de dicha concepción? ¿Son también válidas para ellas las categorías del pensamiento dialéctico? ¿Cuál es su grado de autonomía relativa en relación a la totalidad de la concepción y en relación a la lucha de clases? ¿Cuáles son los hitos en la investigación marxista de cada una de esas áreas? ¿Cuál es el estado actual de dichas investigaciones? ¿Cómo plantear, en suma, las relaciones entre el marxismo y la filosofía, la historia, la economía política, la teoría política, la estética, la antropología, el psicoanálisis...?

Resulta evidente que cada una de estas áreas se articula de muy distinto modo en la concepción marxista, planteando en cada caso problemas específicos. La filosofía, por ejemplo, es una disciplina "dejada en el camino" por el joven Marx y retomada, en tanto que "crítica filosófica" por el viejo Engels, la Economía política, en tanto que apologética del régimen capitalista, será el objeto central de la crítica del Marx maduro; las reflexiones estéticas ocupan un lugar marginal en el pensamiento de Marx y Engels, pero sus sucesores se ocuparán de darle un status teórico dentro de la concepción marxista; el psicoanálisis, finalmente, nace como ciencia y se desarrolla como tal fuera del corpus del marxismo, muchos años después de la muerte de los fundadores del socialismo científico, y sus relaciones recíprocas han sido, a lo largo del siglo, agudamente problemáticas. En las páginas que sigue, trataremos, a modo de ejemplo, estos cuatro modelos (Marxismo y filosofía, marxismo y estética, marxismo y economía política, marxismo y psicoanálisis). Cada uno de ellos ilustra teórica e históricamente las conclusiones anticipadas arriba, planteando, al mismo tiempo, sus problemas específicos.

Plantearémos, previamente, algunos temas que han quedado fuera de dichos cuatro casos. La ciencia de la historia, por ejemplo, es incorporada por los mismos Marx y Engels a su concepción, como **concepción materialista de la historia**. Esta concepción no era para ellos una interpretación más, una nueva filosofía de la historia, en que ésta "era concebida, en conjunto y en sus diversas partes, como la realización gradual de ciertas ideas, que eran siempre, naturalmente, las ideas favoritas del propio filósofo" (1). Marx y Engels se propusieron "acabar con estas concatenaciones inventadas y superficiales, descubriendo las reales y verdaderas". La suya era una concepción científica de la historia, pero que re-

quería ser desarrollada y profundizada. "Es necesario - decía Engels - restudiar toda la historia, deben examinarse en cada caso las condiciones de existencia de las diversas formaciones sociales antes de tratar de deducir de ellas los conceptos políticos, jurídicos, estéticos, filosóficos, religiosos, etc. que les corresponden. A este respecto sólo muy poco se ha hecho hasta ahora, porque pocas personas se han dedicado a ello seriamente" (2). ¿Qué balance podemos hacer hoy, cien años después, sobre la investigación marxista en la historia? ¿Se ha "herrumbreado por falta de uso" esa "guía para el estudio" (Engels) que es la concepción materialista de la historia? El historiador marxista Perry Anderson ha reconocido que "A pesar de los cambios experimentados en las décadas recientes, la mayor parte de las obras históricas rigurosas del siglo veinte han sido escritas por historiadores ajenos al marxismo. El materialismo histórico no es una ciencia acabada ni todos sus autores han poseído una categoría similar. Algunos campos de la historiografía están dominados por la investigación marxista; en otros muchos, las contribuciones no marxistas son superiores en calidad y cantidad a las marxistas, y hay quizá, más campos en los que no existe ninguna intervención marxista" (3).

Pero más conflictivas resultan aún las relaciones del marxismo con disciplinas que tradicionalmente no se hallaban integradas en su seno. La investigación "marxista" en **ciencias biológicas** se ha restringido, casi en su totalidad, a la Unión Soviética, donde se han producido monstruosas desviaciones de la investigación científica, como el sonado "caso Lysenko" (4). En lo que hace a las **ciencias del lenguaje**, por citar un último ejemplo, la simplificación grosera, o aún la tergiversación burocrática reemplazaron también a la investigación científica marxista. Piénsese, por citar dos casos trágicos, en la teoría del "carácter de clase del lenguaje", de Marr, y su contracara burocrática que "teorizó" Stalin (5). Adam Schaff ha destacado, ante esto, la necesidad de una investigación marxista en lingüística, desestimando las críticas meramente negativas que se dirigen a las investigaciones desde el campo "comunista". "Si nos situamos en el terreno de la dialéctica Marxista - escribe Schaff - el abandono de la problemática filosófica del lenguaje, del que da testimonio el estado actual de la filosofía marxista (1960), es difícilmente comprensible y prácticamente imperdonable por diversas razones, pero resulta, sin duda de todo punto explicable. Porque la falsa concepción de las tareas y los métodos de la crítica a la filosofía burguesa, la concepción nihilista de dicha crítica, ha llevado al rechazo de una verdadera y necesaria problemática filosófica por el simple hecho de que esta haya sido fomentada, y a veces incluso monopolizada, por el adversario ideológico" (6).

No ignoramos que responder acabadamente estas preguntas va más allá de este espacio de presentación y, todavía mucho más allá, de nuestras posibilidades como grupo de trabajo. Nos proponemos, en esta etapa, precisar un poco más estos interrogantes, señalar un posible camino de dilucidación de los mismos - aunque más no sea, desechando otros caminos ya demasiado transitados e infructuosos - y, al mismo tiempo, estimular en dicho sentido la investigación de muchos jóvenes estudiantes, profesores e intelectuales. Daríamos por cumplida esta etapa de nuestra labor si consiguiéramos que psicoanalistas, sociólogos, economistas, críticos literarios, historiadores, intentasen, en tanto que tales, un diálogo con Marx, esto es, se plantearan problemáticamente:

a) la relación entre sus disciplinas respectivas y la concepción marxista;

b) la vinculación entre sus prácticas respectivas y la lucha de clases. Este doble llamado - teórico-práctico - no debe confundirse con el llamado a los intelectuales propios de los grupos políticos de la izquierda tradicional en el sentido de que abandonen sus respectivas prácticas - o que las hagan a un lado - para volcarse a la actividad política de la mano de estos grupos. Nosotros creemos, muy por el contrario, que estas distintas prácticas (sicoanalítico-terapéutica, teórico-investigativa, artística, etc.) son distintos modos de apropiación humana del mundo, distintos aspectos que la praxis humana que requieren ser **integrados en la totalidad para que dicha praxis sea verdaderamente revolucionaria**. La primera actitud, burocrático-manipulatoria, rechaza de plano las distintas prácticas - con su especificidad y autonomía relativas - en nombre de una forma privilegiada de la praxis: la práctica política, que se vuelve una falsa totalidad, pues asume la representación de la praxis humana en su conjunto; la segunda actividad, verdaderamente revolucionaria, **niega** las distintas prácticas para **integrarlas** (Aufhebung), para superar dialécticamente cada práctica específica en la praxis humana revolucionaria entendida como totalidad. La primera **asume y profundiza** la alienación propia de un régimen de propiedad privada, producción mercantil y división del trabajo, al escindir en cada militante la vida privada de la vida pública, el trabajo (en este caso el trabajo propio del profesional o intelectual) de la política, el deseo (del trabajo productivo desde la esfera elegida vocacionalmente) del deber (político - militante). La segunda, por el contrario, muestra la alienación ejercida por dichas separaciones y la necesidad de una integración desalienada en la totalidad, a través de la praxis revolucionaria entendida en su amplitud y profundidad.

NOTAS.

(1) Engels, Federico, Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana, Plejanov, Georgui, Notas al Ludwig Feuerbach, Bs. As., Pasado y Presente, 1975, p. 52, parte IV.

(2) Engels, Federico, Carta a C. Schmidt del 5-VIII- 1890, cit., p. 393.

(3) Anderson, Perry, Transiciones de la antigüedad al feudalismo, Madrid, Siglo XXI, 1979, p. 3.

(4) V. el dossier El "caso Lysenko", con textos de Lecourt, Aragon y el propio Lysenko, Barcelona, Anagrama, 1974. Fuera de la URSS, entre los intelectuales apologistas de la burocracia, piénsese en el crudo biologismo de un Marcel Prenant (Marxismo y biología, Bs. As., Problemas, 1946) o en las extravagancias pseudocientíficas de un J. V. S. Haldane que -según el testimonio de Sidney Hook- "aún en los trágicos días de la guerra causaba hilaridad en ambos continentes con su seria confesión de que había curado su gastritis leyendo los escritos de Lenin" (Sidney Hook, Materialismo dialéctico y método científico, Córdoba (Arg.), Imprenta de la Universidad, 1957, p. 42).

(5) Stalin, José, Acerca del marxismo en Lingüística, Bs. As., Anteo, 1950. Sobre las posiciones de Marx y Stalin puede consultarse el apéndice de Miguel Signán (Marxismo y socio-lingüística) a su libro Lenguaje y clase social en la infancia, Madrid, Pablo del Río Editor, 1979.

(6) Schaff, Adam, Ensayos sobre filosofía del lenguaje, Barcelona, Ariel, 1973, p. 19.

A. MARXISMO Y FILOSOFÍA

a) **Marxismo y filosofía**. "¿Qué relación existe entre el socialismo científico de Marx y Engels y la filosofía?" -se pregunta Karl Korsch-. "Ninguna, contesta el marxismo vulgar. . . Todas las ideas y especulaciones filosóficas, según el marxismo vulgar, serían devaneos sin objeto y anidarían solo como supersticiones en algunas cabezas, debido a que la clase dominante tiene un interés muy real y terrenal en conservarla" (1). Pero a esta actitud puramente negativa y superficialmente racionalista se contraponen la actitud puramente positiva y profundamente dogmática: la filosofía marxista es la filosofía por excelencia, la única científica, "en lucha permanente contra las corrientes del pensamiento filosófico burgués", expresión ideológica de la "crisis general del capitalismo" (2).

La primera actitud propia del revisionismo científicista, la ejemplificaremos en las tesis de la socialdemocracia -fundamentalmente la alemana y la austriaca- a través de la crítica de Karl Korsch. Según el pensador alemán, "el menosprecio de los teóricos marxistas de la Segunda Internacional por todos los problemas filosóficos, desprecio que no es más que una **manifestación parcial** de la pérdida del carácter práctico revolucionario del movimiento marxista, que había encontrado su **expresión teórica general** en la atrofia simultánea del principio vivo materialista-dialéctico en el marxismo vulgar de los epígonos" (3). En efecto, estos autores producen "una descomposición **in disjecta membra** de la teoría unitaria de la revolución social. De hecho, los marxistas han interpretado posteriormente el socialismo científico cada vez más como una suma de conocimientos puramente científicos, sin relación **inmediata** con la práctica política de una u otra índole en la lucha de clases, cuando según la concepción materialista de la historia, bien entendida, es decir, concebida revolucionariamente como teoría dialéctica y práctica, no puede haber ciencias parciales, aisladas, independientes unas de otras, como no puede haber una investigación puramente teórica, científica, sin supuestos, y al margen de la praxis revolucionaria" (4).

Como ejemplo de la actitud meramente positiva y dogmática ante la filosofía, citaremos al stalinismo, a través de la crítica -que por momentos se convierte en autocrítica- del francés Henri Lefebvre. Este señala que si bien rehúsa "toda independencia al filósofo" y tiene la pretensión de haber fusionado la filosofía con la ciencia, "al mismo tiempo el stalinismo conservó la filosofía y hasta la conservó como sistema. El Materialismo Dialéctico pasa por ser una filosofía y hasta una 'concepción del mundo' filosófica acabada, definitiva que puede exponerse a partir de un cierto número de 'principios' condicionados, catalogados. (5)

La corriente que -al calor del proceso revolucionario abierto con la Guerra del '14- retomó de Marx y Engels la idea del "fin de la filosofía" y rescata del olvido las categorías centrales de praxis, totalidad, alienación, etc., es condenada tanto por el revisionismo socialdemócrata como por las corrientes burocráticas que se asentaban en el estado soviético, **Historia y Conciencia de clase**, de Lukács y **Marxismo y filosofía**, de Korsch, ambos de 1923, son durante décadas, los "libros malditos del marxismo". Sus categorías centrales vuelven a caer en el "olvido" durante las tres décadas de hegemonía del Diamat, y retomadas por el pensa-

miento antiburocrático posterior al deshielo stalinista. Categorías como "praxis", "totalidad", "alienación" son desterradas aún del "léxico" marxista durante el período staliniano, como lo prueba el hecho de que no figuran en el tristemente célebre **Diccionario de Filosofía y Sociología Marxista** de Iudin y Rosental. La tesis del fin de la filosofía, reiteradamente expuesta por Marx y Engels, viene a resultar un criminal atentado contra la URSS: "La tesis del fin de la filosofía le advierte un alto funcionario del Partido a Lefebvre: es una tesis trotskista" (8).

Esta exposición sumaria de las actitudes adoptadas ante el problema de las relaciones entre marxismo y filosofía sólo pretenden dejar planteado el conflicto y señalar un campo abierto a la investigación. La filosofía, ¿queda para Marx abolida, superada o conservada? ¿Se trata de la superación de la filosofía idealista burguesa o también "de la filosofía en general, es decir, de toda la filosofía" (Korsch)?

Este problema trae aparejado otros no menos importantes, y que nos limitaremos a exponer sumariamente: el que plantea la filosofía en tanto que ideología y en tanto que superestructura ideológica; el de las relaciones entre el marxismo y la filosofía burguesa; el de las relaciones entre Hegel y Marx, el de las categorías lógicas en **El Capital**, las relaciones entre la lógica formal y la lógica dialéctica, entre la dialéctica histórica y la dialéctica de la naturaleza, las relaciones entre las categorías del "joven Marx" (como alienación) y las del "Marx maduro" (como fetichización); los problemas que plantea la llamada "teoría del reflejo", el significado del materialismo en la concepción marxista; los problemas de la dialéctica en tanto que método, en tanto que lógica, en tanto que ontología; los problemas de la causalidad y de la acción recíproca, el de la determinación económica en última instancia, etc.

Sabemos que la socialdemocracia dio la espalda a estos problemas. Se propuso "negar la filosofía" y creyó "realizar esa negación volviendo la espalda a la filosofía y apartando la cabeza para murmurar algunas frases malhumoradas y triviales". Creyó poder superar la filosofía sin realizarla (9).

También conocemos la "solución" stalinista: sancionó una "filosofía marxista", el **Materialismo Dialéctico**; estableció que sus relaciones con la filosofía burguesas, son excluyentes, que la lógica dialéctica es revolucionaria, y la lógica formal, burguesa; que Marx simplemente "invirtió a Hegel, y colocó la Economía donde el filósofo puso la Idea; que el conocimiento es el mero reflejo de la realidad en el cerebro de los hombres, etc..

Las corrientes contemporáneas del marxismo -entendido éste en sentido amplio- continúan considerando abstractamente, esto es, separando, los momentos de lo objetivo y subjetivo, la dialéctica de lo real de la dialéctica histórica, el ser de la conciencia. Así, a la citada corriente humanista antistalinista -que niega la dialéctica de lo real en nombre de una antropología historicista, que convierte a Marx en un mero continuador de Hegel, que proyecta la sombra de un "joven Marx", filosofante y eticista, sobre un "Marx maduro", científico y determinista- le suceden las corrientes poststalinistas (althusseriana y dellavolpiana) que rechazan el momento ontológico, por metafísico, por el epistemológico, presentado como el único científico, que formalizan la dialéctica, que escinden la totalidad concreta en un dualismo prehegeliano, que consideran a Hegel como un "perro muerto" a través de una "lectura" empobrecida y mistificadora, etc.

La antítesis entre la corriente humanista y la neoformalista ha sido bri-

antemente ejemplifica por Coutinho con Sartre y Althusser, respectivamente. "Tomemos dos ejemplos opuestos, pero análogos -propone el brasileño-. Rechazando claramente el materialismo dialéctico y aceptando sólo el histórico -Sartre cree, sin embargo, que la filosofía debe enfrentarse también a la solución de los problemas ontológicos; pero en el lugar de la ontología marxista aparece en el último Sartre una extraña simbiosis del materialismo histórico con una 'ontología existencial', de fondo heideggeriano. Althusser, a su vez, partiendo de la concepción justa de que el marxismo no es una simple antropología historicista, pretende resolver también las cuestiones del materialismo dialéctico; pero, por una parte, reduce tales cuestiones al plano meramente epistemológico, con desprecio del ontológico; y, por el otro, sustituye la auténtica epistemología materialista por una versión up to date de la epistemología formalista del neopositivismo". (10)

NOTAS.

(1) Korsch, cit., p. 47-48.

(2) Academia de Ciencias de la URSS, Fundamentos de Filosofía marxista-leninista, Bs. As., Cartago, 1976. Puede hallarse lo mismo en cualquier otro manual stalinista.

(3) Korsch, cit., p. 45. Los subrayados son del autor.

(4) Korsch, cit., p. 40. Los subrayados son del autor.

(5) Lefebvre, Henri, Crisis del filósofo, en El marxismo sin mitos, Bs. As., Peña Lillo, 1967, p. 42.

(6) Señalemos que fue Korsch quien se ocupó centralmente del problema del fin de la filosofía; en el joven Lukács sólo hay "una tendencia a entender el marxismo exclusivamente como doctrina de la sociedad, como filosofía social, ignorando o rechazando la actitud que contiene respecto de la naturaleza" (Lukács, prólogo a Historia y..., cit., p. XVII). Este libro fue condenado por Kautsky, por un lado, y por Zinoviev y Bujarin, por otro. Korsch, por su parte, fue acusado de "desviacionista de izquierda" por Zinoviev, por Kautsky y por Wels (v. Merleau-Ponty, Maurice, Las aventuras de la dialéctica, Bs. As., Leviatán, p. 69; Rusconi, G.E., Teoría crítica de la sociedad, Barcelona, M. Roca, 1969, p. 96). Korsch, K., El estado actual del problema "Marxismo y filosofía" (Anticrítica), en Marxismo y filosofía, cit. p. 68.

(7) Sólo el concepto de "alienación" fue introducido en el "Léxico" en ediciones posteriores, ya en la década del '60.

(8) Lefebvre, H., cit., p. 48.

(9) Marx, Contribución a la Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel, cit., p. 25-26.

(10) Coutinho, C. N., cit., p. 143.

B. MARXISMO Y ESTÉTICA

"El primer problema que se plantea a la estética marxista -escribió el español Adolfo Sánchez Vázquez- es esclarecer su propia relación con Marx, a fin de determinar el lugar que ocupan las cuestiones estéticas dentro de la doctrina que lleva su nombre, y el tipo de relación que su problemática mantiene con el marxismo en su conjunto. Dicha relación con Marx determina, en gran parte, el modo de concebir la estética marxista" (1).

También en esta problemática relación entre la estética y el marxismo, los distintos modos en que ha sido concebida a través de la historia de éste, nos per-

mitirán despejar el camino para replantearla hoy de modo fecundo. ¿Cuál es, entonces, el valor teórico de los juicios estéticos y literarios de Marx y Engels? Las actitudes oscilan entre el **desdén** de quienes -como los socialdemócratas, al estilo de Kautsky- los consideran como subjetivos, dispersos o intrascendentes; hasta la **fetichización** de que han sido objeto por los stalinistas, que concibieron cada juicio aislado como definitivo y universal. ¿Cuál es el alcance estético de la categoría de **realismo** que plantean los fundadores del socialismo científico? Para los primeros, el realismo no es más que una expresión del **gusto** artístico-literario de una época pasada, producto de la preferencia personal de Max y Engels por el gran movimiento realista del siglo XIX; los segundos, en cambio, han hipostasiado la categoría de realismo, convirtiendo las pautas de dicho movimiento histórico en universales y absolutas. ¿Cuál es, en suma, el lugar de los **problemas estéticos** dentro del marxismo? Los socialdemócratas no le dieron lugar alguno, tratando "de cubrir el ancho hueco dejado por la doctrina marxista en este campo" echando mano de "ideas ajenas, frecuentemente de Kant" (2). Los stalinistas redujeron la estética a "un capítulo del materialismo histórico", negando su naturaleza propia, intrínseca, y su autonomía relativa, dentro de la totalidad. ¿Cuál es la relación entre **arte e ideología**? Ninguna, responden los primeros, que levantan "una idea del arte sin contenido ideológico y (como mero) medio de placer estético, que Kautsky hizo suya" (3); absoluta, responden los segundos, pues entienden el arte como una **forma meramente ideológica**, susceptible de un análisis político, regido por la valoración arte progresista - arte decadente, arte sano - arte enfermo.

Considerando la unilateralidad y la pobreza teórica de estas respuestas, algunas de las principales tareas que se plantean en la elaboración de una estética marxista son:

(1) un análisis marxista de las ideas de Marx y Engels sobre arte y literatura, que sepa distinguir lo contingente de lo necesario, el criterio objetivo de la preferencia subjetiva, sin recaer en el historicismo absoluto ("son ideas de una época y nada más") ni en el absolutismo ahistórico (ideas de una época abstractamente universales), ambas formas de lo absoluto en que todos los gatos son pardos (4);

2) un replanteo de la categoría de **realismo**, (en tanto que categoría estético-cognitiva, que va mucho más allá del movimiento artístico-literario, propio del siglo XIX, también conocido con ese nombre). ¿En qué medida resulta operativa dicha categoría? ¿Es una herramienta eficaz para ser aplicada en la historia del arte? ¿Puede proyectarse hasta el arte moderno: puede dar cuenta del arte no figurativo, del teatro del absurdo, de la literatura fantástica? Este replanteo debe llegar también a las categorías que se derivan de la de realismo, como **tipicidad**, **verosimilitud**, etc. y en la que ella se sustenta, como la de **reflejo** (a esta elaboración han contribuido, entre otros, Georg Lukács, Ernest Fischer, Walter Benjamín, Theodor Adorno, Bertoldt Brecht, Arnold Hauser, Galvano della Volpe, etc.);

3) una delimitación de la **especificidad** de los problemas estéticos, con respecto a los problemas filosóficos y los históricos; una circunscripción de la **autonomía relativa** de la Estética dentro de la totalidad de la concepción marxista; una teoría de la peculiaridad del hecho estético (lo que implica la confrontación

entre las distintas concepciones del arte como reflejo, el arte como diversión, el arte como sistema de signos, el arte como actividad práctico productiva (5)).

4) un análisis marxista de las **relaciones entre arte e ideología**, que defina la **peculiar** inserción del arte dentro de la esfera ideológica, que precise en qué sentido el arte tiene un carácter **clasista** y al mismo tiempo **universal**, que ilumine -tanto en el plano teórico como en el trabajo sobre la obra de arte específica- el complejo entramado de las ideas políticas y las ideas estéticas, que delimite la concepción **subjetiva** del artista de la plasmación **objetiva** de la obra de arte (sobre esta cuestión realizaron valiosos aportes Trotsky, Lunatcharsky, Ernest Fisher, Arnold Hauser, Lukács, Goldmann, etc.).

Marx y Engels abordaron por vez primera estos problemas desde el punto de vista del socialismo científico, aunque de modo fragmentario y en forma episódica. Sin embargo, encontramos en ellos la primera formulación científica de las relaciones infraestructura-superestructura, y de la peculiar inserción del arte dentro de la estructura global de la sociedad (cartas del último Engels), del arte como trabajo práctico-productivo y su contradicción en el sistema capitalista (en la **Historia crítica de la teoría de la plusvalía**), del "realismo" como "representación exacta de los caracteres típicos en circunstancias típicas", donde cada individuo y cada circunstancia expresan determinadas fuerzas históricas, sin dejar de ser, por ello, individuales y precisas ("este y no otro" según decía el viejo Hegel) (cartas de Engels a Minna Kautsky y a Margaret Harkness, correspondencia de Marx y Engels con Lasalle) (6).

Ante el desdén por los juicios literarios y estéticos de Marx y Engels por parte del revisionismo confeso-Bernstein- y del revisionismo encubierto-Kautsky-, reaccionaron otros dirigentes socialdemócratas como Paul Lafargue, Franz Mehring, Rosa Luxemburg y Plejánov, aunque solo el segundo y el último se especializaron en los problemas estéticos. "Plejánov en Rusia y Mehring en Alemania conservaron, en cierta medida, la herencia de la democracia revolucionaria, que en el arte veía la representación de la vida y el veredicto de sus fenómenos. Este elemento de la **valoración de la vida**, perteneciente a la estética, fue ajeno al marxismo de la Segunda Internacional con su pretensión de científicismo imperturbable y su renuncia a la crítica revolucionaria del régimen burgués" (7).

Sin embargo **Mehring**, "pese a su visión más amplia del problema" cae en la desviación kautskiana de "responder poniendo a Kant en el lugar de Marx" (8). El gran espartaquista y biógrafo de Marx, "en el terreno de la teoría del arte y la crítica literaria no supo adoptar una actitud moderna y progresista, y no reconocía el método del materialismo dialéctico, sino que manifestaba más bien tendencias del pasado con respecto al academicismo y el clasicismo" (9).

Por su parte **Georgui V. Plejánov**, aunque considera válidos la concepción marxista y su método para el abordaje de los problemas estéticos, reduce su investigación en éste campo a la búsqueda del "equivalente social" de la obra artística. El autor de **El arte y la vida social**, además, inaugura dentro del marxismo la tradición que lleva al rechazo del arte moderno, tachándolo de decadente. "El arte de las épocas de decadencia -afirma- debe ser decadente" (10).

No cabe desarrollar en estas páginas la historia de la estética marxista en el siglo XX. Sólo mencionaremos a algunos nombres y corrientes principales. En **Rusia**, la Revolución de Octubre imprime un gran impulso a la investigación

xista en el campo estético. Las encendidas polémicas que se desarrollan desde 1917 a lo largo de los años 20, serán sofocados en los 30 bajo el Thermidor stalinista. Las relaciones entre la intelligentsia y la revolución, el proletariado y los "compañeros de viaje", el realismo y las escuelas de vanguardia, la cultura burguesa y la cultura proletaria, el marxismo y el formalismo, la posición del partido ante los problemas del arte, son algunos de los temas que enfrentan a Lenin, Trotsky, Bujarin, Lunacharsky, Polonsky, Gorki... y que no hacen más que expresar el profundo movimiento revolucionario que -en aquellos años- se desarrollaban en la cultura y en las costumbres. Multitud de tendencias y corrientes artísticas -futuristas, constructivistas, productivistas, realistas, formalistas- y diversas agrupaciones -Proletkult, LEF, RAPP- expresaban de modo distinto el afán de "vincular el destino del arte a la revolución, no sólo por su contenido ideológico, sino también por sus innovaciones formales" (11). Con el Thermidor, que significa el triunfo de la burocracia sobre las masas, se opera una involución conservadora en la esfera de las costumbres y de la cultura. En 1932 el PCUS prohíbe la diversidad de organizaciones y crea un organismo único: la Unión de Escritores Soviéticos; en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos (1943) se proclama oficialmente el realismo socialista. La presión burocrática sobre el arte llega al paroxismo en 1946-1948 con las resoluciones del PCUS inspiradas por el inefable Andrei A. Zhdánov. Dicha línea se mantuvo inalterada hasta nuestros días, aún después del "deshielo" (12).

En Hungría, el aniquilamiento de la República de los Consejos, de 1918, disgrega al Círculo Dominical organizado hacia 1915. Forzados sus integrantes a la emigración, que en aquellos años acostumbraban a reunirse en Budapest cada domingo para discutir problemas de arte, historia y política, se destacarán en el exilio Arnold Hauser, Friedrich Antal y Georg Lukács (13).

En Alemania, la contribución en cuanto a la estética marxista más importante después de los trabajos de Franz Mehring es la que hace la Federación de Escritores Proletarios-Revolucionarios (1928), en cuyo órgano llegan a participar Karl A. Wittfogel, Anna Seghers y Georg Lukács. Con el advenimiento del nazismo, las vivas polémicas de los escritores alemanes se prolongan en el exilio, donde vemos enfrentados, de un lado, a Lukács, Johannes Becher, Andor Gábor y Alfred Kurella, y de otro, a Bertold Brecht, Walter Benjamin y Ernst Bloch. Mientras los primeros propugnaban una literatura antifascista que llegara al mayor número posible de lectores mediante el método narrativo tradicional, los últimos preconizan "nuevas técnicas" que tomen en cuenta los nuevos medios (fotografía, filme, disco, radio), rechazando la postura de aquellos por considerarla políticamente ineficaz y estéticamente improductiva (14). Theodor W. Adorno, que se dirige con el instituto de Frankfurt a Nueva York, para regresar a Alemania después de la guerra, elabora una teoría estética que realza el valor cognoscitivo de la experiencia artística basándose en el estudio de la composición y ejecución musicales (15).

En Italia, a pesar de la tradición hegeliana del marxismo que nace con Antonio Labriola y alcanza su máxima expresión en Antonio Gramsci -a quien debemos fecundas reflexiones sobre estética, cultura y literatura, anotadas en sus cuadernos de la cárcel (16)- domina la escena desde la posguerra última, la escuela filosófico-estética de Galvano della Volpe, de neto corte antihegeliano.

En Inglaterra, citaremos a Christopher Caudwell (*Ilusión y realidad. Una poética marxista; Una cultura moribunda: la cultura burguesa*), a George Thomson (*Marxismo y poesía*) y a Raymond Williams (*Marxismo y literatura*); en Francia, a Henri Lefebvre (*Contribución a la estética*), a Roger Garaudy (*Hacia un realismo sin fronteras, Un realismo del siglo XX*), Jean Paul Sartre (*¿Qué es la literatura?*, etc.), Lucien Goldmann (n. Bucarest, *El sujeto de la creación cultural, El estructuralismo genético en sociología de la literatura*, etc.), Louis Althusser (*El conocimiento del arte y la ideología*) y su escuela (Alain Badiou, Pierre Macherey), etc.; En España, a Manuel Sacristán (*Goethe y Heine*), Francisco Fernández-Santos (*La literatura como conciencia y creación históricas*), Valeriano Bozal (*El realismo entre el desarrollo y el subdesarrollo*, etc.), Fernando Claudín (*La revolución pictórica de nuestro tiempo*), etc. En Estados Unidos citaremos al crítico Dwight Macdonald (*Mascuit y Midcuit*) y al polifacético ensayista Edmund Wilson (*El castillo de Axel, Literatura y sociedad*, etc.). En México, cabe destacar la obra docente, de difusión y publicación del español Adolfo Sánchez Vázquez (piénsese en su documentada y utilísima antología *Estética y marxismo*, ya citada) como su aporte creativo a la estética marxista (*Las ideas estéticas de Marx*).

Hablamos antes de una revitalización de los estudios marxistas en las lla-



Rosa Luxemburg.
líder de la revolución alemana

mas Democracias Populares, que provienen de autores a menudo reñidos con las academias oficiales, o bien empeñados en la lucha antiburocrática. Entre los aportes más significativos en este campo, mencionaremos los de los polacos Adam Schaft (*Lenguaje y conocimiento*, etc.), Toeplitz (*El crepúsculo de los*

profetas) y Stefan Morawsky (**Fundamentos de estética**); a los checos Karel Kosík y Robert Kalivoda (**Dialéctica del estructuralismo y dialéctica de la estética**); la alemana Helga Gallas (**Teoría marxista de la literatura**); el yugoslavo Yanko Ros (**Problemas de estética marxista**); a la húngara Agnes Heller (**La estética Georg Lukács**, etc.), etc.

Nos resta citar, para cerrar el cuadro, al marxista austriaco Ernst Fischer (**La necesidad del arte, Arte y coexistencia, El artista y su época**, etc.) y al poeta y ensayista alemán Hans Magnus Enzensberger (**Detalles**).

En esta larga -y seguramente muy incompleta- lista, hemos reunido autores de muy diverso tenor, algunos de ellos ocupados propiamente en los problemas estéticos, otros de problemas afines, como la historia del arte o la sociología de la cultura. Sin embargo, antes de cerrar el párrafo, es menester extendernos, aunque más no sea brevemente sobre las dos teorías generales más importantes se proponen la elaboración de una estética marxista, las más elaboradas y completas: nos referimos a las teorías de Lukács y della Volpe, respectivamente.

Lukács parte, como basamento para la elaboración de una estética científica, de "un análisis en cierto sentido epistemológico del reflejo estético" (18). En efecto, Lukács redefine, a partir de Hegel y Marx, la desprestigiada "teoría del reflejo", hasta entonces en manos del stalinismo, y le da un status central en su gnoseología. El autor de la **Estética**, si como materialista afirma la prioridad y unidad de lo real, del "mundo real" ante el "mundo reflejado", como dialéctico "subraya el carácter no mecánico, no fotográfico, del reflejo, dado que la "actividad propia del sujeto" reacciona sobre su base material. A cada uno de los tres campos de la praxis humana - práctica cotidiana, práctica teórica, práctica artística- le corresponde una forma de conocimiento (vulgar, científico, artístico), una forma de reflejo que le es propia. Sin embargo, en los tres casos la realidad objetiva es la misma, y precisamente la misma, no solamente por sus contenidos, sino también en sus formas, en sus categorías. En efecto, para el marxista húngaro, toda forma de conocimiento implica un movimiento categorial que va de lo universal a lo singular, y de éste a lo universal, mediado por lo particular. En el conocimiento científico, ese movimiento procede de un extremo a otro, mientras que el centro, la particularidad, desempeña en ambos casos un papel mediador. La peculiaridad del reflejo artístico está dada, en cambio, por la función central que cumple la categoría de particularidad, en tanto "punto colector en el que se centran los movimientos": Lo específico del reflejo artístico consiste en que capta la esencia de lo real, mas no descubriendo leyes generales, como en el conocimiento científico, sino representando destinos particulares, de hombres particulares. Dicho en otros términos, **representa tipos**.

Lukács retoma el concepto hegeliano-engelsiano de la **tipicidad**, subordinándolo a la categoría de particularidad, y convirtiéndolo en eje de su concepción estética del **realismo**. Siendo este el flanco más atacado en la concepción lukacsiana, conviene recordar que ésta concibe al **realismo** en tanto categoría **gnoseológica-estética**, y no como corriente o escuela artística o literaria. En este sentido expresa que "todo gran arte es realista", toda gran arte se enfrenta a los grandes problemas de su tiempo; todo gran arte representa formas aparienciales, pero sólo aquellas que sean reveladoras de la esencia de lo real; todo gran arte repre-

senta una "parte" de la realidad, pero el gran artista nos brinda a través de ella la totalidad viviente, en su contradictoriedad, su movimiento y su perspectiva.

De las impugnaciones que se han dirigido frecuentemente a la concepción lukacsiana -la mayor parte de las cuales, como señalamos, se limitan a su caracterización de la vanguardia artística en oposición al realismo- se destaca la de della Volpe y su escuela, que le opone otra sistematización seria y coherente de los problemas gnoseológico-estéticos.

Della Volpe se propuso la elaboración de una **gnoseología estética** que supere, tanto la estética romántica de la imagen pura, la intuición y el raptus creador, como la crítica marxista vulgar que pretende que sólo ideas progresivas pueden hacer poesía realista (19). Su concepción destaca la racionalidad de la poesía o literatura: ésta no es sino un **procedimiento intelectual-racional**, del mismo modo que la investigación histórica o la ciencia. Y dado que los significados intelectuales son constitutivos de la obra poética, es posible una lectura sociológica de la misma, pues la averiguación de los significados, es, al mismo tiempo, averiguación de la condicionalidad histórica de la obra. Pero la poesía - literatura no es sólo racionalidad -della Volpe rechaza la "intuición pura" del romanticismo mas no la "pura intuición" kantiana- es un **complejo intuitivo-lógico** en el cual la fantasía o imaginación se hace expresable por un significado. Ahora bien, si la poesía es un hecho gnoseológico tal como la ciencia o la Historia, ¿en qué se diferencian entre sí? En sus aspectos **gnoseológicos más generales** la obra de arte se relaciona esencialmente con las demás instancias fundamentales humanas, científicas y morales, pero donde surge la especificidad del arte es en sus aspectos **gnoseológicos especiales y técnicos**, es es, en su **dimensión semántica**. Sólo en este nivel puede distinguirse el **discurso poético** del **discurso científico**: al primero le es propia una **tipicidad característica polisema** (sus términos no se agotan en un sólo significado), al segundo le corresponde una **tipicidad característica unívoca** (sus términos son precisos, ajustados, unívocos). El discurso poético es cerrado en sí mismo (lo que della Volpe llama **contextualidad orgánica**), el discurso científico está en relación de interdependencia con otros textos-contextos (es **omnicontextual**).

Para el italiano, la lengua-letra (o discurso vulgar de una sociedad) es trascendido (en un **proceso de abstracción por géneros**) en el discurso poético, mediante términos polisemos; en el discurso científico, mediante términos unívocos. Su método de análisis crítico -llamado **paráfrasis crítica**- consiste en partir del texto poético para llegar, después de múltiples pasos, a la base económico social, pero sin obviar la componente semántica que le es característica, superando así a la crítica formalista (puramente lingüística) y a la contenidista (que establece un vínculo mecánico entre la obra literaria y su base económico-social).

Della Volpe, después de objetar a Lukács "la inadecuada valoración de la originalidad poética de un Proust, un Joyce, un Kafka" propias de la relación que establece entre realismo y vanguardia, llega a invertir los términos de la oposición lukacsiana planteada en estos términos: "¿Franz Kafka o Thomas Mann? ¿Una decadencia artísticamente interesante o un realismo crítico verdaderamente vital?" (20). Pero la crítica del italiano apunta a las bases mismas de la formulación gnoseológico-estética de Lukács, que, por su carácter hegelianizante, distinguiría de modo metafísico el arte de la ciencia. Esta, para el húngaro, resuelve el movimiento categorial indicado antes en sus **elementos abstractos** y lo de-

fine **conceptualmente**, mientras el arte lo hace **intuir sensiblemente**. ¿Si el arte hace "intuir sensiblemente" -le pregunta el autor de la **Crítica del gusto**- cómo salvar las instancias de la "tipicidad", la intelectualidad del hecho artístico? (21). La crítica es sugestiva y fecunda, aunque los límites de la concepción dellavot peana están a la vista. Señalemos brevemente que, en ella, la incompreensión de la **praxis** artística y del conocimiento artístico como forma específica de la **praxis humana global**, lo lleva a una teorización abstracta del conocimiento en general,



*Georg Lukács,
el gran marxista húngaro, considerado
el Marx de la Estética.*

v del artístico en particular. El movimiento categorial del conocimiento, que va de lo singular a lo universal, al desconocer la mediación de lo particular recae en un permanente dualismo ya superado -aunque de modo idealista- por Hegel, e impide encontrar una diferencia cualitativa entre el reflejo artístico y el científico, uebiendo desplazar la búsqueda al plano técnico-semántico. Así el arte, en lo que tiene de específico y esencial, queda reducido a una semiología, la praxis artística, en tanto actividad práctico-creativa, reducida al discurso artístico. ...

NOTAS.

(1) Sánchez Vázquez, Adolfo, Los problemas de la estética marxista, Introducción general a su antología "Estética y marxismo", México, ERA, 1970, 2 tomos.

(2) Ibid., p. 17

(3) Ibid., p. 17

(4) La recuperación de dichos escritos fue llevada a cabo por Franz Schiller y Mijail Lifshits en el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, ciudad en que se publican en 1933. Sobre estos

textos han hecho valiosos aportes Georg Lukács, Sánchez Vázquez y el propio Lifshits en su ya célebre introducción a la antología (El marxismo y los problemas estéticos, fragmentado en la antología de Sánchez Vázquez y completo en Cuadernos de Cultura Nro. 59, Bs. As., set-oct. 1962).

(5) Sánchez Vázquez, cit., p. 34 y ss.

(6) Las ediciones españolas de los textos de Marx y Engels sobre el arte y la literatura son incompletas. Conocemos la versión castellana de la edición de G. Falconet (Sobre arte y literatura, Bs. As., Revival, 1964), la edición de Valeriano Bozal, Textos sobre la producción artística, Barcelona, Comunicación, 1968, la de Carlos Salinari, Escritos sobre arte, Barcelona, Península, 1969 y la cubana, Sobre la literatura y el arte, La Habana, Política, 1965.

(7) Lifshits, Mijail, cit., p. 48-49.

(8) Sánchez Vázquez, cit., p. 19.

(9) Teige, Karel, Progreso y decadencia, vanguardia y decadencia, en Sánchez Vázquez, cit., p. 108-109.

(10) Plejanov, G., El arte y la vida social, Barcelona, Fontamara, 1974, p. 137. Otras obras de estética del primer Plejanov pueden hallarse en el segundo tomo de sus Obras Escogidas, Bs. As., Quetzal, 1966.

(11) Sánchez Vázquez, cit., p. 51. La bibliografía central para este período es (a) Lenin, Acerca de la prensa y la literatura, Bs. As., Anteo, 1965; León Tolstoi, espejo de la revolución rusa, Notas de un publicista, Sobre la cooperación, Más vale poco pero bueno, La cultura proletaria, etc., en Obras Completas, Bs. As., Cartago, 1958-1967. Testimonios sobre la actitud de Lenin hacia el arte y la cultura hallamos en los Recuerdos de la Krupskaja, en Lunacharski (Las artes plásticas..., v. infra), en Gorki (Lenin y el campesino ruso, Bs. As., Ed. Lux, s/f), en Polonski (v. infra) y en Trotsky (v. infra); (b) Lunacharsky, El arte y la revolución, México, Grijalbo, 1975, Sobre la literatura y el arte, Bs. As., Axioma, 1974; Las artes plásticas y la política en la Rusia Revolucionaria, Barcelona, Seix-Barral, 1969 (y otros) El marxismo y el arte, Bs. As., Claridad, s/f; Bogdanov, El arte y la cultura proletaria, Barcelona, Comunicación 1979; (c) Bujarin, Los formalistas y los elementos formales, en Sánchez Vázquez, cit., t. I, p. 215 y ss. (d) Trotsky, León, Literatura y revolución, impr. en Francia, Ruedo Ibérico, 1969, 2 ts.; (e) otros textos en Sánchez Vázquez, cit., tomo II, caps. X y XI (f) para una visión de conjunto de las polémicas en la década del '20, Polonski, La literatura rusa de la época revolucionaria, Madrid, Ed. España, 1932; (g) para la polémica marxismo-formalismo, v. Erlich, Víctor, El formalismo ruso, Barcelona, Seix-Barral, 1974, parte I, cap. V. Marxismo frente a formalismo; (h) para el productivismo, v. Arvatov, B., Arte y producción, Madrid, Comunicación, 1973; Rodchenko-Stépanova, Manifiesto del grupo productivista, en Sánchez Vázquez, cit., t. II, p. 207-208.

(12) Sánchez Vázquez, cit., t. I, p. 57-73; Academia de Bellas Artes de la URSS, Ensayos de estética marxista-leninista, Montevideo, Pueblos Unidos, 1961; Iegorov, A., Arte y sociedad, Montevideo, Pueblos Unidos, 1961; Zhdánov, A., Literatura y filosofía a la luz del marxismo, Montevideo, Pueblos Unidos, 1948; El realismo socialista, en Sánchez Vázquez, cit., t. I, p. 235 y ss.; CC del PC(B)US, Sobre la reestructuración de las organizaciones artístico-literarias (1932) y Sobre cuestiones de literatura y arte (1946-1948), en Sánchez Vázquez, cit., t. II, p. 234 y 241 respect.; Gorki, Discurso en el primer Congreso de Escritores Soviéticos (1934), en Zhdanov y Gorki, Literatura, filosofía, y marxismo, México, Grijalbo, 1968 (existe una vieja edición española con los textos de dicho Congreso, editada en Montevideo).

(13) v. el testimonio de Arnold Hauser, Conversaciones con Lukács, Barcelona, Guadarrama, 1969.

(14) para este período v. Helga Gallas, Teoría marxista de la literatura, Bs. As., Siglo XXI, 1973.

(15) Adorno, Theodor W., Notas de Literatura, Barcelona, Ariel, 1962; Prismas, Barcelona, Ariel, 1962; Reacción y Progreso, Barcelona, Tusquets, 1970. Sobre Adorno y la teoría del arte, v. Marc Jiménez, Theodor Adorno, Arte, ideología y teoría del arte, Bs. As., Amorortu, 1977; Susan Buck-morss, Origen de la dialéctica negativa, México, Siglo XXI, 1981, esp. cap. 8.

(16) Gramsci, Literatura y vida nacional, Bs. AS., Lautaro, 1961 (hay reed. de Nueva Visión).

(17) Della Volpe, Galvano, Crítica de la estética romántica, Bs. As., Jorge Alvarez, 1964.

Critica del gusto, Barcelona, Seix-Barral, 1966; Historia del Gusto, Madrid, Comunicación, 1966; Lo verosímil fílmico y otros ensayos de estética, Madrid, Ciencia Nueva, 1967; Crítica de la ideología contemporánea, Madrid, Comunicación, 1970, 3a. parte.
(18) Lukács, Georg, Prolegómenos a una estética marxista, Barcelona, Grijalbo, 1969, p. 173. Hay edición de obras completas en 24 volúmenes, en vías de publicación. Para bibliografía sobre Lukács consúltese -aunque es muy incompleta- Lichtheim, George, "Lukács", México, Grijalbo 1972.

(19) Crítica del gusto, cit., p. 12.

(20) Lukács, Gerg, Significación actual del realismo crítico, México, ERA, 1974, p. II 2; della Volpe, Galvano, Crítica del gusto, cit., notas al Apéndice primero, p. 29f y ss.

C. MARXISMO Y ECONOMIA POLITICA

"No se debe al azar que Marx dé como subtítulo a *El Capital*: 'Crítica de la Economía Política', y que su obra preparatoria de *El Capital* se titule: *Contribución a la crítica de la economía política (Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie)*. Para Marx, la economía política es por esencia ideología. Igual que no hay 'filosofía marxista', no hay 'economía política marxista'. La obra de Marx es una obra de superación de esas dos grandes ideologías de su época, una en la teoría marxista del conocimiento (dialéctica materialista), otra en la teoría económica marxista (dialéctica del devenir de las sociedades humanas)" (1). No recordaremos aquí la historia de la evolución intelectual del joven Marx; no es nuestro propósito reconstruir los hitos que señalaron el pasaje a la 'crítica de la tierra'. Sin embargo, al ubicar la anatomía de la sociedad burguesa en el terreno de las relaciones de producción -deducido a partir de la sociedad civil hegeliana- y, por lo tanto, centrar sus estudios en la economía política burguesa edificada por Quesnay, Adam Smith y David Ricardo, el joven Marx comenzaba -tentativamente, desde luego- a minar las bases mismas de toda ciencia económica comprendida como "auto-inteligencia" del capitalismo. El examen minucioso de los jalones que ligan y otorgan coherencia al socialismo científico, desde los escritos juveniles hasta la *Crítica del programa de Gotha*, nos restituye a un Marx empeñado en un diálogo crítico -y abierto- con las supervivencias impostadas de los clásicos, representados por una economía vulgar que no ha conseguido, hasta la fecha, alcanzar el vuelo y el tono de los precursores. Esta característica ha permitido a más de un polemista trazar una línea de continuidad entre la economía política clásica y la crítica marxista de la economía política (2); en el mismo saco cabrían, entonces, Marx y Ricardo, la praxis revolucionaria y la ideología burguesa, cómplices de un científicismo que eternizaría la división del trabajo y demás apéndices de la sociedad clasista. En gran medida debemos responsabilizar al stalinismo y a la socialdemocracia por semejante confusión. Los primeros, sistematizando hasta el cansancio una supuesta "economía política marxista", rama insustituible del "marxismo-leninismo" (3), no tuvieron empacho en desbordar abiertamente las prevenciones de Lenin con respecto al economicismo. Los socialdemócratas, mas previsiblemente, han conectado el keynesianismo, pergeñando una poco sostenible "economía del bienestar", cuyos principales exponentes integrarían gabinetes burgueses en Francia, Alemania y, sobre todo, Suecia. De cualquier manera, ambos, stalinistas y socialdemócratas, se solidarizarían en la

condena del auténtico carácter dialéctico de la crítica marxista, integrando el 'Capital' en el conjunto de las ciencias sociales definidas a partir del saber universitario.

Una segunda dificultad, no menos importante, pesa sobre la condición actual del análisis marxista. Tras la edición engelsiana del tercer tomo de *Das Kapital* (1895), la doctrina de Karl Marx, monopolizada por la tradición del Partido Socialdemócrata alemán, (4) avanzaría sobre la realidad naciente del imperialismo con pasos cada vez mas indecisos. Si al culminar el siglo, un Hilferding supo responder con altura a las críticas lanzadas por la escuela subjetivista, a través de su máximo representante, Böhm-Bawerk, aclarando varios aspectos de la teoría marxista del valor y los precios, los popes del socialismo europeo, Karl Kautsky -*La doctrina económica económica de Karl Marx* (1886)- y Paul Lafargue -*El determinismo económico de Karl Marx* (1904)- no superaron las limitaciones implícitas de toda obra de vulgarización. Excepciones a la regla, los trabajos del mencionado Hilferding - en 1910 aparece *El capital financiero*, publicado en los *Marx-Studien* del austromarxismo-, Antonio Labriola -*En memoria del Manifiesto Comunista* (1895), *Del materialismo histórico. Dilucidación preliminar* (1896) y posteriormente, los trabajos del joven Lenin -*El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899), *Quiénes son los amigos del pueblo y como luchan contra los socialdemócratas* (1894), Rosa Luxemburg -*La acumulación del capital* (1913), *Introducción a la economía política* (1925)- oscilan entre la fértil polémica en torno a las crisis capitalistas, el problema de la realización, etc., y el avance sobre la teoría del imperialismo, aspectos, en realidad, estrechamente ligados. La edición Kautsky de la *Historia crítica de las teorías de la plusvalía* (1910-1915) no sera asimilada y criticada hasta la siguiente generación marxista (5). La coexistencia, en el seno del movimiento obrero europeo, de un ala revisionista - la crítica de Bernstein a la teoría del valor, en "*Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*" (1899)- y un ala revolucionaria, contribuyó a confundir el panorama teórico de la crítica marxista de la economía política. La puesta al día del análisis anticipado brillantemente por Hilferding y Rosa Luxemburg, solo se concretaría con los teóricos bolcheviques, al publicarse (1917, reed. 1920) *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, magnus opera de Lenin, y *El imperialismo y la economía mundial* (1917, redactado en 1915), un excelente trabajo de Bujarin (6). Al quebrarse el movimiento socialista internacional, dos escuelas se disputarían, a grandes rasgos, la hegemonía teórica del marxismo revolucionario. Mientras Occidente se lanzaba sobre la herencia del luxemburguismo, representado -en el plano económico- por F. Sternberg (*El imperialismo*, 1925), la teoría del derrumbe conoció un destino bastante distinto en manos del leninismo. Enriquecida por la teoría de la transición al socialismo, los ciclos del crecimiento capitalista, etc., la escuela bolchevique supo presentar una versión dialéctica del imperialismo, considerado como fase de la "putrefacción y el estancamiento" capitalista. El status de la economía política "marxista", frente a la crisis, el derrumbe y la revolución, logró recuperar el sentido original que la crítica de la economía política recibió de Marx. Testimonio de este "retorno a las fuentes", las obras de Preobrazhensky (*La Nueva Económica*, 1926) y de Isaac Ilich Rubin (*Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, 3ra. edición en 1928, jamás volvería a editarse en la URSS) retomaría el hilo de la teoría marxista del valor, para entenderlo, ya sea sobre el problema de la transición al socialismo (Preobrazhensky), o bien sobre el carácter del fetichismo y la alienación capitalista (Rubin).

En tanto la socialdemocracia no lograba resolver los problemas planteados por las transformaciones del capitalismo -modificaciones que los llevaron a des- char la misma teoría marxista- el Thermidor soviético daba por concluido, em- pleando los conocidos métodos policiales de Stalin, todo debate o polémica, arrojando la crítica dialéctica marxista al basurero del revisionismo (idealista, subjetivista. . . matices que los stalinistas nunca llegaron a diferenciar muy bien). El impasse teórico de los años veinte conoció, sin embargo, las obras de Natalie Moszcowska (**El sistema de Marx**, 1929), típica representante del "subconsumo puro", y Henryk Grossmann (**La ley de acumulación y el derrumbe del sistema capitalista**, 1929), un mecanicista que aportó interesantes observaciones sobre el destino de la plusvalía en el capitalismo. Ambos cubren solo la parte visible del iceberg teórico marxista durante la década del veinte, en un contexto problemá- tico que sabrá extenderse hasta mediados de los '30, con Otto Bauer (**¿Entre dos guerras mundiales?** 1936), y la escuela anglosajona (Maurice Dobb, **Economía política y capitalismo**, 1937, y los **Estudios sobre el desarrollo del capitalismo**, 1945; también Paul Sweezy participa en las limitaciones político-teóricas del academicismo, véase **Teoría del desarrollo capitalista**, 1942 y los ensayos reuni- dos en el **Presente como historia** (1953). La obra de los economistas soviéticos, que conocería vuelos brillantes durante la primer mitad de la década del veinte -el debate sobre la ley del valor, por ejemplo- no logrará eludir la suerte del mar- xismo dialéctico en manos de la burocracia staliniana. Aún la obra de un Eugenio Varga -que supo ser redactor de las tesis económicas de la Internacional comunis- ta- no llega a superar la mediocridad general. Acaso resulte rescatable la obra de Lapidus, Ostrovitianov, S. Sarov, Strulimin, Kovalevski (7), en torno a los deba- tes sobre la construcción del primer y segundo plan quinquenal. Si el escolastis- mo formalista caracteriza al primer bloque de escritores (occidentales) mencio- nados, el empirismo vulgar, sordo, ciego y mudo, pinta lo esencial de la era de Stalin.

La crisis y la guerra, expresadas teóricamente -desde el campo del imperia- lismo por J. M. Keynes y W. Leontiev, entre otros, suspendieron momentanea- mente las voces del oportunismo, dedicadas por ese entonces a obtener dividen- dos -y resguardo- político-allí donde se lo concedieran. **Asiladas** por la burguesía "democrática", la crítica marxista de la economía política no pudo crecer. La Composición de Izquierda- así como aquéllas tendencias que rehusaron someterse al **diktat** de Moscú (8) -mantuvo viva la llama del marxismo revolucionario a costa de un paréntesis teórico necesario, pero no por eso menos trágico- una frase, un programa: las fuerzas productivas han cesado de crecer (9), actual biblia del opor- tunismo ultra-izquierdista, merece un comentario especial (en la medida que se relaciona con la teoría de la fase contemporánea del capitalismo, definida por Lenin y Trotski, no merece ser reducida al rito (10)).

La posguerra, al plantear un análisis marxista de la recomposición y el cre- cimiento acelerado del capitalismo -bajo la égida de Estados Unidos- sirvió para demostrar, por reducción al absurdo, la miseria teórico-política del stalinismo, por un lado y el oportunismo socialdemócrata, por otro, vale decir, su abandono definitivo de la praxis revolucionaria. Si bien hallamos algunos dinosaurios du- rante estos años -sobrevivientes del colapso- entre los que podemos incluir a Sweezy y congéneres (que desde las columnas de *Monthly Review*, fundada en

1949, pondrían sobre el tapete el problema del crecimiento económico y el sta- tus de las economías periféricas, trazando así un lazo de continuidad entre el academicismo de preguerra y el de posguerra (véase la obra de Baran "**La econo- mía política del crecimiento**", 1957). Esta última escuela sabrá adaptarse a los tiempos: en sus filas, un Gunder Frank (véase "**Capitalismo y subdesarrollo en América Latina**" 1965) pondrá al día el problema del carácter dinámico del ca- pitalismo internacional; un Harry Magdoff (**La era del imperialismo**, 1969) volve- rá sobre el problema del imperialismo a partir de Lenin. Sin embargo, el mérito de reconquistar las posiciones dialécticas de la crítica de la economía política co- rresponde, sin lugar a dudas, a Ernest Mandel y su escuela (véase Mandel, **Trata- do de economía marxista**, 1962, **Ensayos sobre el neocapitalismo**, antología pu- blicada en 1969, y el **Capitalismo tardío**, de 1972), agrupada en torno a la revista "**Critique de l'économie politique**" (fundada en 1970), donde se destacan Jacques Valier, Pierre Salama, Patrick Florian y otros. En tanto el liberalismo (a la par de sus similares Ota Sik, Oskar Lange y demás) se apartaba abruptamente de la senda de la praxis revolucionaria -camino preparado por la "larga marcha" de la buro- cracia- la década del sesenta, al plantear la puesta al día del marxismo ante los problemas del capitalismo internacional (relaciones Europa/América, ententes imperialistas, economías deformadas, transición al socialismo, etc.), vio surgir los primeros aportes fecundos, que derivarían en sendas bases programáticas: la obra de Charles Bettelheim (**La transición al socialismo**, 1968, **Cálculo económico y formas de propiedad** 1970, **Las relaciones de producción en la URSS**, 1974), ca- racterizada por una permanente tensión entre el maoísmo ortodoxo -desde la crítica del economicismo hasta la crítica del modelo soviético de la acumulación socialista- y posiciones bien alejadas del stalinismo -al calor de la revolución cul- tural china, tal como esta fue entendida por los intelectuales occidentales (11)-; el grupo **Terzo Mondo**, agrupado en torno a U. Mellotti (**Marx y el tercer mundo**, 1970), que realizaría una crítica implacable del eurocentrismo; y **last but not least** el revisionismo de A. Emmanuel y compañeros (Ch. Palloix, S. Amin, et alii), hábilmente aprovechado por el populismo, marco en el cual cae también Pierre Jalée (**El imperialismo** en 1970 1969).

Las conclusiones de la década son, sin duda, fructíferas. A la par de una co- rriente metodológica dedicada al estudio de "**El Capital**" y los "**Grundrisse**" de Marx (véase los trabajos de Rosdolwsky (12), el equipo Althusser, etc.), la crítica marxista de la economía política ha logrado reconquistar un talante maduro y firme, dolorosamente recompuesto tras largos años de persecución y autocensura teórica -fundada en el oportunismo más bajo. Si bien la permanente tarea de re- comenzar a cada momento -la confrontación crítica -bajo la unidad de la praxis- con el discurso económico académico, al tiempo que se otorga una dimensión to- talizante -tal el sentido de la dialéctica materialista- a la crítica, es y será un pro- yecto escrito en tiempo futuro, la vía del marxismo revolucionario ha sido reen- contrada.

NOTAS:

(1) Ernest Mandel, *Tratado de economía marxista*, tomo 2, pag. 331, 1972 (3ra. ed.), Era.

(2) Michel Foucault, *Preguntas a M. Foucault sobre la geografía*, incluido en *Microfísica del poder*, La Piqueta, 1979, Págs. 122-123.

(3) El insustentable "Manual de economía científica", Academia de Ciencias de la URSS, varias ediciones.

(4) Los Manuscritos económicos-filosóficos son editados en versión integral solo en 1937. Los Grandissio, a partir de 1952.

(5) Primera edición "crítica" más o menos entre 1956-1959.

(6) Otras obras de Bujarin, La economía política del leninista (1929), y Teoría general (mitad del período de transición (1920).

(7) Véase la recopilación VVAA, Metodología de la planificación, aportaciones soviéticas (1924-1930), Alberto Corazón editor, 1972.

(8) Si bien aclaramos que ninguna de ellas (pensamos en el "comunismo de los consejos", el bordiguismo, etc.) llegó a articular orgánicamente un análisis de la situación socio-económica del capitalismo de los años entre el 20 y el 30.

(9) L. Trotski, El programa de transición para la revolución socialista, Bs. As., Pluma, 1973, p. 7.

(10) Las prevenciones del mismo Trotski pueden rastrear en las polémicas reproducidas en la op. cit., pags. 55 y ss.

(11) El grupo italiano el Manifiesto constituyó un caso ejemplar, muy cercano a las posiciones de Bettelheim.

(12) Véase R. Rosdolsky, Génesis y estructura de El Capital de Marx, México, Siglo XXI, 1978.

D. MARXISMO Y PSICOANÁLISIS

La relación entre el marxismo y el psicoanálisis nos enfrenta a nuevos problemas cuando nos planteamos la articulación de las distintas disciplinas particulares dentro del todo de la concepción marxista. Dicha relación se ofrece más problemática que las tratadas arriba, dado que el psicoanálisis es una ciencia que se constituye como tal en este siglo, en un medio intelectual ajeno al pensamiento marxista. Pero vale la pena abordarla, ya que la relación marxismo-psicoanálisis se convertirá en un paradigma de la relación marxismo-ciencias positivas, esto es, de la actitud del marxismo ante el desarrollo científico, así como la actitud de cada disciplina ante el marxismo (sus intentos recíprocos de explicarse, de subsumir al otro, de excluirlo, etc.). Trataremos de plantear los problemas de los principales problemas que suscita la relación marxismo-psicoanálisis, y a continuación, según someramente las vicisitudes históricas de dicha relación, los distintos modos de abordar el problema y las propuestas que se ofrecieron para resolverlo.

En primer lugar, debemos plantearnos si es pertinente concebir algún tipo de relación entre uno y otro. "¿Qué tiene que ver el psicoanálisis con la revolución? -se pregunta Jean Marie Brohm- ¿Tiene un carácter revolucionario o contrarrevolucionario? ¿Puede ser un arma teórica y práctica de la lucha de clases del proletariado y en su lucha de emancipación, o no es, a fin de cuentas -y a pesar del izquierdismo de ciertos psicoanalistas actuales- más que una ideología "neutralista" que pretende estar separada de la lucha de clases, una ideología propia de un cierto grupo social reclutado entre los elementos de la burguesía y de la pequeño-burguesía? En realidad, ¿cómo situar políticamente el psicoanálisis? ¿Es posible, o más aún, tiene algún interés para la política revolucionaria, para la práctica revolucionaria, o no es quizás más bien una diversión que busca la valorización política (positiva o negativa) de algo que no tendría, tal vez, ninguna importancia real en la lucha de clases y que viviría de algún modo marginado, como parásito de la revolución: Intentar apreciar el papel y el lugar del psicoanálisis en la lucha de clases equivale a darle un estatuto político en función del carácter de la praxis

tercerísimo del marxismo, el desarrollo de la revolución proletaria mundial

"¿Únicamente éste puede ser el criterio de apreciación: el criterio de la revolución. ¿En qué aspecto el psicoanálisis es intrínsecamente revolucionario... ¿en qué aspecto se adhiere a la revolución proletaria? ¿puede el psicoanálisis contribuir a una práctica revolucionaria? si esto se afirma, ¿en qué? si se niega, ¿por qué? ¿Puede encontrar el marxismo en el psicoanálisis un arma en su lucha contra la sociedad burguesa? si es así, ¿cómo utilizarla? Desde un punto de vista más general, si se admite que el marxismo y el psicoanálisis son revolucionarios, ¿cómo imaginar las relaciones entre estos dos procesos revolucionarios?" (1).

Decimos que el psicoanálisis, en tanto "ciencia del inconsciente" y actividad práctico-terapéutica transformadora que "traduce lo inconsciente por lo consciente", esto es, el psicoanálisis como teoría y práctica, como aspecto de la praxis humana, como forma peculiar de apropiación humana del mundo, nace y se conforma con el siglo. Aunque en la órbita del pensamiento de los fundadores del socialismo científico no podía tener lugar lo inconsciente, si podemos encontrar en él la concepción dialéctico e histórico-materialista de la familia, la sexualidad, la opresión de la mujer, que tienen una conexión directa con dicho objeto científico. De allí, del análisis somero de esos textos, puede extraerse una primera conclusión: el psicoanálisis no puede ser ajeno a la concepción marxista, tal como ésta fue pensada por sus propios fundadores, ya que la represión sexual es una de las formas de opresión social, ya que la familia, tal como hoy la conocemos, es producto de una larga evolución histórica que parte de la primitiva gens de derecho materno; ya que la explotación de la mujer nace históricamente con la división de la sociedad en clases antagonicas. Llevar a fondo la crítica que comenzaron Marx y Engels -o mejor que retomaron de los materialistas franceses del siglo XVIII y de sus continuadores, los socialistas utópicos, comenzando por Charles Fourier- profundizar la crítica a la hipocresía de la moral burguesa, a la familia en la sociedad de clases, y especialmente, al "matrimonio por interés" en el capitalismo, al sometimiento por el hombre de la mujer y los hijos, nos lleva a desembocar en el psicoanálisis con su "ataque a los puntos débiles, los puntos más tabues de la sociedad burguesa (familia, religión, moral, sexualidad, etc.)" (2).

Marx y Engels, en su "crítica despiadada del orden existente" no dejan de ocuparse de la crítica al matrimonio, a la familia, a la dominación de la mujer y los hijos por el hombre, a la hipocresía de la moral religiosa y la moral burguesa. En todos sus textos, dijimos, se hacen eco de las penetrantes críticas de los socialistas utópicos y festejan sus "fantasías". En La Sagrada Familia citan las inolvidables páginas de Fourier: "Así como en gramática dos negaciones equivalen a una afirmación, en el negocio conyugal dos prostituciones equivalen a una virtud. El cambio de una época histórica puede determinarse siempre por la actitud de progreso de la mujer ante la libertad, ya que es aquí, en la relación entre la mujer y el hombre, entre el débil y el fuerte, donde con mayor evidencia se acusa la victoria de la naturaleza humana sobre la brutalidad. El grado de emancipación femenina constituye la pauta natural de emancipación general" (3). Fourier no se limita a concebir utópicamente un nuevo ordenamiento económico social, tal como aparece en su Nuevo mundo industrial; su genialidad lo lleva a concebir, a

gado a dicho ordenamiento, un nuevo orden en las relaciones amorosas. El nuevo mundo amoroso. Así señala Simone Debout, "la improbable reunión de los pensamientos de Marx y de Freud, de los dos más grandes revolucionarios del pensamiento y de la praxis modernos, la prefiguró por adelantado el 'utopista' Fourier, cuando esboza la unión del análisis (y de la síntesis) de las pasiones y las relaciones del trabajo. Con él se entreve el punto de encuentro de dos aspiraciones diferentes, la unidad de la organización económica y de la liberación del deseo" (4).

En las últimas décadas del pasado siglo y en las primeras del presente, se desarrolla un amplio movimiento de **reforma sexual** y de **emancipación de la mujer**, promovido, en un principio por damas burguesas que, disponiendo de tiempo libre y cierta cultura "no agotan en la toilette toda su actividad" (Paul Lafargue), por abogados y médicos progresistas y "publicistas" de la "cuestión sexual". Dicho movimiento, por demás heterogéneo, se plantea la "igualdad de los sexos", las relaciones no legalizadas, la lucha contra la prostitución y las enfermedades venéreas; promueve cursos, conferencias, charlas, consultas médicas, edita gran cantidad de libros y revistas, propicia una reforma legislativa. En su seno se confunden los aspectos progresistas de lucha por la emancipación sexual y social, con la crítica moralista de la "naturaleza viciosa del hombre", de las enfermedades venéreas, y de las "desviaciones" por el incumplimiento de la "moral sexual", etc. La socialdemocracia no fue ajena a este movimiento, cuya "reforma sexual" coincidía plenamente con el reformismo político de aquella. El modelo de la literatura socialdemócrata sobre la emancipación de la mujer y el matrimonio es, sin duda, **La mujer y el socialismo** de August Bebel, y el prototipo del sexólogo y reformador socialista de este período, es August Forel, autor de la no menos célebre **La cuestión sexual** (5). Uno de los manifiestos de la Sexpol, haciendo su propia historia, recordará que este movimiento, ligado "a una ideología reformista y confusa, se hallaba en manos de los socialdemócratas, cuando no en la de personas que o bien negaban toda relación entre la reforma sexual y la política, o bien pretendían la transformación de la sociedad burguesa a través del esclarecimiento sexual (M. Hirschfeld, Elken, etc.)" (6).

Marx y Engels, dijimos, hacen suya la crítica sexual y social de los utopistas, mas no se extravían en sus elucubraciones, tanto del nuevo orden económico como del sexual. "Así, pues -escribía el viejo Engels- lo que podemos conjeturar hoy acerca de la regularización de las relaciones sexuales después de la inminente supresión de la producción capitalista, es, mas que nada, de un orden negativo, y queda limitado, principalmente, a lo que debe desaparecer. Pero, ¿qué sobrevendrá? Eso se verá cuando haya crecido una nueva generación... y cuando estas generaciones ya puedan enviar al mundo todo lo que nosotros pensamos que deberían hacer. Se dictarán a sí mismas su propia conducta y, en consecuencia, crearán una opinión pública para juzgar la conducta de cada uno. ¡Y todo quedará hecho!" (7).

Esa "nueva generación" surgió en Octubre en 1917, cuando, junto a la revolución social, practicó su "revolución en las costumbres" y su "revolución sexual". Lejanos parecían entonces los escritos de los socialdemócratas sobre la situación social de la mujer, sobre la evolución histórica de la familia del tipo de los textos de Bebel. Son expresión de esta época, profundamente revolucionaria, que no sólo trastoca los cimientos de la antigua sociedad, sino también los del

hombre mismo, los textos sobre el amor, la sexualidad, y la nueva moral sexual de Alejandra Kollontay y, de entre la gran profusión literaria que se hace eco de la "nueva moral sexual rusa", la novela de León Gomilievsky, **El amor en libertad** (8).

"La legislación de Octubre había dado -en lo referente a la mujer, al niño, al matrimonio- un paso atrevido". Trotsky saludó el inicio de esta revolución en las costumbres que, "mentes estrechas, gente tonta" designaron como "corrupción de las costumbres": se trataba de "señales progresivas de un cambio crítico en las condiciones del Estado", donde a la "mecánica" misma de los grandes acontecimientos, combinada con el ímpetu crítico de las mentes más lúcidas generó el período de destrucción de las relaciones familiares, del que ahora somos testigos" (9). Reich hizo el balance de la legislación matrimonial de la Revolución de Octubre "que fue en su tiempo un objeto de legítimo orgullo para la Revolución" (Trotsky), señalando su gran mérito histórico y sus limitaciones, así como el análisis de la desintegración de la familia, las relaciones libres, la formación de comunas, etc. en su célebre obra **La revolución sexual** (10).

La República Soviética de los años '20 fue, también en el tema que tratamos, escenario de una viva polémica que enfrentó a la ya arraigada escuela pavloviana y a la reciente escuela psicoanalítica (11). Lenin no participa en ella, pero en sus conversaciones con Clara Zetkin demuestra una asombrosa incompreensión ante el psicoanálisis y la problemática sexual (12). Trotsky, en cambio, con una posición mucho más amplia y comprensiva, había exortado, después de la Revolución "a los estudiosos bolcheviques a mantenerse atentos a lo que era nuevo y revelador en Freud" (Deuscher). Consecuentemente, en 1922, le envía una carta a Pavlov, donde le llama la atención sobre el psicoanálisis y las relaciones mutuas de éste con la teoría de los reflejos condicionados, y años después, participa en la controversia soviética "con un alegato en favor de la libertad de investigación y de la tolerancia frente a la escuela freudiana" (13).

Sin embargo, en estos años "la escuela de pensamiento freudiana se vio sometida a un feroz ataque que habría de desterrarla de la Unión Soviética durante muchas décadas. Para muchos miembros influyentes del Partido, la escuela, con su énfasis excesivo en el sexo, parecía sospechosa e incompatible con el marxismo. Sin embargo, la intolerancia respecto del freudianismo, no era exclusiva de los bolcheviques; era tan marcada, cuando menos, en los círculos académicos políticamente conservadores, entre los seguidores de Pavlov que estaban empeñados en establecer un monopolio virtual a favor de sus propias enseñanzas. Tenían sobre los freudianos la ventaja de que su escuela se había desarrollado en el suelo ruso, y de que resultaba atractiva para los intelectuales marxistas porque parecía la más obviamente materialista de las dos. Así pues, los comunistas y los académicos formaron una curiosa alianza contra el psicoanálisis (14). La clausura oficial de esta polémica en los años 30, el relegamiento del psicoanálisis a ciencia burguesa, "teoría del capitalismo en decadencia" y la consagración de la reflexología en "ciencia oficial" (a cargo especialmente de Sapir y otros discípulos de Debórin) van de la mano de la restauración de las costumbres que trae consigo el Thermidor, la rehabilitación solemne de la familia, una ley restrictiva sobre el aborto, una campaña moralista contra el divorcio, etc. (15).

Las décadas de los '20 y los '30 muestran algunas tendencias que se abren

paso en el campo del movimiento socialista hacia el psicoanálisis, así como otros que se abren paso en el campo del movimiento psicoanalítico hacia el socialismo. Entre los psicoanalistas de esta tendencia se cuentan Sigmund Bernfeld (*Socialismo y psicoanálisis*, 1926), Otto Fancich (*Sobre el psicoanálisis como embrión de una futura psicología dialéctico-materialista*, 1934) y, principalmente, Wilhelm Reich, de quien nos ocupamos abajo. Entre los comunistas, se destaca el stalinista francés Georges Politzer, quien en un principio, "se erigió en defensor del psicoanálisis contra toda crítica que no estuviera fundamentada", pero luego, a comienzos de la década del '30 adopta "una posición completamente negativa con respecto a la teoría y la práctica psicoanalíticas" (16). Cabe citar también, aun que fuera del campo político y del movimiento psicoanalítico, los trabajos de (1938) Herbert Marcuse (*Eros y civilización*, 1955, *Psicoanálisis y política*, 1968) y Erich Fromm (*Sobre métodos y objetivos de una psicología social analítica*, 1932, etc.).

Pero es sin duda alguna el de Reich, el intento más serio y orgánico de pensar las relaciones entre el marxismo y el psicoanálisis, tema que será el eje de sus investigaciones entre 1927 y 1935 (17). Reich comienza preguntándose si existe relación alguna entre "el psicoanálisis de Freud" y "el materialismo dialéctico de Marx y Engels", pues de responderse esta pregunta puede plantearse "la relación entre el psicoanálisis, la revolución proletaria y la lucha de clases". El punto de partida para el autor de *La revolución sexual* es: "Que el psicoanálisis se oponga al materialismo dialéctico en tanto método, es decir, que sea idealista y antidialéctico, o que se compruebe que el psicoanálisis aplica en su campo el materialismo dialéctico, aunque sea inconscientemente". En este caso, los marxistas no solo deberían reconocerlo, sino incorporarlo, "en el seno de la Weltanschauung materialista dialéctica".

Reich se propondrá, por lo tanto, demostrar el carácter materialista del psicoanálisis, así como su carácter dialéctico y su función contestataria en la sociedad capitalista (**Materialismo dialéctico y psicoanálisis**), integrar el psicoanálisis al materialismo histórico, mostrando cómo los análisis de Freud sobre la familia, la sexualidad infantil, pueden ser incorporados -iluminando muchas zonas oscuras- en el esquema evolutivo de Morgan-Engels, enriquecido por las recientes investigaciones antropológicas (Malinowski) (**La irrupción de la moral sexual**) como se complementan "la ciencia social marxista" con la "ciencia psicoanalítica", cuando trabajan sobre zonas intermedias como la incidencia de los fenómenos sociales en la vida psíquica (**¿Qué es conciencia de clase?**), o el peso específico de los fenómenos psicológicos en la realidad social (**Psicología de masas del fascismo**). Reich hace la crítica del psicoanálisis erigido en concepción ideológica psicoanalítica al mismo tiempo que intenta llevar hasta las últimas consecuencias lo que en Freud hay de científico y revolucionario: integrar el psicoanálisis en el marxismo significa para él revelar el carácter de **clase** de la represión sexual, desentrañar el rol ideológico que cumple la familia, en tanto "fábrica de ideologías autoritarias", ligar la lucha de la humanidad por su liberación sexual a la lucha por la liberación social (**La revolución sexual**). Pero Reich no se limitó a la crítica teórica del marxismo vulgar y de las ideologías psicoanalíticas; al mismo tiempo que señalaba "el fracaso del movimiento por la reforma sexual", llevaba a la práctica un movimiento político por la revolución sexual. Después de varios in-

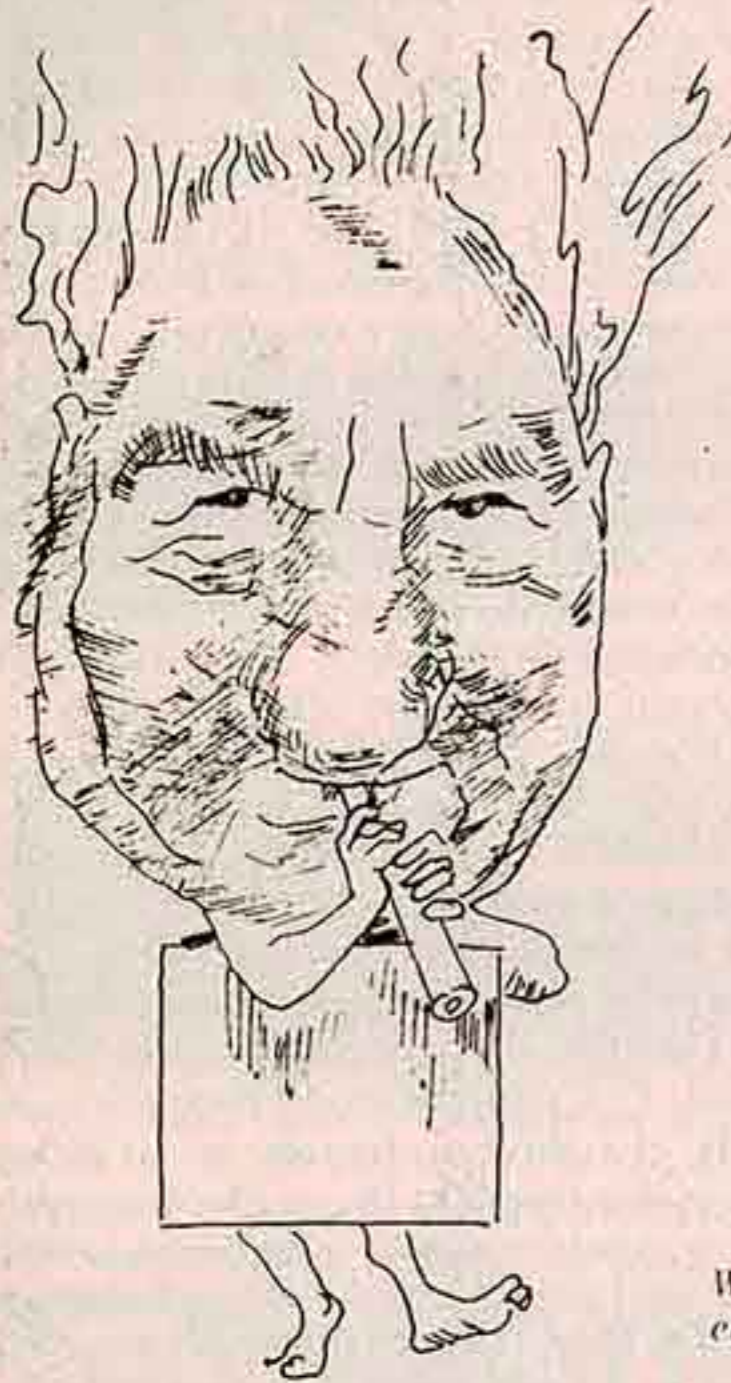
tentos aproximativos en Viena, funda en Alemania, bajo los auspicios del KPD, la **Asociación Alemana para una Política Sexual Revolucionaria**, en 1931, que agrupó inmediatamente unos veinte mil miembros. La **Sex-pol** -tal el nombre que adquirió- combinó la lucha política con la educación sexual y la atención médica y psicoanalítica (18).

El movimiento de revuelta estudiantil que alcanza su clima con el mayo francés, hará reaparecer, después de décadas de olvido, el nombre de Reich, ahora en boca del "estudiantado antiautoritario" y la "izquierda radical". Este fenómeno social da un gran impulso para la reedición, la lectura masiva y el análisis de la obra del "profeta de la Revolución Sexual", pero se apropia de Reich de un modo peculiar, desdenando críticamente lo que en Reich había de envejecido, y aún de reaccionario y autoritario. Riemut Reiche, que en *La sexualidad y la lucha de clases* hace un balance del movimiento Comuna I de Berlín, señala, a partir del reichiano "modelo de relaciones sexuales libres y duraderas", cómo se tornan coercitivas e incluso reaccionarias, "todas las utopías cuando se concretan positivamente" (19). También en Berlín, Hans Peter Gente apuntó "Reich es tan ingenuo desde el punto de vista científico-teórico como feminista ortodoxo en lo que se refiere a la teoría marxista" y Helmut Dahmer, precisó como se apoyó "en un psicoanálisis parcialmente recibido y aceptado, y provisto de considerables 'correcciones' y en un marxismo mal entendido como 'una concepción científico-natural de la naturaleza y de la sociedad en general'" (20). El movimiento antiautoritario de los estudiantes no solo hizo renacer a Reich sino que replanteó, en la teoría y en la práctica, las relaciones entre el psicoanálisis y el marxismo, entre la sexualidad y la revolución, entre la política y la vida cotidiana.

Pero al margen de la línea reichiana, surgen, además, a mediados de la década del sesenta, dos corrientes bastante inconexas entre sí -de la intelectualidad europea "radical" que coincidirán en recuperar para el marxismo -o para el existencialismo sartreano- algunos planteos epistemológicos desarrollados por Jacques Lacan, especialmente en los **Escritos**. En un contexto universitario marcado por los trabajos de G. Bachelard, C. Canquillien, E. Benveniste, A. Koyré y en parte, M. Foucault y J. Derrida, el stalinismo francés -en su vertiente althusseriana- pretende poner al día la teoría marxista de las ideologías (de las "formaciones ideológicas") y el lenguaje, apoyándose en fragmentos lacanianos (21). El círculo de epistemólogos de la calle Ulm, sede de la revista **Cahiers pour l'analyse**, coincidirá con los gurús de **Tel Quel** en la empresa (22). Las declaraciones del mismo Lacan, bastante elusivas en lo que respecta a su relación con Marx y con el marxismo, no lograrán desautorizar inequívocamente la "teoría de la práctica teórica" (23). Sin embargo, después de toda "subversión del sujeto", la historia misma llega a revelarse, y mayo de 1968 delimitó con bastante claridad los límites del lacanismo -y, por supuesto, los límites del stalinismo althusseriano. Los más valiosos de aquella generación de psicoanalistas que participaron del equívoco, reconstruirán sus perspectivas a partir del maoísmo, vinculados estrechamente al combate contra la psicología postfreudiana -en su versión imperialista, el conductismo- y el rigor psiquiátrico (24): el encuentro entre marxistas y anarquistas (Robert Castel, por ejemplo, (25)) no llegará a concretarse, dejando vía libre a los productores de máquinas desantes (Deleuze, Guattari, Lyotard, Baudrillard (26)) -que no alcanzarán a solucionar positivamente el problema de

las relaciones entre Marx y Freud, abriendo las puertas a los "nuevos filósofos" -hijos desencantados de la revolución- que llegan a clausurar *ad infinitum* la problemática marxista, asimilando *El Capital* a un reglamento de los campos de concentración soviéticos (27).

En Inglaterra, por último, la antipsiquiatría (28), nutrida ideológicamente en Proudhon, el joven Marx, Sartre, indistintamente, vieron con auténtica sim-



Wilhelm Reich,
el profeta de la revolución sexual

patía la constitución de la escuela freudiana de París, y en especial, los trabajos de Lacan. Si bien este último, habitualmente supo guardar distancia, algunos de sus discípulos, en particular Octave y Maud Mannonni -la izquierda lacaniana- emplearían fructíferamente las tesis de los psiquiatras ingleses, labor continuada por Roger Gentis (29). Sin embargo, estos últimos aportes, desbordan, en un principio, el marco definido entre las relaciones de Marx con Freud, y más intensamente, con el psicoanálisis. En la medida en que el lacanismo, ideología reaccionaria e institucionalizada, arrojó el aporte freudiano fuera del campo de la historia, constituyendo al significante como límite y recuperador de los contenidos de la realidad, las líneas de convergencia trazadas por Reich y su Sexpol, ha-

ce más de medio siglo, han sido borradas del horizonte del psicoanálisis contemporáneo, obligando a los marxistas, a replantearse permanentemente, la posibilidad, la eficacia y las dimensiones de un diálogo crítico entre el socialismo científico y la disciplina inaugurada por Sigmund Freud.

NOTAS.

(1) Brohm, Jean Marie, *Psicoanálisis y Revolución*, en la recopilación de Hans Peter-Gente *Marxismo, Psicoanálisis y Sexpol*, vol. 2, Bs. As., Granica, 1974. Hay separata de Ed. Anagrama, Barcelona.

(2) A falta de una edición mejor, puede consultarse la selección de los textos de Marx, Engels y Lenin sobre el tema, *La mujer y el comunismo*, Bs. As., Antro, 1956. Un ceñido rasero de los textos de Marx y Engels, pero con una perspectiva conservadora, hace D. Riakov en *El amor y el matrimonio en la sociedad burguesa*, Bs. As., Convergencia, 1975.

(3) Marx-Engels, *La Sagrada familia*, México, Grijalbo, 1958, capítulo VIII, §., p. 261.

(4) Prefacio a Fourier, Charles, *El nuevo mundo amoroso*, México, Siglo XXI, 1972, p. XXI.

(5) Bebel, Augusto, *La mujer y el socialismo*, Bs. As., Ed. Problemas, 1941 (hay edición reciente). Ford, August, *La cuestión sexual*, Bs. As., Partenón, 1952.

(6) *Historia de la Sexpol*, en Subirats, Eduardo (Ed.), *Sexpol. La revolución sexual*, Barcelona, Barral, 1975, p. 18.

(7) Engels, F., *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, en Marx-Engels, *Obras Escogidas*, Bs. As., Cargago 1957, p. 606.

(8) Kollontay, Alejandra, *La mujer nueva y la moral sexual*, Bs. As., Claridad, s/f; *La mujer nueva y la moral sexual y otros escritos*, Madrid, Ayuso, 1977; *Autobiografía de una mujer sexualmente emancipada*, Barcelona, Anagrama, 1980; *Memorias*, Madrid, Debate, 1979.

(9) Trotsky, León, *El nuevo curso* Problemas de la vida cotidiana, Bs. As., Pasado y Presente, 1971, pp. 191 y ss.

(10) Reich, Wilhelm, *La revolución sexual*, impr. en Francia, Ruedo Ibérico, 1970, 2a. parte. Piénsese en lo injusta que resulta la crítica de Reich a los Problemas de la vida cotidiana de Trotsky, responsabilizándolo de omitir la consideración de las relaciones sexuales con- vendría decir, mejor, que Trotsky las aborda típicamente a través del tema de la familia: ¿que se refiere si no cuando llama a no moralizar sobre la "disipación", el "vicio" y "todos" los pecados denunciados en los debates de Moscú? si se la compara con el juicio aprobatorio que le merecen las Conversaciones con Lenin de Clara Zetkin, donde debe recurrir a verdaderos malabarismos para entosaca una frase contra la "mogatería" de un texto que revela el atraso de Lenin en la materia y el aspecto filisteo del gran líder bolchevique (incluida en *El amor y el matrimonio en la sociedad burguesa*, cit., pp. 87-105).

(11) La Asociación Psicoanalítica Moscovita es fundada en 1920 y desaparece a mediados de los años 30, para reaparecer años después con la llamada escuela de Bilitzin. Luria fue su primer secretario, en 1920.

(12) "La misma teoría de Freud, no es más que un capricho de moda. No tengo ninguna confianza en esas teorías sexuales expuestas en artículos, folletos, etc... en pocas palabras, en esa literatura específica que florece con exhibencia en el terreno de la sociedad burguesa. Desconfío de los que están constantemente y en forma obstinada, absorbidos por las cuestiones sexuales, como lo está el fakir hindú, en la contemplación de su propio ombligo", Clara Zetkin, *Conversaciones con Lenin acerca del problema de la mujer*, en: el volumen *El amor y el matrimonio...*, cit., p. 96.

(13) Trotsky sostuvo, según Deutscher "la conclusión de que Marx y Freud tenían más en común de lo que los marxistas están dispuestos a admitir" (Deutscher, Isaac, *El profeta arrojado*, México, ERA, 1970, p. 183. Trotsky cuenta en *Mi Vida* (Bs. As., Del Siglo, 1972 pp. 231-232) que fue su colaborador en el exilio, en Viena, hacia 1908, A. Joffe, quien lo introduce en el psicoanálisis. Este se trataba con Alfred Adler, quien atendió luego a Bujarin y muchos otros socialistas. "Durante los años de mi estadía en Viena escribo a Pávlov-pude colearme de cerca con los freudianos; leía sus trabajos y hasta asistía a sus reuniones". Su Carta al Académico Pávlov así como su intervención en los debates de 1926. *Cultura y socialismo*, fragmento se encuentran en *Literatura y revolución*. Otros escritos sobre la literatura

y el arte, imp. en Francia, Ruedo Ibérico, 1969, t. II.

(14) Deutscher, El profeta dsamiado, México, Era, 1971, p. 171.

(15) Trotsky, León, La revolución traicionada, Santiago de Chile, E. Cilla, 1937, cap. VII: La familia, la juventud, la cultura.

(16) V. Hans Peter-Gente (Ed.), Marxismo, Psicoanálisis, Sexpol, cit., vol. I. Sobre la obra de Georges Politzer puede consultarse Futundjian, Ovsien, La psicología de Georges Politzer, en: Visicitudes de una relación, Bs. As., Granica, 1973, compilación de Armando Baulón; Bieger, José, Psicoanálisis y dialéctica materialista, Bs. As., Paidós, 1958, cap. I: Georges Politzer. La psicología y el psicoanálisis. La "obra psicológica" Politzer fue preparada por Bieger para la edición castellana: Escritos psicológicos de Georges Politzer, Bs. As., Jorge Alvarez, 1966, 3 volúmenes).

(17) Percharlo, que para algunos autores corresponde al "primer Reich" y que otros como De Marchi ubican como intermedio entre el período psicoanalítico (1919-1927) y el "orgónico" (1935-1957). Entre esos años Reich escribió Materialismo dialéctico y psicoanalítico, 1929 (México Siglo XXI, 1973), La marcha sexual de los jóvenes, 1932 (Bs. As., Granica, 1972, México, Ed. Poca, 1974), La irrupción de la moral sexual, 1932 (Bs. As., Homo Sapiens, 1973), Psicología de masas del fascismo, 1933 (Bs. As., Ed. Latina, 1972), ¿Qué es conciencia de clase?, 1934 (entradado junto a Materialismo dialéctico y psicoanálisis, cit.) y La Evolución sexual (ed. completa), 1935 (imp. en Francia, Ruedo Ibérico, 1970). No nos ocupamos aquí, por desbordar el marco de este texto, del "Reich orgónico". Sin duda alguna, este último Reich no abjuró del marxismo, ni siquiera del leninismo, tan sólo del stalinismo. Sin embargo, es evidente, que en este último período se ha desplazado el centro de su interés: ya no le interesa integrar el psicoanálisis a la Weltanschauung marxista, sino recuperar parcialmente a Marx y a Freud para una Weltanschauung reichiana, de carácter cosmogónico, regida por el principio maniqueo de la lucha entre la energía del Bien (ORB) y la Energía del Mal (DOR). El instinto de vida y el instinto de vida y el instinto de muerte, que habría teorizado Freud, cobran aquí una dimensión cósmica. La concepción de la lucha de clases se desdibuja hasta casi desaparecer, para dar lugar a la concepción de los grandes hombres que hacen la historia, creadores y mártires, enfrentados a una masa amorfa que primero los rechaza y después de muertos los fetichiza, en una línea que parte de Jesús y pasa por Marx y por Freud, hasta llegar al propio Reich.

Pero el KPD expulsa de sus filas a Reich y prohíbe la venta y distribución de sus libros, alarmados por el crecimiento de la Sexpol. "Debemos apartar a la juventud de las cuestiones sexuales, en vez de atraerla hacia ellas" declara un alto funcionario del Partido. Dos años más tarde, Reich sería expulsado por la otra burocracia, La Asociación Psicoanalítica Internacional, iniciando por aquellos años del exilio en Noruega el camino de sus delirios paranoias, que llegarían a su paroxismo en los Estados Unidos, hostigado por la "caza de brujas" maccarthysta, que lo llevarían a morir en la Penitenciaría de Lewisburg, Pennsylvania en 1957. Algunos documentos de Sexpol pueden encontrarse en: Reich, Sapir, Fenichel, Sexpol (ed. y prol. de Eduardo Subirats) Barcelona, Barral, 1975. Sobre Reich pueden consultarse en castellano: Cattier, Michel, Vida y obra de Wilhelm Reich, Caracas, Tiempo Nuevo; De Marchi, Luigi, Wilhelm Reich, Biografía de una idea Barcelona, Península, 1974; Lapassade, Georges, La bioenergía. Ensayo sobre la obra de Wilhelm Reich Barcelona, Gedisa, 1978; Giffendorf de Reich, Ilse, Wilhelm Reich. Una biografía personal, Bs. As., Granica, 1972 (reed. por Gedisa, Barcelona); Palmier, Jean-Michel, Wilhelm Reich. Ensayo sobre el nacimiento del Freud-marxismo, Barcelona, Anagrama, 1970; Sinelnikoff, Constantín, La obra de Wilhelm Reich, México, Siglo XXI, 1971; Dadoum, Roger, Cien flores para Wilhelm Reich, Barcelona, Anagrama, 1978; Wilhelm Reich (sic: varios autores), El psicoanalista revolucionario, Bs. As., Síntesis, 1976.

(19) Reich, Reimut, La sexualidad y la lucha de clases, Barr. Siglo Barral, 1969, pp. 269 y ss.

(20) En la recopilación Marxismo, Psicoanálisis y Sex-pol, cit., t. II: El psicoanalista revolucionario, cit.).

(21) Cf. Althusser, Freud y Lacan, en "La nouvelle Critique", Nro. 161-162, diciembre-enero, 1964-1965 (hay trad. Anagrama, 1970); Michel Tort, El psicoanálisis en el materialismo histórico, "Nouvelle Revue de Psychoanalyse", Nro. 1 (hay trad. Eds. Noé, 1972). El eje de las maniobras será la teoría: la serie Marx/Freud/Nietzsche se transforma en la base de la insurrección discursiva. Puede consultarse también, L. Althusser, Para leer el Capital, Siglo XXI, 1969, 2da. Ed. pag. 19 y ss. del mismo autor, Ideología y aparatos ideológi-

cos del Estado, incluido en "La filosofía como arma de la Revolución", Pasado y presente, 6ta. Ed. Pags. 120 y ss; también J. Ranciere, El concepto de crítica y la crítica de la economía política, de los Manuscritos de 1844 a El Capital, Noé, 1974, pags. 154 y ss.

(2) Por el triquismo, se esforzaron J.L. Baudry, J.J. Gaoux, P. Guyotat, J. Henric, J.L. Houdeine, J. Kisteva, G. Scarpetta y J.L. Schofer.

(23) Las más sabrosas referencias del Lacan al marxismo se encuentran en: Psicoanálisis, radio-fofía y televisión, Anagrama, 1977, pags. 42-43, 53-66, 72-76 y 95-96; las Respuestas a unos estudiantes de filosofía sobre el objeto del psicoanálisis publicadas junto al artículo de Althusser, op cit, pag. 45-58, y los Escritos pags. 353-354. Para oscurecer el panorama, su más directo colaborador, J.A. Miller, en su Foción de la Formation théorique, Cahiers marxistes-leninistes, Nro. 1, vuelve hacia el problema de la ideología.

(24) Tort, El concepto. Intelectual, Siglo XXI, 1977.

(25) Castel, El psicoanálisis, Ecos Maspero (Hay trad. Siglo XXI). En la misma generación, los libros foucaultianos de Pierre Legendre (El amor del censor, Anagrama, 1979; Gozar del poder, Seuil) culminan la transición del anarquismo a la "nueva filosofía".

(26) Los "clásicos": El Anti-Erigo, Rizzoli, Psicoanálisis y transexualidad, a partir de Marx y Freud, Los dispositivos pulsionales, El sistema de los objetos, El espejo de la producción, respectivamente.

(27) Véase el prólogo de F. Jiménez Losantos a J/f. Lyotard, Discurso, Figura, Gustavo Gil, 1979, pags 9-26.

(28) Las obras de Cooper y Lang, sobradamente conocidas en nuestro medio, a las que podemos agregar el volumen antológico "Lang, antipsiquiatría y contra cultura", Fundamentos, 1973.

(29) El episodio figura en R. Gensis, "Los psiquiatras franceses y la antipsiquiatría", incluido en "Lang ...", op.cit, pags 303-321, puede consultarse también del mismo autor, Las Tapis del manicomio, Laia, y Guerr. se.vie, Ecos Maspero.

INC I V

"Nosotros sabemos que la lucha del proletariado contra el capitalismo se desarrolla sobre tres frentes: el económico, el político y el ideológico). Para que la lucha sindical se convierta en un factor revolucionario, se necesita que el proletariado la acompañe con la lucha política, es decir que el proletariado tenga conciencia de ser el protagonista de una lucha general que abarca todas las cuestiones más vitales de la organización social, es decir que tenga conciencia de luchar por el socialismo. El elemento "espontaneidad" no es suficiente para la lucha revolucionaria: nunca lleva a la clase obrera más allá de los límites de la democracia burguesa existente. Es necesario el elemento conciencia, el elemento "ideológico", es decir la comprensión de las condiciones en que se lucha, de las relaciones sociales en que vive el obrero, de las tendencias fundamentales que obran en el sistema de estas relaciones, del proceso de desarrollo que sufre la sociedad por la existencia en su seno de antagonismos irreductibles, etc".

Gramsci, Necesidad de una preparación ideológica de masas, 1925 (1.)

Nos referíamos, al comenzar, a la necesidad de dar respuestas a la dispersión y al vacío teóricos imperantes en la Argentina. Es que, a la ya escasa produc-

ción teórica marxista entre nosotros, estos años de feroz dictadura militar impusieron la disgregación total del bloque intelectual que trabajosamente se constituía desde los años '60. El masivo éxodo de intelectuales; la desaparición de las editoriales dedicadas a la publicación de obras marxistas (Pasado y Presente, La Rosa Blindada, Tiempo Contemporáneo, Jorge Álvarez, Carlos Pérez Editor, etc.) o su drástico viraje en su plan de publicaciones (Galerna, de la Flor, etc.); la inconnexión con el resto del mundo vía la prohibición del ingreso de publicaciones y libros de editoriales extranjeras (no ingresan más libros de ERA, de México, Anagrama, Ayuso, Fontamara, etc. de España, de Martínez Roca y Grijalbo, solo se permite el ingreso del best-seller, la literatura pornográfica y sensacionalista); la desaparición de las mejores revistas políticas y culturales (Crisis, El escarabajo de Oro); las quemaduras públicas de libros; las requisas de "material subversivo" a transeúntes, domicilios particulares, bibliotecas privadas y públicas, la desaparición de más de cincuenta intelectuales y artistas, configuran parcialmente el sombrío cuadro de represión y terror de estos últimos años. Este "movimiento" intelectual, sin demasiada conciencia quizá de su carácter colectivo, nace en los años '60 a través de revistas políticas y culturales independientes, con escaso o nulo contacto con la vida universitaria, y es disgregado abruptamente en la última etapa del gobierno peronista y en los primeros años de gobierno militar. Los intelectuales que permanecieron en el país continuaron aisladamente una labor investigativa y docente; el producto, y al mismo tiempo, la contracara de estos años negros es la infinidad de copias mecanografiadas de investigaciones que por muchos años permanecerían inéditas, y la proliferación de cursos de estudio de toda índole, de carácter semiclandestino. Los jóvenes que, a pesar de todo, acceden estos años a la vida política e intelectual, encuentran en los cursos privados y en la prensa "subterránea" un canal de expresión y comunicación. La importancia de estos cursos privados es enorme: aun con su modesto alcance, suplantaron a un mismo tiempo a la cátedra universitaria, a la revista que ya no se hallaba en los kioscos, al material bibliográfico que se había vuelto inaccesible. Los cursos privados fueron el único hilo, tenue pero hilo al fin, que comunicó a la joven generación con su verdadera tradición histórica, cultural y política.

No obstante, estos años dejaron profundas secuelas que se erigen en grandes obstáculos para la reconstitución democrática de nuestra sociedad civil, dentro de la cual puedan volver a aparecer las revistas, las editoriales, las discusiones públicas. Antonio Gramsci vislumbraba los peligros de la actividad clandestina y semiclandestina bajo el terror mussoliniano, pues, la ausencia de discusiones y de "contraste de ideas", "la vida aislada o la reunión santurra de pequeños grupos reservados, la costumbre que puede ir formándose de una vida política que en otros tiempos parecía de excepción, suscitan sentimientos, estados de ánimo, puntos de vista que son a menudo errados y a veces hasta morbosos" (2).

Al día de hoy, la dispersión política e intelectual de cientos de cursos y revistas inconexas entre sí, que fue la savia nutricia de estos años pasados, se ha vuelto completamente insuficiente. Hoy se ha puesto a la orden del día el debate público entre todos los sectores que trabajaron en esa semiclandestinidad, así también como con los exilados, con vista a una mayor centralización y coordinación de la actividad político-intelectual, con vistas a la reconstrucción de esa trama socio-cultural que hizo girar el lopezrequisismo y la dictadura militar. No es que supongamos, ingenuamente, que hoy están dadas las garantías democráticas

para semejante tarea; por el contrario, proponemos semejante tarea para conquistar dichas garantías democráticas. La democracia, para los marxistas, no es una forma de Estado político estable al que se deba tender. "El grado de democracia, o más bien el grado de democratización de la vida pública -escribió Henri Lefebvre- de la vida política y social, es exactamente proporcional a la intensidad de la lucha por la democracia. La democracia no es otra cosa que la lucha por la democracia" (3).

La democracia no es un "estado", sino un proceso; no es una adquisición hecha de una vez y para siempre, sino el producto de una lucha permanente. Y en un Estado semitotalitario como el nuestro, con un monstruoso aparato represivo todavía en pie, con la situación de miles de detenidos-desaparecidos, con la educación en manos de los sectores más retrógrados y oscurantistas, la lucha democrática adquiere un lugar clave en el proceso de transición de la lucha por el socialismo. La lucha por la democracia, como uno de los ejes del programa de transición, le da a la revolución argentina un carácter permanente. Para decirlo en palabras de Lenin, "la democracia, llevada a la práctica del modo más completo y consecuente que puede concebirse, se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria, de un (fuerza especial de represión de una determinada clase) en algo que ya no es un estado propiamente dicho" (4).

¿Qué papel le cabe en este proceso, entonces, a un órgano como el nuestro que se presenta como una propuesta de investigación y de lucha ideológica, en el marco de la lucha democrática y antimperialista que viene llevando adelante el conjunto de los oprimidos de nuestro país? ¿Es la nuestra una tarea distraccionista de la lucha revolucionaria, producto de un desvío intelectualista? ¿Es la nuestra una tarea inútil, llamada a no despertar sino el interés de intelectuales marginales? ¿Le cabe a un grupo de intelectuales independientes el hablar pretenciosamente de "praxis revolucionaria" cuando su lucha ideológica no está encuadrada dentro de un partido revolucionario?

Para responder estos interrogantes, partimos de un doble presupuesto, que aquí nos limitamos a enunciar, pero que esperamos desarrollar en los números sucesivos:

(1) la inexistencia en nuestro país de un agente de cambio histórico organizado y estructurado, de un sujeto histórico que articule y cohesione la lucha de todos los explotados, acaudillados por el proletariado, por la liberación nacional y social; esta ausencia pone de manifiesto el fracaso permanente de todas las corrientes políticas de izquierda en su tarea de construirse en vanguardia revolucionaria de dicho bloque histórico;

(2) la necesidad de la **lucha ideológica contra la burguesía**, la batalla ideológica destinada a **disgregar el bloque ideológico de la clase dominante**; que es, al mismo tiempo, la necesidad de **estructuración de un nuevo bloque ideológico de las clases subalternas**, que sea expresión del **bloque histórico** a conformarse mediante la alianza de todos los sectores explotados acaudillados por el proletariado.

Nos detendremos brevemente en este último punto. No estará de más repetir una y mil veces después de la trágica experiencia foquista que vivimos en la década pasada, la necesidad de la lucha ideológica, de disputa la dirección ideológica a cualquier intento de tomar el poder por asalto.

Recordamos que el viejo Engels, haciendo un balance de las luchas del movimiento obrero alemán, le reconocía el mérito de haber llevado la lucha "en forma política y económico-práctica (resistencia a los capitalistas). En este ataque concéntrico, por decirlo así, reside precisamente la fuerza y la invencibilidad del movimiento obrero alemán". Recomendaba especialmente a los jefes "instruirse cada vez más en todas las cuestiones teóricas, desembarazarse cada vez más de la influencia de la fraseología tradicional, propia de la vieja concepción del mundo, y tener siempre presente que el socialismo, desde que se ha hecho ciencia, exige que se lo trate como tal, es decir, que se estudie. La conciencia así lograda, y cada vez más lúcida debe ser difundida entre las masas obreras con celo cada vez mayor. . . ." (5). Lenin destaca, contra los pragmatistas economicistas y los subjetivistas terroristas, "la importancia que la teoría tiene en el movimiento socialdemócrata". "Engels reconoce - recuerda Lenin - **o dos formas de la gran lucha de la socialdemocracia (la política y la económica como se estila entre nosotros, si o tres, colocando a su lado también la lucha teórica**" (6). Pero será Gramsci, llamado el "teórico de las superestructuras", quien brindara la fundamentación más acabada de la lucha ideológica en el contexto de la lucha de clases. Para el revolucionario italiano, la lucha ideológica no es otra cosa que la lucha por la hegemonía de la cultura ante la burguesía, ante el monopolio de la cultura por las clases poseedoras. La construcción de un sistema hegemónico de las clases subalternas, opuesto al sistema hegemónico de la clase dirigente, implica también la lucha por fracturar el bloque ideológico de esta última, por disgregar su bloque intelectual. El bloque de las clases subalternas generará sus propios **intelectuales orgánicos**, quienes, habiendo roto con la tradición intelectual hegemónica, servirán de intermediarios entre el proletariado y los **intelectuales tradicionales**, apuntando a la fractura del **bloque ideológico burgués**, y disgregando su **bloque intelectual**, "armadura flexible, pero muy resistente" del bloque histórico. Los intelectuales orgánicos serán los encargados de dar homogeneidad y conciencia al nuevo bloque histórico. Gramsci otorga la primacía de la lucha ideológica sobre la política y la económica, en el sentido de que considera que las clases subalternas deben conquistar en primer lugar la sociedad civil. "Un grupo social puede e incluso debe ser dirigente antes de conquistar el poder (alternativo) y esta es una de las condiciones principales para la misma conquista del poder". En los países que poseen una fuerte sociedad civil, la estrategia de las clases subalternas no puede ser el asalto directo del Estado (sociedad política). Este es "solo una trinchera avanzada, detrás de la cual existe una robusta cadena de fortalezas y casamatas" (la sociedad civil).

Estas consideraciones diferencian claramente el doble camino para la hegemonía de las clases subalternas: el ataque en primer término a la sociedad civil (el asalto sobre la sociedad política (Estado)). Un inteligente comentarista de Gramsci lo plantea en estos términos: "si atacan en primer término a la sociedad civil, tropezarán con un bloque intelectual muy difícil de quebrantar y que tiende incluso a absorber su élites con procedimientos tales como el transformismo y llega hasta suprimirlos por la fuerza. Si, por el contrario, las clases subalternas empiezan a luchar en primer término contra la sociedad política, esta será suplantada por la sociedad civil que suscitará fuerzas "privadas" paramilitares, o bien, en caso de éxito "político", sufrirán la influencia ideológica de la antigua sociedad civil que

no conquistaron previamente" (7).

Sin dejar de plantear las dificultades de la conquista previa de la sociedad civil en la estrategia revolucionaria, lo que se descarta por sí solo es el asalto jacobino al Estado burgués por autoproclamadas vanguardias revolucionarias. Sin embargo, no podemos dejar de señalar que el excesivo privilegio concedido a la lucha ideológica en los planteos gramscianos ha dado pie a las teorías eurocomunistas de adaptación al Estado capitalista y rechazo al planteo de la toma del poder.

En verdad, la estrategia revolucionaria se articula como un todo en sus tres frentes de lucha: el frente económico-sindical, el frente político-organizativo y el frente teórico-ideológico. La lucha de la clase obrera y del conjunto de los oprimidos por la **dirección ideológica** debe estar orgánicamente ligada a la lucha por la **dirección política**. El proletariado solo puede constituirse en dirección política e ideológica del conjunto de los explotados a través de un **partido revolucionario de clase**.

Sin embargo, existe en nuestro país un profundo divorcio entre la intelectualidad revolucionaria que se plantea la lucha ideológica y los partidos tradicionales de la izquierda, que se reducen a plantear la lucha económica y política. El debatido problema de la independencia o la organicidad de los intelectuales no es meramente teórico, sino ante todo un problema práctico. El intelectual que elige la independencia, elige el camino de su desarrollo teórico, de la lucha ideológica como francotirador; el intelectual que, por el contrario, elige su incorporación a uno de estos partidos, se condena a la asfixia teórica en nombre de un improbable contacto orgánico con la clase obrera por mediación de la organización. Es un hecho incontestable para todo honesto militante revolucionario que **no hay cabida** en los partidos-organizaciones que se reclaman revolucionarias y de la clase trabajadora, para un replanteo crítico de la **crisis de la dirección revolucionaria** que abarca a **todas** las corrientes políticas ni para la **investigación teórico-política con vistas a la lucha ideológica**.

Piénsese en la aridez y la pobreza teóricas de la producción de los "intelectuales" de los partidos de izquierda, desde Nicolás Repetto y Vittorio Codovilla hasta Otto Vargas y Nahuel Moreno. Compárese la producción de intelectuales independientes -o bien con relaciones esporádicas o conflictivas con sectores políticos- para que los resultados salten a la vista. Los partidos de la izquierda tradicional, esclerosados, burocratizados y dogmáticos, terminan rechazando de su seno los frutos más fecundos y originales de la producción marxista. La obra histórica de Rodolfo Puiggrós, Sergio Bagú, Marcos Kaplan o Milcíades Peña, las investigaciones filosóficas de Carlos Astrada y Alfredo Llanos; los trabajos de crítica literaria de David Viñas y Blas Matamoros; la obra ensayística de León Rozitchner y Juan José Sebreli, no pudieron tener cabida en esos partidos. Las mejores revistas políticas y culturales no fueron órganos de partido alguno sino publicaciones independientes, como **Pasado y Presente**, **Fichas de investigación económica y social**, **Nuevos Aires** o **Crisis**. El mayor aparato editorial de difusión de obras marxistas en nuestro país -la Editorial Pasado y Presente- tuvo también un carácter privado e independiente.

Por lo tanto, ¿qué cabida podía tener el planteo de **Praxis** en el seno de los partidos tradicionales de la izquierda? Muy leninista para gusto de los socialdemócratas, "revisionista" para uso de stalinistas, muy prorrusa para desazón de los maoístas, muy intelectualista para horror de los trotskistas, muy trotskista para

la conciencia de los socialistas puros, desviacionista de la lucha militar "revolucionaria" para los foquistas y demasiado "foránea" para la epistemología nacional de los peronistas, **Praxis** no podía nacer sino como **órgano independiente**. Pero "independiente" no significa, ni mucho menos, apolítico o no comprometido. Muy por el contrario, **Praxis** quiere ser, en esta etapa, la conciencia teórica de una necesidad práctica: la de integrar la lucha económica, la lucha política y la lucha ideológica en la **totalidad concreta de la praxis revolucionaria**.

NOTAS:

- (1) En Gramsci, Antonio, *La concepción del partido proletario*, Bs. As., Ed. Latina, 1973, pp. 187-188-189.
- (2) *Ibid.*, p. 185.
- (3) Lefebvre, Henri, *Los marxistas y la noción de Estado*, Bs. As., e. Pérez Editor, 1976, p. 76.
- (4) Lenin, V.I. *El estado y la Revolución*, en *Obras Completas*, tomo XXV, Bs. As., 1958, pp. 412-413.
- (5) Engels, Federico, *Las guerras campesinas en Alemania*, Bs. As., Andes, 1970, pp. 27-34. (Se trata del agregado de 1874 al prólogo de la segunda edición).
- (6) Lenin, V.I. *¿Que hacer?*, en *Obras Completas*, Bs. As., Cartago, 1959, pp. 377-378.
- (7) Portelli, Hugues, *Gramsci y el bloque histórico*, Bs. As., Siglo XXI, 1974. Para una bibliografía de y sobre Gramsci, véase en el presente volumen el artículo de Alejandro Contti, *Gramsci y el concepto de crisis orgánica*.

El primer borrador del presente Editorial fue redactado por Horacio Tarcus, con la colaboración de Alejandro Contti en los apartados II, (c) y III (d).

sección

el intelectual y la revolución

Esta sección incluirá los trabajos referentes a la función del intelectual a los distintos tipos de intelectuales, a su evolución histórica, a su estructuración en bloques ideológicos, a su inserción social y política, a la politicidad de su discurso, y a todos los problemas referidos a la problemática del intelectual y la revolución. Tema de especial relevancia en nuestro país, hoy se nos plantea la necesidad de un balance crítico de la intelectualidad argentina, especialmente de la radicalización de los años '60, la incorporación al bloque peronista en los '70, la actitud de los intelectuales ante el golpe, el debate en torno al exilio, y, finalmente, el de la formación de un bloque intelectual revolucionario. En esta perspectiva están inscriptos los dos trabajos que presentamos a continuación. El ensayista argentino Carlos Alberto Brocato, en un texto polémico, hace la defensa de la politicidad del discurso ideológico, más allá del alineamiento partidista del intelectual. La joven escritora Laura Rossi, por su parte, presenta los distintos comportamientos ideológicos de los intelectuales argentinos desde el golpe militar con particular atención en el carácter "transformista" de la dictadura, esto es, en el intento de ganar para su bloque ideológico a los intelectuales tradicionales que en los años '60 y '70 habían saludado con fervor la irrupción revolucionaria de las masas en Latinoamérica.

LA INTELLECTUALIDAD Y LA CRITICA DEL BALAZO*

por Carlos Alberto Brocato

Durante un tiempo se puso de moda entre nosotros un dibujo de Giné que se compone de dos guerrilleros, con sus respectivas boinas, barbas y trajes de monte: uno lleva el fusil al hombro; el otro, la lapicera. Yo no sé qué es exactamente lo que quiso decir el dibujante francés con ello: si el escritor apuntando bien con la lapicera es un guerrillero, o si el escritor para apuntar bien tiene que hacerse guerrillero, o ambas cosas a la vez, mezcladas a gusto y *piacere*. Este dibujo, tan de moda entre nosotros, podría tomarse, también, como logotipo de aquella discusión infernal, que todavía continúa y continuará mientras haya luchas sociales e intelectuales, entre los que acentuaban "la crítica de las armas" y los que enfatizaban "las armas de la crítica". Cuando los marxistas discutimos estas cosas, y para calentar la discusión acudimos por lo general a la leñera de los clásicos, comenzamos a adquirir un curioso parecido con los adventistas o los testigos de Jehová, quienes, como se sabe, retornan a la Biblia para encontrar toda respuesta, que ya está ahí preparada desde hace tiempo. La curiosidad y parecido de esta epistemología se amplían cuando se comprueba que tanto unos como otros realizan lecturas diferentes de sus respectivos textos sagrados, cosa que no hace titubear a ninguno para declarar que su lectura es la verdadera. ¿La diferencia consistirá, tal vez, en que éstos son, digamos, tolerables, pues toman la religión religiosamente, y nosotros resultamos insoportables cuando encuadernamos *El Capital* con las tapas doradas de *El Corán*?

Lo cierto es que, como consecuencia del dibujito o para acompañar su ilustración, aparecieron los que sostenían que con la lapicera, por más afilada que estuviese la pluma cucharita, no se podía matar ni a un conejo. A partir de ese momento, los que se convencieron de ello no se demoraron más en la minucia de cuál era la función de la lapicera sino que, bajo la consigna de "El marxismo en la cartuchera" (¿se acuerdan?), se dedicaron a recomendar que se buscara algo que fuera útil para matar a un conejo. Hasta tuvimos instructores europeos, como Debray, que vinieron a dejarnos la recomendación y luego se volvieron a Francia a seguir escribiendo. Pero vayamos por partes: la situación previa en que se inscribe esta negación de la acción intelectual se encuentra en la crisis de la denuncia como acción. Veamos primero este punto.

Resultará muy útil para ello tomar como material de exámen un breve libro de Chomsky editado en la Argentina, (1) que incluye anexa la carta de un profesor norteamericano y se abre con el prólogo de un argentino; los tres textos redondearán la cuestión. La carta del profesor George Steiner es interesante por

(*) El texto que se leerá a continuación constituye un capítulo del libro, aún inédito, *El exilio es el nuestro* (1980), en el que el autor intenta un exámen de la década del '70.

los temas que sugiere, aunque sean clásicos en esta problemática. Digamos primero que Steiner comparte y celebra el ensayo de Chomsky, pero no acaba de satisfacerle: "¿No se detiene su ensayo casi en el punto en que debería empezar?", le pregunta. ¿Qué es en verdad lo que Steiner reclama de Chomsky? Una guía para la "acción". He aquí el punto que nos ocupa.

"Las falsedades que nos rodean requieren exposición. Pero ¿después qué? Usted dice correctamente que todos somos responsables; usted vislumbra correctamente que nuestra situación futura puede no ser mejor que la del consentidor intelectual bajo el nazismo. Pero ¿qué acción solicita o incluso sugiere usted?" Y después de enumerar algunas de esas posibles acciones, como abandonar una universidad demasiado comprometida con los monopolios o ayudar alumnos a escapar a México o a Canadá y de ese modo burlar el alistamiento para Vietnam, insiste: "El intelectual es responsable. ¿Qué debe hacer pues?" Y, más adelante: "Sentimos con angustia que nuestras opiniones son mejores, que debe oírse a una élite de conciencia y visión. Pero cómo y en qué forma políticamente activa".

Chomsky responde a estas inquietudes describiendo algunas formas de "discrepancia y "resistencia" usuales en el movimiento antibelicista o pacifista norteamericano de la época (recuérdese que estamos en la guerra de ocupación de la península vietnamita), que él mismo lleva a la práctica; muestra a la vez una lúcida conciencia de los límites de la actividad intelectual. No es, realmente, su respuesta lo que ahora más nos interesa. En general, la posición de Steiner y en menor medida la de Chomsky expresan ese grado de inseguridad e incluso de impotencia que acompaña la actividad de los intelectuales progresistas en Norteamérica. Tampoco nos detendremos en esto, aunque hay que advertirlo ya, esa impotencia está tiñendo la falacia que comienza a entreverse. Porque, en efecto, la cuestión está aquí, en la falacia. Toda acción política es necesaria. No está en discusión esto. De lo que se trata, en rigor, es de por qué la denuncia de Chomsky no constituye una "acción política". O, en términos más generales aún, por qué la denuncia no es acción. Hay que rechazar esta falacia.

Si nos detuviéramos a analizar las causas generales por las cuales la denuncia de un intelectual se desvaloriza ante sus ojos como acción, tema bastante interesante, lo más probable es que nos desviáramos de nuestro objetivo. Este libro, por otra parte, intenta en varios lugares distintas aproximaciones a ese análisis. Podríamos dejar apuntado, no obstante, como fuente convergente de esa pérdida de confianza, una eficacia relativa menor de esa denuncia si se la compara en función del rol social del intelectual en el siglo XIX y el que la sociedad neocapitalista le concede (aquí el rol del intelectual genuino ha sido sustituido en gran parte por el rol del seudointelectual de la industria cultural); una eficacia limitada relativa de toda denuncia individualizante y subjetivante, que ha sido no tanto con frecuencia sino con publicitada frecuencia el rasgo dominante de la clásica denuncia del intelectual francotirador; una cierta crisis de esa denuncia intelectual que surge como reflejo de la crisis del rol intelectual en la crisis intelectual del marxismo militante; una eficacia sobredimensionada, casi idealizada, de lo que suele llamarse, o el intelectual sin experiencia de partido llama, la "acción política". Entre las causas particulares más conocidas la que ocupa el primer lugar es la de los vaivenes que produce en esa confianza el ascenso o retroceso de la marcha histórica.

La denuncia es una parte importante de la actividad política. Sólo habría que preguntarse qué pasaría si gran parte de los intelectuales decidieran denunciar al mismo tiempo un determinado mal de la sociedad en que viven. ¿Cambiaría o no la eficacia? Pero aquí debiéramos haber dicho eficacia inmediata. Puede aceptarse como principio general que la denuncia gana en eficacia si se articula en una campaña o se incorpora a los planes de un partido. Esto es verdad en general e históricamente se lo ha comprobado. Si no se da ahora con la suficiente frecuencia con que se daba en la época clásica de la lucha socialista no es porque los intelectuales persistan en su rasgo de francotiradores sino, en especial, porque lo partidariamente clásico de esa época se ha perdido. Pero también es verdad que las denuncias como las de Chomsky se inscriben en movilizaciones generales y por lo tanto no son ajenas a un plan, a una batalla política general. No son aisladas no individualizantes; se ubican, por tanto, bien lejos de los disparos de un francotirador.

En cuanto a que la "acción política", concebida como acción práctico-política de los partidos, constituye el reino de la eficacia pura, no deja de ser más que la idealización pequeñoburguesa de la actividad política. Los intelectuales que nunca han militado o no lo han hecho en serio creen que un militante político no se rompe los dientes todos los días en ese muro. Por eso muchos de ellos cuando se incorporan a un partido y descubren duramente que tal Eficacia no existía y que, por el contrario, hay que construirla hasta en los mínimos detalles de la herramienta capaz de forjarla, se retiran malhumorados y escépticos a su casa: desde ese momento ingresan en la corriente de los que sostienen que la acción política de los partidos no sirve para nada. De la eficacia pura han pasado ahora a la impotencia pura(2).

Retomemos entonces lo de la falacia. La que niega el carácter de acción política a la denuncia, a la herramienta natural del intelectual. En el caso que vimos del profesor Steiner era la consecuencia de la duda, de la incertidumbre. No hay en ella rastros de soberbia intelectual, de privilegiación; tampoco de filisteísmo. Todo lo contrario de la falacia que esgrime el prologuista del libro, el argentino Héctor Schmucler. Y aquí empieza el capítulo del fusil y la lapicera. En tres paginitas, pues parece que el asunto se remata fácil, el prologuista le indica al profesor yanqui, a Chomsky, "la responsabilidad de los intelectuales consiste en decir la verdad y revelar el engaño", y derrama sobre ella su marxología de barricada: "no existen verdades a priori en el terreno de los conflictos sociales, la verdad de una clase se opone a la verdad de la otra: existen intereses y no verdades". Imbuidos de esta falacia, intelectuales de izquierda enmudecieron ante los crímenes del satalinismo, se complicaron con la represión de los estallidos antiburocráticos de los países del Este, les sigue titubeando el juicio condenatorio o lo eluden ante las infracciones a la democracia socialista en cualquier lugar del mundo en que haya gobiernos que la invoquen y convalidan con el apoyo del silencio o las violaciones de principios y de método del guerrillerismo urbano. La verdad se ha convertido, así, en una excrecencia de la metafísica. Sólo hablan de ella los filósofos burgueses. Un intelectual de izquierda, al parecer, está demasiado ocupado con los Intereses de Clase.

Chomsky es un intelectual liberal que se ha ido radicalizando. Estaba ya bastante radicalizado —firme, consecuente, implacable en la crítica de la sociedad en que vivía— en la época en que escribió los artículos contra la guerra de

Vietnam; ha seguido ahondando esa radicalización. El primer error del prologuista estriba en no ubicar la actitud de Chomsky en su contexto social, USA. Toda evaluación de la posición de Chomsky que eluda esa consideración está condenada a la parcialidad. Schmucler no toma en cuenta para nada esta correlación, que da origen a notorias desemejanzas. Es difícil admitir que no tenga idea de lo que significa en Estados Unidos la denuncia antibelicista de Chomsky.

Pero esto podría ser adjudicado al área de los errores de un prologuista apresurado. Lo que no es apresuramiento es recortar esa frase de Chomsky para acomodarle una fisonomía más liberal, más ingenua, más "moralizante". Es un truco inhábil, además, porque el lector lo advertirá antes de llegar a la página veintidós que contiene la malhadada cita. En efecto, en la página veinte el autor se ha encargado de llenar de contenido contextual preciso lo de la "verdad" y el "engaño". "En lo que se refiere a la responsabilidad de los intelectuales, hay otras preguntas que plantear, igualmente inquietantes. Los intelectuales tienen la posibilidad de mostrar los engaños de los gobiernos, de analizar los actos en función de sus causas, de sus motivos y de las intenciones subyacentes. En el mundo occidental, al menos, tienen el poder que emana de la libertad política, del acceso a la información y a la libertad de expresión. La democracia de tipo occidental otorga a una minoría privilegiada el tiempo libre, los instrumentos materiales y la instrucción que permiten la búsqueda de la verdad escondida tras el velo de deformaciones, de falsas representaciones, de la ideología y de los intereses de clase, a través de los cuales se nos da la historia inmediata. Las responsabilidades de los intelectuales son, por consiguiente, mucho más profundas que la responsabilidad de los pueblos (para emplear el término de MacDonald) dados tetiza. "Cuando consideramos la responsabilidad de los intelectuales, nuestra preocupación básica debe ser su papel en la creación y el análisis de la ideología". ¿Chomsky un liberal moralizante?

¿Por qué el prologuista ha trucado el pensamiento del autor que presenta? No lo sabemos ni es tema que nos interese. ¿por qué ha decidido archivar esta cuestión de la verdad como si se tratar de una cortina de humo que vela la esencia de la realidad social, de una preocupación propia de los intelectuales mistificadores? Schmucler participaba en esa época del culto que profesaban desde ha-

cadores? Schmucler participaba en esa época del culto que profesaban desde hacía unos años ciertos intelectuales pequeñoburgueses que no sabían hacer otra cosa que actividades intelectuales pero que no cesaban de apostrofar contra la eficacia de tales actividades. Un día, en 1965, Mario Benedetti decidió abandonar el Uruguay; el país asfixiaba. ¿Irse, quedarse? Era un tema de la época, y muy áspera la polémica. Entre nosotros, en la Argentina, también se discutía. En el momento en que aquel avisaba que se iba llegó otro escritor uruguayo a Montevideo, Sarandy Cabrera, que volvía de haber trabajado dos años en China en Pekín Informa. Estaba muy maoísta y revolucionario, y entonces se prendió a la controversia: "Personalmente he llegado a pensar que la 'literatura' no es más que un subproducto. ¿Literatura para quién? ¿Literatura con qué contenido? ¿realización del escritor a qué objeto?/.../¿Irse o quedarse? Yo diría: quedarse o volver. ¿Por la literatura? No: en primer termino por la revolución". (3) He aquí el aire de la época. La literatura es un subproducto; la escritura, un remedo de acción. El antiintelectualismo venía gestándose desde los primeros años de la

década. El cubanismo ejerció una influencia vivificante, renovadora; pero también lanzó el coletazo del antiintelectualismo y signó la época. Los intelectuales se politizaban, pero con complejo de culpa. Y un intelectual pequeñoburgués radicalizado es el más severo detractor de la función intelectual. O el intelectual se adhería a un partido o su función se desmonetizaba hasta quedar convertida en una masturbación liberal. Pero, decían otros, tampoco había partido. (4) ¿Qué hacer? El foquismo brindó la salida; y el populismo de los años setenta selló el enlace. El **adhesiónismo** resolvió todas las dudas.

Este "espíritu de la época" de la intelectualidad de izquierda se enmarcó en una situación social de nuestro país cuyas notas distintivas están esbozadas en un artículo ya citado: "En este encaminamiento (el autor se refiere al proceso político que culminó en 1973 y comienza a tomar cuerpo en los alrededores de los años 70), los sectores intelectuales y profesionales medios no tienen mucho espacio, por lo cual entran precipitadamente en callejones sin salida que se manifiestan como cuestionamientos a su relación con la acción; de esos cuestionamientos surgen idealizaciones de ciertos elementos en juego, especialmente del concepto de 'realismo' para la política y para la acción posible. /.../ la clase intelectual argentina ha entrado igualmente en crisis, sin tener incidencia en el aparato del Estado. No requerida por él, no integrada al trabajo ideológico del Estado sino en condiciones excepcionalmente humillantes (bajos salarios, malos laboratorios, escribas, funcionarios, etc.), empieza a cuestionar su existencia misma, se pregunta por la realidad porque les está fallando 'su' sentido de la realidad. Se pone en condiciones, por consecuencia, de rechazar el intelectualismo que le acusan, abomina el teoricismo, rechaza su papel al lector de la complejidad de un proceso y se convierte a un 'adhesiónismo' en el paga sus culpas". (5) Esta compleja situación en la que influyen factores coyunturales y de largo plazo (entre estos últimos, la trituración del intelectual crítico por el stalinismo, que merecía un ensayo aparte), impulsó tanto a la capa social —profesionales, técnicos, docentes, periodistas, semiintelectuales, etc.— como a los intelectuales propiamente dicho, su sector restringido —los productores capaces de proyecto personal—, a superar la encrucijada a través de la **adhesión** a los dos fenómenos principales de la época: el populismo y el foquismo. Más como los dos reclamaban la negación, subestimación o retaceo de la función intelectual, ese adhesiónismo pagó el consiguiente tributo al reclamo. Muy pocos de esos intelectuales abandonaron su función intelectual, pero todos, de un modo u otro, se autoflagelaron por serlo.

Era la liturgia de moda. Por eso la catequística del prólogo que hemos examinado concluye con el siguiente hosanna: "Cuando Chomsky afirma que el F.L.N. /Frente de Liberación Nacional Vietnamita/ es el que más hace por concluir la guerra metaforiza la única posibilidad de acción posible: la fuerza contra la fuerza; ante la salvaje soberbia del enemigo, la violencia sin cuartel que lo derrote". Y punto final. He aquí el remate de la homilía. Chomsky ha dicho que el F.L.N. es el que **más** hace; es cierto. Pero no el **único** que hace. El prologuista, por su cuenta, metaforiza: la única posibilidad de acción posible. ... La Unica. Ha flagelado la acción intelectual.

Que nosotros sepamos, las acciones que acomete Schmucler han sido hasta ahora las de: escritor, directivo de editoriales, miembro del consejo de revistas y,

en la etapa camporista y merced a su activo apoyo al populismo, la de profesor universitario. Hoy se encuentra exilado en México y continúa acometiendo el mismo tipo de actividades. ¿Qué papel le asigna a ellas este decidido propagandista de la fuerza contra la fuerza, de la violencia sin cuartel? Se ha especializado en vilipendear las actividades intelectuales que él mismo con tanto éxito practica. Ningún político de los que dirigían y usaban la fuerza contra la fuerza, la violencia sin cuartel, a los que aludía, dijo tontería semejante a la de Schmucler. Habría que echar una mirada simplemente a la literatura política vietnamita para comprobar el papel que se le asigna a esas actividades. Chomsky no metaforizaba nada; era preciso y responsable: reivindicaba su función crítica y señalaba sus límites. Los Schmucler metaforizaron: suministraron un pensamiento metaforizado, ideologizante, mágico, que acompañó y dio alas a la distorsión revolucionaria del terrorismo que otros practicaban.

Algún día alguien tendrá que dedicarse a confeccionar una antología de este pensamiento revolucionario degradado, de estas fórmulas de masoquismo, poses de radicalismo extremo, y también de snobismo, de tributo a la moda de la época. Porque de esta también surge este desprecio por la denuncia que ejercen los intelectuales que no hacen otras tareas que no sean las de su gremio. Quizás no sea propiamente una antología sino un "manual de zonceras" al estilo jauretcheano. Pero no fueron baladías. Se socavó alegremente la función crítica del intelectualismo que combate la vieja cultura y va creando los elementos de una nueva, y se sustituyó esa herramienta paciente con la exaltación del poder demiúrgico de la bomba guerrillera. Schmucler también nos proveyó de esa metáfora rutilante: "Los jóvenes que realizan una práctica revolucionaria rompen simultáneamente toda la vieja cultura; provocan la liberación total en un sólo acto" (6). En un discurso repleto de especiosidades semióticas (también la semiótica sirvió en algunos para la metaforización) y de insistentes reivindicaciones de la condición revolucionaria de su redactor, para que no cupieran dudas, el viejo expediente de la demolición crítica, aburrido y caduco, había encontrado su superación: "la liberación total en un solo acto". Los jóvenes revolucionarios a los que se refiere el autor que comentamos habían dejado atrás la grisácea e ineficaz tarea de los Chomsky pusilánimes y moralizantes: como encarnación de los nuevos tiempos cibernéticos, conseguían destruir la vieja cultura y construir simultáneamente la nueva apretando botones, **liberarse**. También echaron al desván lo que habían aprendido —lo que todos habíamos aprendido— hacía bastantes años: nadie se libera de los viejos si no ha forjado e incorporado lo nuevo, a

tes años: nadie se libera de los viejos si no ha forjado e incorporado lo nuevo, a menos que para estos semióticos de la gelinita la liberación no sea una transformación histórica sino el vacío humeante que deja la explosión.

Contra esta ola antiintelectualista que nos anegó durante años, que promovió rencias y defecciones a la labor crítica, que hiperpolitizó castradoramente la tarea cultural de decenas de creadores e investigadores (recientemente se debatía en Buenos Aires por qué no existe una promoción literaria de los años setenta, por qué esa historia tuitulenta de nuestro país no cuenta con los registros literarios que haría presumir) la más joven generación biológica de intelectuales se re-hace lentamente. En medio de una dura represión y censura, a veces vacilando, a veces inclusive a tientas, con la carga sobre sus espaldas de la confusión y la de-

rota, con una dosis de escepticismo que nadie podrá aventarles va con homilias, hacen revistas (más de cien contabilizaron en la Capital y el Gran Buenos Aires en 1978), arman talleres literarios, se reúnen, a veces los secuestran; cada seis meses regresan a cero, porque la situación económica los diezma. Nadie podrá excusarse si subestima nuevamente este esfuerzo.

NOTAS:

(1) Noam Chomsky, *La responsabilidad de los intelectuales*, Buenos Aires, Galerna, 1969.

(2) La declinación de mayo del '68 y su ola de escepticismo y despolitización consiguientes han ocasionado una buena cantidad de estos traspasos, entre ellos los llamados "nuevos filósofos" que remozan una novedad bastante vieja. Hocquenghem, que militó entre 1966 y 1968 en una organización juvenil de la extrema izquierda, testimoniaba después: "Nosotros hemos querido la política. La política, la política nos ha escupido, vomitado, manchado las manos, y nos la hemos arrancado como un cáncer que nos invadía..." (Guy Hocquenghem, *L'Après-Mai des faunes*, París, Grasset, 1973, p. 35). Bien hecho, Guy.

(3) Sarandy Cabrera, "Yo que vuelvo...", *Marcha*, Montevideo, a. XXVI, núm. 1269, 27 de agosto de 1965.

(4) Meses antes de lo de Sarandy Cabrera, un escritor argentino provocó una polémica tormentosa sobre esto: "El dilema del intelectual de izquierda de nuestra generación consiste en que admitiendo que la única forma de lucha eficaz es la adhesión al Partido revolucionario debe reconocer al mismo tiempo que ese Partido, en las actuales circunstancias, no existe en nuestro país. Lo sabemos todos muy bien y además algunos lo decimos" (Juan José Sebrelli, "Testimonios de una generación", *Marcha*, Montevideo, a. XXVI, núm. 1251, 23 de abril de 1965). Susana Fiorito, también argentina, desde su adscripción a un partido, contestó en números posteriores: "Cuando leo tus quejas por la ausencia de un partido revolucionario en la Argentina, pienso que desde un punto de vista peñoburgués sería muy lindo y muy cómodo que existiera, formadito y sin errores, el dichoso partido. Entonces, con llenar una ficha y pagar una cuota tendríamos la conciencia tranquila, y hasta la ventaja de que nos publicaran y promovieran nuestras especulaciones". No conseguimos ponernos de acuerdo; eso era lo más claro de todo.

(5) Noé Jitrik, "Las desventuras de la crítica. La producción 'cultural' 1972-1974", *Marcha*, México, Segunda época, a.1, n.2, julio-agosto de 1979 (número especial: "Argentina, la gran frustración", pp.39-43 (este trabajo goza de un interés especial pues fue redactado en febrero de 1976, pocas semanas antes del golpe militar). Años antes, este mismo escritor apuntaba una reivindicación de la escritura desde otro ángulo interesante: "La declinación que se observa es, creo, no tanto en el sentido político sino en el de la vigencia como escritores: abandonan al barco, se hacen, como diría Big Bill Broonzy, abogados y otras cosas y no saben llorar los blues. La pérdida del contacto y la dispersión es como reflejo de la vergüenza por declinar: lo que hay que reivindicar es el poder permanente creación, el sentido social de la creación, la responsabilidad que significa vivir creando; si hay quien abandona esta responsabilidad, de alguna manera se adapta, asiente a la 'verdad' que la sociedad impone, en la Argentina triunfa el remedo de la sociedad de consumo sobre todos los que desaparecen, no podría darte nombres" (Noé Jitrik, "Peligrosidad del escritor", *Macedonio*, Bs.As., a.11, n.4-5, verano 1969-1970, p.110).

(6) Héctor Schmucler, "Carta a Libre", *Los Libros*, Buenos Aires, núm. 20, junio de 1971, p. 30. En este momento los intelectuales "moralizantes" a los que se vapuleaba eran los que intentaban desde fuera de sus países la revista Libre: Ahora, Schmucler, que se les parece al menos en lo de la situación, se ha vuelto más modesto. Critiqué este petardo en su momento a través de mi alter ego humorístico (cfr. Cayetano Bollini, *Manual del Buen Argentino*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1972, "La seducción del petardo o los avatares de la semiótica", pp. 36-40).

LOS INTELLECTUALES ARGENTINOS FRENTE A LA DICTADURA Un modelo de "transformismo"

por Laura Rossi

"La censura no suprime la lucha; lo que hace es convertirla en una lucha unilateral convertir una lucha abierta en una lucha embozada, una lucha de libertad en la lucha del principio inerte contra la fuerza sin principio. La verdadera censura, la censura inherente a la esencia misma de la libertad de prensa es la crítica, el tribunal que ella misma hace brotar de su propia entraña. (...) Si el orador hubiera dicho, a la postre, que su razón habla en pro de la libertad de prensa, pero que su servilismo se manifiesta en contra de ella, sus palabras nos ofrecerían un perfecto cuadro de costumbres de la reacción urbana.

Quien tiene lengua y no habla,
quien tiene una espada y no pelea,
es, sencillamente, un gusano. (...)

"La primera libertad de prensa consiste, precisamente en no ser una industria. El escritor que la degrade, para convertirla posteriormente en medio material, merece como pena de esta carencia de libertad interior, la exterior, que es la censura; mejor dicho, ya su sola existencia es su pena".

Karl Marx, *Sobre la libertad de prensa*

"Los intelectuales son los funcionarios de la superestructura"
A. Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*

PAUTAS CONCEPTUALES

Parece dudosa la función que el intelectual cumple en la sociedad. Las creencias de la sociedad en su conjunto, y las definiciones que de sí mismo el intelectual ha construido, más o menos convergentes las unas de las otras en las distintas épocas, han conformado a su alrededor un grave halo de espiritualidad, atravesado y sustentado por los más variados epítetos. Hombre de genio, visionario, motor de la historia, Realizador de la humana esencia. Depositario y creador de los eternos valores del espíritu. Guardián celoso del alma, preserva para la humanidad lo que ésta frecuentemente olvida en la diaria lucha por sus intereses materiales, personales, etc. Investigador neutral, desinteresado, funcionario del saber universal. Improductivo pero sagaz analista de lo real. Impugnador por excelencia, crítico imparcial. Revolucionario y hombre de temple, privilegiado en la división del trabajo. Pequeño burgués empedernido incapaz de acción o integración, inadaptado y contradictorio. Clase social, casta de tilingos, escribas a sueldo. Todas estas representaciones sólo cobran sentido ubicadas en la cosmovisión de la que son parte, como el modo en que el vínculo entre la estructura y la superestructura de un sistema dado se pone en práctica, es decir, bajo qué ropaje más o menos identificado con su significado real- los intelectuales gestionan la unidad del Estado que proponen como representantes de la clase a la que responden, asegurando la homogeneidad del bloque histórico mediante la producción del terreno ideológico en que los hombres adquieren conciencia de su posición, de sus luchas y, en suma, de los conflictos que se desarrollan en el nivel de la estructura

La historia del pensamiento se desarrolla dialécticamente entre dos movimientos: (a) el intento del hombre por superar la extrañeza que el mundo le produce, como mera objetividad, ajena y enfrentada a su propia interioridad, que en este esfuerzo de aproximación se exterioriza apropiándose del afuera, elaborando

los modos de comprensión y transformación del mundo. Es los que el investigador italiano Buzzi llama el punto de vista histórico de la ideología orgánica, que expresa desde un punto de vista intelectual una teoría explicativa de lo real(1); (b) el esfuerzo de todo grupo social que surge por convertir en absoluta su ideología, para lograr el "consenso" espontáneo que las grandes masas de la población dan a la dirección impuesta a la vida social por el grupo dominante. "Una de las características más relevantes de cada grupo social que se desarrolla en dirección al dominio -señala Antonio Gramsci- es su lucha por la asimilación y la 'conquista ideológica' de los intelectuales tradicionales, asimilación y conquista que es tanto más rápida y eficaz cuanto más rápidamente elabora el grupo simultáneamente sus propios intelectuales orgánicos"(2). Monopolio intelectual, bloque ideológico sólido, llave del control del resto de las capas sociales por la clase dirigente. Este movimiento corresponde al punto de vista de la conciencia crítica apreciativa a la que Buzzi asigna la expresión de una doctrina que varía o se conserva según los cambios del contexto histórico-social.

Esta doble dialéctica se encarna en el intelectual, que al elaborar críticamente los elementos que en la infraestructura tienen un carácter fragmentario, y sistematizarlos en una visión del mundo coherente, se constituye en el representante de su clase social. Las distintas clases sociales no se hallan nunca en igualdad de condiciones para la producción de sus respectivos intelectuales orgánicos. La clase que ejerce la dominación material de la sociedad posee los medios de "producción espiritual": el poder de regular y distribuir sus ideas; el acceso al conocimiento de las teorías sobre el hombre y el mundo anteriores a su época (y su incorporación a la "historia universal de las ideas" a través de su asimilación, neutralización o segregación según los grados de compatibilidad ideológica), y la especialización de funciones en su seno, que le permite la formación de un núcleo diferenciado cuyo trabajo específico es la producción intelectual. Las clases subalternas no sólo no poseen estos "beneficios", sino que sus intentos por acceder a ellos se ven frenados (si es necesario, hasta coercitivamente). De todos modos, es largo el camino que deben recorrer para librar esta lucha ideológica, ya que sus conciencias tienden a ser absorbidas por la cosmovisión hegemónica de la clase dominante, no pudiendo oponerle una interpretación y explicación tan acabada del mundo como aquella.

La dirección cultural y política presupone la existencia de un grupo diferenciado dentro de la superestructura, distanciamiento que permite al intelectual orgánico una mayor y activa unión a la clase dominante, a través de la homogeneización de las distintas clases, cohesionadas por la visión que de lo real tiene la clase dominante. Facultados por esta relativa autonomía, se efectuó una torsión ideológica que terminó convirtiendo a los intelectuales en un grupo "independiente" (torsión particularmente exitosa en nuestro país). Por un lado, así lo afirman los representantes de bloques históricos marcadamente débiles, inhabilitados para ejercer una autocrítica interna al sistema, cuyo desarrollo está signado por la flexibilidad y amplitud de la autoconciencia. Por otro lado prácticamente todas las corrientes contestatarias pregonan este carácter de independencia, ya no como atributo natural y espontáneo del intelectual, sino como exigencia *sine qua non* del cumplimiento de su misión.

Yo soy el funcionario de la humanidad, dice el primero en boca de Husserl. Funcionario para quien el mundo es sospechoso de rebeldía, la Idea se cuida de la Realidad, salvaguardando de sus garras la suerte de la "Verdad", y retirándose

a regiones menos turbulentas a ejercer "libremente" las intrínsecas labores del espíritu. Los momentos de crisis lo encuentran desprevenido, yambalea su saber, su imparcialidad -el "no tomar partido"(3)- y vive esta situación "como un atentado a su 'libertad' (...)(esa libertad ilusoria que es sólo su ambigüedad)"(4).

Los segundos hacen de este "atentado a la libertad" la esencia de su ejercicio, en una definición predominantemente ética de la función intelectual. La "independencia" para la crítica despiadada del sistema capitalista y de sus mecanismos quiere una honda revisión sobre sí mismos y los lastres que la educación y el medio alienados inoculan en la práctica social, aún de los más avanzados. Conciente de la escisión que la sociedad burguesa impone al intelectual, entre la ideología y la filosofía, entre el conocimiento universal y la aplicación particular de ese conocimiento para beneficio sólo de una clase, entre la investigación y la justificación, Jean Paul Sartre -el más lúcido exponente del escritor "comprometido"- asigna a esta "conciencia desdichada" el papel de "ser independiente, decir la verdad, representar la realidad tal como ella es, sin posiciones apriorísticas acerca de su significado. (...) es necesario dejar al intelectual esta posibilidad, una posibilidad que consiste simplemente en el observar, mostrar y representar y por esto mismo criticar seriamente (...) ver, mostrar, es ya de por sí crítica" (5). El "progresismo" y las aspiraciones universales a que los intelectuales deberían arribar, merced a los conocimientos del hombre y del mundo a que tienen acceso gracias al privilegio de su condición en la división social del trabajo, pasan por alto que su expresión no es sino la **formalización coherente, mediatizada y limitada de y por los presupuestos que aglutinan a una clase**, siendo ella tan parcial como la de cualquier otro grupo de profesionales (6). (Aunque precisamente por ser espirituales los lazos en que se materializa la vinculación orgánica con su clase, la movilidad que puedan tener en momentos de profundos cambios sociales sea mayor que la de otros sectores más directamente ligados materialmente a la conservación del orden existente).

Los sucesos de mayo del '68 producen viva conmoción en el activo pensador francés, que del humanismo abstracto, que antepone la crítica ideológica a cualquier otra militancia, el arma de la crítica a la crítica de las armas, se vuelca a su inverso simétrico, donde la única posibilidad de ser revolucionario es para el intelectual el suprimirse a sí mismo como tal (7). Desde muy distinto ángulo, el joven Georg Lukács arriva a la misma taxativa definición del intelectual cuya clase es, por naturaleza, reaccionaria, parásita, y "sólo casualmente llegan a acciones revolucionarias"(8), posición ésta que revierte tajantemente años después.

"En las silenciosas regiones del pensamiento que ha vuelto sobre sí mismo y que existe sólo en sí mismo, se callan los intereses que mueven la vida de los pueblos y de los individuos" apunta Hegel (9); pensamiento especulativo y práctica social imbricados. Los trabajadores de estas "silenciosas regiones del pensamiento", abocados a la corrección y adaptación de las concepciones del mundo precedentes, sientan las bases de las que se desprenden normas de conducta y valoración que propagan entre las clases auxiliares y subalternas, conformando el "sentido común" y modificando su praxis. Las contradicciones que conlleva la conciliación ideológica entre clases de intereses opuestos, unida a las dificultades de las clases oprimidas para generar sus propios intelectuales orgánicos, y para asimilar la cultura producida por los representantes de la clase dirigente, hacen de los modos de asimilación de la concepción del mundo de la clase dominante

que ejerce la hegemonía una compleja trama donde filosofía, cultura de masas, folklore y sentido común revelan rasgos e implicancias comunes. En el sentido común las representaciones de "lo verdadero" se imponen como superstición, creencias de antiguo origen popular, etc., conformando una peculiar amalgama entre elementos realmente originales unidos a elementos de la filosofía dominante distorsionados. Las imágenes, creencias y lugares comunes de la sabiduría popular forman parte del cemento social por el cual las clases auxiliares -y aún las subalternas- quedan sujetas a pensar y a pensarse según pautas que les son adversas, dificultándoles la toma de conciencia de su propia clase. Acerca de esta relación, aparentemente nula, entre filosofía y lucha de clases, entre ética y política, escribe León Rozitchner en su valiosa obra *Moral burguesa y revolución*: "No hay pues, por sobre la lucha en la cual los hombres se oponen a muerte, un 'diálogo científico' que se haga explícito solamente en la oposición racional. Esta oposición discursiva está, como una aproximación, o antes o después. El 'diálogo' se hace lucha precisamente en el momento en que deja de serlo y habla entonces por la promoción concreta que realiza. Este quiere decir además que la verdad en filosofía trata de expresar ese rudo combate contra la muerte" (10).

La situación particular en que se hallan los intelectuales en la Argentina posterior al '76 exige para su comprensión una rápida mirada a la tradición de la *intelligentzia* nacional desde su nacimiento como tal.

NOTAS I.

- (1) Buzzi, A. R., *La teoría política de Antonio Gramsci*, Barcelona, Fontanella, 1969.
- (2) Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Bs. As., Lautaro, 1960, p. 16. Los intelectuales "tradicionales" pueden ser de dos tipos: 1) "capas sociales homogéneas, organizadas en castas, que dirigían la sociedad civil del antiguo bloque histórico" (el caso del clero en Italia); 2) no organizados. Su absorción es más fácil, "ya que las élites de la nueva clase dirigente ejercen espontáneamente una fuerte atracción sobre toda la masa de intelectuales de cualquier grado que se encuentra en estado 'difuso', 'molecular', por las necesidades, satisfechas aunque fuera elementalmente de instrucción y administración". Los intelectuales tradicionales argentinos son de este segundo tipo. (Ver Portelli, Hughes, Gramsci y el bloque histórico, Bs.As., Siglo XXI, 1974).
- (3) Ver recuadro 5. El "funcionario de la comunidad argentina", Eduardo Mallea, se define por "no poder tomar partido", esto es, por esa "pasión" que lo ata a lo que cree su tierra, y sólo es el reverso más yermo pero más tierno en angustias de su país.
- (4) Ricardo Piglia, Ismael Viñas, Andrés Rivera, *Revista "problemas del Tercer Mundo"*, n.1, abril de 1968.
- (5) Juan José Sebreli (comp.), *Sartre por Sartre*, Bs. As., Jorge Alvarez, 1969, p. 13.
- (6) Tanto Gorz como Chomsky avalan esta visión del intelectual. "Esos hombres -escribe Gorz- que viven una contradicción insuperable, se inclinan a la impugnación (...). Representan el reino de la autonomía en medio del reino de la necesidad, (cuya) impugnación (...) es un fin en sí (...), la más alta manifestación del hombre" (cit. por Ismael Viñas en *Revista "problemas del Tercer Mundo"* II, dic. '68). Los intelectuales, según Noam Chomsky, "tienen la posibilidad de mostrar los engaños de los gobiernos, de analizar los actos en función de sus causas, de sus motivos y de las intenciones subyacentes. (...) La responsabilidad de los intelectuales son, por consiguiente, mucho más profundas que la responsabilidad de los pueblos (para emplear el término de Mac Donald) dados los privilegios únicos de que gozan los primeros" (*La responsabilidad de los intelectuales*, Bs. As., Galerna, 1969, p. 20).
- (7) Sartre cuestiona la conciencia del "intelectual tradicional" que, al denunciar la opresión, toma conciencia de su contradicción y es, de este modo, útil a la sociedad al sufrir la misma contradicción que ésta sin embargo, con esta toma de conciencia que se siente útil por su

padecimiento compartido, el intelectual tradicional tranquilizaría su "mala conciencia" por trabajar dentro del sistema, sin llegar a una crítica más radical de sus bases. La justeza de esta crítica, empero, no necesariamente conduce a la subordinación directa del intelectual a la política, negándole su carácter específico, negando la praxis, la unidad dialéctica de conciencia teórica y necesidad práctica, dejándole sólo la mitad práctica de la vida (una mitad corrupta: una práctica abstracta), de modo tal que sólo es posible la acción revolucionaria y no el pensamiento revolucionario.

(8) Lukacs, Georg, *Revolución socialista y antiparlamentarismo*, Bs. As., Cuadernos de Pasado y Presente, 1973, p. 10.

(9) Hegel, G.W.F., *Ciencia y la Lógica*, Bs. As., Solar Hachette, 1976, p. 33.

(10) Rozitchner, León, *Moral burguesa y revolución*, Bs. As., Tiempo Contemporáneo, 1969, p. 13.

II. LA TRADICION INTELLECTUAL ARGENTINA

"-Pues que, ¿vive usted de las letras?"

"-Ni Dios lo permita: preferiría ser ladrón: sería menos despreciable (...) Aquí es un deshonor trabajar con la cabeza, es decir, como hombre; mientras que es una honra trabajar con los brazos y los pies, es decir, como bestia. Sólo el trabajo bestial goza de favor. Galopar, sudar, asolearse, estropearse; hacer la guardia a las vacas, gobernar peones imbéciles, golpearse con todo bicho, mentir a todo trapo para ganar un real en ventas de trapos, de cuernos, de cueros, de cerdas, esto sí es de la gran gente, altamente honrosa y brillante: constituye entre nosotros la brillante 'profesión mercantil' (...)

"-(...) ¿Cómo pueden ser grandes unos hombres que escriben verdades para comer?"

Juan B. Alberdi (1)

Las irónicas palabras de Alberdi esbozan un programa: el del intelectual orgánico, el del hombre que "escribe verdades para comer", pagado su ocio productivo por una sociedad que requiere sus servicios para conformar su propia fisonomía. El intelectual desbrozará, pues, de los infinitos actos desordenados de la vida comunitaria, una imagen coherente, que sea a la vez explicación, justificación, y factor de cohesión social. Las "verdades" del intelectual tenderán a homogeneizar, bajo su suave férula espiritual, la conciencia de todos los grupos sociales, respondiendo ideológicamente a aquél que le da de comer: la clase dominante. Sus verdades poseen, por tanto, un carácter relativo: despejan interrogantes acerca del significado del mundo y de las acciones humanas, con mayor o menor objetividad filosófica y científica, según la distancia que separe los intereses de las clases antagónicas.

Ya desde su génesis -aunque estrechamente ligada a la clase dirigente- la *intelligentzia* argentina en la generación del '37 se sabe productora y portavoz de las verdades que sintetizan los nimios actos cotidianos y rutinarios en una globalización teórica que les da sentido, y el reconocimiento hacia el valor de su trabajo, ignorado y hasta despreciado por el resto de los profesionales ("el de las letras (...) no es trabajo" (2)). La sociedad mercantil recién daba sus primeros pe-

Praxis - 63

tos como nación "libre" y relegaba aparentemente a sus ilustrados representantes. Estos ensayan una primera aproximación a una definición de la identidad nacional, intentando acelerar el proceso de diferenciación en el seno de las clases dominantes que los convertirá en intelectuales orgánicos, sentidos adláteros para sus representados. En el clásico ensamble que caracteriza el romanticismo de un país atrasado pero todavía con expectativas de desarrollo, acompañan un modelo europeo de emancipación con la exaltación de lo autóctono, lo particular, lo exclusivo; como apunta David Viñas, "sus carencias se invierten en programa. Las faltas se tornan apetencias" (3).

La ominiraca del intelectual es inapelable. Sus poderes, invisibles. Su labor, alma del cuerpo social (Ver recuadro 1). Relacionados con su clase "por una adhesión orgánica en la cual el sentimiento-pasión deviene comprensión y, por lo tanto, saber (no mecánicamente, sino de manera viviente), (...) la relación es de representación y se produce intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos; (...) se realiza la vida de conjunto, la única que es fuerza social. Se crea un bloque histórico" (4).

El proyecto liberal de los jóvenes del Salón Literario se concretiza paulatinamente con la caída de Rosas, cuando se asienta la "élite gobernante a todo nivel" que tiene en sus manos, como señala Blas Matamoro, "la doctrina y la crítica, la burocracia del Estado, de la enseñanza y de la diplomacia, la línea dominante en estética (como sistema de producción) y de gusto (como sistema de consumo), la elaboración de un idioma sectorial dentro del español; en suma: la teoría y la praxis de dicha teoría, y la crítica teórica de esa praxis" (5). "Se afirma entonces -escribe Milciades Peña- el proceso de estructuración capitalista del país, que va cobrando la fisonomía que con variaciones apreciables -pero no de fondo- conserva hasta hoy: gran productor de alimentos y materias primas para el mercado mundial, gran importador de productos industriales, gran deudor ante los centros financieros del mundo, escasa y deficientemente industrializados" (6).

1

EL INTELLECTUAL EN EL ORGANISMO SOCIAL

"Ni una profesión industrial o mercantil puede progresar donde no progresa la ilustración y la inteligencia. Y así como ésta es la parte principal del hombre, la que lo hace apto para todos sus trabajos, así también son los trabajos intelectuales los que determinan y dirigen todos los otros movimientos y trabajos con que una sociedad progresa y desarrolla. Estos trabajos son el entendimiento social, mientras que las profesiones industriales o mercantiles, son como los brazos o los otros órganos físicos por decirlo así, que aplican y realizan lo que aquél inventa o comprende. Si aquél se paraliza, todos los miembros que no viven sino por él, se paralizan también: donde aquél concibe, y vive en actividad, todo vive y todo se mueve".

Vicente López y Planes

La Moda, 1838

"Importancia del Trabajo Intelectual"

Cuando un escritor encuentra algo seguro, debe aferrarlo para toda la vida, como un perro que clava los dientes en un hueso. Bella perla de la cultura banal, esta cita de Somerset Maugham puede servirnos como metáfora del camino que del '37 al '80 realizan nuestros intelectuales. En la situación idílica en que sujeto y objeto son absolutamente intercambiables (intelectuales y clase dirigente identificados), purismo afanoso, juventud utópica, "encuentra" (en el lenguaje de este pobre escritor aferrado a sus miserias) -echa los cimientos de la república oligárquica, cuyo equilibrio asaz dependiente se convierte en objeto de su dedicación, hueso de amargo gusto para las inmensas mayorías. Integrada al mercado mundial como apéndice, Argentina se desarrolla como modelo agroexportador, en acelerada "modernización" y urbanización promovida por una cerrada clase política.

La consolidación del Estado revela las disputas entre las distintas facciones de la clase dirigente, de las cuales es la resultante histórica. Como tal, no responde a la idea que de su "deber ser" se habían hecho los políticos ilustrados que tan meticulosamente trazaron el proyecto de una nación capitalista independiente -cuyo parámetro eran los Estados Unidos- con un liberalismo crecientemente consecuente (encarnado con el mayor vigor en Sarmiento y en Alberdi) a medida que la realidad tomaba perfiles que se les aparecían ajenos. Sólo entonces el humanismo secular, el derecho de todos los hombres a ser tratados por leyes racionales, la sumisión del poder a estas mismas leyes, se erigen en principios rectores de la crítica al roquismo, por momentos vislumbrando el fracaso que sería el hilo que recorrería todos los intentos por realizar en el país la revolución burguesa mediante la creación de una burguesía industrial, hegemónica y nacional.

Ante el curso que toman los acontecimientos, Sarmiento acabara denunciando el "parasitismo de la oligarquía vacuna", la profundización que del régimen latifundista impulsó Mitre, el poderoso endeudamiento externo, la necesidad de industrializar el país, y los graves peligros de colonización europea. También Alberdi terminó oponiéndose tenazmente a la oligarquía porteña (pretendida liberal), al régimen terrateniente, al enfeudamiento del capital financiero, y a la expansión yanqui (Ver recuadros 2 y 3).

No volverá a repetirse el momento en que la "joven guardia progresista" gobierne, abriéndose así la brecha entre el intelectual político y el político efectivo. La complejización de la sociedad argentina, con la consiguiente diversificación productiva, la estratificación del Estado, la hegemonía social y regional de las élites terratenientes (asentado su punto clave en el capital británico, y a través de los empréstitos al Estado, los ferrocarriles, los frigoríficos, etc.), delimitan la función del intelectual en el bloque ideológico, mediatizando sus relaciones con las condiciones socio-económicas, cuya validez debe ser organizada y sistematizada por ellos. Un nuevo escalafón en la cultura sienta sólidas bases: el del intelectual profesional con injerencia sólo indirecta en lo político, que cuenta con un público mejor definido y a la vez más exigente respecto de su trabajo y que va conformando un campo intelectual en la Argentina.

La moralina va a ser el eje alrededor del cual girará la máxima autocrítica que la clase hegemónica se permitirá a sí misma a través de sus representantes ideológicos, índice éste de la debilidad estructural e histórica que hasta hoy articula las relaciones que los distintos partidos burgueses establecen con la oligar-

quía terrateniente y financiera, con las Fuerzas Armadas, con la Iglesia, y, en definitiva, con el imperialismo.

Alienada de lo terreno, espantada por la masa inmigratoria y las luchas sociales que ponen en peligro las pautas tradicionales de vida del país, la intelligenzia invierte la dicotomía "civilización-barbarie", en un viraje conservador, reflejo de las controvertidas condiciones que presenta lo que Viñas llama la "crisis de la ciudad liberal". Paraíso perdido, lo rural sufre la metamorfosis que lo convierte en su anterior contrario: la espiritualidad civilizada. En ella los modernistas buscan la razón y confirmación de su repliegue en la interioridad, en ella intenta fundamentar la generación del Centenario la existencia de una Argentina esencial, anterior al '80, una Argentina moral, exclusiva, precapitalista. Indagación de la identidad nacional e inauguración de las posiciones telúricas e irracionistas.

Amplios sectores terratenientes, industriales, comerciales y pequeño-burgueses, excluidos de la maquinaria estatal (reducto de oligarcas unidos por vínculos familiares y rancia tradición), reclamaban una mayor participación en los intereses capitalistas; conformando "un gran movimiento de opinión" el radicalis-

2

EL GOBIERNO O LOS BUENOS SERVICIOS

"Lo que sigue es vuestra propia historia (...) con cientos de millones que pesan sobre nuestra conciencia, nuestro honor y nuestra bolsa, con altos salarios pagados para servirnos mal a guardianes que no nos guardan sino que se guardan ellos".

Domingo Faustino Sarmiento
El Censor, feb 16, 1886

"La política europea que en América no tiene principio fundamental, si no interés material, y no más que especulación mercantil, es saltarina, vesátil, e inconsecuente en todas sus operaciones. Le es indiferente la monarquía o la república unitaria o federal, el despotismo o la libertad; y por eso un mismo gabinete manifiesta simpatía en favor de unos gobiernos y antipatías por otros, cualquiera que sea su principio fundamental. Es amiga del gobierno liberal si le conviene, y del despotismo al mismo tiempo si le hace cuenta, ... los mezquinos gobiernos de América o los mandatarios interesados en conservar un puesto del que los arroja la opinión pública, no hallando en su alrededor apoyos nacionales, simpatías populares y fuerza moral, las mendigan en los agentes consulares, en la opinión de los extraños, y para sostenerse no sólo sacrifican el principio político, sino también el interés material americano. He aquí el pacto que hacen: yo te entregaré, dice el gobierno, el principio económico y tú ayúdame a sofocar el político. Pactada y firmada esta convención, fácil es decir las consecuencias dañinas que fluyen contra la América y la organización de sus gobiernos."

Domingo Faustino Sarmiento
1841

mo- junto con las masas pobres de ciudad y de campo, y con el proletariado (sectores volcados a la UCR por razones opuestas), amenazando con insurrecciones armadas la vida institucional. La otrora sagaz oligarquía argentina se rinde ante la evidencia, intentando dominarla (aunque fuera mínimamente); y en 1916 irrumpen en la vida política las masas populares, bajo la sombra de Yrigoyen, que se propone como síntesis de la verdadera tradición popular y nacional con los grupos de origen medio urbano e inmigrantes.

Los nuevos acontecimientos agitan las conciencias de la nueva generación contemporánea a la primera guerra mundial y a la Revolución Rusa. Contra la retórica oficialista y emplastada de aristocratismo, se opone a estos "señoritos de la cultura latina, gariteros de su alma, (que) se pedestalizan sobre las marmóreas leyes estéticas para dignificar ejercicio tan lamentable. Todos quieren realizar obras apelmazadas y perennes. Todos viven en su autobiografía, todos creen en su personalidad, esa mezcla de percepciones entreveradas de salpicaduras de citas, de admiraciones provocadas y puntaguda lirastenia. Todos tienden a la enciclopedia, a los aniversarios y a los volúmenes tupidos" (7).

Dos son los modos en que la llamante intelectualidad se plantea la interpretación y la propia ubicación en esta Argentina democratizada. Dos modos que articulan, cada uno desde su extremo, la tensión revivificada del vínculo literatura/sociedad, arte/historia, creación/hombre; Florida atribuyéndose el primer tér-

3

EL GOBIERNO O LOS LEALES COMERCIANTES

"Tenga cuidado el señor Sarmiento, que hay una barbarie letrada mil veces más desastrosa para la civilización verdadera que la de todos los salvajes de la América desierta".

Juan Bautista Alberdi
Obras VII, 156

"Un patriotismo que produce 20 mil duros por año, palacios y honores puede dejar de ser sincero y serio como lo es la industria misma".

J.B. Alberdi
Póstumos, V, 16

"La política es cosa seria para ellos en calidad de industria que hace vivir, como la agricultura. Si son políticos de buena fe, es en el sentido de negociantes de buena fe. No trampean, sino que venden lealmente al país y la libertad".

J.B. Alberdi
Póstumos, V, 260

"Es imposible que un gobierno de ese tipo ("gobierno interno, extranjero a la elección del país") pueda hacer el bien del país que le obedece. Él es tan extranjero al país como el gobierno de España lo es para la República Argentina".

J.B. Alberdi
Póstumos, VII, 23

mino como exclusiva artifice; Boedo proponiéndose como propulsora y liberadora del segundo, sustento y savia del primero. "Martín Fierro no pertenece ni a la derecha, ni a la izquierda, ni al centro... por la sencillísima razón de que nunca ha pretendido ser más ni nada menos que un periódico artístico-literario" (8): prescindencia política, descentramiento de clase, exaltación del juego. Abierto y esotérico desprecio del mercado (ver recuadro 4), vanguardia respetuosa, moderada. Reformadora del gusto, "nacionalizadora" de las nuevas europeas en el nivel superficial de la búsqueda temática local, Florida acusa a Boedo de ser reaccionaria en el campo específico de lo literario. Objeto de utilidad que trasciende el mero estamento de lo estético, el arte de la izquierda social incorpora ciertas limitadas innovaciones al realismo mecanicista y sin volumen que practican. Órgano de los primeros intelectuales orgánicos del proletariado, "Claridad" aspira a ser una revista en cuyas páginas se reflejan las inquietudes del pensamiento izquierdista en todas sus manifestaciones. Deseamos estar más cerca de las luchas sociales que de las manifestaciones puramente literarias" (9). La incursión en el campo teórico efectuada por el grupo de Boedo, si bien no es afortunada en cuanto a la profundidad de sus resultados, es valiosa por el intento de crear una "literatura social", que logre responder a las necesidades de la clase trabajadora, a la que posibilitó el acceso a los clásicos del realismo a través de ediciones populares. A pesar de las hondas diferencias que las separan, Boedo y Florida conforman las alas enfrentadas de una misma renovación del campo intelectual argentino. La vanguardia juvenilista y la izquierda intelectualizada encuadran su polémica desde la crítica al Centenario, a una cultura oficial anquilosada y envejecida, que sólo aspira a mantener sus cargos y beneficios socioculturales.

A fines de la década del '20 se acallan las polémicas, en una Argentina que ya no es la alegre usufructuaria de la prosperidad mundial, que ya no puede soportar en su seno el peso de la crítica política (ni aún de la bullanguera).

"Recauchutada la oligarquía gracias al golpe militar señala Noé Jitrik: los sectores cultos sienten otra vez la necesidad de hacer algo. Ahora hay nombres nuevos y conceptos novedosos ya asentados, falta simplemente la catalización o la catalizadora que viene a ser Victoria Ocampo, fundadora de la revista Sur. El programa de Sur aparece como una reiteración obsesiva y casi neurótica de nuestros hombres de letras respecto de Europa. Simplemente implica un ajuste de cuentas de nuestras relaciones culturales y una puesta al día de nuestro epigonismo pero esta vez con una orientación menos vanguardista y más oficial,

4

LAS INCESANTES FRESCURAS DEL MISTERIO

"En arte hay dos actitudes: la de mirar al público y hacer piruetas de histrión necesarias para que los espectadores le arrojen las moneditas de su simpatía -gloria mundana- y la de encararse con el misterio inexpugnable del mismo, siempre capaz de ennoblecer con su perenne juventud a los que se dan de cuerpo y alma".

Ricardo Güiraldes
"Carta Abierta", Martín Fierro 14

más objetiva y prescindente respecto de tendencias, como si se quisiera demostrar ante propios y extraños que el uriburismo y el justismo aseguraban la más amplia libertad en todo lo concerniente al arte y las ideas" (10). La ajenidad cada vez mayor del intelectual para la comprensión y elaboración crítica de la realidad, de la cual no quiere ser directo apologista, le obliga a tomar en sus manos la "responsabilidad" de la cultura amenazada por la inespiritualidad generalizada en las mayorías y las dirigencias, "más allá de la política" (11). Más allá de la política se halla la cultura. Más allá de la política, el *topos uranos* de las verdades altas. Más allá del hombre común, el hombre "profundo" (12). Segura de su incuestionabilidad en su misión de interpretar las necesidades colectivas, Sur se propone la integración de la argentinidad con la grandeza cosmopolita. "Comprender el mundo" es su empresa. Y el sabedor de Sur, aterrado porque no comprende, pero más aterrado aun cuando comprende, cuando vislumbra cambios en el mundo que le arrebatarán finalmente su sitio omnisciente y cautivo del *statu quo*, se erige en el sufriente por excelencia, en el único ser que perdería con el totalitarismo universal a que cree el mundo se dirige, ajeno al ajetreado trajín en que los hombres masa se mueven y piensan en su lucha por la vida. La experiencia del intelectual como miembro activo del bloque histórico, pero imbuido de una retórica humanista que le permite englobar a todas las clases en sus postulados, es hipostasiada hasta presentarse la angustia y la sensibilidad impotente como propias de la conciencia de todo hombre que reflexiona. Encubriendo la distancia que media entre sus enunciados de comprensión del mundo y el empobrecimiento que de éste resulta, mediante las operaciones ideológicas de que es objeto, propone la integración de obra y vida, en mutua participación trágica (ver recuadro 5).

Último órgano hegemónico de la *intelligentia* liberal, Sur apoya la Revolución Libertadora (ver recuadro 6). Al bloque antiperonista se pliega la pequeña burguesía intelectual, en parte por el vigor que caracteriza sus lazos espirituales con la clase dirigente, cuya atracción ideológica se evidencia en el desprecio por la chusma, por la masa, por su fácil acaudillamiento, en parte por no poder

5

PASION DE UN ARGENTINO POR UNA HISTORIA SIN POLITICA

"Frente a la crisis del amor humano el intelectual, naturaleza primordialmente sensible, se rebela, reflexiona y se angustia. Esta crisis, este invierno, esta vacilación ante los dogmas contradictorios, este no poder tomar partido, esta necesidad de quemar enseguida las reservas y lanzarse violentamente a una creencia (...) vedan al intelectual (...) el retiro, la huida frente al universo inmediato hacia el universo de su abstracción, el ensimismamiento activo. El imperativo presente exige que el ensimismamiento creador se transforme en una participación creadora".

Eduardo Mallea,

"El escritor de hoy frente a su tiempo", en Sur, n.18, Bs.As., marzo 1936

insertarse en un peronismo que no tiene frente a la cultura oficial y a los intereses de su público una política definida, y que opta por aislarlos en fríos cenáculos lamentosos, sin poder ofrecer más que formas folklóricas y un frágil aparato conceptual, que más que un desarrollo teórico es una explicación discursiva de las consignas políticas. También la intelectualidad stalinista apoya el golpe del '55, en total incompreensión del fenómeno peronista -"enfermedad del pueblo"- que los lleva a una desastrosa alianza con la derecha.

Sin embargo, el nexo entre la ideología liberal de **Sur** y la ideología izquierdista que surge en los '50 con **Centro** y **Contorno**, lo hallamos en la propia "izquierda" de la revista que dirige la Ocampo, en los jóvenes que se reúnen en torno a H. A. Murena. A través del grupo **Contorno** (David e Ismael Viñas, Noé Jitrik, León Rozitchner, Adolfo Prieto, Juan José Sebrelli, Oscar Massotta) se conforma un intelectual de nuevo tipo, ajeno al ámbito universitario, que, a través -preferentemente- del ensayo, abordará lo que entonces comienza a denominarse la "realidad nacional" con categorías y enfoques de cuño marxista. Rompiendo al mismo tiempo con la ensayística intuicionista e irracionalista de Martínez Estrada y de Murena y con la tradición historiográfica y política liberal, intenta una mayor comprensión del peronismo y de los problemas "nacionales". Creer ver en el frondicismo una política de acercamiento al peronismo, y al mis-

mo tiempo, ligada a un plan de desarrollo nacional, por lo que integran el efímero bloque intelectual que Frondizi logró orquestar en torno a la UCRI.

Luego de su desilusión y de su ruptura con la que aparecía como el ala progresista de la burguesía, estos intelectuales se orientan a distintas variantes políticas de izquierda, pero con el objetivo común de ligar su producción teórica a la lucha de las clases subalternas. Nos encontramos ya en los años '60, en los que la Revolución Cubana mostrará una perspectiva política concreta a la intelectualidad "de izquierda", y replanteará, entre los militantes de la izquierda tradicional (socialdemócrata y comunista) los métodos de lucha política, que la lleva a sufrir una sangría permanente de sus cuadros intelectuales y políticos. Son los años de las revistas culturales y políticas del tipo **Pasado y Presente**, **La Rosa Blindada**, **Fichas de investigación económica y social**, **El escarabajo de oro**, y finalmente ya en los '70, **Nuevos Aires**, **Los libros**, **Crisis**; son los años de las pequeñas editoriales independientes, del tipo Jorge Alvarez Editor, Carlos Pérez Editor, La Rosa Blindada, Pasado y Presente, Centro Editor de América Latina, Galerna, De la flor, Proteo...sin contar las innumerables editoriales "pirata". Los años '60 y la primera mitad de los '70 marcan la mayor ebullición y politización de la cultura en nuestro país, pero, paradójicamente, nace en el intelectual, en la ideología política de los partidos y en el sentido común del militante medio, el sentimiento de la inferioridad del trabajo intelectual frente a la lucha político-militar, el sentimiento de culpa del intelectual, en tanto que tal, la interpretación estrecha de la idea de Marx según la cual "el arma de la crítica no puede reemplazar a la crítica de las armas". Esta falsa oposición, entre lucha ideológica y lucha política -que llevada a su máxima tensión se convertía en la oposición entre "el arma de la crítica" y "la crítica de las armas"-, analizada profundamente por Carlos A. Brocato en otro artículo de este número, no llega a resolverse positivamente; el incipiente bloque ideológico ligado a las clases subalternas comenzado en los '60 no llega a consolidarse -ni internamente ni en su ligazón orgánica con dichas clases, esto es, nunca llega a integrarse en un verdadero bloque histórico de todos los explotados, liderado por el proletariado- y es finalmente quebrado y fragmentado por el golpe militar del '76.

6 1955: EL TRIUNFO DE LA "LIBERTAD" SOBRE LA "INFAMIA"

"Ante la persistente campaña de sospechas y acusaciones que en estos días trata de agitar la opinión, los escritores que firman esta nota reiteran su plena confianza en el gobierno de la Revolución Libertadora. Entendemos que los hombres de este gobierno prosiguen juiciosamente en la paz la obra iniciada con las armas en septiembre de 1955 y van encaminando la patria hacia un porvenir sereno y honroso. Juzgar y censurar la cosa pública es un derecho inalienable, al que no renunciamos, pero no podemos olvidar que el país sale de una zona de infamia y que nuestra discordia favorecerá fatalmente a los opresores de ayer. Por eso nos vemos obligados a condenar a quienes perturban el afianzamiento de la Revolución." Firman: Margarita Abella Caprile, Marta Acosta, Angel Acuña, Horacio Armani, José P. Barreiro, Roy Bartolomew, Horacio Jorge Becco, José Bianco, Adolfo Bioy Casares, J. Blanco Amor, J.L. Borges, Julio Caillet Bois, A. Capdevila, J.E. Clemente, Nicolás Cocaro, A.M. Delfino, Osvaldo H. Dondo, B. Edelberg, C.Gándara, J.C.Ghiano, A.Grondona, M.Harriague, A.Jasca, M. Lancelotti, J.L. Lanuza, R. Levillier, L. M. Lozzia, R. Ledesma, F.S. de Mantovani, Arturo Marasso, C. Mastronardi, F. Marquez Miranda, A. M. Lafinur, M.Menasche, A.Mitre, Mujica Láinez, R.Navarro, Silvina Ocampo, A.Olivera, F.Pedrido, A.L.Pérez Zelaschi, M.Peyrou, E.Pezzoni, H.E.Ratti, Héctor Raurich, J.Rest, J.L.Ríos Patrón, F. Romero, O.Rivas, Ranney, C.Rosales, M.Rosenthal, R.Sáenz Hayes, C.Sánchez Viamonte, G.de Torre, Leopoldo Torre, L.de Vedia y Mitre, Marcos Victoria, H.Villordo, C.Viola Soto, J.Voscós Lescano, C.Warnes, Alfredo Weiss, G.Whitefow, J.R.Wilcock, E.W.Alzaga y Wally Zenner.

NOTAS

1) Alberdi, Juan Bautista, 1938. Cit. en *El escritor y la industria cultural*, Bs. As., Centro Editor de América Latina, 1980, p.14.

2) *ibid.*

3) Viñas, David, *De Sarmiento a Cortázar*, Bs. As., Siglo Veinte, 1974, p. 15

4) Gramsci, Antonio, *El Materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Bs. As., Nueva Visión, 1971, p. 124.

5) Matamoros, Blas, *Oligarquía y Literatura*, Bs. As., Ediciones del Sol, 1975, p. 4.

6) Peña, Milciades, *De Mitre a Roca*, Bs. As., Ediciones Fichas, 1972, p. 7.

7) Guillermo de Torre, Guillermo Juan, Eduardo González Lanuza, Jorge Luis Borges, "Proclama", en *Prisma I*, diciembre de 1929, cit. por César Fernández Moreno, *La realidad y los papeles*, Madrid, Aguilar, p. 498.

8) Gironde, Oliverio, cit. por C. Fernández Moreno, *op. cit.*, p. 163.

9) *Claridad I*, 1926. Un año más tarde (febrero de 1927), aclarará un editorial: "Esta publicación no es una publicación socialista, ni comunista, ni anarquista. El hecho de que algunos colaboradores pertenezcan al partido socialista o comunista o sean georgistas o anar-

quistas no significa que todos nosotros pensamos del mismo modo. (...) Nosotros no nos ajustamos a ninguna biblia, sea la biblia roja o negra. Somos libres de nacimiento...Somos enemigos de toda política. Más que un programa teórico nos ajustamos a un programa de acción (...) No somos partidarios de la doctrina en seco. No estamos sacramentados ni tenemos nada de catecúmenos o doctrinarios. No vivimos para encenderle velas a Lenin o a Bakunin sino para revolucionar las conciencias...Hay que avanzar siempre. Nosotros somos hombres de vanguardia. Queremos marchar a la cabeza de todo movimiento artístico o ideológico (...). Luchamos solos contra todo. Sostenemos que el hombre se dignifica por sus actos y no por sus ideas. Estamos hartos de discursos bonitos y acciones canallescas. Ahora, quien tiene oídos para oír, que oiga. "Cit. por Adolfo Prieto, en Estudios de literatura argentina, Bs. As., Galerna, 1969, p. 44.

10) Jitrik, Noé, Ensayos de literatura argentina, Bs. As., Galerna, 1970, p. 211.

11) "Posición de Sur", Sur 35, agosto de 1937.

12) "Profundidad" que se desparrama luctuosa en párrafos como el siguiente: "El arte desgaja su producto y lo instala a vivir en el mundo del que obtuvo pretexto y móvil y no hace de la vida expresión: lo que hace al contrario, es de la expresión vida, pero vida orgánica y 'diferente' cuya organización y diferencia se crean por elaboraciones determinadas y no por la indeterminación fluyente de los hechos cotidianos como meros hechos"; reflexión acerca de la cual escribe J. J. Hernández Arregui: "a esta hinchazón indebida del pensamiento el círculo le llama profundidad" (Imperialismo y Cultura, Bs. As., Plus Ultra, 1973, p. 183).

III. LOS INTELLECTUALES ARGENTINOS FRENTE A LA DICTADURA

"Uno de los propósitos fundamentales del Proceso de Reorganización Nacional es instaurar, en su momento, una democracia republicana, representativa y federal, adecuada a la realidad y exigencias de evolución y progreso del pueblo argentino"

Videla, 21-IX-1978

"Buscamos una república vigorizada en todas sus instituciones, para que siempre la Argentina avance con la frente bien amplia, para que esta empresa, para que esta Argentina que queremos, sea una realidad que tiene que ser necesariamente la Argentina deseada por todos lo que habitan su suelo. (...) Es necesario que el gobierno fije sus objetivos políticos y estratégicos, que ha elaborado y que tiene en preparación para llegar al país que deseamos. Es necesario que en esa elaboración opinen, participen, aporten ideas, la enriquezcan, todos los argentinos que tengan capacidad para pensar, y la valentía al expresar sus ideas coincidentes o discrepantes.

"(...)No habrá agotamiento político, como sucedió en otros procesos militares, convénzense de esto para que toda la inteligencia, toda la capacidad creativa que ustedes tienen, sume y no reste, a ésta, la gran empresa nacional.

"(...)El Proceso de Reorganización Nacional ha dicho que va a fundar una Nueva República, para alcanzarla debe definir esa Nueva República, debe luego transformar ésta que tenemos, en la nueva (...)

"Reformar una República no es un acto sencillo. Hay que modificar un sinnúmero de cosas, hay que mentalizar a toda la Nación Argentina, hay que generar conciencia de cuáles son los objetivos o política y estrategia a desarrollar"

Harguindeguy, 23-XI-1977

El golpe del 24 de marzo de 1976 se presenta a sí mismo como la "única alternativa posible" frente a la inminente "disgregación" del país, la "corrupción" y el "vacío de poder" del cuestionado régimen peronista, imagen creada con anticipación con ayuda de los medios de comunicación masiva y de los partidos políticos. La "opinión pública", horma de la hegemonía, es el punto en el cual toma cuerpo y se desarrolla el vínculo entre la sociedad civil y la sociedad política. "El Estado -apunta Gramsci- cuando quiere iniciar una acción poco popular crea preventivamente la opinión pública adecuada, o sea organiza y centraliza ciertos elementos de la sociedad civil (...) La opinión pública es el contenido político de la voluntad política pública que podría ser discordante; por eso existe la lucha por el monopolio de los órganos de opinión pública: diarios, partido, parlamento, de modo que una sola fuerza modele la opinión y por consiguiente la voluntad política nacional, dispersando a los disidentes en un polvillo individual inorgánico" (1). Antes y durante el gobierno militar la prensa escrita y los medios de difusión en general declaraban su amor a las botas, poniendo ya en práctica la teoría del "país jardín de infantes" mediante una selectiva información de los hechos que no afectara la dificultosa senda hacia el ansiado restablecimiento de los valores que hacen al "bien común" (ver recuadro 7). La Opinión meses ha se pronunciaba por una puesta del orden a cargo de militares "democráticos" y "progresistas"; Balbín se expedía en el Congreso acerca de la crisis del gobierno, desbrozando el camino para un golpe militar con la afirmación de la impotencia y prescindibilidad del radicalismo ante esa coyuntura, con su "inocente" frase: "no tengo soluciones". Aplaudidas por los partidos políticos y por los medios de comunicación, sacralizadas por la Iglesia, contanto en su haber con la complicidad de la pequeño-burguesía -harta de incultas manifestaciones, y de un Poder que no supo aparentar la Serenidad que emana de Lo Verdadero- las Fuerzas Armadas asumen el poder en calidad de intérpretes del sentir nacional.

Prestos a instaurar "una democracia nacional, sólida y estable que asegure

7

EL LABORATORIO DE LA "OPINION PUBLICA"

"El periodista tiene que valerse de su buen criterio, de su prudencia, para no herir intereses que, en determinadas situaciones -la guerra antisubversiva, la presión exterior ejercida sobre el país- no deben tocarse, que justifican cierta limitación, no en la libertad informativa sino en la riqueza informativa (...)

"Creo que debemos decir todo, con la única salvedad de que lo que digamos como periodistas debe autoseleccionarse en función, únicamente, del bien común. Somos parte de una sociedad y nos debemos a ella (...)

"Yo puedo decir, sin ruborizarme, que en treinta años de oficio nunca he escrito contra mis principios."

Sergio Cerón
columnista de *La Opinión*
(*La Opinión*, 5-11-78)

"No hay una total libertad de prensa (...) Las fricciones sobre libertad de expresión que pueden notarse en este momento, se deben más bien a problemas de detalle. Hay cierta irritabilidad, por ejemplo, frente a la publicación de anécdotas relativas al área oficial. En cambio, al menos en lo que a mí atañe, en los grandes problemas nunca he encontrado inconvenientes de expresión que sean insuperables (...)

"Oficialista u opositora, me parece también una opción falsa. Repito, la prensa debe ser representativa porque hay momentos de la vida nacional en que algunos sectores no se expresan o sus críticas no son recibidas en el nivel adecuado, o se las toma en cuenta para determinar una política. El problema de la censura y de la autocensura es relativamente poco importante. (...) no creo en la censura de prensa. Entre otros motivos, porque los hechos de la realidad terminan siempre imponiéndose."

Enrique Alonso
columnista del diario *Clarín*
(*La Opinión*, 5-11-78)

"No es lo mismo vivir en la democracia que fuera de la democracia (...) Es cierto que, sin embargo, existen contradicciones: un gobierno civil puede no respetar demasiado los derechos constitucionales; y, en cambio, un gobierno militar encabezado por alguien que cree en la libertad de expresión, permite una mayor libertad de prensa que aquel gobierno civil. (...) En este momento interfiere una serie de hechos que ya ha sido citados y no pueden dejarse de lado, como la lucha contra la subversión, elemento nuevo que hizo que el periodismo pensara muy bien antes de difundir determinadas informaciones. Todos los periodistas sabemos que cualquier información que pueda resultar útil a la subversión sería contraria a la seguridad nacional e incluso contraria a la seguridad del propio periodista (...) Yo me doy el lujo de criticar al presidente de la República, y éste también acepta la crítica. Y al dialogar con el ministro del Interior le he preguntado todo lo que se me ocurrió preguntarle, y él contestó, sin tachar una coma... Se puede jecer más libertad de prensa que lo que la gente cree."

"Aquí, si a un gobierno que comete las aberraciones que hemos presenciado, no lo echan los militares, no lo echa nadie. Ni siquiera se espera que lo eche el pueblo."

Hugo Gambini
Director de la revista *Redacción*, y comentarista
radial y televisivo
(*La Opinión*, 5-11-78)

"La falta de libertad de prensa puede producirse por dos causas: porque se la impone desde el gobierno, y porque los propios periodistas se la autoimponen. Creo que en la Argentina hay más de lo segundo que de lo primero."

"Los periodistas, además de responsabilidad, debemos tener sentido común. No por temor sino porque somos un servicio público (...) en la Argentina hay un margen de libertad de prensa mucho mayor de lo que se supone."

"¿Para qué agregar un diario (oficialista)? Además es innecesario, puesto que la prensa existente respeta la información oficial, la titula bien, y si la critica, lo hace en otra página ... Aparte, creo que en el periodismo argentino hay cierto acompañamiento del actual proceso; yo no diría del presidente Fulano o del comandante Mengano, sino de un proceso en el cual somos todos un poco responsables y en el que nos sentimos comprometidos."

Angel Anaya
Redactor de *La Gaceta*, de Tucumán y
de *La Nación* de Buenos Aires
(*La Opinión*, 5-XI-1978)

"No hay comunicación fluida entre el poder y la prensa (...) Hay que incrementar ese diálogo y plantear este problema, desde el punto de vista profesional, a los oficiales de las Fuerzas Armadas, demostrándoles que somos elementos esenciales del poder, tanto como ellos."

"La Argentina tiene hambre de unidad, de terminar con conflictos absurdos, de estrecharse la mano."

Enrique Pugliese,
Redactor de *La Razón*, de Bs. As. y
jefe de redacción de la revista *Vigencia*
(*La Opinión*, 5-11-78)

cient años de gobierno cívico a los argentinos" (2) - mediante "un proyecto sugestivo de vida en común" (3) - los armados guardianes de la paz no son resistidos. La clase trabajadora no defiende al gobierno que había votado tres años atrás y que se demostró incapaz de satisfacer sus reclamos más inmediatos -inaugurando en su última etapa, con Rodrigo, una política económica que luego Martínez de Hoz llevaría hasta sus últimas consecuencias, y un aparato de represión con carta blanca para secuestros y asesinatos, también éstos sistematizados y llevados a cabo con mayor "limpieza" al instalarse en el gobierno los directos ejecutores (4) - replegándose espontáneamente a partir de un estado de disgregación social, la cual explica la opresión no sólo militar sino político-militar padecida estos siete largos años.

La cambiante relación de fuerzas en que el último gobierno constitucional se debatía, el descontento generalizado (desde la paulatina radicalización del proletariado, que va cobrando perfiles peligrosos hasta la revulsión de los militares ante el "desorden" popular y la aparición cada vez más independiente de esas masas a las que siempre miraron con asco (5), pasando por la estéril y provocativa acción de la guerrilla y el escandalizado estado de las clases medias), y las ex-

pectativas en las Fuerzas Armadas, conformaron un espectro político peculiar, posibilitando un golpe de Estado con características muy diferentes al del estilo pinochetista (6).

* "No habrá retorno a la política porque en Chile la política no existe", expresa Federico Willoughby, secretario de Prensa de la Junta Militar Chilena (7).

"La actividad política no está congelada, puesto que nosotros estamos haciendo política, no de partidos, sino en el profundo sentido de la palabra", retruca Díaz Bessone, ministro de Planeamiento de la Nación Argentina (8).

* "Yo me voy a morir. El que me suceda en la presidencia también habrá de morir. Pero elecciones, durante ese período, no habrá", se jacta Pinochet del ilimitado poder que le confiere su autocratismo (9).

"¿Qué clase de dictadura es ésta, sin dictador y con mecanismos institucionales que garantizan la rotación de los hombres en los cargos fundamentales? ¿Qué tipo de gobierno autoritario es éste, ejercido por hombres de incontestable adhesión a la Democracia Representativa?", interpela Agosti, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, apelando a una imaginaria y absolvente universal conciencia de Libertad, Justicia y Paz (10).

* "terca negativa del gobierno a buscar el consenso", se lamenta hoy *El Mercurio*, diario tradicional de la oligarquía chilena (11).

"El accionar político debe desarrollarse abriendo crecientes posibilidades de activo consenso", había expuesto Videla, con su habitual claridad y recato, el rumbo a seguir en relación a la participación de la sociedad civil (12).

Es obvia la diferencia entre los discursos argentino y chileno. ¿Se trata de meras características personales, modos más o menos amables de formalizar un mismo proyecto represivo? ¿O tenemos en estas palabras el fiel reflejo del corazón de quienes hablan, ilustrado el sentir con su mecánica traducción al lenguaje de modo que ante tal evidencia es indudable la vocación democrática de uno y tiránica del otro? Ni una ni otra. Estas dos respuestas soslayan el carácter unitario y contradictorio de la dialéctica entre coacción y persuasión que todo gobierno (incluidos los más democráticos) establece en una sociedad de clases, regida por la relación de fuerzas más o menos favorable que lo llevó al dominio, privilegiando cada respuesta sólo uno de éstos dos aspectos. La primera es la típica expresión de los grupos sectarios corroídos por el fantasma del boicot y la contrarrevolución oculta bajo toda acción o interpretación que disienta de las propias (auténticamente revolucionarias), no llegando a ver que la esencia de la política sólo es comprensible a través del análisis de las zonas grises, únicas que permiten explicar la aparentemente absoluta existencia de negros y blancos. La segunda complica su conciencia con la ideología dominante, en ferviente ingenuidad o celosa justificación, haciendo de la diferencia entre dos dictaduras la definición de la democracia. Ni formales ni absolutos, los rasgos que distinguen ambos procesos entre sí son producto de la cualitativa diferencia en la autoconciencia de las clases subalternas correlativa a los logros políticos por ellas obtenidos: el derrocado gobierno de Allende representaba los intereses inmediatos y mediatos de los oprimidos en contra de la burguesía como clase hegemónica, Isabel no representaba más que el fracaso del peronismo (movimiento de base obrera pero hegemónico por la burguesía) en sus esfuerzos por mantener a flote el pacto social. La derrota sufrida por el pueblo chileno es una derrota histórica, sus organizaciones y su vanguardia descabezadas y disueltas, sus posibilidades de reorganización fu-

tura extremadamente difíciles; la derrota del gobierno argentino constituye una derrota política pero no histórica de la clase trabajadora. El pueblo chileno resistió, en enfrentamientos armados en las calles, a los golpistas; en Argentina no hay un sector que se haya convertido en vanguardia hegemónica de los sectores explotados contra la dictadura. Se trata de discursos diferentes, con diferentes interlocutores. Yo soy el poder, advierte Pinochet a los resistentes obreros, **el monopolio de la coacción me pertenece exclusivamente**. Videla se dirige a un interlocutor complaciente, escéptico o posible compañero de ruta, ante el forzado silencio de una clase obrera expectante y pasiva: **el monopolio del estado es nuestro, pero llamamos a todo aquel que se someta a nuestra dominación, a compartirlo**. En Chile se instauró una "dictadura pura", en Argentina lo que Gramsci denomina "transformista" (13). Los límites entre ambas dictaduras no son rígidos ni estáticos. Dependen del uso exclusivo de la coacción en el primero, y de su uso combinado con el consenso en el segundo. Las ínfulas democráticas de los militares argentinos no son vanas: a la vez que controlan la sociedad civil por medio de una brutal represión, absorben en su clase política las élites de los grupos subalternos, manteniéndolos en la pasividad política. Las ventajas de esta combinación saltan a la vista: los métodos de la hegemonía son utilizados en provecho de la dictadura, que prima sobre aquella dejando de ser el "uso simple y primitivo de la coacción para ser la decapitadora pacífica de los grupos enemigos" (14), conservando, sin embargo, la cínica frescura que consenso y mordaza juntos otorgan.

En el seno del frente único que la burguesía conforma en torno a las FF. AA., la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral, es hegemonizada por una suboligarquía financiera, que se concibe a sí misma en total identidad con el Estado, destinado éste a crear las mejores condiciones para su expansión, presentada como "fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías 'nacionales'" (15). "Quisimos fundar un sistema, no una dinastía -señala Agosti- porque este proceso no pertenece exclusivamente ni a las Fuerzas Armadas ni a ninguno de sus hombres, sino a todo el pueblo de la Nación" (16).

El nuevo bloque histórico, para cuya formación la clase dominante apela a los esfuerzos y solidaridad de la sociedad civil, realiza ingentes intentos por fortalecer -en la dialéctica hegemonía/coacción- el primer polo, que le proporcionará el consenso necesario para la construcción de la "Nueva República" (17).

Con calculada meticulosidad, fue levantada una fachada de libertad y democracia sobre el silencio que cubría los miles de muertos y desaparecidos, las torturas y la persecución a mansalva de las ramas radicalizadas políticas, sindicales, estudiantiles, y de todo aquel que discrepara en algún aspecto sobrepasando la crítica de las autopistas; cruzada ejecutada bajo el incitante lema de lucha contra la "subversión marxista". Silencio producto del terror, pero también de la complicidad con que la burguesía asistía alegremente a la destrucción de la guerrilla, tramo negro pero necesario de la "guerra sucia", tramo del cual felizmente no se haría cargo luego, en la "democracia" venidera (18).

Con el rigor de la censura y de las armas, de los acuerdos y las amenazas, de absorción y liquidación, la atracción que los representantes orgánicos de la clase dirigente suscitan entre otras capas intelectuales tendió a crear un bloque ideológico, "armazón flexible, pero muy resistente" (19), del bloque histórico. Fun-

ción de este bloque intelectual es controlar y/o neutralizar al resto de las clases sociales, sin comprometer con ellas a la dominante, impidiendo la creación de sus intelectuales, efectuando una labor preventiva respecto de sus veleidades de emancipación al propagar y dar sustancia a la ideología elitista represiva y sierva del imperialismo, de golpistas y camarillas civiles. **¡UNAMONOS!...y no seremos bocado de la subversión. ¡UNAMONOS en torno al "destino de grandeza que las Fuerzas Armadas proponen a la Nación"!** (20), y "la Argentina del 24 de marzo renacerá en dirección de una nueva clase dirigente", que transformará "la Argentina en una sola escuela" (21), convergen civiles y militares. Con el fin de atenuar posibles formaciones de coaliciones hostiles hacia esta "Argentina inteligente", el incipiente bloque intelectual brega por la mayor estabilidad del equilibrio entre fuerza y consenso, política y moral, violencia y engaño.

A grandes rasgos, tres grupos de intelectuales -más o menos homogéneos- quedan delineados a partir de su posición fundamental ante la Argentina del '76 y respecto de su propio "capital ideológico".

NOTAS:

- 1) Gramsci, Antonio, Pasado y Presente, Bs. As., Granica, 1974, p. 202.
- 2) Luciano Benjamín Menéndez, La Opinión, 28-5-79.
- 3) Díaz Bessone, ministro de Planeamiento, La Opinión, 1-12-77.
- 4) Ver 23 Tesis por un Frente Democrático Antimperialista, Centro de Estudios Socialistas, Marzo de 1983, parte II, en este mismo número de Praxis.
- 5) "el sistema de vida democrático, igualitario, abierto, libre, surgido en los siglos XVIII y XIX, ha sido socavado con la aparición de las masas"; expresó nuestro ex ministro de Cultura y Educación, doctor Juan José Catalán, atento a los principios de la "Nueva República" (La Opinión, 22-10-77).
- 6) El Partido Comunista Argentino defendió a los militares "democráticos" (Videla, Viola y cía.), que hegemonizaban el cuerpo castrense, y que habrían impedido con su voluntad cívica un golpe de tipo pinochetista en la Argentina; apoyo que -si no fuera trágico- podríamos calificar de ridículo, pero que da una muestra del consenso de la sociedad civil al golpe del '76.
- 7) cit. por Crisis 32, diciembre 1975, p. 29.
- 8) Díaz Bessone, La Opinión, 1-12-77.
- 9) cit. por Alberdi, Diario de Vedia, Pcia. de Bs. As., 21-6-75.
- 10) "Queremos ser comprendidos en nuestro afán por comprender -prosigue Agosti- queremos ser acompañados en nuestro afán por conducir, no queremos ser aplaudidos, pero sí sentir en nuestra intimidad que sabemos interpretar el anhelo de los argentinos de tener una Patria que nos enorgullezca, y que precisa del esfuerzo de todos para el bien" (La Opinión, 8-10-77).
- 11) El Mercurio, 17-6-83.
- 12) La Opinión, 19-10-77.
- 13) El proceso orgánico del transformismo expresa la política de la clase dominante que se niega a todo compromiso con las clases subalternas, decapitando e integrando su vanguardia ideológica. Su estudio permite mostrar la complejidad de las relaciones entre hegemonía y dictadura.
- 14) Portelli, Hughes, op. cit., p. 80.
- 15) Gramsci, Antonio, Notas sobre Maquiavelo, sobre Política y sobre el Estado Moderno, Bs. As., Lautaro, 1962, p. 72.
- 16) Agosti, La Nación, 26-1-79.

17) El intento de fortalecer el polo de consenso no conlleva menosprecio alguno a los métodos coactivos. Más bien es el modo en que una dictadura transformista oculta bajo el velo de una justicia sagrada- esos mismos actos represivos para poder llevarlos a cabo con mayor libertad.

(18) Esta fachada de democracia y libertad tan cuidadosamente montada fue vulnerada inicialmente por la movilización de las Madres y Familiares de los detenidos-desaparecidos por razones políticas. Los militares habían cubierto todos los posibles flancos de oposición (opinión pública, partidos políticos, etc.) pero, por supuesto, no hubieran imaginado jamás por donde comenzaría a rajarse el edificio de la impunidad por sus crímenes que tanta elaboración les demandó.

19) Portelli, Hughes, op. cit., p. 117.

20) Díaz Bessone, La Nación, 8-11-77.

21) Grondona, Mariano, "Las torpezas del progreso", en Pensar la República, Bs. As., Persona a Persona S.A., 1977, p. 265.

III.1. INTELLECTUALES TRADICIONALES VINCULADOS A LAS CLASES SUBALTERNAS

Fragmentada por la represión y el repliegue consiguiente, por el exilio, por las irremplazables ausencias de los desaparecidos, presa de la cautela asfixiante y del tanteo de ciegos que fue necesario ingrediente de su vida cotidiana, la intelectualidad revolucionaria quedó sumida en una dispersión que sólo lentamente aprendió a campear con rudimentarios canales de comunicación y desarrollo. Sumada a la trabajosidad inherente a la clase subalterna para crear sus propios intelectuales -los más provenientes de la pequeño-burguesía- la marginación, la censura, el repliegue y la falta de canales de comunicación y acción comunes, condujeron al total aislamiento de una y otros. Estos intelectuales intentaron resistir, ya no al abismo abierto con el campo popular, insalvable en tan aciagas circunstancias, sino a la cavernícola cultura oficial, monopólica y cerrada. Con escaso público y peores posibilidades materiales de creación y difusión, esta cultura alternativa hizo de sus trabajos teóricos su militancia, de la divulgación del pensamiento progresista su tarea, y de la investigación su único aporte posible, tensando las cuerdas de la censura hasta su oscuro punto máximo.

La proliferación de revistas subterráneas es índice del vacío que se ofrecía a la juventud, que si bien no pudo convertirlas en valiosos elementos culturales, fue el marco en que pudo formarse cierta conciencia crítica, aunque no traspasó el umbral de la rebeldía y la oposición abstractas.

Dentro del espectro de revistas culturales se condensa la mejor producción intelectual de estos años, siendo de destacada importancia **Punto de Vista** y **El Ornitorrinco**, y como órgano periodístico **Nueva Presencia**. Con despereja pero tenaz concurrencia Beatriz Sarlo, Juan José Sebrelli, Ricardo Piglia, Nicolás Rosa, Alfredo Llanos y muchos otros desarrollaron cursos sobre ciencias humanas, de gran importancia en el desierto cultural argentino. Aun así, los disidentes fueron dispersados -como apunta Gramsci- "en un polvillo individual inorgánico" situación desde la cual si lograban continuar su labor intelectual, ésta no consiguió vedados los canales de comunicación culturales usuales y la libre circulación- insertarse en un movimiento cultural que superara el pequeño grupo.

INTELECTUALES ORGANICOS DE LAS CLASES DOMINANTES

De poca monta, desde el punto de vista de su producción intelectual - excepción hecha, claro está, de algún académico cuyo aporte a la cultura consiste en la concienzuda investigación acerca del "gerundio en Lope de Vega"-, representantes orgánicos de la clase dominante, su participación activa en la elaboración de ideas que condensan el sentido de su clase se vio limitada por el carácter medievalista y flagrantemente antihumanista de los objetivos del Proceso. Muchos de ellos, no queriendo asumir los contenidos de este proyecto como propios, optaron por distanciarse psicológicamente de él a través de una supuesta independencia de la razón frente a hechos tales como la política, la guerra, y las grandes pasiones humanas, declarándose prescindentes de los sucesos en que se libran las luchas de vida o muerte entre las clases antagónicas, y dedicando su pluma -y su cabeza- a amenas anécdotas sobre los pequeñas cosas de la vida(1).

Los apologistas de la dictadura, libres del obstáculo que estos pruritos decimonónicos imponen, organizadores y distribuidores de la cultura -cargo compartido con almirantes, cabos y sacerdotes- hacen uso de su buen prestigio y de los medios de difusión a su servicio, proclamando las delicias de la paz ganada con tanto esfuerzo, y denunciando los componentes subversivos de la vida política y moral. **José Gobello, Carlos Ghiano, José Edmundo Clemente** y otros (ver recuadro 8) alertan al gobierno sobre los peligros que lo acechan. Corre el año 1979, y estos distinguidos jerarcas de la dictadura han aprovechado el tiempo transcurrido desde el '76, y no tienen en aras de qué perderlo. ¡Paro General!, gritan aterrados, suplicando represión para los rebeldes; echándoles al rostro el artículo 22 de nuestra Constitución, prueba suficiente de la sedición, del descaro, de las malas intenciones de quienes (en 1979!) se oponen a la política económica de **Martínez de Hoz**.

Tras jurar fidelidad a los objetivos del proceso de Reorganización Nacional y saludar la verdadera dignidad de que es merecedora la Argentina, el viejo **Manucho** observa "un evidente progreso hacia la recuperación del lugar que ocupaba en América en la época en que la Argentina era considerada el país más avanzado. También observo que una innegable seriedad y dignidad ha reemplazado en escaso tiempo, a la vergüenza y al disparate que caracterizaron los años del peronismo"(2).

Paradigma de lo que Wright Mills irónicamente califica como **cultura de entrecejo alto** (o **petulante snobismo**), **Manuel Mujica Lainez** aconseja a sus colegas de la esfera militar en el arte del consenso, buscando matar dos pájaros de un tiro, conseguir un cargo de escriba y colaborar con la propaganda que las FFAA efectúan -infructuosamente- para lograr prestigio internacional: "¿Cómo no comprenden las autoridades responsables cuánto imprta para el prestigio argentino y su propaganda, utilizar inteligentemente esas fuerzas ("científicos, escritores, artistas plásticos, músicos, actores"), facilitando y estimulando su labor?"(3) Años después, con ocasión de las acusaciones imputadas al gobierno militar de haber cometido un "genocidio cultural", declara en España: "estamos allí muy tranquilos. Estamos todos: Borges, Sabato, Silvina Ocampo, Bioy Casares, yo, todos los grandes... El único escritor de prestigio que no está en Argentina es Cortázar, que hace veinte años vive en Europa". Casi parece una caricatura de sí

mismo, esta mezcla de cinismo y barbarie. Muestra de la creencia en la inmortalidad de su clase y de indolente estupidez, **Mujica Lainez** puede estar tranquilo: ni **Matamoro** ni **Jitrik** desnudarán el sentido de su alambicado entretejer naderías en gruesos volúmenes cuidados. Ni **Walsh** ni **Moyano**, ni **Conti** ni **Tizón** le disputarán su lugar de "prestigio" en la literatura argentina.

Reiterando la identificación entre clase dominante y Estado, y entre los intereses de la primera con los de toda la sociedad, **María Esther Vázquez** se entristece al relatar a sus lectores de **La Nación** la agresión de que fue víctima durante la realización del Congreso de Escritoras realizado en Ottawa: "una pequeña manifestación de cinco o seis individuos, aparentemente del sexo femenino, que vinieron a gritar al hotel donde estábamos alojadas: ¡Fuera argentinas fascistas! (...) Lo más triste es que este resentimiento contra la Argentina (sic) es fomentado por ciertos argentinos exiliados que no nos perdonan que nos hayamos quedado, simplemente porque éste es **NUESTRO** país y porque nos gusta" (4). **María Esther Vázquez** es contundente. **David Viñas** se exiló porque las baldosas siempre rotas de Buenos Aires no eran de su gusto. Y **Roberto Santoro** fue secuestrado

8

PREOCUPANTE EXTORSION
DE GREMIALISTAS AL PROCESO

"Ante la decisión de convocar a un paro general de actividades, adoptada por un grupo de dirigentes sindicales, señalamos con preocupación el retorno a la estrategia de los planes de lucha que, de una manera u otra, ha impedido, durante los últimos 24 años, consolidar una democracia estable.

"El paro a que se ha convocado es un paro político. Su objetivo no es una mejora concreta de la situación de los trabajadores, sino, según se declara 'el de llamar a las autoridades nacionales al cambio de la actual política económica'. De lo que se trata es, seguramente, de destruir la política económica para destruir luego al Gobierno.

"Pero aún cuando no fuera así, cabe todavía preguntarse en nombre de quién pretende un grupo de gremialistas extorsionar al gobierno para obtener un cambio de política. ¿En nombre de los asalariados? La política económica no interesa solamente a los asalariados, sino a todo el país. ¿En nombre de todo el pueblo? Toda reunión de personas que se atribuya los derechos del pueblo y peticione en nombre de éste, comete delito de sedición' (Artículo 22 de la Constitución Nacional).

"La Argentina no quiere volver al pasado, y la única forma de lograrlo es profundizar los objetivos enunciados el 24 de marzo de 1976."

Texto suscripto por **Julio Alvarez, José Edmundo Clemente, Francisco García Bazán, Juan Carlos Ghiano, José Gobello, Haydée Jofre Barroso, Jaime Perriau, Samuel Tarnopolsky, Adalberto Tortorella, Alberto Delman.**
(La Nación, 27-4-'79)

(y quizás asesinado) seguramente porque, aunque le gustara, este no era su país. "Se nos habló -continúa la conocida columnista- de la represión cultural que se ejerce en la Argentina, se nos habló de las patrullas policiales que recorren las calles al atardecer buscando víctimas, se nos habló de un pueblo aterrorizado que no se anima a salir de sus casas y se nos acusó de ser agentes muy bien pagos." ¿Où- responde el correcto ciudadano ante tamaña denuncia? No responde: "la actitud de las escritoras argentinas, -sigue relatando impávida- serena y mesurada, evitó que tales ataques prosperaran y luego la cordura y el equilibrio de la Dra. Martha Martínez (...) impidió, en la última sesión, que se presentara un proyecto para erradicarnos de las próximas reuniones". Ejemplo de dignidad estoica María Esther Vázquez no sale al paso de tan grave acusación, pisando con esta omisión el terreno de la ambigüedad donde la indiferencia linda con la complicidad.

Acaso el intento más orgánico de estructurar un bloque intelectual que diera al Proceso un consenso ideológico más profundo y orgánico fue el frustrado Primer Congreso Nacional de Intelectuales, realizado en octubre de 1978. Organizado por el entonces Secretario de Cultura, "el encuentro cuenta con la total aprobación del general Albano Harguindeguy, actual titular interino de Educación" y su explícito propósito consiste en "acercar la participación de los intelectuales en el Proceso de Reorganización Nacional" (5). Desde el "liberal" Eugenio Pucciarelli, hasta el "nacionalista" Julio Irazusta, los intelectuales del Proceso sacrifican sus discursos particulares en aras de un discurso común, postulado como discurso hegemónico, que integra "la esencia del hombre argentino" en la "filosofía occidental y cristiana". Pero esta amalgama dió por resultado un discurso ambiguo, de neto corte retórico, que se ponía en evidencia a sí mismo como discurso ideológico; su carácter oficialista, que refuerza la certeza de su matriz ideológica, se patentiza en la incapacidad de atraer al Congreso a los intelectuales tradicionales ajenos a las esferas del poder.

Si no por la profundidad de sus ideas, al menos por la difusión alcanzada estos años, merecen destacarse algunos intelectuales orgánicos de la dictadura. El Proceso encontró su filósofo en un cruzado de la filosofía tomista, Jorge L. García Venturini; su historiador en el humanista de la antisubversión, Armando Alonso Piñeiro; sus ideólogos de la "nueva política económica" en Ricardo Zinn y Carlos Brignone; y hasta su lunfardólogo en el ex-diputado peronista José Gobeño.

NOTAS:

- 1) No otra cosa han escrito durante estos años Eduardo Gudiño Kieffer o Marco De nevi, por dar sólo dos nombres.
- 2) Clarín, 22-6-78
- 3) Ibid.
- 4) La Nación, 25-6-78
- 5) Clarín, 22-9-78. Para mayor información ver Clarín Cultural, 12-10-78, y La Opinión Cultural, 15-10-78.

III. 3. INTELECTUALES TRADICIONALES TÍPICOS DE UNA DOMINACION DE TIPO "TRANSFORMISTA"

"¿quién le cose al mariscal / la franja de sangre en los pantalones? / ¿quién le trincha el capón al usurero? / ¿quién se cuelga orgulloso del ombligo gruñón / esas cruces de lata? / ¿quién / coge la propina, la moneda de plata, / el óbolo del silencio? / muchos son los robados y pocos los ladrones. / pero ¿quién los aplaude? / ¿quién / los condecora y distingue? / ¿quién / está hambriento de mentiras? // contempláos al espejo: cobardes / que os asusta la verdad fatigosa / y os repugna aprender / y encomendáis a los lobos la función de pensar. / un anillo en la nariz es vuestra joya predilecta. / para vosotros ningún engaño es lo bastante estúpido, / ningún consuelo demasiado barato, / ningún chantaje demasiado blando. // comparados con vosotros, corderos / que mutuamente engegucéis / son fraternales las cornejas. / entre los lobos reina la hermandad: / siempre van en manadas. // alabados sean los ladrones: vosotros / invitándolos a la violación, / os echáis en las camas podridas / de la obediencia, y mentís / incluso gimoteando. lo que deseáis / es que os devoren. vosotros / no cambiaréis el mundo."

Hans Magnus Enzensberger

"Convénzase de esto (que "no habrá agotamiento político") para que toda la inteligencia, toda la capacidad creativa que ustedes tienen, sume y no reste, a ésta, la gran empresa nacional", amenaza Harguindeguy. Los intelectuales que conforman este tercer grupo -unos aportando la "materia gris" que el ex-ministro del Interior reclama (La Nación, 16-7-77), otros reservándola para consumo personal- se han convencido.

Este convencimiento, y la pertenencia al bloque ideológico que las clases subalternas comenzaban a crear lentamente en los años '60, son los dos elementos definitorios que demarcan los límites y el carácter de este tercer grupo de intelectuales frente a la dictadura.

Reclutados, como la mayor parte de los teóricos de todas las clases en la sociedad moderna, en la pequeño-burguesía, y encargados -en el marco de la división del trabajo capitalista- de la "producción espiritual", realizan el mismo viraje que su clase de origen, cuya falta de perspectivas históricas independientes se resuelve en el plano político en la adhesión a los intereses e ideología de uno de los dos grupos fundamentales antagónicos que se enfrentan por la hegemonía. De todos modos, y siguiendo la recomendación de Marx, no debemos confundir a los ideólogos de la pequeño-burguesía con esta clase misma: "su cultura y su situación individual puede alejarlos considerablemente. Lo que pasa de hecho a los representantes de los pequeño-burgueses, es que no pueden superar en teoría los límites que no pueden superar en la práctica, y que ellos están teóricamente colocados en los mismos problemas y en las mismas soluciones que el interés mate-

rial y la situación social impone prácticamente a los segundos" (1).

Posponemos para próximos trabajos el análisis de dos típicos ideólogos de extracción pequeño-burguesa, cuyo tratamiento requeriría una extensión que desbordaría el marco de este trabajo. Nos referimos a **Jorge Luis Borges** y **Ernesto Sábato**. El primero, aunque de origen pequeño-burgués, se ligó después de un fugaz pasaje por la izquierda a una ideología liberal conservadora que, aunque defensora del modo de explotación vigente, no se identifica punto por punto con la ideología dominante (piénsese en las irreverentes actitudes de Borges ante los mitos religiosos, la iglesia, el Mundial, la Guerra de las Malvinas, la ineptitud de los militares, poco digeribles para la ideología "occidental y cristiana"). El segundo, en abierta ruptura con su anterior etapa "marxista" y cientificista, se erigió en el prototipo del ideólogo pequeño-burgués, el equilibrista del justo medio, que con gesto de preocupación existencial, rechaza, al mismo tiempo izquierdas y derechas, comunismo y capitalismo. Tanto Borges como Sábato, apoyaron el golpe del '76, el primero desde su inveterado gorilismo, el segundo que en 1973 había saludado una "profunda y justiciera revolución" con una confusa justificación historicista (recuérdense las declaraciones de Sábato en París al recibir el Premio Goncourt). Ambos almorzaron con el presidente Videla en 1976, ambos fueron invitados en 1978, por el Secretario de Cultura, Raul Casal, a participar en el llamado Primer Congreso Nacional de Intelectuales... Sin embargo, desde 1979, ambos adoptan una genuina actitud de lucha democrática, denunciando las atrocidades represivas del Proceso.

Desencantada por el sinuoso curso de la historia, defraudada por los altibajos, imperfecciones y violencias de la vida política, la pequeña-burguesía queda embretada entre dos compromisos, polos extremos de que se compone su eje de oscilación permanente: del auge popular al orden -esta vez de las armas-, de la solidaridad con el proletariado a la adhesión a la burguesía que la conservará como estamento diferenciado. Consuman este giro de manera paradigmática los cuatro intelectuales que tomamos aquí como típicos representantes de la pequeña-burguesía.

Habiéndose propuesto una militancia en diversos grados ligada a los intereses de las clases oprimidas, se erigieron en sus defensores, teóricos, compañeros de ruta o meros simpatizantes, haciéndose cargo -de modo más o menos consciente- del carácter clasista de la cultura. Luego del fracaso del peronismo por generar un bloque intelectual que asuma las tareas de formalización y cohesión de sus necesidades históricas, la *intelligentzia* pequeño-burguesa, impulsada por las mismas urgencias y críticas de su clase ante el turbulento acontecer político aunque pueda "estar a un mundo de ellos, por su cultura y su situación individual", retoma su puesto en la división social del trabajo como productora intelectual al servicio de toda la comunidad, "sin ligaduras" respecto de los conflictos sociales, integrando el sector social que Michel Lowy describe con las siguientes palabras: "los que pretenden volar 'por encima' de las luchas de clase son precisamente aquellos que se han convertido en ideólogos de la clase más cercana a su condición social: la pequeño-burguesa" (2).

En el convencimiento de que 1976 marcaba el fin de una etapa histórica signada por los errores de toda una generación y enmarcada en un clima convulsionado por violentas oposiciones, el fin de una perspectiva de liberación social y

nacional, y el inicio de un camino sin retorno, estos genuinos ideólogos apostaron a la "Nueva República", no en el sentido de identificarse con sus principios y objetivos, sino en el de aprobar -parcial o totalmente- el reordenamiento social y político del '76, en el que intentaron reubicarse mansamente creídos de la necesidad de algunos de sus presupuestos y de la firmeza de sus ejecutores.

Con ellos compartieron, en nombre de la sociedad civil (y seguros de la independencia que su punto de vista mantenía respecto de la ideología militar y oligárquica), el mismo criterio acerca de algunas de las tareas que la "reconstrucción" de la Nación demandaba, con una estrechez de miras que hizo el goce de los representantes orgánicos de la dictadura, con los cuales aquellos se solidarizaron de hecho alrededor de determinados puntos básicos: sin comprender que el espíritu crítico se ejerce, no desde un Olimpo puro de mácula y polvo, sino desde una clase social a cuya pertenencia no escapan ni lúcidos ni indiferentes, y sólo a partir de la conciencia que de este lazo y de los que lo ligan al resto de las fuerzas sociales asume puede la crítica realizarse como tal en cabal conocimiento de la dirección a que sus desvelos apuntan y a quien favorecen, y la distinción de cuáles son sus enemigos. Para aclarar la inevitabilidad del carácter de clase de la crítica, daremos un ejemplo cuya vigencia y transparencia nos exime del análisis de sus peculiaridades concretas: La existencia de los mismos elementos en la crítica de un fascista al socialismo soviético y la de un disidente antiburocrático no tienen ningún punto en común, aunque coincidan en la elección de los hechos que constituyen el eje en el cual se apoyan ambas posiciones para construir sus respectivas interpretaciones de la historia, coincidencia que no es meramente formal, y que precisamente por ello marca el linde donde la crítica se define por la vereda en la que se ubica y por su proyecto y las perspectivas.

Los ideólogos pequeño-burgueses compartieron con la dictadura el mismo alivio ante la derrota del peronismo y la destrucción de la guerrilla, el llamado a la reflexión (Ibérico Saint Jean exhortó a una "vigencia de la razón" (La Opinión 20-5-77), Albano Harguindeguy a "la racionalización, el reordenamiento y el reencauzamiento del río de pasiones humanas" (La Opinión, 4-X-77)), y una caracterización alarmantemente tibia o directamente complaciente de la represión, en una adaptación a la nueva situación histórica para conformar el ala democrática del nuevo bloque ideológico; que los obliga a lavar con tajantes declaraciones las huellas rojas de su pasado.

NOTAS:

1) Marx, Karl, El 18 Brumario de Luis Bonaparte, Bs. As., Claridad, s/f, capítulo III, p. 54.

2) Lowy, Michel, La teoría de la revolución en el joven Marx, Bs. As., Siglo XXI, 1973, p. 10.

III 3 (a) EL FUNCIONARIO LETRADO

"Se diría que, en cierto modo, la debilidad intima a la fuerza; que la debilidad cobra progresivamente fuerzas por la conciencia cada vez más clara y segura de la justicia y coherencia de su causa y la fuerza se debilita y languidece arrinconada por sus propios excesos y contradicciones". Esta bella y aguda descripción de la historia entendida como lucha de clases en la que los hombres realizan progresivamente una libertad que estrecha las fuerzas ya irracionales contra un muro de razón naciente, son escritas por Luis Gregorich en 1965 (1). Secretario de redacción de **Cuadernos de Crítica**, revista en cuya Presentación se plantea una concepción global de la crítica, que "debe ser dirigida contra el conjunto de la sociedad cuya transformación propugnamos" (2), es el exponente más flagrante de aquellos intelectuales cuyos rasgos generales hemos esbozado líneas arriba.

Del intento intelectual, político y metodológico de contribuir mediante un órgano "de izquierda" de investigación y crítica de la cultura planteado desde el marxismo en tanto "concepción totalizadora del hombre y de la vida", y comprendido como cosmovisión esencialmente reñida con dogmatismos y principios apriorísticos, como tarea de "conquistar lo universal en lo particular" (3) -al fortalecimiento de un bloque ideológico revolucionario, de constituirse en intelectuales orgánicos de las clases subalternas, Luis Gregorich, acompañando el giro de 180 grados que marzo del '76 imprime a los sucesos políticos argentinos, se convierte en un francotirador interno al proceso de Reorganización Nacional, en un inteligente colaboracionista, en un hombre que muchos años después dedicará sus luces a reescribir la historia, a torcer el rumbo no del futuro sino del pasado, al esforzado denuedo del rol que cumplió dentro del país militarizado negada como propio haciendo de su apoyo al régimen un eufemismo de la resistencia.

A los 150 días del golpe militar, en pleno apogeo de la represión, cuando la censura golpeaba con un hierro caliente las pocas voces que se alzaban desde el campo cultural, y debían entregarse en la Casa Rosada las pruebas de galera y de páginas de las publicaciones (caso Crisis), pasarlo julio, mes en que Eduardo Galeano se ve obligado a cerrar su revista en la seguridad de que "cuando las palabras no pueden ser más dignas que el silencio, más vale callarse" (4), **La Opinión** realiza un balance de los 5 últimos meses, de cuya sección cultural se encarga Gregorich para recordar a los desmemoriados o peores sorcos que "no debe ser olvidado el lugar prioritario que el Presidente de la República postuló para la cultura en varios de sus discursos" (5). "Reiterando las palabras del teniente general Videla sobre la prioridad de la cultura continúa el conocido columnista: el Estado tiene un cometido irrenunciable que debería comenzar **y de hecho ya ha comenzado** a ejecutar". Con el "rodrigazo" se habría instaurado en la Argentina una "cultura de recesión", "tendencia que comienza a revertirse en Argentina una "cultura de recesión", "tendencia que comienza a revertirse en julio y agosto de este año"; y deberíamos agradecer que la "obstinación de quienes fabrican y de quienes consumen cultura en el país ha sido tan consistente que en ningún momento ha podido hablarse de catástrofe". En cuanto a la pobreza en el terreno de las artes plásticas en que se hallan artistas y aficionados, Gregorich esgrime en favor de la dictadura que "el precio de los fletes y los seguros impide que el

Estado organice muestras valiosas."

Las expectativas que esta notoria figura de las letras deposita en las FFAA no parecen verse defraudadas. Si en agosto de 1976 pedía tiempo y comprensión para los flamantes usurpadores del poder, ya que "no puede esperarse que la actividad cultural en el país haya experimentado durante los 150 días de gobierno de las Fuerzas Armadas cambios profundos o trastornos espectaculares (...), y sería cándido pretender que apenas 5 meses de una etapa correctiva dominada por otras urgencias (...) produzcan resultados visibles en este delicado terreno" (6), a comienzos del '77 otorga su voto de confianza a los militares para dar a la cultura el lugar esencial que se merece ("en honor a la verdad, el gobierno militar pecó en este punto **lo mismo** que pecaron otros gobiernos anteriores, civiles o militares, e incluso puede otorgarsele los beneficios de la duda debido a su corta permanencia en funciones, aunque este argumento, por cierto, ya no será aceptable dentro de un año", **La Opinión**, 2-1-77). Claro que esta seguridad en la priorización de la cultura a efectuarse por los que detentan su administración, lejos de ser infundada, tiene como premisa el conocimiento a que Gregorich accede de los meritorios personajes sobre quienes recaen los cargos de la conducción cultural (almirantes, generales, capitanes). De aquí que el señor Gregorich, con inobjetable rigor deductivo, concluya en el siguiente benevolente cuadro de la relación entre dictadura y cultura: "en este delicado territorio, el accionar del gobierno militar argentino no resultó tan inquietante como podían hacerlo prever los antecedentes históricos. Ya se sabe que en buena parte de los gobiernos surgidos de golpes militares en América Latina -casi siempre autoritarios y conservadores- se forma una coalición en que las tradicionales clases poseedoras se hacen cargo de la conducción económica, en tanto las áreas educativas y culturales son entregadas, como botín, a sectores ultramontanos que a su modo han participado en la lucha por el poder. A excepción de unos pocos episodios aislados los militares argentinos que se hicieron cargo del gobierno el 24 de marzo último no optaron por esta infecunda estrategia. Sus máximas autoridades, más de una vez, postularon la defensa del pluralismo y de la organización democrática de la sociedad" (ibid.).

El 2 de enero del tenebroso '77 semeja haber sido en la vida de Luis Gregorich uno de esos días luminosos en que todo nos parece fácil y hasta las piedras nos sonríen. A nuestro pequeño gran cronista le sonreía el Proceso. El "casi siempre" que precede la calificación de autoritarismo y conservadurismo no le oculta su dedicación, así como tampoco disimula el rango privilegiado que le reserva en la comparación con "otros gobiernos anteriores, civiles o militares". No podía faltar en día tan plácido un guiño cómplice con la "Iglesia Católica que adoptó, como institución, una postura ejemplar, y no apoyó ningún cercenamiento de las libertades individuales ni quiso apartarse un ápice de su misión evangélica" (7); la misma institución de la Iglesia que cerró las puertas de la Catedral a las Madres de Plaza de Mayo, ofreciéndolas a las fuerzas represivas, y que bendijo al Proceso con todos los nombres de Dios.

En marzo del mismo año el calificado periodista de **La Opinión** confirma que sus esperanzas en un renacimiento cultural bajo la égida castrense no han sido vanas: "Tal vez no haya habido, en el pasado inmediato, un momento tan favorable como el presente, en el que la literatura se muestre, súbitamente, en toda

su disponibilidad. Vivimos una etapa de vibrante transición, en que la desaparición de ostensibles mitos aún se resuelve en un clima de fecunda expectativa" (8). ¿Cuáles son estos mitos cuya desaparición provoca en su espíritu tan exultante apreciación de la realidad político-cultural del país? No hubiera sido difícil adivinarlo, aún si Gregorich mismo no hubiese especificado que la fuente de su optimismo reside en la destrucción del peronismo y de la influencia de la revolución cubana (léase guerrilla); destrucción entendida, a partir de una teoría de la historia pragmática y conservadora sobre la que luego volveremos, como una "declinación inevitable". El entendimiento científico del suceder político no es óbice para que Gregorich, consciente de la ayuda que las armas proporcionan al inflexible curso de la historia, se deshaga en elogios hacia la denodada cruzada militar. "Tal vez la lucha antisubversiva acapare las mejores energías". *La Opinión*, 21-77). Finaliza la descripción de tan "fecundo" clima general con una propuesta: la de un "territorio independiente" en el que pueda desarrollarse "una actitud crítica, abierta, plural, que renuncia por el momento a tomar partido y que se ponga al servicio de las grandes e indiscutibles causas humanas, desde las inalienables libertades individuales hasta los derechos, no tan disímiles, de las mayorías y las minorías". Lábil territorio del ideólogo pequeño-burgués, la "independencia" se tiñe de los sabios colores del camaleón asumiendo para sí la labor de comprensión y defensa de la humanidad en su conjunto; renunciando, en pro de "las inalienables libertades individuales", vagos habitantes de las aún más sagradas "grandes e indiscutibles causas humanas", a la denuncia de las concretas libertades individuales alienadas por la represión. El así engañado ideológicamente, señala León Rozitchner, "se interroga sólo por lo más absoluto (y cree estar en él) justo cuando más relativo y dependiente se manifiesta, cuando más cívico del poder político se muestra" (9).

El agitado año de 1978 encuentra al nada torpe caballero de las manchas en gran trajín, entre los flirteos con el Secretario de Información Pública y las agudas reflexiones videlianas que el Mundial arranca a su nuda razón (ver recuadros 9 y 10); y en sus postrimerias lo halla escribiendo un artículo que huele tenue muy tenuemente, acrítica. Se trata de variaciones acerca de la manipulación de la palabra "democracia" cuya adjetivación abstracta constituiría uno de los engañosos recursos de la propaganda política, a través de los cuales la "cosa" adjetivada se convierte en su contrario (10).

La gran expectativa se abre en 1979, con el "reordenamiento político e institucional": "El gran debate nacional", la discusión pluralista, un lugar para todos. Una responsabilidad de envergadura nacional. "En el debate que se avencina tendrían tanta responsabilidad como el gobierno militar y sus asesores, los intelectuales, los periodistas, los docentes, los juristas, los profesionales, los sindicalistas, los empresarios, los escritores y los artistas, es decir, todos los que puedan ofrecer puntos de vista originales y propios" (11), pero -eso sí- "dentro de límites de razonabilidad plausibles", esto es, dentro de los límites de la brutalidad represiva. Bien aprendidos en pocos años los modos de combinar **coerción** y **consenso**, el señor Gregorich se ha convertido en un alumno ejemplar, con derecho a cátedra. Como tal, se ve en la obligación "de contribuir a esa creación (del régimen en 1979) porque en caso contrario, otros lo harán por nosotros y perde-

DIALOGO IMAGINARIO, PERO NO TANTO, ENTRE
VIDELA Y GREGORICH

9

"La Argentina ha demostrado que crece una real capacidad de organización y realización a través de equipos deportivos y técnicos en donde han primado la esatilidad y la coherencia. Podemos sentirnos verdaderamente orgullosos de haber cumplido."

Videla
(*La Opinión*, 30-5-78)

"Una Nación que, en la plenitud de su dignidad, se ha encontrado consigo misma". Toda una nación la que ha triunfado, es todo un pueblo el que debe asumir a partir de hoy su propio desafío."

Videla
(*La Opinión*, 30-6-78)

"Una Argentina solidaria que quiere vivir una paz serena en libertad."

Videla
(*La Opinión*, 30-6-78)

"Lo que yo destaco de este evento es que empezamos a tener fe en nosotros mismos."

Videla
(*La Opinión*, 30-5-78)

"Que esta experiencia colectiva que hemos vivido nos enseñe a levantar esa Argentina definitivamente fraterna con la que soñamos"; "con esto somos capaces de hacer esto y mucho más".

Videla
(*La Opinión*, 30-6-78)

"Prefiero no hablar de resultados altamente halagüeños para la Argentina; ni insistir acerca de la eficacia alcanzada en los aspectos organizativos. Era lo menos que debía darnos nuestro orgullo nacional".

Gregorich
(*La Opinión*, 20-6-78)

"Es el país, en todo caso, el que se ha plebiscitado a sí mismo, reafirmando su personalidad y su continuidad y proyectándose al mundo".

Gregorich
(*La Opinión*, 26-6-78)

"... definitivamente, la batalla por la paz y proyectar el país hacia un futuro democrático"

Gregorich
(*La Opinión*, 26-6-78)

"El 'espíritu del Mundial', es una carga colectiva de confianza y vitalidad".

Gregorich
(*La Opinión*, 26-6-78)

"Al gobierno tocará, entonces, estar a la altura de este 'espíritu del Mundial' (...) Es un poco más difícil que organizar o ganar un Mundial, pero vale la pena intentarlo".

Gregorich
(*La Opinión*, 26-6-78)

"Hoy más que nunca, ante la auspiciosa medida oficial, es lícito hacerse estas reflexiones. Y conviene releer atentamente el excelente discurso del Secretario de Información Pública para enterarse de cuanto se ha avanzado en el terreno conceptual en la coincidencia entre gobierno y periodismo".

Luis Gregorich,
funcionario letrado "independiente"

"Ahora son ustedes, más que el gobierno mismo, los custodios del precioso don de la libertad de expresión (...) Sabrán hacer honor a este desafío histórico".

Contralmirante Rubén Oscar Franco
Secretario de Información Pública

"A pesar de las distorsiones en que podría caer un periodismo que se desempeña en el ámbito de la plena libertad, se debe aceptar el reto, seguros del triunfo, simplemente porque la razón nos asiste. Ningún extremismo o totalitarismo acepta ni tolera la libertad de prensa (...) Utilicen la crítica, no dejen de hacerlo jamás".

Franco

"La Argentina, como el resto del mundo, tiene hoy una prioridad insoslayable: educar. El periodismo comparte en igual grado que los gobernantes la responsabilidad del cumplimiento de esa prioridad. Educar para amar y defender la vida, para disentar en paz, para orientar en la búsqueda de la verdad".

Franco

"En el entendimiento cabal que la medida adoptada encontrará permanente reciprocidad en el ejercicio responsable de vuestra profesión".

Franco

Una "propaganda falaz intenta convencernos de que los mecanismos de esa libertad y de la democracia están debilitados, desgastados, que ya no funcionan (...) Señores, los insto a refutar esos conceptos capciosos".

Franco

"Ahora vale la pena que los periodistas asumamos en todo su valor la decisión oficial: "decisión que merece ser celebrada".

Gregorich

"La segunda cualidad indispensable para que tenga sentido la libertad de prensa es el espíritu crítico. Los gobiernos débiles o histéricos no le tienen ningún afecto, los gobiernos fuertes, en cambio, lo promueven porque carecen de complejos de culpa y porque saben que es humano cometer errores".

Gregorich

"La libertad de prensa se nutre de un tercer principio que es simplísimo y que a la vez implica una incalculable responsabilidad ética y social: decir la verdad, (...) Un tercer rasgo define a la libertad de prensa: su carácter pedagógico y creador".

Gregorich

"El periodismo (...) también debe tener la suficiente cultura e información para que sus propuestas sean razonables".

Gregorich

"El momento elegido también es oportuno por otro motivo: hay entre nosotros muchos representantes de la prensa internacional, convocados por el Mundial de Fútbol, y no podrán menos que transmitir a sus respectivos países este indudable gesto positivo".

Gregorich

temos el derecho a reclamar el derecho que bien ha ganado para defenderse del ocasional juicio que algún militar pudiere hacerle. Sin dilación, entonces, urge la participación, y Luis Gregorich aporta su granito de arena: "Una vez descartadas las soluciones extremas que nuestra sociedad no admite (?) la libertad de discusión será absoluta y la creatividad no ha de verse frenada por las cortas luces o los prejuicios de un funcionario inepto". Cualquiera que no fuera un lego vería esta "libertad de discusión" como una burda fantochada; son necesarios, pues, hábiles manipuladores de la opinión pública que revelen el contenido esencialmente democrático de esa "libertad de expresión" ante ésta; es menester percatarse de cuáles son las posibilidades reales ("que en nuestro país no pasan de ser deseos" (12)), y demostrar a aquellos ilusos que todavía se arrastran en "utopías socialistas"; la inviabilidad indiscutida de sus proyectos "totalitarios"; delicada empresa que sólo puede resultar exitosa si sus mentores están verdaderamente capacitados para ofrecer "puntos de vista originales" para poner en práctica la fina articulación de persuasión y prohibición, de dulce y látigo. Un funcionario letrado. Un funcionario "creativo" es el natural indicado. Un funcionario "apto" que haya conocido en carne propia las lacras de los objetivos revolucionarios, y que a la vez asegure con su pasado cierta ambigüedad en los contenidos del proyecto (19). Este criterio de idoneidad profesional debe aplicarse tanto a los planes de reestructuración nacional como al ámbito específico de la cultura. La censura "no puede ser dejada en manos de funcionarios ineptos e iletrados (...). Resulta innegable la necesidad de contar con algún tipo de protección legal contra los desbordes morales y sociales en el campo de la impresión, distribución y venta de libros" (13). Las vacantes sobran, y los postulantes construyen sus plataformas.

El brillante funcionario descubre otra feceta -insólita, por cierto- de la censura. Esta encierra una paradoja que la mayor parte de sus adversarios -demasiado desalienados- no logran captar: "en el fondo lo que más nos molesta de la censura es que hace muy poco tiempo que está, si hiciera mucho tiempo ya nos habríamos acostumbrado" (14). Una nueva faz de la dialéctica aparece ante nuestros ojos ávidos de conocimiento: la relación arte/libertad se vuelve sobre sí misma, superándose, y conformando el incitante par censura/arte. Ejemplo de ello es "la censura del régimen zarista que facilitó la gestación de una de las obras novelísticas más grandes de todos los tiempos; la del régimen franquista, que permitió el surgimiento de poetas, de novelistas de enorme valor"; razonamiento que nos recuerda el de aquel progresista fabricante que justificaba la opresión a que sometía a sus obreros -mayor que la de sus congéneres- con el argumento de acelerar su concientización. ¿Qué solución ofrece el buen patriota Gregorich? Una rigurosa autocensura: "volvamos los ojos hacia el país, encontremos las cosas que no estén censuradas en nuestro país".

En 1980 la suerte de la dictadura militar comienza a cambiar, en medio de la gravísima crisis económica y financiera, acompañada de una cierta distensión en sus lazos con la sociedad civil. Políticos, sindicalistas, intelectuales, periodistas, inician un lento y pesado cambio de frente: aquellos festejantes de la escalada militar, retiran ahora la incondicionalidad de su apoyo, aquejados por la marginación de sus intereses, y aliviados por la consecución de los objetivos reclamados a las FF.AA., con la consiguiente finalización de la "era de los soldados"; desde la pequeñoburguesía hasta la burguesía industrial las críticas -si bien débi-

tes se van sumando. Los ideólogos de la "objetividad" también se sienten comprometidos con la nueva etapa, su función es la crítica, y se deben a su clase que bien sabe marcarles el camino, todavía oscilante, de la oposición. El bloque ideológico del '76 deja de ser la tersa superficie en que los militares lavaban sus pies; se lo ve rajado, un poco apático. Vacuando entre este bloque envejecido antes de madurar, y el que aún no sabe si vendrá, Gregorich, tenaz, alterna las expectativas en el gobierno militar con la denuncia del totalitarismo, la denuncia de la propaganda oficial con el ejercicio de la misma. De la reiteración de su ofrecimiento de "puntos de vista críticos, útiles a gobernantes y gobernados" (15) a la denuncia de las listas negras y la falta de libertad (16); de la proclama de las bondades oficiales al desmascaramiento ideológico del autoritarismo (17). Luis Gregorich defiende su carácter "independiente", en un sutil intento de ubicarse en "esa tradición tan argentina de cuestionamiento de la legitimidad, ese espíritu crítico que va de Sarmiento y José Hernández a Máximo Estrada, Scarabini, Ortiz, Jauretche y Sebrieli" (18), tradición formada por quienes realizan un viraje en su relación con la clase dominante simétricamente inverso al que efectúa el hombre que nos ocupa, y que más bien puede definirse en el seno del grupo (del que aparentemente se excluye) que "ultimamente parece haberle dejado el campo libre al miedo, al conformismo y a la indiferencia", aunque en nuestro anecdótico funcionario fueron más el miedo y el conformismo que la indiferencia los que rigieron sus quehaceres malabares.

Definitivamente instalado en 1981 en el costado multipartidario, las condiciones son propicias para realizar la autocritica de su pasado marxista, obvia omisión de su pasado oficialista (no tan pasado todavía). Tras la esperable trasposición ideológica de los intereses particulares a los universales que lo conduce a apreciar que "después de muchos años de exigencias revolucionarias parecía que la situación general del país tiende a una especie de reclamo de reformismo muy pequeñoburgués" (19), el inventivo Gregorich expone su teoría de la historia, tranquilamente subsumible bajo el viejo lema peronista, "la única verdad es la realidad". "¿Aquella generación (la del '60) se equivocó o fue derrotada?", fue la pregunta de un joven reportero a la cual Gregorich, quizás removidos viejos y malos recuerdos, responde: "Si no se hubiera equivocado, no habría perdido. Es duro y sencillo pero es así...". "Se sobrepasó lo que la realidad permitía" se explica en la "ilusión o seguridad de que se podía cambiar la sociedad argentina, pero el resultado de esto fue negativo: no se consiguió lo que aparentemente estaba en el centro de los deseos de la juventud." El concurso del conservadurismo estúpido está peleado, y nos cuesta decidir quién tiene más cortas luces, si Gregorich o los militares que ocupan cargos culturales.

1982. El barco se hunde, y sólo le son fieles aquéllos que no pueden abandonarlo, por convicción o por capitaneaje directo. El bloque intelectual de la dictadura se disgrega más estrepitosa que radicalmente. "Y se presentó la transición a la democracia -apunta el flamante Gregorich-. Y como para demostrar la fragilidad de las ideologías, los mismos que habían creado las campañas de apoyo al Proceso y a la apertura económica, ahora se pusieron al servicio de la gran causa de la recuperación institucional. Las ideas pasan, los negocios quedan. Y rápidamente se empezaron a publicar libros en los que se atacaba a los que era de buen tono atacar, pero a lo que sólo unos años atrás se había alabado hasta la náusea" (20).

El bloque histórico que se va gestando, al día de hoy peligrosamente indefinido, cuenta con un bloque ideológico (aunque posiblemente endeble a largo plazo) fuertemente atractivo "al... que algunos Mefistos se mimetizan con los colores de la democracia y otros directamente se adjudican el papel de acusadores" (21), escribe nuestro responsable pequeñoburgués, el letrado funcionario de las patas cortas, que no puede menos que adjudicarse el papel de acusador. Armado de valiente epigonismo arroja sus flechas sobre el agonizante corazón del Proceso: los derechos humanos. Pero sus flechas son de algodón, y aunque golpeen en el maltrato ánimo de los asesinos, mal favor le hacen a los defensores de la vida y la libertad, a los que rinde sus respetos en tanto "vanguardia de la resistencia", volviéndoles la espalda apenas éstos articulan reivindicaciones que este exhausto demócrata no está dispuesto a compartir (22), quizás a causa de la inercia que todo vicio -incluido el oficialismo- implica, quizás por una brillante deducción lógica, quizás para allanar el camino -ya de por sí pedregoso- del futuro gobierno constitucional, al que, desde luego, sin tener arte ni parte en tan "desagradable llaga" sería abusivo cargar con semejante fardo. "El gobierno militar debe dar un contrarrazonando la explicación que exige el país" (23). Infórmese y archívese, que es "lo más sano para evitar una futura 'hipoteca' para el próximo gobierno constitucional que incluso lo puede molestar en su estabilidad".

La tibieza es el pan de los cobardes. En este caso, la tibieza es rotunda. Las espectacular. La política de exterminio, sistemáticamente cruel, se torna meramente "errónea e innecesaria", la política de destrucción de la cultura en una "temerosa y errátil política cultural" (24).

Avezado conocedor de las más diversas teorías filosóficas y sociológicas, este pobre humanista no ve claro. "Causa estremecimiento, es verdad, el enorme vacío intelectual del documento -reflexiona acerca del cínico documento de la Junta sobre los desaparecidos- (...) deberemos llevar a cabo nuestra propia búsqueda de la verdad, quizás a partir de las omisiones deliberadas de la pobrísima indole conceptual del reciente documento de la Junta" (25). Sobre el valor de la vida prima el del intelecto. Un intelecto muerto que no alcanza el nivel de la razón, que no puede sino quedarse en la mera habilidad de construir silogismos. Sobre el estremecimiento que causa la masacre impune prima "el estremecimiento que causa el enorme vacío intelectual (...), la insondable fragilidad teórica del planteo del documento militar (ya que) ni la más hábil dialéctica podría demostrar nunca que las medidas represivas tomadas resultaban indispensables, y que sin ellas no hubiera podido derrotarse la guerrilla". Aún así, aún parapado en esta neutra vaciedad, Luis Gregorich se somete al duro trance de un examen autocrítico: "¿Cuál ha sido la culpa de cada uno nosotros en el ascenso al poder de este triste Proceso?" Pero no es bueno que el hombre esté solo, y a la sociedad civil en su conjunto acude el cansado letargo para sentirse acompañado. Entonces "en principio todos fuimos cómplices (...). Después, unos fueron menos cómplices que otros (...). Debemos plantearnos (...) contra el autoritarismo que anida en nosotros mismos, para que nunca más haya que negociar nuestras almas con los demonios del miedo, del dinero y del resentimiento" (26). Sucios que los argentinos con la culpa que Gregorich esparce a manos llenas para convencer a la Argentina en una noche oscura que todos los gatos son pardos.

Para finalizar, nos gustaría aclarar un malentendido. En un reportaje que el

periódico Nueva Presencia ha efectuado a Luis Gregorich en agosto de 1982, se desarrolla el siguiente diálogo:

NP- Tengo un artículo suyo escrito en el diario La Opinión que me deja cierta impresión de que usted ponía ciertas esperanzas en el gobierno militar.

LG- Me parece que usted está equivocado.

NP- ¿Me permite que se lo lea? (...)

LG- Me acuerdo muy bien de ese artículo.

NP- "Aquí puede asomar el papel del gobierno en la administración de la cultura (...) no resultó tan inquietante (...) (27).

LG- Eso...

NP- La nota continúa...

LG- Yo le quería explicar este párrafo. En los tiempos en que apareció ese artículo, ese párrafo está dicho en forma condicional, significa lo que realmente sucedió. El lector que leía entrelíneas, se daba cuenta muy fácilmente de lo que se quería decir (...) estos artículos daban elementos de contrapeso. Como usted sabe, en estos años, los que intentábamos mantener una actitud democrática y antiautoritaria, debimos usar una cantidad de recursos dialécticos y retóricos para poder decir ciertas cosas".

De entre los muchos vericuetos que la retórica ofrece a todos aquellos que intentan desgarrar la dura malla de la censura, pudo tal vez haber alguno que haya pasado inadvertido ante nuestros ojos. Sería pertinente, pues, de ser cierta esta posibilidad, aclarar el entuerto.

¿Dónde leemos "etapa de vibrante transición, en que la desaparición de ostensibles mitos aún se resuelve en un clima de fecunda expectativa" (28), deberíamos leer "etapa de turbios movimientos, en que la destrucción de la guerrilla y del peronismo a través de la tortura, la muerte y la desaparición de personas, ya se manifiesta en un clima de nula expectativa"? ¿Dónde leemos "la censura (todavía, afortunadamente, más potencial que efectiva)" (29), debemos entender que las entrelíneas rezan lo que recién en 1982, habiendo subido al carro democrático e inmediatamente reubicado en la intelectualidad opositora, Gregorich describe como "férrea censura tácita (más eficaz que expresa)" (30), refiriéndose a aquellas negras épocas en que sus manos de escritor se atrevían sólo a ser pisadas por las botas militares?

Y cuando propone la participación del poder militar en los futuros gobiernos civiles, partiendo del reconocimiento de que los dos "modelos aplicables en nuestro país (...) -la socialdemocracia (...) y el conservadorismo liberal-" (31) coinciden en asegurar la "presencia institucional de las Fuerzas Armadas en el sistema de gobierno a través de su inserción en un Consejo de Seguridad o algo parecido (y un consiguiente compromiso para defenderlo y mantener su estabilidad)" (32) ¿qué deberíamos leer?

NOTAS:

1) Cuadernos de Crítica I, Junio 1965.

2) Ibid.

3) Ibid.

4) Galeano, Eduardo, "Crisis, o cómo hacer cerrar una revista", en "J. J. Hernández Arregui", (comp.), Argentina: cómo matar la cultura, Madrid, Revolución, 1981, p. 77.

5) La Opinión, 24-8-'76 (subrayado L.R.).

6) Ibid., (subrayado L.R.).

7) La Opinión 2-1-77.

8) La Opinión, 6-3-77.

9) Rozitchner, León, op. cit., p 11.

10) Vigencia, diciembre 1978. Ejemplo de este desplazamiento sería el término "democracia fuerte", que "bajo la máscara del adjetivo no tan abstracta (esconde) un rostro autoritario", pudiendo significar hasta una democracia sin elecciones o un "movimiento auspiciado por el poder y que carezca de toda oposición". Similares desplazamientos ocurrirían con los adjetivos "auténtico", "genuino", etc. Concluye Gregorich el artículo recomendando "a quienes se topen con estos adjetivos que no dejen de experimentar una mezcla de santa indignación y de firme actitud crítica ante su engañosa seducción", recomendación asaz certera, por lo cual nos quedamos perplejos de que haya sido proferida por sus labios al toparnos, más tarde, con una nota firmada por el mismo Gregorich poco más de un año

antes (La Opinión, 29-6-'77) en la cual plantea la necesidad de una "auténtica democracia".

Otro motivo de sorpresa fue el no haber hallado en este artículo cita alguna o referencia a Jaime Rest, ya que el citado ensayo está evidentemente "inspirado" en el ensayo de éste sobre el mismo tema, "Emotividad verbal y totalitarismo", incluido en Tres autores prohibidos y otros ensayos, (Bs. As., Galerna, 1968), y aunque si bien los ejemplos, citas y conclusiones son las mismas, falta a Gregorich el brillo que puede imprimir Rest a sus ensayos merced a su falta de compromiso con la oficialidad filosófica, con una profundidad que el joven Gregorich llegó a conocer tan bien.

11) La Opinión, 10-3-79.

12) Ibid.

13) La Opinión, 11-3-79.

14) Cuadernos del Camino III, septiembre 1979, serie Mesas Redondas, "La generación literaria de los años '70".

15) Vigencia 39, marzo 1980.

16) Ambos en un mismo artículo!

17) Los siguientes son significativos ejemplos de la convivencia ¿pacífica? de estas dos posiciones:

"En cuanto a la actitud oficial, no podemos creer (sic) que no estaría dispuesta a tolerar nuevas propuestas, ni suponer que propone, en realidad, uniformar e idiotizar al público con las únicas vías de la evasión y el entretenimiento chabacano." (Vigencia 39, marzo 1980). "El argumento favorito de los gobiernos es que la liquidación de los opositores obedece a la necesidad de preservar 'la unidad nacional' (...) y vaya uno a probarle que no posee consenso" (Medios y Comunicación, n.9, julio 1980). Que no vaya Gregorich si de lo que se trata es de probar la falta de consenso de los gobiernos autoritarios.

18) Clarín, 29-1-81.

19) Kosmos 7, mayo 1981.

20) Humor 90, septiembre 1982.

21) Humor 106, junio 1983.

22) Gregorich no puede exigir a los dictadores la 'aparición con vida' de los desaparecidos, ya que "mi espíritu de deducción -anota- me indica que esta gente no está con vida" (Nueva Presencia 267, 13-8-82) y sólo pide "un castigo al menos simbólico" para los autores del genocidio (Humor 94, Noviembre 1982). Por supuesto, nadie podría solidarizarse con los organismos defensores de los derechos humanos, si así resume la negrura de estos años: "¿es posible que en una guerra civil miles de argentinos de ambos bandos hayan muerto, es posible que otros miles de inocentes hayan desaparecido o muerto, es posible que otros argentinos hayan perdido la razón torturando a sus compatriotas?" (Humor 90, septiembre 1982) (subrayado L. R.).

- 23) Nueva Presencia 267, 13-8-82.
 24) Plural 31, junio 1982.
 25) Humor 104, mayo 1983. (subrayado...)
 26) Humor 106, junio 1983.
 27) Ver arriba, cita de La Opinión, 2-1-77.
 28) La Opinión, 6-3-77.
 29) La Opinión, 11-3-79.
 30) Humor, octubre 1982.
 31) La Opinión, 10-7-79.
 32) Ibid. (subrayado L. R.).

III. 3.(b) LA NINFA CONSTANTE

‘Seamos sinceros: este gobierno heredó una carga, entre muchas otras, que otros gobiernos propiciaron, incubaron o desconocieron. La heredó y la ha manejado con solvencia, y en su resolución “debe” ser apoyado, aunque sea en espíritu, por los argentinos de buena voluntad que todavía creen, trabajan permanecen y se obstinan en estar en el país’ (Marta Lynch, *Carín*, p. 278).

Seamos sinceros: este gobierno heredó a Marta Lynch, entre muchos otros cargos, que otros gobiernos, a su turno, también emplearon. La heredó y la ha manejado con solvencia, y en su resolución compartida por ambas partes “debe” ser apoyado, aunque sea con el silencio por los argentinos de esclava voluntad que todavía creen, trabajan, permanecen y se obstinan en defender la falta de democracia del país.

Deseamos aquí poder dar plena satisfacción al vacío que Marta Lynch siente en relación al modo en que los argentinos asimilan su propia historia y la de sus representantes intelectuales y pseudo-intelectuales, al lamentarse por “este país cruel y de pésima memoria” (7), aunque sea ésta una satisfacción que tal vez no le depare el placer que aspira, la “consagración (...) válida mañana”, a la cual ha dedicado los pavorosos zigzagueos de los que sólo damos una somera aproximación.

Una mirada vacua sobre la trayectoria política de la cronista en cuestión podría llevarse la imagen (no atractiva pero al menos interesante) de una agitada vida política. Sin embargo, apenas entreabierto el velo de los trechos nudos de la historia, esta contradictoria imagen (que podría algún generoso lector formarse) se ve mitigada hasta apagarse en la sana coherencia de una evolución lineal guiada por el patriótico principio del oficialismo.

Habiendo ofrecido sus servicios al frondicismo que le apegó gustoso, la señora Lynch soñaba con un futuro de “desarrollo” que lograra brindar al país una segunda Evita, ahora encarnada en su persona. Mas el vuelco de la historia le habría arrancado de haberse obstinado en tal postura: toda posibilidad de materializar sus elevados deseos, al producirse la ruptura del peronismo con Frondizi, quien también se ve abandonado, “con su esperanza burguesa que trota por los comités” (2), por la incipiente carrerista. Testimonio de este alejamiento dejó sentado en su novela *La sombra roja* (1962).

La movilización de masas y el auge de los movimientos revolucionarios la arrojan, a fines de la década del '60, hacia las quemantes arenas de Cuba, de la Revolución, del Hombre Nuevo; hacia la defensa de los populares desposeídos en un “viaje irreversible al socialismo cuya vigencia ha sido es y será - se ena:dece- profunda en mi vida pública y personal (...) aún poniendo en juego la tranquilidad de mis hijos” (3). Cuando Marta Lynch hace la corte, la hace hasta sus últimas consecuencias. Visita Cuba en 1970, “encendida en fervor”, y “descubre dolorosamente que nadie abrirá las puertas de la transformación si no se hace a puntapiés sobre la madera (...) Las nuevas generaciones -sabiamente- reúnen agresión y política como una forma útil de precepitar los sucesos que han de cambiar al fin la destartalada cara del país” (4); lo cual no impide, desde luego, merced al carácter osmótico de sus simpatías políticas, denominar “lucha miserable y mezquina” a la lucha por el socialismo (5), o jactarse de su condición burguesa exhibiendo en genuino orgullo su carencia de contradicciones.

La ambiciosa novelista tiene en su haber espiritual un segundo viaje fundamental “cuando fui a buscar a Perón en el charter” (6), viaje cuyo corolario lo constituye un gracioso episodio en el que Perón, al recibir una solicitud de entrevista de la ardiente ilusa, la confunde con una enviada de Villa Lynch, y le responde con una elocuente esquelita acerca de la combatividad de su gente. No obstante el mal rato y la sofocación indignada por que habrá pasado la tenaz escribiente hace de tripas corazón, y le asigna una verdadera bondad política al decir que “vino a unir y pacificar a los argentinos”.

La tumultuosa política argentina, y los abruptos cambios de frentes tanto en la sociedad política como en la civil, no logran arredrar a esta mujer, que parece empeñada en demostrar que la obsecuencia no tiene límites. “Para bajarme a mí de esta posición -había esperado en el '71, pleno idilio con el Che Guevara- hace falta un tiro” (7). Y los tiros comenzaron. Semejante al fácil movimiento con que se deja deslizar un abrigo de los hombros al entrar en una habitación caldeada, Marta Lynch se desprende de su revolucionarismo con un gesto que no llega a ser de fastidio, un gesto que más bien es el del cumplimiento del deber. Aquí o allá, la misión es la misma, en la Casa de las Américas o en la ESMA, escribiendo en *El Escarabajo de Oro* o en el periódico masserista *Cambio para una democracia social* (8). Porque, como ella misma revela acerca de los temas y preocupaciones constantes en su producción novelística, “el tiempo se va”, y en cada esquina nos asalta “el terror a la vejez y al deterioro” (9); inútil es esperarlos a la sombra de ideas que ya no forman parte de nuestro “tradicional estilo de vida”, inútil es encerrarse en un “dogmatismo sin horizontes”. No hizo falta un tiro sobre su cuerpo. Los miles de tiros sobre las espaldas de otros cuerpos le indicaron el camino de la verdad: el colaboracionismo.

“Somos los comparsas del palacio”, acierta ensimismada en los vahos de su servidumbre la espontánea Marta Lynch (10). Es sorprendente cómo ciertos intelectuales, vapuleados por los vuelcos a que sus intereses los someten, logran -al intentar definirse, de alguna manera que vaya más allá de la circunstancial posición política del momento- una verdadera aproximación a la esencia que atraviesa sus disímiles actuaciones político-culturales. Marta Lynch, jugando un disfraz de querullera a principios del '70, posa a principios del '80 para Radiolandia

2000, colgada de Minguito (siniestro personaje de la cultura militar) al que declara su más tierna admiración (11). Marta Lynch, desafiando a todo aquél que dude de su honesta conciencia, "que ésa sí es revolucionaria" (12), a que pregunte "a Raimundo Ongaro acerca de las mesas de la Federación Gráfica, o a las mujeres peronistas (...) que podrán dar fe de (sus) actuaciones"; desafía hoy al mundo entero a comprobar que "los asesinatos (no tan numerosos ni atroces como en la mayor parte del globo terráqueo)" (13), no son tales. La que en 1974 instaba a los soldados a amotinarse, advirtiéndoles que "no son ni pueden ser los 'dueños del país'; que los dueños del país son otros, los del ejército argentino de ocupación, la oligarquía" (14); desecha esta subversiva fantasía de agresión entre 'hermanos' para explicar, tres años más tarde, la crisis del país como "un designio que brota más de condiciones externas que de la misma entraña argentina" (15), llamando a la población a estar junto a las valerosas FFAA " 'como fierro' (...), unión de algunos pocos días (por la cual) quizás se alcance el principio de identidad nacional que tanta falta nos hace" (16) (ver recuadro 11). Fanática de la violencia revolucionaria, se postra en 1974 ante el Comandante, "ese nombre cuya sola enunciación hace dar un paso atrás" (17), convirtiéndolo en su santo patrono (18), ese nombre cuya sola enunciación provocará la muerte años más tarde a quien se atreviere a mencionarlo, cuando Marta Lynch salva al pueblo argentino "asépticamente intocado por las salpicaduras de una guerra atroz que nadie -salvo un puñado de delirantes- quiso" (19), "delirantes" de los cuales -no seamos crueles, hagamos memoria- la Lynch fue fervorosa partidaria.

• "Comparsa del palacio militar", bufón de la cultura oficial, embajadora de una literatura encarcelada, Marta Lynch marca una línea de hierro y fuego entre su proba dignidad (20) y el humanismo de todos los tiempos (que exige pa a el hombre el derecho a la vida, a la libertad, a la felicidad) al defender -para hacer frente a la aviesa campaña internacional por los derechos humanos en la Argentina, basada en 'interpretaciones antojadizas' (21)- "el derecho al sufrimiento que tiene nuestro pueblo" (22). Que la masa de hambrientos aice su voz y proclame, no el derecho al pan y al trabajo, sino a la justa miseria que padecen. Que los torturados hablen, y se verá que -regidos por la jurisdicción internacional- proburla de los derechos del hombre -absuelven a sus verdugos. Y no sólo los absuelven, sino que exigen" que tanto sufrimiento tenga alguna -aunque sea lejana- recompensa". Lejos de ello, los pueblos del mundo se indignan ante quienes sojuzgan y masacran al pueblo argentino, desoyendo lyncheanas recomendaciones que enseñan a confundir represores y reprimidos con un solo nombre de amoroso chasquido: "hermanos argentinos", "Es sorprendente -reflexiona nuestra brillante arribista, apelando a la mala conciencia de 'colaboracionistas' franceses y 'nacionales' españoles- que (...) España, que soportó una guerra entre hermanos que costó un millón de muertos y más de trescientos mil ejecutados después, se manifieste horroizado y experimente muestras de un revulsivo porque un lejano país sudamericano está en crisis, en baja, en conflicto o en guerra, como se prefiera admitir (...) Es más sorprendente todavía que Francia, un país que conoció la corrupción y la derrota, que vio a los nazis entrar bajo el Arco de Triunfo (...), que conoció desastres y largos períodos de mediocridad, guerras coloniales y largas, derumbes económicos sin fin, se haga cruces por boca de sus diarios más sofisticados sobre la situación de la Argentina". Alemania, pues, debiera lavarse la boca

MARTA LYNCH, EL PAPA, Y UNA BUENA Y FRIA CABEZA MILITAR

"Pero no se trata de un problema tangencial, ni siquiera se trata de apoyar o no al discutido gobierno argentino. Se trata del "País", de 'Nuestro País' (...)"

Marta Lynch
Clarín, 2-2-78

"Y hay que decir la verdad si es que pretendemos ser alguna vez respetados: el gobierno argentino ha actuado decididamente bien y debe tener, en esta emergencia, el apoyo moral y hasta físico de los conciudadanos. Repito que ni siquiera se trata del gobierno como un ente concreto."

Clarín, 2-2-78

"Es preciso admitir, hoy, lo razonable de la actitud de un gobierno cuestionado como pocos, lo valeroso de algunas actitudes que muchos insisten en tomar en solfa, lo necesaria que es la unión monolítica de los argentinos"

Marta Lynch
Clarín, 2-2-78

"Pueblo, cultura y Nación deben integrarse hoy para apoyar una resolución en la que se juega no el destino común sino una de las tantas injusticias experimentadas (...) (Patria es quizá una de las pocas cosas que tenemos, el único regazo fiel que nos queda en la penúltima jornada. Entonces, aunque haya que tragar la hiel de un apoyo que muchos mirarán con desconfianza, es preciso entregarse a esta pasión argentina (...) Hay que mostrarse generosos porque esta generosidad de hoy es futuro para el resto de los argentinos"

Marta Lynch
Clarín, 2-2-78

"Sé también, como lo ha reconocido el mismo Presidente de la República, que se han cometido errores, excesos en la represión."

Marta Lynch
Clarín, 29-6-78

CONCLUSION: QUE SE QUEDEN LOS MILITARES

"Lo que debe ocurrir es que los responsables de este desfasaje histórico se queden, bajo el compromiso y con la responsabilidad de corregir el entuerto. Hoy como nunca hace falta una buena y fría cabeza, unas manos que sostengan -firmes- las riendas y el empuje nacional (...) ¡Nadie se mueva! ¿A nosotros nos recomponen esto! Claro está que algunas variantes en nombres y programas no vendrían mal; pero cambios desorbitados sólo servirían para aumentar la confusión."

Marta Lynch
Clarín, 23-7-81

antes de nombrar el bello nombre de Videla; y sus jóvenes demócratas aplaudir a los genocidas argentinos, que son sólo una versión subdesarrollada (aunque con tendencia a superarlos ampliamente) de los criminales nazis.

Dentro de esta misma tónica del razonamiento falaz, que habrá quizás inspirado el lema "los argentinos somos derechos y humanos" con que la dictadura empapeló las ciudades, la impoluta cronista -en un abuso de lógica- escribe: "Nuestro país (...) habitado por un pueblo que se baña todos los días (desde Europa esta circunstancia baladí se toma sorprendente...), limpio también de sentimientos" (23). Con este hábil procedimiento deductivo podríamos llegar a las más absurdas conclusiones (que los japoneses son pequeños, pequeños también de corazón, por ejemplo; o bien que el café es rico, rico también en calorías, etc.). Mas la conclusión de Marta Lynch no es absurda. Es la lógica conclusión de una ufana colaboradora del régimen militar, una perla ejemplar de la propaganda ideológica, ardid que demuestra los daños que a la razón puede infligir la mediocridad reaccionaria.

En una confesión despojada de todo sentimiento, que más que confesión constituye una justa constatación de la realidad, Marta Lynch viene a aceptar al definirse a sí misma. "Hay muchos -afirma- que tienen orgullo y amor propio, y eso les ayuda a tener coraje. Y yo no tengo, ni orgullo ni amor propio" (24), y eso la ayuda a mudar de opinión cuando así lo requiere el miedo a la cárcel o a la pérdida de prestigio. El problemático tema de la represión aparece, nuevamente, como en Gregorich, como misión indiscutible y necesaria. Sin embargo, en lugar de centrarse en su justificación, como lo hace el **letrado funcionario** la **infante** constante cubre otro flanco fundamental del pujante bloque ideológico del '76 la imagen internacional de la Argentina. "Una dura represión inevitable, por desgracia, hizo entrar a nuestro país en el cono de sombra de una propaganda exterior descontrolada y destructiva" (25), siendo ésta -al parecer de Marta Lynch- la más funesta (y tal vez la única) consecuencia de los vandálicos hechos cometidos.

Este es "un país cuya falta de presencia en el mundo dan ganas de llorar" (26). Lo que mata es la humedad,

NOTAS:

1) Capítulo La historia de la literatura argentina 134, Bs. As., Centro Editor de América Latina, 1982.

2) *Hispanamérica* 7, julio 1974.

3) *El Escarabajo de Oro* 42, abril 1971.

4) *Hispanamérica* 7, julio 1974.

5) *El Escarabajo de Oro* 42, abril 1971.

6) *Clarín*, 12-9-74.

7) *El Escarabajo de Oro* 42, abril 1971.

8) En 1971 Marta Lynch se defiende de la acusación de oportunismo con que la atacan Goloboff y Battista desde las páginas de *Nuevos Aires* (número 3, diciembre 70/en-feb 71) haciendo la apología de la guerrilla desde las páginas de *El escarabajo de Oro* (número 42). En 1981 soplan recios aires y su órgano de "combate ideológico" es *Cambio*. En una nota denominada "Los escritores en la crisis" que debió llamarse en honor a los contenidos que allí se desarrollan, "Marta Lynch en su crisis editorial", la autora de "La penúltima versión de la Colorada Villanueva" se queja de los diversos avatares que le trae la postergación

de la séptima edición del libro citado. Este trágico inconveniente ha suscitado en su persona tal preocupación, que es de comprender que, queriendo hablar de la crisis de los escritores, no haya podido mencionar siquiera la censura; ya que la posibilidad de circulación y difusión de su novela probablemente subsanara, o -al menos- quitara importancia a otros problemas de la cultura nacional. (Ver *Cambio para una democracia social* II, 17-6-82).

9) Capítulo, op. cit.

10) *Clarín*, 7-8-80.

11) "No puede extrañar a nadie el éxito de Minguito Tinguilla. ¿Acaso no nos parecemos a él en los fundamental? Entrañables, apegados a ciertos visos de superación espiritual e intelectual que no siempre son bien digeridos; dados a la familia, al culto de la madre, a la generosidad y a ese coraje ciego en pos de empresas a menudo locas que solamente acaban en nuestro deterioro.

"De humor rápido, mudable, amigos a morir y defensores de causas perdidas... ¡No hay en nosotros, los porteños no sofisticados, muchos ribetes del Mingo? En el fondo de cada uno reposa este excelente, este buen muchacho de todo corazón, a medias ignorante, a medias actualizado, a medias compenetrado de un mundo que es mucho más duro que él. Y además, el motivo es la ternura. Cuando Mingo humedece sus ojos o se equivoca irremediablemente o es desairado en sus mejores intenciones, el motivo de todo eso y aún el resto, ¿no es, acaso, esa callada y recoleta ternura de los argentinos?" (Marta Lynch, *Radiolandia* 2000, n. 2747, 27-3-81).

12) *El Escarabajo de Oro* 42, abril 1971

13) *Clarín*, 29-6-78

14) *Hispanamérica* 7, julio 1974

15) *Clarín*, 10-3-77

16) *Clarín*, 2-2-78

17) *El Escarabajo de Oro* 42, abril 1971

18) "La presencia de ese HOMBRE NUEVO a que todos de alguna manera aspiramos esta aún lejos de la realidad. El Che Guevara, con toda su maravilla existencial, queda como un ejemplo aislado, protegido del contexto por obra y gracia de sus virtudes. Vale decir: más que el ejemplo de una sociedad potencial, Guevara fue la excepción casi a un nivel de santidad de lo que puede y debe ser un hombre dentro de la lucha política" (*Hispanamérica* 7, julio 1974).

19) *Clarín*, 29-6-78

20) En 1981, al comprobar la "creciente impopularidad internacional" en que se ve envuelta la Argentina, propone una autocrítica radical: "Remontarse a un señorío y a un decoro, a un ejemplo de decencia, de alcurnia y de jerarquía (...), esa hidalguía argentina, esa falta de agresividad y esa generosidad que han hecho memorable a la Argentina" (*Clarín*, 15-1-81), autocrítica que tiene como premisa natural que los muertos no hablan y que los vivos gozan de la buena salud que el olvido otorga cuando son las balas la amenaza.

21) *Clarín*, 29-6-78. El siguiente es su comentario textual acerca de "Amnesty International": "Como dijo alguien cierta vez, en este drama sudamericano con un acto, se ignora el anterior. Este juicio no implica -por cierto- adhesión a brutalidad alguna, pero ¿no es acaso necesario contemplar la perspectiva argentina en su totalidad para -al menos- juzgar con ecuanimidad elemental?" (*Clarín* 2-8-79).

22) *Clarín*, 10-3-77 (subrayado L.R.)

23) *Ibid.*

24) *La Opinión*, 24-9-78

25) *Clarín*, 29-6-78.

26) *Clarín*, 7-8-80.

III. (3.c) EL ARRIBISTA DISPLICENTE

"Yo soy escéptico de izquierda. Soy escéptico respecto a la condición humana. Ya no tengo esperanzas en el mundo, la justicia (...) Yo digo: ¿no estuve viviendo al pedo: ¿no habrá sido todo un malentendido?" (1).

Estupenda mezcla de barbarie intelectual, reflexión existencialoide y auto-crítica, infelicidad crónica y moderno estupor irreverente ante las grandes pasiones humanas, una ceñida descripción del Asís escritor puede hallarse en la figura del protagonista de uno de los excelentes cuentos de Isidoro Blaisten, "Mishiadura en Aries".

De la izquierda "que se tragó el buzón" a la izquierda "escéptica", de las "pajerías" de la militancia política, a la "salvación" con la ley de la selva convertida en biblia, del Asís que prohibidos sus libros *Don Asís: Zafim* (1972) y *La Manifestación* (1971) -ironiza en plena dictadura militar- "Yo puedo expresarme libremente, lo que no puedo es publicar", al Asís que convertida en best-seller su novela *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, y levantada la censura que pesaba sobre sus otros libros- proclama en pleno gobierno militar (que ya no le parece tan dictatorial): "Yo no le doy pelota a la censura. Yo me desentiendo del Estado y no me importa absolutamente nada" (2), media el golpe del '76 con su escuela de rostros vueltos hacia el bloque ideológico naciente en el cual caben cómodamente instalados y tranquilizadamente diferenciados el fascista, el responsable "demócrata" y -desde luego- el escéptico; funcionarios del cemento social que conformarán una sólida imagen de unanimidad alrededor de los militares, bloque intelectual tras el cual se vislumbra (y controla) la sonriente y satisfecha conciencia del Proceso.

¿Es meramente escéptico el "escéptico"? ¿Es tal el que no cree más que en su "principio rector", desandando el camino de la humanidad al proponer un mundo vacío frente a su propia exclusividad; o lo es aquél que sólo confía en la superficie lisa de las cosas -que si no da el placer de lo activo, por lo menos es tangible y rotundamente segura? ¿Puede el escéptico borrar el límite entre vida y muerte, libertad y represión, hacer trizas la historia, no hallar el punto en que el hombre se define por su obra social?

En la división del trabajo planteada por la militarización de la sociedad (y también de la cultura) el "escéptico" goza de una posición ambigua, de aparente privilegio y evidente entrega personal a causa tan poco lozada en un show permanente, dada la pretensión de ejemplificar con la propia vida aquello que predica como al descuido, acechando con el rabillo del ojo el "impacto" de su displicen-máxima perfección.

Al definirse como "oportunista al revés" (3), Asís da en el clavo: **Al revés del oportunista vulgar, yo ejerzo desde la marginación. Al revés del complaciente directo, yo complazco con la oposición. Lejos de apoyar al régimen militar, le quito todo sentido (hasta el de su razón de ser, hasta el que sus mentores le confieren para dominar): lo mato con la indiferencia.** El Oberdan Rocamora de las letras no aprueba la censura: la desdeña, no aplaude la acción militar: simplemente, no le interesa. "Soy pura literatura -exclama- y a mucha honra" (4).

"Los escritores en Argentina soportan tal situación difícil que soporta

cualquier escritor en cualquier país" (5). apunta Asís en inusitada observación de la cultura universal, defendiendo, fuerza es reconocerlo, la absoluta igualdad de los pueblos, así como la total intrascendencia de las distintas ideologías. "No me importa el gobierno -completa su visión del mundo literario- Jodidos somos siempre, si no somos jodidos no podemos escribir. Un tipo que se larga a escribir lo hace por algo, podría en caso contrario, ser un asesino" (6). Los ideólogos de la dictadura han logrado su más caro objetivo: un paso más allá de la autocensura, el escritor "reventado" es libre de rondar los temas más urticantes sin medir las implicancias de sus palabras, ya que ha internalizado de tal modo la censura, hasta el punto de negar su existencia, que hace de sus barreras los límites y la esencia de la realidad.

Jorge Asís ha deglutido -giro pintoresco mediante: el de la desidia- el lema harguindeguyano de **zapatero a tus zapatos, anteojeas a tus ojos y subversivo a tu celda**. El "pícaro" se ha convertido en "reventado". Los tiempos han cambiado: la izquierda en expansión a la que Asís se dirigía hasta el '76 ha sido fragmentada y disuelta. Conformado crecientemente por un sector medio aquejado por los trágicos sucesos que no logra explicar, al optar por oponerse a una radical denuncia de la dictadura, el nuevo público de Asís se ve atraído por las consignas del escepticismo del "reviente" por los que "están de vuelta" y saben que no vale la pena creer, luchar, "comprometerse", cosas que (además) están prohibidas por el gobierno. Repitiendo la fábula del zorro y las uvas, a Asís, al "porteño, (...) un tipo sabio, no le importa un pito de nada" (7). "Desde el punto de vista económico, político ¿quién piensa en el país?" reitera en 1981 sus conceptos acerca de la división del trabajo (8). Agarra a 10 tipos y pregúntales qué piensan de la deuda externa. Te van a decir, estoy tan jodido con la mía, no me vengas con el país". Aunque pocos argentinos ignoran hoy la relación directamente proporcional que existe entre su miseria económica y la monstruosa deuda externa, los argumentos de Asís ejercen una singular seducción sobre los sectores medios defraudados por las "ideologías revolucionarias", por medio de las técnicas y contenidos de la "midcult" que admirablemente expusiera Dwight Mac Donald (9). **Popular entre los cultos, suficientemente vanguardista para los comprometidos a medias, inofensivo para el sistema**, Asís reúne los requisitos esenciales para efectuar la doble trampa que caracteriza a los representantes de la "midcult": explota los descubrimientos de la vanguardia literaria para ponerlos al servicio de lo banal. El barniz de desprejuicio, la "audacia", el "sinsentido" que esmerce ciertas concepciones filosóficas contemporáneas, seducen a jóvenes que estos agrios años han desmoralizado, junto con un autoengaño de aparente coherencia interna y la defensa radical de la inacción (producto -según este apóstol del escepticismo- de la tragicómica ineficacia de la acción).

La paradoja del "escéptico" se desarrolla en máxima tensión alrededor del problema de la represión y los derechos humanos, permitiéndole un rápido y sutil desplazamiento cuando las circunstancias lo requieren, ya que el que en nada cree, a todas las creencias puede servir. Si bien es cierto que Asís firmó varias solicitudes defendiendo los derechos humanos, y también lo es que sus obras muestran los efectos de la represión, tiene para ello la venia implícita de los asesinos, ya que es da todo su aval: **acá no pasa nada, ma qué censura, "yo escribo porque soy un abulador, un mitómano, o porque me quiero destacar (...), escribo porque se me**

canta el culo (...); y encima aparece un boludo y dice 'acá hay una crisis moral'. Ma qué crisis moral" (10). El que no se la banca es un boludo, "el porteño, con todas las etiquetitas que le ponen es un tipo que se la banca" (11), el que cae en cana es un canguro, un tipo que se tragó el buzón, qué se yo, no fue piola y no se salvó. La distorsión de la actividad militante, del significado de la conciencia política, y de la necesidad de transformación social, es de un cinismo tal, que poco puede pesar su firma al lado de los que verdaderamente luchan por la libertad, contribuyendo más bien a afirmar la confusión general que hoy anida en la sociedad argentina. Para este escritor "comprometido" la militancia es un "buzón", y "fueron miles los que se arriesgaron rigurosamente al pedo" (12). Por un lado, Asís proporciona a las cúpulas castrenses un argumento de incalculable valor: la justificación moral de la represión: "murieron por boludos". Por otro lado, esgrime ante sí mismo y ante posibles acusadores respecto de su actuación pública en los años de la dictadura, un garabato de argumento culposo, una especie de explicación del lugar que le ha tocado en suerte durante este negro período: el del resistente que -milagrosa o arbitrariamente- ha salvado su vida ("Si uno saca la cabeza y nadie te la corta van a acusarte por no morir" (13)). Sin embargo lejos de entender culpa y justificación como expresiones de maquiavelismo en la ya atosigada cabeza de Jorge Asís, creemos que son dos facetas de un mismo viraje, en que la primera se alimenta de la segunda, y ésta a su vez lo lava de la primera. Habiendo "superado" la infancia de la conciencia, transcurrida en el Partido Comunista, cuando asuntos como revolución o amor por la vida eran comunes coordinadas, Asís ha logrado ser en 1982 un "buen escéptico", y como tal, quiere "simplemente que no se sigan tirando más generaciones a la basura, que no se amontone más juventud nueva en el rincón de las frustraciones. Que los chicos, con abnegación, no sean entregados candorosamente a las equivocaciones a las que tal vez se entregaron ellos" (14). Este bravo pater se ha percatado a tiempo, y ahora se cuida y bien aconseja a sus lectores. Mas resta un punto oscuro: ¿a quién serán "entregados" los chicos? ¿Al comunismo internacional? ¿A una macabra organización con siniestros fines ocultos? La duda persiste, pero Asís, ni tonto ni perzoso, ha descubierto que fantasmáticas telarañas sucias pueden librarlo de la lucha de clases, descubrimiento que lo lleva a la siguiente reflexión: "Uno puede haber cometido algún error pero me pregunto si tengo que rendir cuentas porque no me mataron" (15) (idéntico desplazamiento (seguir con vida ---- justificar la represión) procura realizar, en este caso acompañado por una cohorte de congéneres que comparte su experiencia: en el ámbito de la cultura. Asís pretende subsumir en la justificación de su bestsellerato la justificación de su prescindencia y/o apoyo tácito ante las barbaridades del régimen militar, intentando reducir al fenómeno sociológico de ventas, el fenómeno ideológico político de sus declaraciones.

En un reportaje realizado en Italia a raíz de las declaraciones con que Julio Cortázar acusó a la dictadura argentina de haber llevado a cabo un "genocidio cultural", Jorge Asís alzó su voz contra esta patraña, contra esta mala fe de "tipos que se hicieron 'revolucionarios' desde afuera" (16), indignado y cejijuto, defensor del patrimonio cultural nacional, cuyo desarrollo en estos siete años gozó de los variados aprtes que la Junta Militar amparó con el inigualable desvelo de la espada. No es fácil que tan sensible corazón escape a la influencia de la pro-

paganda ideológica montada en todos los ámbitos por la inteligencia militar; tampoco es fácil lograr que el consenso arduamente obtenido no escurra como arena a la hora de poner sobre el tapete consecuencias y silencios que lo hicieron posible. Por eso la respuesta de Asís es contundente: Cortázar "habla contra el 'genocidio cultural' en la Argentina. Esto es mentira y los hechos lo demuestran" (17). El procedimiento lógico es limpio, implacable, no atiende razones: (a) yo estoy vivo, (b) mis libros son best-seller, por lo tanto, (c) no hubo "genocidio cultural" alguno.

La visita de Oriana Falacci en julio de este año, a nuestro país, y sus acusaciones contra el periodismo colaboracionista tocaron la cuerda que en Asís provoca este efecto de indignación patria. La señora Falacci merecía una respuesta, y Asís no es de aquellos que dejan pasar impunemente los arrebatos a la justicia de su persona; para lo cual entrega al diario **Ambito Financiero** una semblanza de la vigorosa actuación del periodismo en la Argentina, reiterando su dolor por ser considerados, él y sus audaces colegas, "para los fáciles, canallas, por si no bastara, culpables" (18). Pocos días más tarde Jorge Asís no vacila en presentarse en la televisión y hacer frente común con Neustadt y Grondona contra la airada e incómoda desfachatez de "esa extranjera totalitaria" (sic).

¿En qué se basa, pues, la impunidad que envuelve a Jorge Asís? ¿Por qué no tiene que "pedir permiso para decir lo que piensa"? ¿Qué buen hada le asiste? Se siente "poderoso" (19). Y lo es en la medida en que se ubida -eso sí, con expresión escéptica- de la vereda del Poder, y abreva en sus aguas residuales. Ya que no tiene nada que decir, puede explayarse sobre variados temas de actualidad o minucias cotidianas. La "indefinición" que lo corroe es tenaz.

"Yo no tengo ninguna claridad", "nunca pude gozar de nada y no solamente de la libertad, en la Argentina desde que escribo, escribo desde el caos" (21), responde Asís a un periodista, demostrando que -cuando habla sí mismo- lo hace con meridiana claridad y justeza. Asís no pretende ni claridad de pensamiento ni ordenar el caos, ni gozar de la libertad o de otros bienes "espirituales". Sabe muy bien lo que no quiere: perder su público, sus editores, su carácter de publicitado, su posibilidad de publicar independientemente del gobierno de turno, sus coqueteos con la izquierda, su desparpajo inofensivo. Para mantener esta imagen no basta esquivar el bulto, hay que hacer gala de ello; y el "manual del reventado" abunda en procedimientos como éste: "hay tipos que para descalificarme me ubican a la derecha, otros a la izquierda, unos dicen que me río de la militancia, otros que favorezco al régimen. Qué sé yo." (22). Si la vida sólo es un inmenso cambalache, lo mismo da democracia que dictadura, izquierda que derecha, vivos que muertos; el absurdo de la humanidad subsume en su informe matriz a unos y otros, absolviendo a todos indiscriminadamente, "unos hablaban de 'guerra sucia' y los otros de 'guerra popular'" (23), idale que va, allá en el horno se vamo a encontrar! "quedó un tendal de muertos y una intolerancia espantosa", víctimas y verdugos siéntese al lao, que a nadie importa si fueron muertos o matados.

NOTAS:

- 1) Búsqueda 5, septiembre 1981.
- 2) Radiolandia 2000 2775, 9-10-81.

3) Retruco I, diciembre 1981.
 4) Alejandría I, abril/mayo 1982.
 5) La Nación, 29-9-81. (subrayado L.R.)
 6) Búsqueda 5, septiembre 1981.
 7) Ayesha 2, julio 1978.
 8) Búsqueda 5, septiembre 1981.
 9) "En estos tiempos, de mayor progreso, la cultura superior está amenazada por un peligro, que no es ya la Masscult, sino un producto híbrido, nacido de las relaciones contra natura de ambos enfoques. Ha surgido así una cultura media, que amenaza destruir a sus progenitores. Esa forma intermedia, a la que llamaremos Midcult, posee las cualidades esenciales de la Masscult, la fórmula, la reacción controlada, la carencia de cualquier canon que no sea la popularidad, pero las esconde púdicamente bajo una hoja de higuera cultural. En la Masscult, el truco no se esconde; hay que gustar a la multitud a cualquier precio. Pero la Midcult esconde una doble trampa: finge respetar los modelos de la Cultura Superior, cuando en realidad los rebaja y vulgariza. (...) La Midcult no constituye, como podría parecer a primera vista, un mejoramiento del nivel de la Masscult. Es más bien una corrupción de la cultura superior que presenta, con respecto a la Masscult, una enorme ventaja: a pesar de estar también ella totalmente sometida al espectador -digámoslo con la frase de Malraux-, es capaz de hacerse pasar por verdadera cultura." ("Masscult y Midcult", en Industria Cultural y sociedad de masas, Caracas, Monte Avila, 1974, p. 94/5). Agradecemos a Carlos Alberto Brocato el habernos señalado la categoría de "Midcult" en Mac Donald, y su utilización para ciertas áreas de la cultura argentina.

- 10) Alejandría I, abril/mayo 1982.
 11) Ibid.
 12) Flores robadas en los jardines de Quilmes, Bs. As., Losada, 1979. p. 74 y 41.
 13) Retruco I, diciembre 1981.
 14) Clarín, 21-8-82. (subrayado L.R.)
 15) Radiolandia 2000 2775, 9-10-81.
 16) Ibid.
 17) Ibid.
 18) Ambito Financiero, 13-7-83.
 19) Retruco I, diciembre 1981.
 20) Ibid, y Ayesha II, julio 1978, respectivamente.
 21) Radiolandia 2000 2775, 9-10-81.
 22) Vigencia 44, diciembre 1980. (subrayado L.R.)
 23) Radiolandia 2000 2775, 9-10-81.

III (3. d)

EL HUMANISTA VACILANTE

"Un ciclo de cultura autoritaria pareciera estar agotándose en el país. Pero quienes no la promovimos ni la respaldamos tenemos la ropa roída por la mugre de la convivencia a que ella nos forzó. Hemos respirado el aire fétido que expulsaban sus pulmones. Hemos bebido el agua sucia de sus arroyos. No supimos, no pudimos impedir que tanta imbecilidad y tanta mentira contaminaran nuestra mejor voluntad cívica, y hoy empezamos a emerger del infierno enfermos de desaliento, agobiados por la desorientación, con la mirada desorbitada de los locos, de los torturados, de los hambrientos, de los solitarios y los miserables sobrevivientes." (Santiago Kovadloff, (1)).

Más que en estado de agotamiento, la cultura autoritaria parece haber ampliado su filosófico cerco, extendido sus rollizos brazos, a hombres y mujeres que jamás la tolerarían a no ser que en ella palparan suaves paredes algodonosas que invitaran a recostarse en su interior, nada despreciable circunstancia cívica que conduca a los autoritarios a otorgar la concesión de un cierto espacio de oposición

ideológica a cambio del estricto acatamiento -por parte del sector beneficiado- a los principios fundantes de esta cultura totalitaria liberalizada, principios que implican la exclusión sine qua non de todo aquél que ose enfrentarse hasta el punto de proponer la destrucción definitiva de sus cimientos. Y ello precisamente porque, como sostiene Santiago Kovadloff, muchos de quienes no la promovieron ni respaldaron, de tanto respirar "el aire fétido que expulsaban sus pulmones" han acostumbrado sus branquias al desagradable vaho, y ya no logran siquiera desear, imaginar, o aún tolerar la existencia de otros aires que el viento de la dictadura se llevó. Y hoy emergen cautamente, **asustados** algunos de los posibles significados de los artículos y estampas políticas escritas al calor de lo que el vuelco ideológico generalizado y la internalización y posterior justificación de la censura hizo de ellos; **orgullosos** otros del hábil manejo que de sus cuerpos y cabezas obtuvieron en la justa valoración y acomodamiento a los intereses -por lo menos más inmediatos- del poder.

Esta especie de autocritica, o justificación, o rendición de cuentas tiene su razón de ser: Santiago Kovadloff pertenece al primero de estos dos grupos, muniendo de sus dudas respecto de sí mismo y de la radicalidad de la libertad que propone aunque también, y quizás en mayor medida, respecto del valor que pueda tener una posición que avance más allá de esta propuesta; Luis Gregorich, por dar un ejemplo, pertenece al segundo grupo.

Santiago Kovadloff quemó, con "las manos del miedo", sus libros más amados. "Con el corazón cargado de angustia -refiere (2)- se inició entonces el **penoso ritual de la vergüenza** (...) Y sin embargo, no vacilábamos en justificarnos. ¿Qué podíamos haber hecho sino hacer lo que hicimos? (...) no sólo éramos los destructores de esos libros; éramos, asimismo, los testigos de lo que pasaba y de lo que hacíamos, y en relación con el futuro éramos la memoria posible de las grandes enseñanzas democráticas aprendidas en las páginas que habían ardido." Penoso ritual el de la vergüenza. Agobiante la experiencia que late bajo el discurso de quien escribe: "sin mirarnos a la cara, de espaldas a nuestros hijos (...) en aquellos días aún no lejanos centenares de nosotros fuimos cómplices de quienes desataron esa ola de salvajismo" (3). Mas estas palabras encierran una amarga paradoja. ¿Es cómplice aquél que, por salvar su vida y la de sus seres queridos, quema libros cuyos contenidos permanecen vigentes en sus actos y en su pensamiento? ¿Se puede llamar complicidad al rechazo del suicidio? ¿Es vergonzoso el amor a la vida? Entonces, ¿a qué responde, cómo se entiende, qué mala cuerda tañe esta justificación? Habiendo destruido las pruebas materiales de un pensamiento prohibido, el testigo tiene vergüenza de haber quemado -con los libros- su propio pensamiento; de no ser, "en relación con el futuro", más que una memoria cercenada; luego de que "el último atisbo de sensatez se evaporó bajo la coerción de una rígida autocensura" (4). Una memoria que no recuerda. De ahí la vergüenza, de ahí el triunfo de la ideología oficial, la exitosa y pacífica cacería de intelectuales absorbidos por el incipiente bloque ideológico que intenta oquestar la dictadura.

De un lado la "democracia", del otro el "autoritarismo"; aquí el "amor al saber", allá la "censura totalitaria". Se perfila así el modo en que Santiago Kovadloff encara su resistencia contra la dictadura. Lo controvertido del caso aparece cuando se pone en evidencia un segundo par de opuestos: "democracia" contra "nihilismo antioccidental"; el "amor al saber" frente a la "miserable lite-

ratura de la subversión". Visto en el compromiso (no en la obligación -coercitiva-, sino en el cumplimiento moral hacia el olvido, al cual la autocensura relegó básicos principios democráticos, molestos para la subsistencia del sistema represivo) de tomar partido por uno de estos dos bloques que conforman el eje que divide las aguas de la sociedad argentina de los últimos años, Kovadloff, intentando sobrevolar este enfrentamiento, se erige en su *tertium datur*, proponiendo una solución pseudodialéctica por la cual -finalmente-, se pone al servicio del primer par de opuestos contra el segundo. Aunque el brete es duro, la definición es tajante.

Tomemos, en primer término, la relación establecida entre los opuestos "democracia" y "dictadura", es decir, el grado de oposición y el nivel y contenidos de la crítica, ejercida desde el sector más democrático de quienes poseen la posibilidad de expresarse en los medios masivos de comunicación manipulados descaradamente por los golpistas, hacia las cúpulas que controlan directamente el aparato político del Estado, y que subutilizan -en la medida de lo posible- esta distancia crítica que las separa de aquel para conformar -armada ahora también con voces de indiscutido progresismo- una masa de silencioso consenso a su alrededor.

Subyace a lo largo de todos los artículos de Santiago Kovadloff una contradicción primordial: los postulados dialécticos e historicistas, que promueven una tarea de permanente búsqueda de la verdad, siempre concebida como camino y no como resultado, configuran una propuesta ampliamente trazada en ensayos que versan acerca de aquellos campos que más alejados se hallan de los acontecimientos políticos inmediatos, o en veladas alusiones al quehacer político, atenuadas por la ambigüedad, no del método, sino de la inmensa extensión a la que se aplican; sin embargo esta propuesta, de ser llevada al análisis concreto de los fenómenos sociopolíticos, contradiría flagrantemente las posiciones políticas que asume Kovadloff frente a la historia de la cual forma parte activa. (Al respecto son ilustrativas sus opiniones acerca de la guerra de Malvinas, la guerrilla, etc.).

En muchos de sus ensayos, y en su valiosa labor docente, Kovadloff defiende una concepción humanista y dialéctica del hombre y de la historia. Así, denuncia la esterilidad comprensiva y la oculta faz reaccionaria de las filosofías que reivindicaban absolutos y definitivos valores para el hombre, la libertad, el arte, etc. (5); desarrolla los conceptos hegelianos de la verdad entendida como proceso, la democracia como lucha por la democracia, de la interdependencia del hombre con su época, de la categoría de totalidad (6). En cuanto a la situación político-cultural se refiere, dirige sus críticas contra el vaciamiento universitario, y la consiguiente dispersión intelectual que amenaza con dejar yermo el campo cultural argentino (7), y en los últimos años ataca a la censura y a un totalitarismo algo ambiguamente, que no termina de materializarse en una definición que logre dar cuenta de su carácter nodal en nuestro país (8).

"La finalidad de la censura totalitaria -escribe- es abolir la sensibilidad temporal (...), se trata de evitar, de bloquear, de amordazar todo aquello que nos permite percibir dónde estamos y cómo estamos" (9). De eso se trata, si queremos limar aristas que en realidad son demasiado agudas como para adecuarse a esta explicación, y de esta censura es víctima el autor de las líneas citadas. Nuestro tiempo es un tiempo en que el hacha trabaja en todos los prazos aún cuando

muchos no sepan que sus manos la sostienen; nuestro tiempo no admite indiferencia o neutralidad entre las clases, ni siquiera en el caso de la ignorancia o de la ingenuidad. Y no podemos imputar de éstas últimas a un estudioso que, como Kovadloff, afirma apoyarse teóricamente y sobre todo en algunos de los más altos exponentes de la investigación estética marxista (Fischer, Lukács, Hauser) (10). Sin embargo, Santiago Kovadloff esboza una teoría de la sociedad cuya estructura nada tiene que ver con su división en clases antagónicas, sino que más bien desecha su existencia, en pro de la simpática concepción que "comprueba" que todos los "ciudadanos" son iguales ante la ley y ante un mundo abierto, en el cual comparten absolutamente la responsabilidad civil de la dependencia, "de nuestro atraso como nación (...), de una desoladora fragmentación cívica, de una prodigiosa propensión a las disociaciones, el sectarismo y el envilecimiento de nuestra vocación comunitaria" (11). No acaba aquí el cúmulo de aspectos compartidos: el desafío de la historia también convoca a la plena ciudadanía a que "podamos probarnos que no tenemos miedo a la libertad" (12), la plena ciudadanía actuando como un solo hombre, concepción hartamente anacrónica para el siglo XX.

En la última mitad de siglo, en que hasta los más acérrimos anticomunistas han desechado la comprensión de la historia a través de categorías morales individuales, Santiago Kovadloff colabora a la desorientación política e ideológica de un pueblo bombardeado por 7 años de propaganda opresiva e idiotizante, con un sentimentalismo panegírico dedicado a la muerte de Arturo Illia. ¿Cuál es la singular cualidad que suscita tan elogiosa mirada, tierna y reflexiva? Pues, que "una vez a los argentinos nos gobernó un hombre bueno." (13) "Sólo quienes ignoran el sentido medular de esta palabra -nos explica- pueden subestimar lo que ella implica cuando es atributo de un estadista." Sorprendentemente cercano a los principios filosóficos que rigen la ordenación del Estado propuesta por Platón en la *República*, acerbamente criticados por Kovadloff en otros artículos, desdeña la comprensión de los intereses de clase, las presiones y alianzas del poder, la política, en suma, para favorecer el análisis del carácter personal y aún ni siquiera por cuanto las peculiaridades positivas o negativas de este se esfuman ante las "virtudes elementales: justicia, honradez, paz, confianza, trabajo y libertad. Son formas de la bondad que es, en última instancia, la esencia del altruismo." En lugar del análisis de la realidad política y de las distintas propuestas partidarias, simplifiquemos el hormigueo inquietante de vísperas de elecciones: busquemos un buen hombre, un "ciudadano cabal" que, sin duda, nos brindará "un presidente de todos los días".

Tamaña teoría de la historia que, como dijimos, reduce la lucha de clases al insignificante polvillo de un recuerdo demasiado lejano, para la cual "a las naciones se les predica con la conducta de sus gobernantes" (14), guarda para las Fuerzas Armadas un lugar peculiar en tanto toman sus puestos en los cuarteles en inocente asunción de una función social como cualquier otra. Presa de aquello de lo cual pretende escapar, o cree ya haberlo logrado, al exponer y condenar los mecanismos y objetivos de la censura totalitaria, revela -sumado al retroceso en la "sensibilidad temporal" hasta el nivel de las ideologías dominantes con la ya citada teoría de la historia- una percepción extremadamente ideológica de "dónde estamos y cómo estamos". En el año de 1980 afirma que asistimos a un "florece-

miento auténtico de nuestra literatura nacional"; en momentos en que la cultura apenas si podía alzar sus ojos lastimados por tanto entierro; remarcando en el mismo artículo que "el cauce democrático que sin duda irá tomando la **conducción política** del país podrá alentar la creación de condiciones mínimas favorables (...)" (15), contribuyendo al blanqueo de las FFAA, dando crédito a sus discursos de "autodemocratización". Durante el festivo clima de abril del '82, les endilga un piropo inesperado: la plena representatividad de la voluntad popular, "una **extraordinaria** medida patriótica (...), un talento y un coraje que el pueblo ha sabido celebrar con orgullo y sin retaceos (...), **identificado auténticamente** con las FF.AA." (16). Aunque las reconviene por su "estéril rigidez" hacia una ciudadanía de gran "ductilidad política", y luego de felicitarlas por el evento militar, les encomienda "meditación" y "comprensión" acerca de su "sensibilidad social". Galtieri habrá brindado mil y una copas por este regalo que el cielo le mandó. Tan sólo dos meses más tarde, y sin la menor referencia a la triunfalista nota anterior sobre Malvinas, Kovadloff presenta la derrota como el ineluctable final de tan triste aventura, ya que "es imposible ganar la batalla contra el colonialismo (sic) si a la vez no se emprende la lucha contra el subdesarrollo" (17), omitiendo que es imposible ganar la batalla contra el subdesarrollo si a la vez no se la emprende contra el **imperialismo**. Vuelve entonces a privilegiar ante la opinión pública a las armadas huestes de la derrota, involucrando en ella al conjunto de la sociedad: "**preparamos** a la nación para el atraso y el perfeccionamiento de la dependencia" (18); manteniendo, aún en mayo del '83, alguna esperanza en que, "con la detención de Galtieri ordenada por el ejército, a raíz de sus declaraciones públicas" se haya encarcelado también "una sensibilidad arrebatada por el espejismo mesiánico en la que las Fuerzas Armadas **empezarán a reconocer** la inviabilidad de la que fuera, hasta hace poco, su propia visión de los hechos" (19). Haciéndose eco de los partidos patronales que ni sueñan ni desean socavar la base de sustentación de las FFAA como ejército de ocupación interna, está esperanza no puede entenderse como visión "optimista", ya que constituye un tapón ideológico para la concientización acerca del significado real del cuerpo castrense enquistado en la sociedad argentina.

Dijimos que los postulados que, en nombre de la democracia, desarrolla Santiago Kovadloff para la construcción de un espacio reflexivo de creación y crecimiento nacional, se contradicen -a veces sutilmente, otras no tanto- con sus posiciones de coyuntura. Esta contradicción se manifiesta con claridad en la articulación del segundo par de opuestos, "subversión" y "democracia"; en qué sentido la última se apoya en la fuerza de las armas -no de modo visible, sino a través de su dependencia de la clase dominante, a la cual concede un apoyo crítico-, a la vez que condena desde su "independencia" la inmoralidad "subversiva", y en qué medida esta condena responde a una concepción democrática -en cuanto defensa de la libertad, aunque fuera sólo de pensamiento-, y en qué medida a un concepto del hombre concebido como esencia intrastocable, como única sustancia que pervive idéntica a sí misma a lo largo de los tiempos, ideología hegemónica que logra abarcar en nuestro venturoso siglo la amplia gama que va del año fascista al **ciudadano** de la Revolución Francesa.

Es triste y rigurosamente cierta la ya citada reflexión que una ojeada al pasado suscita en Santiago Kovadloff. "No subimos -¿se lamenta?-, no pudimos im-

pedir que tanta imbecilidad y tanta mentira contaminaran nuestra mejor voluntad cívica" (20). "Roída por la mugre" de la convivencia a que (la cultura autoritaria) nos forzó" (21), esa voluntad cívica aplaudió o toleró la represión más atroz de la historia argentina. "Dos mitos políticos -habrán leído gratamente los golpistas y cía.- cayeron en el curso de los recientes años '70: uno atribuía viabilidad nacional al peronismo; el otro pretendió legitimar moralmente al terrorismo. Sin este derrumbe poco hubiera faltado para que el propio país se desmoronara (sic). Hoy, a un altísimo costo pero **gracias a la disolución de esos mitos**, la realidad argentina pareciera empezar a ganar perfiles nuevos" (22). ¿Disolución de los mitos, o masacre de 30.000 seres humanos? ¿Mitos o posiciones políticas que difieren de la propia y única respetable? Sin este "derrumbe", ¿se hubiera desmoronado el país, o el desmoronamiento culmina con el Proceso? Aunque fuera desde un democratismo flácido ¿es posible agradecer nada a tan "altísimo costo"? El golpe del '76 ¿demuestra la inviabilidad del peronismo, o le concede el respiro de la "oposición", el beneficio de la duda, la simpatía civil por haber sido derrocado por los militares? ¿No es una burla atroz ilegitimar la moral del terrorismo mediante la legitimación del terrorismo de Estado, cuya única moral es el asesinato de los disidentes? ¿Se derrumban las ideas foquistas con la muerte de sus defensores, o caer en el curso de la historia por el peso sus propios errores? ¿Caen por decreto, bajo el tableteo de las ametralladoras las concepciones políticas o bien sus superadas (el peronismo), o dejadas de lado (las tácticas guerrilleras) a través de un proceso de autoconciencia y politización de las masas? ¿Qué elige la concepción humanista y dialéctica de la historia que pregona Santiago Kovadloff? ¿La autorregulación de las masas de su propia vida, de su organización política, económica y cultural o la reglamentación impuesta por la bala y la bayoneta?

¿Es posible -finalmente- equiparar la violencia represiva a la guerrillera, deudoras ambas "de una misma interpretación mesiánica de la verdad, (que) desembocan (...) en un idéntico apocalipsis" (23)? Con el remanido método tautológico expone Kovadloff el "axioma capital" de la guerrilla: "la violencia armada equivale a la revolución social puesto que la justicia social sólo se instaura mediante la violencia armada". Kovadloff no critica la **concepción elitista** que del proceso revolucionario tiene la guerrilla, ni el **sustituirismo** del sujeto revolucionario que le da origen. Tampoco denuncia del foquismo su ignorancia del principio de que la revolución se plantea previamente en la sociedad civil para llegar a la toma del poder político. Y descubre en su crudeza la moral maquiavélica que justifica los medios por el fin, no cayendo en la cuenta de la determinación con que los medios moldean los fines, justificación que no considera la ética más que como una excrecencia de la política y en definitiva, de su política, rasero con que limpia de plano su comportamiento. Kovadloff no abre el debate: lo cierra. "La represión militar -continúa-, a su turno, pretendió justificar su política de aniquilación indiscriminada, identificando a la juventud **como tal** con los pocos hechizados que logró aquel axioma". ¿Debería haber implantado, desde una óptica "democrática", una aniquilación discriminada, matando sólo a esos "pocos hechizados"? Guerrilla y represión "contribuyeron, en distinta escala y **con igual furia**, al descabezamiento de una generación" (24). Violencia de arriba y violencia de abajo, ideales fascistas e ideales revolucionarios, los extremos se besan

(cualquier mediano pseudo-dialéctico puede fácilmente demostrarlo) y el justo medio baila. Santiago Kovadloff, que afirma apoyar a las Madres de Plaza de Mayo, podría quizás interesarse en averiguar qué opinan ellas de la "igual furia" que sus hijos habrían compartido con los militares, aunados nada menos que en el "descabezamiento de una generación".

En sentida descripción de la persecución de la que fue objeto el grueso de la sociedad civil, Santiago Kovadloff se lamenta de la ceguera de la "lógica totalitaria según la cual el nihilismo antioccidental y el amor al saber son sinónimos" (25). Una "lógica solidaria", verdaderamente democrática, no los confundiría. Una lógica inteligente ¿recomendaría tal vez quemar sólo "la miserable literatura subversiva, con sus consignas de fraternidad impuesta y su promoción del apocalipsis como escuela de redención" (26). No lo sabemos. Lo cierto es que Kovadloff no lamenta aquí el carácter cavernícola y siniestro de la "discusión ideológica" que la fuerza emprende con fogatas de miles de libros, sino que no se haya diferenciado para echar a la hoguera los libros de Guevara de los de Willy Brandt, los de Rodolfo Walsh de los Saint Exupéry.

Con desafortunado tino, la grave decisión ha sido tomada. Sin proponérselo, sin quizás saberlo, o aún sin quererlo, Santiago Kovadloff se ubica del lado de los eternos valores de la justicia para oponerse a la dictadura desde el sitio de la "independencia" de clase conferida al intelectual, pero se alinea con aquélla para aniquilar a la subversión y el peronismo. La repulsa a éstos pesa más que los asesinatos. El combate contra el "nihilismo antioccidental" más que el "amor al saber". El pensamiento "independiente" (27) desnuda su carácter de clase; cuanto más independiente se presume más se muestra en su cruda verdad, descubriendo las ataduras que, al ser el reflejo ideológico de la pequeño-burguesía, lo mantienen estrechamente ligado a las clases dominantes cuando éstas obtienen el aval y la colaboración de la pequeño-burguesía para hegemonizar la sociedad civil. Entonces, el pensamiento "independiente" recula ante la búsqueda de la verdad, ya que su pretendida volatilidad espiritual no le permite apresar en una visión global cuál es el enfrentamiento esencial que moviliza las fuerzas sociales, ya que intenta mantenerse equidistante y prescindente frente a ellas. Este falso equilibrio del "demócrata" se sustenta en la acerba crítica con que descalifica, por un lado, guerrilla y peronismo, y por otro, dictadura, ambas ajenas por igual a los altos principios de la libertad, desde los cuales el "intelectual por excelencia" pierde la capacidad de dirimir la responsabilidad que a cada uno le cabe en los macabros sucesos que signarán nuestra historia con la marca de su mayor tragedia. Sin distinguir la acción provocadora de grupos que se autoproclaman revolucionarios, de la liquidación sistemática de la vanguardia obrera y popular, apoyada en dicha provocación; sin distinguir el terrorismo individual del terrorismo de Estado, sin distinguir la actitud desesperada y seudorrevolucionaria de sectores medios que no tienen cabida como estudiantes y profesiones en nuestro país atrasado de la acción concientemente contrarrevolucionaria de quienes lucran con dicho atraso, Santiago Kovadloff acusa a ambas por igual con la sabia varita del entendido.

Sin embargo, tiene razón (y fue nuestra intención demostrarlo) cuando afirma que "sería fundamental que algún día pudiésemos contar lo que la falta de libertad de expresión ha hecho de quienes tuvimos la posibilidad de expresarnos" (28). La faltaz de libertad de expresión, el miedo, la necesidad de reconocimiento

de su función de crítico imparcial con las consiguientes concesiones hechas al poder para blanquear su ejercicio de la crítica democrática (que en nuestras condiciones tiene per se un carácter revolucionario", el viraje de gran parte de los intelectuales hacia posiciones de sospechosa tibieza ante la presión ideológica la pérdida del macizo suelo que la izquierda intentaba conformar metódicamente, han llevado a Kovdloff a hablar de "nihilismo antioccidental", dilecto caballito de batalla de los Videla, los Reagan, los Goebels, en el mismo texto en que incita a la lucha por la libertad espiritual y los ideales democráticos. "Seguramente -contina- el lenguaje en el que nos estamos expresando en estos años no será el lenguaje en el que nos expresaremos dentro de algunos años. Hemos aprendido una forma de hablar y una forma de callar, y este lenguaje, con todo lo que tiene de explícito e implícito, va a quedar como una huella indeleble de lo que hicimos en esa lucha contra la censura y de aquello que la censura hizo con nosotros en estos años". (29)

Estos años no han terminado aún: se hallan presentes no sólo en las ausencias irreparables, el dolor, el atraso a todos los niveles, sino también en la costumbre a la sumisión, la inercia del acriticismo, el miedo al pensamiento. "Una forma de hablar y una forma de callar", una voz que puja contra la niebla y una memoria obstruída, Santiago Kovadloff se sabe todavía deudor, todavía víctima de ese lenguaje ambiguo y ciudadosamente cortajado, que, esperamos, "no será el lenguaje en el que (se expresará) dentro de algunos años", o algo menos; llevando a cabo en sí mismo la tarea que propone para la sociedad (30). Todavía sin cortar amarras con los usos de la era de la mordaza, todavía esquiva presa del olvido, el lenguaje de Santiago Kovadloff tantea reticente, teme perder aquello que logró retener durante estos años a tan alto costo espiritual. Reconoce no sólo el dudoso carácter radical de la apertura democrática, sino también su vacilación acerca de su inserción futura en la voces de la libertad: "Nuestras manos tiemblan de desconfianza. Medimos cada palabra. Las ventanas dicen, comenzarán a abrirse. Pero aún sospechamos que hay fusiles detrás de cada ventana" (31). Todavía es un lenguaje zigzagueante, cautivo de su historia, que alterna la denuncia con la justificación, que no se atreve hoy a susurrar lo que miles de voces ya gritan.

NOTAS:

- 1) Humor, n.107, junio 1983.
- 2) Clarín, 17-8-82.
- 3) Ibid.
- 4) Ibid.
- 5) "Contra ciertos poetas", Clarín, 12-11-81 y otros.
- 6) "Poesía y compromiso social", Clarín, 10-4-80, "Arte y política o el bello y la bestia", Clarín, 17-11-82, y otros.
- 7) "Una cultura de catacumbas", en Una cultura de catacumbas y otros ensayos, Bs. As., Botella al mar, 1982 y otros.
- 8) "Hobbes o el terror a la democracia", Vigencia 40, agosto 1980, "La censura", Nueva Presencia 316, 22-7-83, y otros.
- 9) Nueva Presencia 316, 22-7-83.
- 10) Capítulo 132, Bs. As., Centro Editor de América Latina, 1982, p. 118.
- 11) Clarín, 22-6-82. Santiago Kovadloff, aunque no olvida la íntima relación existente entre filosofía y política y correctamente plantea que el "doble filosófico, tal como la metafísica lo ha gestado, (...) alienta en la sangre de millones de personas, sometiéndolas al

intransigente cumplimiento de sus imperativos; (y constituyendo) en muy buena medida el fermento político de nuestras sociedades y (...) que en última instancia imprimen, con su poder de decisión o indecisión, el rumbo variable de nuestra vida comunitaria" (Clarín, 8-4-'82); olvida que la filosofía no es sólo un modo de concebir al mundo, sino que es el modo en que las clases dominantes formalizan esta cosmovisión y la transmiten al resto de la sociedad, hegemonizando su ideología bajo postulados que pretende universales.

- 12) Vigencia, agosto 1980.
- 13) Humor 99, febrero de 1983.
- 14) Ibid.
- 15) Clarín, 22-5-'80 (subrayado L.R.).
- 16) Clarín, 16-4-82 (subrayado L.R.).
- 17) Clarín, 22-6-82.
- 18) Ibid.
- 19) Humor, n.104 (subrayado L.R.).
- 20) Humor, n.107, junio 1983.
- 21) Ibid.
- 22) Clarín, 22-5-'80 (subrayado L.R.).
- 23) Humor, n.103, abril 1983.
- 24) Ibid. (subrayado L.R.).
- 25) Clarín, 17-8-'82.
- 26) Ibid. (subrayado L.R.).
- 27) La "independencia" a que nos referimos es la del intelectual que pretende estar por encima de las clases, y que analiza su conflicto -cuando acepta su existencia- desde la óptica "objetiva" de su ajenidad. Esta ilusión de independencia no debe confundirse con la independencia del intelectual que toma partido frente a la lucha de clases y ejerce su militancia revolucionaria independientemente de los partidos políticos que se reclaman revolucionarios (Ver en el Editorial del presente número el desarrollo de esta idea).
- 28) Nueva Presencia 316, 22-7-83.
- 29) Ibid.
- 30) "El olvido no se alcanza con la promoción de un edicto. Una cultura sana no puede olvidar sino cuando, previamente, ha recuperado sus traumas con toda conciencia, para luego digerir, madura y lentamente, sus duros efectos (...) No podremos refundar la nación de espaldas a su ruina" (Humor 107, junio 1983).
- 31) Ibid.

IV CONCLUSION

"No se puede pinchar con alfileres lo que habría que destruir a mazazos".
Karl Marx, carta a Ruge del 25-I-1843

No fue nuestro propósito, en estas páginas, realizar un balance de la actividad cultural desarrollada en estos años, sino investigar la índole de la relación que la intelectualidad mantuvo con la dictadura. Nos hemos abocado principalmente a la profundización de esta relación entre la ideología militar y los intelectuales tradicionales de la pequeñoburguesía, quienes habían intentado, hasta el '76, romper con los contenidos políticos e ideológicos que -contra su propia liberación - su clase absorbe de la burguesía, para trabajar dentro y por la gestación y el fortalecimiento del bloque ideológico de las clases subalternas. Esta priorización responde a varias razones: (a) la producción de los intelectuales orgánicos no presenta ninguna dificultad para el análisis ideológico, es evidente la fortaleza de su relación y no sólo tienen acceso a los medios de comunicación masivos, sino que son sus organizadores y administradores más eficientes; (b) los intelectuales de las clases subalternas, habiendo perdido transito-

riamente el carácter relativamente orgánico conquistado entre los '60 y '70, como consecuencia de su aislamiento y dispersión, han realizado una producción oculta y fragmentaria, cuyo relevo constituye una tarea necesaria, pero cuya trama tampoco es intrincada (aún cuando podamos comprobar distintos grados de omisiones sobre todo en la ausencia de polémicas, queda claramente delimitado su carácter de clase); (c) la historia sería -para cualquier investigador- una sucesión incomprensible de cambios si no lograra dar cuenta de las relaciones más complejas que conforman los puentes, las zonas grises que ligan la claridad de los negros y los blancos. Sin una metodología que descubra y dé sentido a esas zonas contradictorias, y sin una concepción dialéctica de los procesos revolucionarios y políticos en general, no parecería haber razón para la **lucha ideológica por la hegemonía de la sociedad civil** que todo grupo que aspira al poder instrumenta cuidadosamente, a través de los intelectuales que lo representan e informan.

Para comprender la compleja trama que conforma los distintos vínculos que estos intelectuales entablaron con la dictadura, y desentrañar su significado profundo, no basta con comprobar su apoyo al golpe de estado (desde los ominosos silencios hasta el aplauso estentóreo), no basta leer en sus declaraciones el alivio o la euforia, o hasta la saciada indiferencia por los exitosos avances sobre "el peronismo" y "la guerrilla". No alcanza la evidencia de su reacomodamiento en el nuevo y yermo campo intelectual. Es necesario, para captar la globalidad del fenómeno del transformismo, dúctil y filosa arma de las clases dominantes, distinguir los diversos grados de colaboración y los contenidos concretos con que cada uno de estos intelectuales avala su propio proyecto como tal, a la vez que parciales -totalmente- los objetivos de Proceso, y diferenciar sus motivaciones particulares en la conformación de este triste viraje.

Tanto Luis Gregorich como Marta Lynch son colaboracionistas del régimen militar. Sin embargo, las diferencias entre ambos son tajantes, por cuanto sus respectivas inserciones en el incipiente bloque ideológico revolucionario de los '60-'70 presentan peculiaridades que casi podríamos calificar como opuestas dentro del mismo, así como también el modo en que participan activamente en el "Proceso de Reorganización Nacional" muestra, en la formalización de objetivos unidos por rasgos comunes, la distancia que los separa.

El señor Gregorich es un intelectual que posee plena conciencia de su rol como tal en el seno de la superestructura, y de su importancia social en la producción ideológica. De su ligazón orgánica con las luchas del proletariado, y del consiguiente esfuerzo para dismantelar los argumentos y falacias de la ideología oficial, Luis Gregorich -a través de una compleja cadena de mediaciones, calculados retrocesos y agudos saltos para mantener un mal habido equilibrio- se transforma en el ideólogo del "ala democrática" de la dictadura, en su confiable pilar gracias a la conciencia que de la función del intelectual conserva (aunque ahora para favorecer la hegemonía del bloque opuesto) como al manejo de los modos de calar hondamente en la opinión pública, con tal gravedad persuasiva que hasta las matanzas adquieren discursos de toque cientificista y neta observancia de una crisis "inevitable" mediante el color de la madre naturaleza, sabio, calmado y rico en expectativas de futuro. Es consciente del rol del intelectual, de su poder directo en la formación del sentido común, y de las ligaduras con que trepana la permeable imagen que cada clase tiene de sí, factores fundantes de una sociedad

civil cohesionada por la ideología dominante. Es a causa de esta conciencia que su caso sea quizás el más doloroso -y el más trágico- de entre todos los intelectuales cuya torsión ideológica facultó a los represores para destruir -erigiéndose en representantes del "sentir nacional"- el avance del movimiento popular, y aún para arrancar de cuajo toda semilla de progreso plantada en el país.

El colaboracionismo de Marta Lynch es de cuño harto diferente. Su pasaje de un bloque a otro no precisa para concretarse de la serie de operaciones ideológicas que implica el de Gregorich. Su caso es más sencillo, aunque no por ello menos frecuente. Su febril estadía en la izquierda está marcada por las mismas características de ignorancia e irresponsabilidad civil en tanto que intelectual que sus espasmos nacional-patrióticos en brazos de Massera. Esta irresponsabilidad, entendida como tal en el sentido del desinterés o la impotencia para la elaboración de una cosmovisión y una explicación que dé coherencia, solidez y viabilidad al proyecto de la clase de la cual es representante a lo largo de su larga trayectoria, es mayor, desde el punto de vista histórico -no individual- en su paso por la izquierda. Resta todavía un largo camino para la formación de un sujeto histórico que lleve a cabo las tareas democráticas y nacionales incumplidas en nuestro país, en el proceso de transición revolucionaria al socialismo. Para ello es menester crear y desarrollar un bloque intelectual capaz de aglutinar y cohesionar los intereses de las clases subalternas. Las clases dominantes no necesitan intelectuales que desarrollen sus principios (asentados ya y firmemente digeridos), sino que logren hacerlos aparecer vigentes aún cuando ya han caducado, aún cuando son prácticamente insostenibles, labor que Marta Lynch ha ejercido maravillosamente.

El carácter arrivista y despreocupado con que Marta Lynch se lanza a la cultura, es el rasgo diferencial por el que palmo a palmo compite con Jorge Asís en esta loca carrera de la "felicidad". La misma Lynch descubre las semejanzas: "Jorge Asís es, y en eso creo que nos parecemos, una fuerza de la naturaleza. Larga las cosas casi en estado de trance. Por supuesto no es Hemingway, ni Scott Fitzgerald, ni es Cien años de soledad ni, menos aún, Borges. Pero para juzgar la literatura de un país subdesarrollado, uno debe olvidar a los gigantes y acostumbrarse, modestamente, a caminar entre hombre de un metro setenta y cinco. Como aporte tiene también lo considerable de la fuerza, la audacia, y un desesperado caradurismo (...) Yo soy otra samurai de la literatura" (Vigencia 56, enero '82). Como dos auténticas "fuerzas de la naturaleza", sufren los embates de la historia sin oponerles resistencia humana alguna, adecuando (mediante el arrebató que "el estado de trance" le sugiere como apropiado), su falta de conciencia política y moral a cada momento histórico. El mismo desprecio por el significado de la cultura, el mismo aprecio por el éxito editorial y personal. Una sola conformidad ante una literatura de enanos, ya que el suyo es un "país subdesarrollado (que) debe olvidar a los gigantes". Ambos rinden tributo a la creencia a las bondades que "un desesperado caradurismo" puede aportar a la imagen que otras cualidades (tesón para los trabajos manuales de la escritura, flexibilidad ideológica acentuada, una considerable dosis de autoestima) convierten en el estereotipo del escritor que sacrifica vida, virtudes y convicciones al sacro ejercicio de la literatura. A pesar de los numerosos puntos de contacto, Marta Lynch y Jorge Asís no transitan la misma senda durante los años de dictadura. Unidos por idéntica dejadez ante los graves problemas que se plantean a todo intelectual a lo largo de este período, optan por

ocupar en la cultura del Proceso lugares cualitativamente diferentes. Habiendo desechado ambos la construcción de un vínculo orgánico con una clase fundamental, representan a una pequeñoburguesía que deriva en las aguas del sentimentalismo ramplón, esperanzado en la una, escéptico en el otro. Imbuida del "sentir nacional", Marta Lynch presta sus fuerzas a la defensa de la dictadura, pregona la esperanza y el amor hacia el país ordenado y limpio por la disciplina militar. Jorge Asís prefiere la indiferencia, la omisión, cierta distancia que no contamine su valioso escepticismo con compromisos inconvenientes, que le permita mantener el público "de izquierda" a su lado, gran parte del cual hace de este escéptico pero harto cínico personaje, el modelo de la "inteligente" relación con la política, al "piola" nada le importa, ni censura, ni gobierno, ni revoluciones. De la colaboración desesperada a la desdeñosa complicidad, del entusiasta fervor por los gobernantes al intento de "no darles bola", del servilismo al desaliño mental premeditado, de Marta Lynch a Jorge Asís, artífices de una misma modalidad político-cultural, media la distancia que va del aplauso a la tolerancia, del viaje ideológico absoluto al matiz que lleva al simpatizante de izquierda a la sintonía de esa misma izquierda (dando razón, en definitiva, a la represión). De la firme voluntad militante a la indulgente extrañeza marginal que se deja deglutir orgullosa y gustosamente por la ideología oficial con que acuerda su juego.

Volviendo al caso de Gregorich, este comparte con Santiago Kovadloff el ser intelectuales conscientes de su función social, la responsabilidad civil, el intento globalizador de la realidad. Las mismas fuentes teóricas, un método de investigación, el afán de rigurosidad. Hemos esbozado ya, sin embargo, alguna de las diferencias que los convierten en paradigmas de dos relaciones distintas con la dictadura. Gregorich le entrega su nombre, su capacidad, y la total disponibilidad de su historia. Kovadloff, sin tanta historia, y aun comenzando a tener cierto peso en la cultura recién en los últimos años, en que gana relativo espacio en los medios de prensa, no dedica sus esfuerzos a congraciarse con el régimen, sino que más bien intenta difundir un visión humanista de lo real, para lo cual se ve compelido a conceder considerables silencios, y hasta a quebrar la unidad de su pensamiento con posiciones pseudodialécticas, o, en algunos casos, antihumanistas que, como ya dijimos, se contradicen con el punto de vista que propone para interpretar y actuar en el mundo, a lo largo de la mayor parte de sus artículos. Esta contradicción entre una concepción histórica y la interpretación política inmediata ha sido "superada" por Luis Gregorich, que toma expreso partido por la última en desmedro de la primera, haciendo de su antiguo humanismo una utópica, o equivocada, y aún antisocial forma de enfrentar la historia (1). Santiago Kovadloff siembra la duda acerca del papel que han jugado los intelectuales, incluido él mismo en el vaciamiento cultural, y qué grado de responsabilidad es justo atribuir a cada cual. Gregorich no puede sino recular ante la revisión del pasado reciente, que lo condenaría a una detallada rendición de cuentas y a una costosa autocrítica por su alevosa colaboración con los militares. Entonces, en el intento de atajar negras críticas, se erige en primer fiscal de cómplices e indecisos, en un grosero movimiento democratoide, mediante el cual espera poder huir de su pasado. En este punto coincide con su protegido, Jorge Asís, aunque el "caradurismo" del mentor es calmo y reflexivo, mientras el novelista, llevado por esa "naturalidad", por esa "desesperación" que tan bien retrata Marta Lynch, hasta puede defener al mismísimo Bernardo Neustadt, si con ello cree lograr su propia absolución.

Verdaderamente, vivo en tiempos sombríos. // Es insensata la palabra ingenua. Una frente lisa / revela insensibilidad. El que ríe / es que no ha oído aún la noticia terrible, / aún no le ha llegado. // ¡Qué tiempos éstos en que / hablar sobre árboles es casi un crimen / porque supone callar sobre tantas alevosías! (Bertolt Brecht). Verdaderamente, vivimos en tiempos sombríos. De la noticia terrible, sólo restan detalles por saber, el modo, la saña, el grado de tanta muerte, los gestos del odio. La famosa cría del Proceso ha abortado, dicen. No ha cuajado, es cierto, el proyecto de criatura partidaria que continuara y profundizara los objetivos planteados el 24 de marzo de 1976. Mas "palabras ingenuas", y "frentes lisos", no nos faltan. Insensatez del joven idiotizado, de los cautivos de la propaganda ideológica que tan bien implementaron los dictadores; insensibilidad del hombre curtido en esperanzas y frustraciones, hartado de los golpes de la vida, esquivo y "neutral". El legado militar no fue el tan anhelado: la "democracia" regimentada, el "gobierno cívico que dure cien años" bajo la custodia de la Doctrina de la Seguridad Nacional. La cría del Proceso ha sido más modesta, más frágil, menos fiel. Pero ha sido engendrada cuidadosamente y hoy cubre al país todo con su sombra: treinta mil desaparecidos, dos millones de exilados, un monstruoso aparato de represión intacto, una deuda externa de cuarenta mil millones de dólares, un aparato productivo prácticamente destruido... En el plano que aquí nos interesa el de la cultura, la cría del Proceso toma cuerpo (amén de la destrucción de libros, centros culturales de investigación, crítica y difusión, etc.), no en la forma de intelectuales orgánicos de la dictadura, sino en el viraje ideológico, político efectuado por un sector de la vanguardia intelectual de las clases subalternas. No hablaron sobre árboles ("casi un crimen"), estos intelectuales. No hablaron sobre el amor y los pajaritos de verdes plumas, ni sobre anodinos sucesos de la vida cotidiana. No "callaron sobre tantas alevosías": se hicieron eco de ellas, defendieron las que les parecieron más convincentes, omitiendo algunas de irritable digestión, distorsionando otras para abrazarlas mejor, los menos esbozando nuevas críticas amenguadas con tiernos florilegios. Hoy las filas de la *intelligentzia* burguesa se ven engrosadas y fortalecidas con su presencia militante, tornando aún más dificultosa la reconstrucción y desarrollo de una vanguardia intelectual revolucionaria con su abandono de la lucha por la democracia y la libertad.

NOTAS

1) Es interesante constatar cómo este viraje político se produce acompañado del viraje ideológico que redundará en un considerable retroceso en las concepciones teóricas de esta poco amable figura de la crítica. Un solo ejemplo bastará para comprobarlo. "La verdad es que ni el hombre más equivocado o culpable deja, en su intimidad, de ser consciente de su error y de su culpa" (Luis Gregorich, Humos 99, febrero de 1983). ¿Habrá Gregorich relegado a su etapa marxista el concepto de ideología, la comprensión de los mecanismos que los hombres utilizan en su lucha diaria por sus intereses? Se hace camino al andar. ¿Y tanto anduvo nuestro declinante intelectual, hasta convertir la conciencia de clase en demoníaco deseo, la lucha de clases en un maquiavélico plan de opresión universal?

Julio, 1983

sección

la realidad incl argentina

La presente sección recogerá los trabajos, documentos y debates relativos a nuestra historia económica, social y política con especial interés en el replanteamiento crítico de las categorías y los modelos tradicionales del análisis histórico. El estudio específico de nuestra formación económico social, de las relaciones sociales de producción dominantes en cada período histórico, de los modelos de acumulación, de la estructura productiva del país, de la especificidad de nuestro "modelo" dependiente, la estructura y el peso específico de la sociedad civil y la sociedad política, la estructuración y evolución de las distintas clases sociales, así como las perspectivas de transformación revolucionaria en la estructura económico-social e institucional del país, constituirán algunos de los temas centrales de la sección que presentamos.

Hoy se abre con un documento elaborado por el Centro de Estudios Socialistas de Buenos Aires, que a través de 23 ceñidas tesis, desgrana un agudo y polémico análisis de los diez últimos años de vida política en el país.

I. EL PERONISMO

I. 1. Introducción. El régimen oligárquico. El régimen oligárquico que dominó la vida política argentina resguardaba los intereses del imperialismo inglés y del conjunto de la burguesía argentina. Sin embargo, su maquinaria estatal se hallaba en manos de una reducida élite vinculada al capital británico y sus aliados más directos —los estancieros de Buenos Aires, el gran comercio importador, los consorcios financieros— a la cual no tenían acceso amplios sectores terratenientes, industriales, comerciales y pequeñoburgueses. El estrecho sistema de gobierno oligárquico choça, cada vez más, al avanzar la primera década del siglo XX, con las necesidades de la burguesía en su conjunto, y de su socio mayor, el imperialismo inglés: la preservación del orden. En efecto, con el desarrollo de las fuerzas productivas y el surgimiento de nuevos sectores sociales, amplios sectores burgueses y pequeñoburgueses, volcados al camino de la conspiración incesante, y el golpe de estado, ingresan en la UCR.

Los políticos más sagaces de la oligarquía (Pellegrini, Sáenz Peña) advierten la necesidad de disponer de una válvula de escape para preservar el orden mediante un juego bipartidista que permita a la oposición llegar al gobierno sin acudir a la sedición, política que desemboca en el triunfo radical de 1916.

I. 2. Introducción. El radicalismo. El triunfo radical marca un momento trascendental en la historia argentina, que indica la irrupción en la vida política de las masas populares, marginadas hasta entonces por el régimen oligárquico, que observa con horror la irrupción de la plebe radical. Sin embargo, el primer movimiento político argentino multitudinario no puede dar satisfacción a las tareas nacionales del país atrasado, pues está hegemonizado por un núcleo dirigente mancomunado en ideas e intereses fundamentales con el imperialismo inglés con la burguesía terrateniente argentina, con el capital financiero e industrial tan íntimamente ligado a los primeros, con el Ejército —su guardia pretoriana—, y la Iglesia, —su gendarme espiritual—. Con la crisis del año '30 (caída de los precios de exportación, reducción de divisas, etc.) el capital nacional y el extranjero necesitan de un gobierno desligado de compromisos con las masas populares, un gobierno fuerte capaz de salvar la cuota de ganancia a expensas del nivel de vida de las masas trabajadoras y gobernar en íntimo contacto con los altos círculos capitalistas. El cuartelazo de Uriburu es el golpe de la restauración conservadora, que impone por más de una década el gobierno directo de los estancieros y del imperialismo inglés.

I. 3. El peronismo: orígenes. Después de la Segunda Guerra Mundial, nuestro país atraviesa un ciclo de creciente prosperidad (inmensas reservas acumuladas durante la guerra, balanza comercial con saldo crecientemente favorable, cuota de ganancia del capital en constante crecimiento, etc.) que sienta las bases materiales para un gobierno del tipo del peronismo. En efecto, aquella prosperidad permitió a dicho gobierno una distribución del ingreso en beneficio de los asalariados (33 por ciento de aumento con respecto al ingreso nacional). Esta tremenda concesión a su favor, sumada a la sindicalización masiva e integral de los asalariados y a la democratización de las relaciones obrero - patronales en los sitios de trabajo y en las tratativas ante el estado, explican su profundo apoyo de masas.

Sin embargo, el gobierno peronista no fue el gobierno de la clase trabajadora: dicha sindicalización fue paralela a la estatización de los sindicatos; dichos conflictos obrero - patronales fueron zanjados por un estado árbitro. Se trató en realidad de un gobierno de tipo bonapartista: sin representar específicamente a ninguna clase, extrae su fuerza de los conflictos entre las distintas clases e imperialismos. Su apoyo directo — además del de la clase trabajadora— lo halló en las fuerzas del orden: Ejército, Policía, burocracia y clero. Además, dicha redistribución del ingreso no podía mantenerse ni profundizarse sino apoyándose en un plan de desarrollo industrial, lo que hubiera implicado una profundización de la lucha antimperialista.

El peronismo, en tanto movimiento político, es un frente de clases, un frente nacional con base obrera y cúspide burguesa. El gobierno de Perón representa los intereses de la burguesía, pero, apoyándose en las masas, la desplaza del poder político. Sin embargo, al proteger la fuerza material de la burguesía —su propiedad privada— vuelve a engendrar sus fuerza política, que termina desplazando a su vez al poder bonapartista.

I. 4. Crisis del peronismo (1952 - 1955). A partir de 1952 la situación económica obliga al gobierno peronista a marchar continuamente hacia la derecha, desandando el camino iniciado en 1945. Las reservas de divisas se agotan, caen los precios de las exportaciones, se retrae —por ende— la política de importaciones, comienzan incesantes aumentos de precios y se produce la caída de los salarios reales. El peronismo, que había resistido a la presión yanqui en ascenso, terminó haciendo ingresar a la Argentina en el Sistema Panamericano, suscribiendo empréstitos con el país del Norte, sancionando una ley de entrega a los capitales extranjeros, etc. Frente a una situación crítica, el peronismo intenta adecuarse a las necesidades del capitalismo argentino y de EE UU, su nueva metrópoli; pero la burguesía argentina reclama para "su" país un gobierno sin veleidades obreristas y que permitiera acuerdos más estrechos con EE UU, ante los cuales Perón provocaba una serie de fricciones. Finalmente, al frente antiperonista de la burguesía y del imperialismo yanqui ingresa la Iglesia Católica a fines de 1954 y las FF AA se van integrando progresivamente durante los sucesos del mismo golpe gorila de setiembre de 1955, sin que el gobierno peronista o la CGT convocaran a las masas en su defensa.

I. 5. La lucha por el retorno de Perón (1955 - 1973). La lucha por el retorno de Perón y la legalidad del peronismo dominó la vida política de las masas argentinas a lo largo de las dos décadas siguientes. Si bien la hegemonía de la ideología burguesa peronista sobre los asalariados y su incorporación al aparato del Estado a través de los sindicatos, le dio durante décadas un carácter conservador (conservador, en la medida que aceptaba el orden social imperante) y un espíritu quietista al movimiento obrero, el golpe gorila del '55 lo obliga a romper con ese estado quietista y adoptar un espíritu combativo, aunque fuera por objetivos claramente conservadores como el retorno de Perón y la legalidad de su movimiento. Es que, en la medida en que la burguesía no puede satisfacer este reclamo popular, y aun cuando la combatividad obrera y popular persiga objetivos que no son incompatibles con el orden social imperante, un alto grado de combatividad es incompatible con el conservadurismo y tiende a transformar a la clase en agente de cambio social, como lo puso en evidencia el Cordobazo.

1. 6. El retorno peronista. Pero el Cordobazo, al mismo tiempo que abre un período de profunda movilización popular antidictatorial, fortalece un rápido cambio de frente de la burguesía argentina: ante el fracaso evidente de la política de "estabilización" y "antinflacionaria" de Krieger Vasena - Dagnino Pastore, la burguesía argentina se vuelca hacia la tesis de fortalecer el poder económico del Estado, a quien asigna el triple papel de árbitro interesado entre las clases, de promotor del desarrollo nacional, y de defensor del papel económico y social de la burguesía local frente al imperialismo.

Este viraje, iniciado por Levingston y continuado por Lanusse, cobra vida con el perogimo, cuyo amplio apoyo popular le permitirá llevar adelante estas tendencias. De modo que la clase dirigente argentina, en su conjunto, acepta el predominio del sector político que le ofrece máximas garantías como clase, dados tres factores:

- a) la creciente movilización obrera y popular;
- b) la violenta amenaza de los grupos armados;
- c) la necesidad de optar por una nueva estrategia político - económica.

En este sentido, el peronismo aparece como una solución de compromiso a una serie de dilemas de la burguesía argentina que van, desde la necesidad de frenar la revolución latente hasta la definición de las relaciones con el imperialismo y los métodos para lograr un ritmo de desarrollo más acelerado.

1. 7. El peronismo en el poder (1973 - 1976). El amplio consenso social de que gozaba el gobierno peronista, los acuerdos implícitos y explícitos con las grandes organizaciones gremiales y empresarias le aseguraban un amplio margen de maniobra, que, sin embargo, no impiden que el gobierno fracasase en tres aspectos centrales:

a) en el proyecto de reducir la dependencia frente al imperialismo yanqui, ya que no buscaba romper las ataduras con aquel sino amenguarlo estrechando relaciones más o menos fuertes con un sector del capital financiero europeo. Ante la crisis planteada en Europa, y el fracaso de la burguesía argentina en ese sentido, ésta inicia un nuevo viraje hacia los capitales norteamericanos, iniciado a principios de 1975 con el viaje del Ministro de Economía, Gómez Morales.

b) en su proyecto de desarrollo, ya que no tendió a sentar las bases de un desarrollo autónomo, a través de un proceso de inversión requerido para ampliar las estructuras productivas locales y sentar las bases necesarias para el desarrollo futuro; el Estado peronista no pudo cumplir siquiera con los planes de inversión pública que estimaba el Plan Trienal.

c) en la política de redistribución de ingresos, que llega a su frontera económica a través de la creciente movilización obrera. La ligera alza del salario real arrancada por los trabajadores en un principio, es absorbido pronto por el mercado negro y el proceso inflacionario. El surgimiento de importantes movilizaciones de asalariados y pequeños productores en defensa de sus ingresos, provoca la quiebra del pacto social entre las centrales obreras y patronal, y con ello el gobierno peronista pierde su base de sustentación, en tanto árbitro entre las distintas clases y sectores de la sociedad argentina.

1.8. La crisis del gobierno peronista. La crisis de la política económica, la creciente movilización obrera y popular que alcanza su máxima expresión en las

huelgas de junio y julio de 1975 y el accionar de los grupos foquistas, provoca un desplazamiento en la política gubernamental, que va de la política de consenso en 1973, a la represión violenta en 1975-1976; de la política económica de José Ber Gelbard a la de Celestino Rodrigo, de Cámpora y los Montoneros a López Rega y la Triple A, de Taiana y Puiggrós a Ivanisevich y Ottalagano...

Desde el seno del peronismo, por intermedio de Celestino Rodrigo, hombre de López Rega, y Ricardo Zin, luego hombre del "Proceso", se sabotea la política estatista y populista iniciada con Gelbard. En medio de las negociaciones colectivas de trabajo, este "equipo" lanza la devaluación del 100 por ciento que produce un desborde de todo el sistema de precios: la burguesía argentina provoca una desestabilización similar a la provocada igualmente en Chile en 1970-1973 durante el gobierno de la Unidad Popular.

La burguesía argentina ha vuelto a cambiar de frente: necesita de una drástica política de redistribución del ingreso, pero en su beneficio, y para ello, frenar el intenso proceso de movilización popular y detener el creciente peso del poder sindical dentro del Estado. Los distintos sectores que componen la burguesía argentina, a medida que rompen el frente único en torno al peronismo, orquestado en 1973 a través del FREJULI, el pacto social, etc., se van alineando alrededor de las FFAA, que preparan el golpe sangriento de marzo de 1976.

II. LA DICTADURA MILITAR

II. 9. El golpe del 24 de marzo de 1976. Con el golpe del 24 de marzo de 1976, el poder es asumido por las FFAA, con apoyo de la Iglesia, de los partidos políticos tradicionales, y de los medios masivos de comunicación. Si bien los ideólogos del golpe militar pretenden que marca una ruptura total con la política del último gobierno peronista, que significa "el cierre definitivo de un ciclo histórico y la apertura de uno nuevo" (Videla) o "la fundación de la Segunda República" (Zin), debemos señalar entre ambos períodos dos elementos de continuidad:

a) La política estatista y populista del primer peronismo fue boicoteado desde el propio gobierno peronista, encerrando algunos gérmenes de la futura política económica de Martínez de Hoz (endeudamiento externo, lógica especulativa, etc.) al mismo tiempo que abonándole el camino;

b) La militarización del Estado, los secuestros y asesinatos, la legislación represiva, etc., se inician bajo el gobierno de Isabel Perón y con el golpe militar fueron llevados a su máxima expresión.

Sin embargo, entre los elementos de verdadera ruptura, que permiten hablar de un ciclo histórico que se cierra y otro que se abre, señalaremos:

a) La alteración e inversión de la relación de fuerzas entre opresores y oprimidos, que impone un profundo retroceso a estos sectores, a través de su desmovilización, atómización y represión.

b) La prohibición y represión de toda actividad gremial y política, lo que lleva a una profunda impasse a dos de los grupos de poder: la burocracia sindical y los partidos políticos;

c) La reestructuración de las relaciones económico-sociales dentro del país y en su relación con la economía mundial y el imperialismo, a través del plan Martínez de Hoz.

II.10 El golpe militar y la clase trabajadora. El profundo retroceso que la burguesía impone al conjunto de los sectores oprimidos a través del golpe militar no puede caracterizarse como "derrota histórica" de éstos sectores (comparándola, por ejemplo, con la derrota de los sectores populares en España en 1939, o en Chile en 1973). El proletariado argentino se **repliega espontáneamente** ante la ofensiva militar, sin plantearse -como en 1955- la defensa del gobierno peronista (pues éste es ya incapaz de defender sus intereses, aún los más inmediatos) ni la solidaridad con los grupos armados, cuya lucha se demuestra ajena al accionar político de las masas, tanto por sus métodos como por sus objetivos. Sin embargo, bajo la invocación de la "corrupción" peronista, y la "subversión" de los grupos foquistas, la represión político-militar apuntó a las filas obreras y populares, abatiendo a gran parte de su vanguardia, e imponiendo a amplios sectores populares una profunda despolitización y desmoralización, que aún después de siete años de dictadura -y como consecuencia de ello- no han podido superar. La ausencia de una verdadera resistencia obrera y popular al golpe, además de reflejar los alcances de la conciencia de estos sectores (en la medida en que no tienen expectativas en el gobierno de Isabel) muestra sus límites (en la medida en que el movimiento obrero no se da una nueva dirección sindical aprovechando la "borrada", no agita como bandera propia el programa del movimiento de derechos humanos, etc.).

II.11. El plan Martínez de Hoz. La hegemonía dentro del frente único de la burguesía orquestado alrededor de las FFAA, fue obtenida por una **suboligarquía financiera**, ligada a los grandes ruralistas, la gran industria (el Consejo Empresario Argentino), la gran banca (ADEBA) y un grupo del capital financiero norteamericano (grupo Rockefeller).

Las medidas económicas orquestadas por este sector son ya del dominio público (congelamiento salarial, liberación de precios, retraso del tipo de cambio, liberación de las tasas de interés, baja de aranceles de importación). Pero detrás de estas medidas, se esconde el cuádruple objetivo del Plan Martínez de Hoz: en lo económico, en lo social, en lo político y en lo ideológico:

a) en el **plano económico**, consistió en una profunda **redistribución del ingreso**, a costa de la caída vertiginosa del salario real, en beneficio de la burguesía; junto a una **redistribución de la plusvalía** extraída a nivel nacional en beneficio del **mercado financiero**;

b) en el **plano social**, apuntó a disminuir la concentración obrera, crear un poderoso ejército industrial de reserva, aumentar el número de cuentapropistas con el objeto de provocar una **reestructuración de las relaciones sociales de producción**, atacando el poder político de la clase obrera en su base material;

c) en el **plano político**, la suboligarquía financiera, que sabe que no puede acceder al poder político a través de un proceso electoral, necesitó armar un sistema en el cual el Estado ha perdido el control político-económico de la Nación. Un poderoso mercado financiero, una economía regida por el tipo de cambio, un gigantesco endeudamiento externo, someten la política económica nacional a un pequeño grupo ultramonopólico y a la banca imperialista acreedora;

d) en el **plano ideológico**, el plan acabó por romper con la política de consenso, esto es, de arreglo entre las partes, de pacto social, con arbitraje estatal, de

discusión sobre políticas de desarrollo, y se lanzó a crear la ilusión ideológica de la **libre regulación por el mercado**.

II.12. Se rompe el frente único burgués en torno a la dictadura. La suboligarquía financiera que en 1976 logra el consenso del conjunto de la burguesía, va a demostrar, a lo largo de los años siguientes, que no sólo libra una lucha de clase en nombre de la burguesía toda, sino que estaba dispuesta a sacrificar a importantes sectores de la misma burguesía, en beneficio de su casta reducidísima y del imperialismo que la avala. En su lucha por la redistribución de la plusvalía extraída a nivel nacional por el conjunto de la burguesía (a través de la ganancia industrial, la renta agraria, el interés), la política económica de la camarilla financiera genera una profunda transferencia de propiedad, a través de una rápida **centralización del capital*** (fusiones de grandes empresas), un control monopolístico del mercado, una **monopolización del crédito en dólares** (por las empresas ligadas al Estado financiero), etc. Esta política provoca -en nombre de la "racionalización" y la "eficiencia"- el cierre de compañías extranjeras (General Motors, Citroën, Olivetti, etc.) y estatales (IME, Swift), decenas de sociedades piden convocatoria de quiebra, se produce la quiebra del BIR junto a la quiebra en cadena de numerosas financieras. Sólo pueden crecer **algunas empresas**, en un mercado que se reduce y con una demanda estancada, con la **desaparición de competidores** (Molinos ante el cierre de Sasetru, las automotrices ante los cierres de GM, Citroën y otros). Recién en el '80 comienza la industria local a sentir el impacto de los productos extranjeros. Frente a la crisis ya visible y palpable para todos los sectores hacia esa fecha, la pequeñoburguesía comienza a salir de su letargo, provocado por el tipo de cambio bajo, que le permitía especular, comprar a bajo precio productos de importación, viajar al exterior a costa de la descapitalización del país.

La crisis económica, la creciente desocupación, la magnitud del endeudamiento externo -que cobra estado público-, el régimen usurario de la indexación, la ya evidente corrupción de la casta gobernante, termina por desatar también el descontento de asalariados y pequeños productores. Y la crisis económica favorece la crisis política: los hechos mencionados, consecuencia buscada del plan de Martínez de Hoz, ponen en claro a los ojos de toda la población trabajadora cuales eran los verdaderos objetivos del golpe militar de 1976, a qué intereses sirvió su aparato represivo y su legislación antiobrero y antipopular. Esto es, **la crisis terminó por mostrar en que medida la represión sangrienta y el plan económico son dos caras de una misma moneda**. La crisis económica, en suma, favorece la crisis política del régimen dictatorial, pues permite ligar la lucha económica de las masas a la lucha política, la lucha contra la carestía y la desocupación a la lucha por la aparición con vida de los desaparecidos, la libertad de los presos y el desmantelamiento del aparato represivo.

II.13. El gobierno Viola-Sigaut y la Multipartidaria. Si bien el gobierno Viola, largamente negociado y preparado, surge con el visto bueno del presi-

*No debe confundirse la "centralización del capital", que consiste en la concentración de capitales ya existentes, en la expropiación de unos capitalistas por otros, con la "concentración de capital", que consiste en la concentración de medios de producción de cada capital individual, y se confunde con el proceso de acumulación.

dente saliente, de un sector de la burocracia sindical y del conjunto de los partidos burgueses, la crisis de su gobierno se va a precipitar aceleradamente.

Viola orquesta con los partidos burgueses la creación de la **Multipartidaria**, organismo político encargado de la negociación electoral con la dictadura. Por medio de ella, los partidos políticos presionaron para obtener su ansiado cronograma electoral y la salida eleccionaria (que no es lo mismo que "salida democrática"), al mismo tiempo que la dictadura buscará, en este **frente burgués de negociación**, un cuello de botella que contenga y frene el descontento popular en ascenso. La Multipartidaria, para que no haya lugar a dudas, insiste constantemente en que "no conforma un polo de oposición al gobierno" (Krishbaum, *Clarín*, 16-VII-81) y llega a discutirse "la idea en su seno de ofrecerle a las FFAA una "ley" con respecto al pasado de violencia a cambio de una apertura real y plena participación" y la propuesta de "un gobierno de unidad nacional, en el que estarían representados todos los sectores de la Nación, encabezados por un militar" (Morales Solá, *Clarín*, 5-VII-81). Cabe agregar que este frente claudicante de la burguesía recibió desde su formación el apoyo de las dos CGT, del Partido Comunista y la bendición de la Iglesia, empeñada desde entonces en una activa campaña política en nombre de la Reconciliación. Sin embargo, cuando el gobierno de Viola cae en desgracia, la Multipartidaria se apresura a negociar con la Junta Militar a espaldas de su otrora protector, facilitando políticamente el golpe de Galtieri.

¿Cómo es que cae tan rápidamente un gobierno tan trabajosamente oquestado? En la explicación deben tenerse en cuenta la pesada herencia económica del gobierno Videla-Martínez de Hoz, las presiones de la oligarquía financiera contra Sigaut y su tímida "reactivación", las presiones de la Junta Militar que se convierte en "depositaria del poder", una sórdida campaña de prensa destinada a demostrar la debilidad del gobierno de Viola y el fortalecimiento del poder de Galtieri (preparando ideológicamente el clima del golpe), y el creciente descontento popular.

En efecto, Sigaut asume el poder económico con una deuda externa superior a los 30.000 millones de dólares, un mercado financiero de 25.000 millones de dólares colocados en moneda nacional con vencimiento a 30 días y reservas por sólo 6.000 millones de dólares. En una situación tan precaria, y tironeado por distintos sectores económicos, el gobierno Viola-Sigaut se mantiene los primeros meses en un equilibrio inestable. Pero finalmente, las corridas financieras provocadas por la trenza oligárquica obligan a Sigaut a sucesivas devaluaciones, generando un estado de incertidumbre que será aprovechado por Galtieri y los sectores golpistas de las FFAA para asumir directamente el poder, sin mediaciones, y entronizando en el mismo a un agente también directo de la oligarquía financiera: Roberto Alemann.

III. LA GUERRA DE LAS MALVINAS

III. 14. El gobierno de Galtieri. Si el gobierno de Galtieri-Alemann había asumido el poder ante la falta total de expectativas de todo el pueblo, sus pasos sucesivos provocaron ya oposición abierta. El congelamiento de sueldos públicos y los aumentos generales de tarifas anunciados el 31 de diciembre de 1981, el congelamiento de pensiones y jubilaciones, el anuncio de privatización de

empresas, el desdén ante los reclamos de los sectores gremiales y de pequeños productores, la tensa situación en torno al problema de los detenidos-desaparecidos, agravada por el asesinato de Ana María Martínez, llevaron al gobierno a un rápido desgaste y a iniciar un muy difícil marzo. Luego, la represión de la manifestación de los empleados estatales del 9 de dicho mes, era sólo el prólogo de lo que sería la violenta represión del acto del 30 convocado por la CGT. La marcha de los estatales desbordaba ya el marco de las reivindicaciones meramente económicas, levantando consignas de carácter político como la que exigía "no a la privatización". El peligro de un "estallido social" de un nuevo "Cordobazo", esto es, de un levantamiento popular que excediera la contención de sus dirigentes, estaba en boca de todos, aun de miembros de la dictadura, y de los medios de comunicación adictos al régimen militar. La búsqueda de un mayor margen político que permita a la dictadura perpetuarse en el poder, y una oscura negociación con EEUU con vistas a la instalación de bases yanquis en los archipiélagos, a cambio de la modificación del status jurídico de las islas (que pasarían de ser colonia inglesa a ser semicolonias yanqui), desembocan en la guerra de las Malvinas.

III. 15. ¿Qué fue la Guerra de las Malvinas? La Guerra de las Malvinas es el producto del enfrentamiento entre un país oprimido y gobernado por una dictadura sangrienta, y un país imperialista, opresor, regido por una monarquía parlamentaria. El lugar de todo socialista verdadero está del lado del país oprimido contra el bando del país opresor, cualquiera sea el régimen político que los rija. Sin embargo, dado el carácter contradictorio y complejo de la guerra, esta puede ofrecer al observador desprevenido un aspecto paradójico. En efecto, se trata de un enfrentamiento con el imperialismo de un régimen militar dictatorial apoyado y sostenido por el imperialismo; se trata de un postergada reivindicación nacional puesta en evidencia por el gobierno más antinacional de nuestra historia; se trata de un conflicto que conmueve, politiza y moviliza a las masas, desatado por una dictadura que obtuvo su poder del escepticismo, la despolitización y la desmovilización de las masas...

III. 16. Significado histórico del 2 de abril de 1982: ¿Aventura o antimperialismo? El desembarco argentino del 2 de abril de 1982 en las Islas Malvinas es producto de una maniobra de la dictadura —lanzada con la venia de la burguesía argentina en su conjunto— con el objetivo de recuperar margen de maniobra en la negociación con los sectores políticos (medidas económicas, entrega del poder, etc.). Sin embargo, esta maniobra, con todo lo que tiene de irresponsable y aventurera, **desata una serie de fuerzas materiales que luego no puede controlar.**

El desembarco sienta un "mal precedente" para los países oprimidos que todavía deben zanjar cuestiones nacionales pendientes, y origina el repudio unánime del imperialismo mundial; pero además, el desembarco viene a golpear duramente sobre la delicada situación interna en Inglaterra, jaqueando al gobierno torpe y provocando una crisis de gabinete, que culmina con la caída del Ministro del Foreign Office, Lord Carrington. La Thatcher, en medio de una crisis interna, **se ve obligada al contrataque político-militar**, la dictadura argentina **se ve obligada a afrontar una guerra que nunca quiso ni imaginó**, y EEUU **se ve obligado a revelar su alineamiento con su socio imperialista**, afrontando el consiguiente cos-

to político. Una maniobra espúrea termina generando una guerra entre un país oprimido y un país opresor; una mezquina aventura de poder, termina planteando la lucha antimperialista, y con ella, la caída de la misma dictadura.

III. 17. La dictadura contra la guerra. La dictadura argentina queda encerrada, víctima de sus propias contradicciones, al igual que aquel "mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros". La dictadura no puede —aunque quisiera— volver atrás la rueda de la historia, ni puede tampoco llevar adelante la guerra contra el amo imperialista. Por más esfuerzos que hizo para limitar la **lucha al plano militar**, ésta sólo puede sostenerse junto a la **lucha económica** (desconocimiento de la deuda externa, expropiación del capital inglés) y la **lucha política** (repudio a toda mediación imperialista, llamado al apoyo activo de los países no capitalistas y de los pueblos oprimidos). La dictadura no tiene salida: si lleva adelante la guerra, y extiende la lucha al plano político y económico, pierde su base de sustentación internacional, el apoyo de la burguesía nativa, y abre un cauce de movilización y lucha popular que se vuelve contra ella misma; si boicotea la guerra y acepta la rendición, será desplazada por otra camarilla militar, impuesta por la nueva ofensiva imperialista. La dureza de la Thatcher y el respaldo de Reagan, no deja margen para salidas intermedias. La dictadura Argentina, presionada por el reclamo de "paz" de la burguesía en su conjunto, y auxiliada por la misión de "paz" del Papa, permite el desembarco de la flota pirata, somete a los soldados argentinos a la muerte y a la humillación, y firma la rendición ante el imperialismo.

III. 18. Saldo político de la guerra. Pese a la derrota argentina y a su terrible saldo de vidas humanas, la guerra de las Malvinas deja un profundo saldo político:

a) pone en franca evidencia la dependencia política, económica e ideológica del país oprimido frente al imperialismo (p. ej., desenmascaramiento de la función de la OEA, del TIAR, etc.);

b) exhibe en su cruda desnudez la política opresora y represora del imperialismo, y su férrea unidad ante el más ínfimo reclamo de los pueblos oprimidos;

c) muestra la ausencia de verdaderos intereses nacionales de la burguesía argentina, y su dependencia estructural de las metrópolis;

d) revela la real función de las FFAA en nuestro país, en tanto brazo armado de la burguesía e instrumento del imperialismo; acelera la crisis en el seno mismo de las FFAA, y provoca el cuestionamiento de su función represora en la conciencia de las masas;

e) politiza la vida de las masas y genera en su conciencia la necesidad de una lucha nacional en estrecha solidaridad con los pueblos oprimidos. La guerra de las Malvinas fue para éstos una breve pero profunda lección de política internacional, que descorre el velo de las relaciones mundiales de poder, señalando el camino de la lucha de los pueblos por su liberación nacional y social (p. ej., la solidaridad de los portuarios peruanos que declararon el boicot a los buques británicos, los portuarios venezolanos y los controladores del tráfico aéreo de esos países tomaron iguales medidas contra buques y aviones ingleses).

III. 19. El gobierno Bignone. El triunfo del imperialismo inglés en la Guerra de las Malvinas no fortaleció la "salida democrática", por dos motivos:

a) porque la democracia no la impone el imperialismo a punta de bayoneta, sino que la conquistan las masas a través de su lucha y su movilización (la democracia no consiste en determinado orden social impuesto desde arriba; la democracia no es otra cosa que la lucha por la democracia);

b) porque no hay "salida democrática" sino "salida electoral", concertada entre la dictadura en crisis y los partidos burgueses en relativo ascenso.

La crisis de la dictadura y el repudio popular llegaron a su punto máximo con la derrota ante el imperialismo inglés, lo que terminó de fracturar la unidad de las FFAA y obligó a acelerar las "negociaciones" para el traspaso del poder. El gobierno Bignone apoyado sólo por la cúpula del Ejército, queda como responsable de la transición a la democracia y de la costosa recomposición de las relaciones políticas con el imperialismo, aunque su resolución quedará en manos del próximo gobierno constitucional. La dictadura militar, que acarició durante años el sueño de la "crisis política", se despierta bruscamente ante este aborto del Proceso.

Pero la Multipartidaria y el conjunto de los partidos burgueses se encargaron de darle oxígeno, a cambio del levantamiento de la veda política y del anulado cronograma electoral. El 24 de junio de 1982 comienza, con el Congreso como escenario, la primera escena de este último acto, en la concertación entre la dictadura y el conjunto de la burguesía.

Con un saldo de 30 mil detenidos - desaparecidos, con una economía saqueada, una deuda externa de 40 mil millones de dólares, un monstruoso aparato represivo en funcionamiento, y una desocupación que supera el 10 por ciento, los partidos burgueses comienzan alegremente sus campañas políticas y los militares decretan su autoamnistía, mientras la Iglesia, piadosamente, cubre tanta corrupción y tanta sangre, con el manto de olvido de la Reconciliación Nacional.

IV. POR UN FRENTE DEMOCRÁTICO ANTIMPERIALISTA

IV.20. Las tareas democráticas y nacionales. Estos siete años de represión sangrienta y feroz saqueo sobre la población trabajadora han puesto de relieve el carácter incumplido de las tareas democráticas y nacionales en nuestro país. En efecto, decimos tareas democráticas y nacionales, pues doble es el carácter de la lucha política del movimiento obrero y popular: **es lucha por la democracia política al mismo tiempo que lucha por romper el yugo de la dependencia económica y política con el imperialismo.** Se trata, más precisamente, de dos aspectos de una misma lucha, ya que la debilidad estructural de la democracia política tiene su origen en nuestra dependencia económica, así como dicho atraso sólo se mantiene mediante un Estado autoritario que impida cualquier tipo de alteración de las relaciones de propiedad vigentes.

Del mismo modo, ambos aspectos de la lucha se condicionan recíprocamente: la lucha antimperialista, esto es, la lucha por romper nuestra dependencia económica y política como nación, sólo puede llevarse a través de una amplia movilización, concientización y organización de las masas; pero dicha moviliza-

ción y organización serán tanto más libres, más democráticas, cuanto más y mejor se haya aplastado el poder económico y político del imperialismo y la oligarquía nativa a él asociada.

IV. 21. La lucha democrática. Sobre la ya débil estructura democrática de nuestro país (movimiento pendular entre gobiernos civiles y militares, ausencia de autonomía constitucional de los poderes, funcionamiento de aparatos parapoliciales y paramilitares, etc.), la dictadura militar desconoció y avasalló los más elementales derechos democráticos (derechos de huelga, de reunión, de publicación, y aún de . . . pensamiento) por medio de un sistema legal coercitivo y de un gigantesco aparato represivo. La lucha por la democratización del país, comienza hoy, con la lucha por:

- aparición con vida de los detenidos-desaparecidos;
- libertad a todos los presos políticos, gremiales y estudiantiles;
- restitución de los niños desaparecidos a sus hogares;
- juicio a los responsables de secuestros, torturas y asesinatos;
- derogación de toda legislación represiva y antidemocrática;
- desmantelamiento del aparato represivo;
- democratización de las FFAA: estricto sometimiento al estado democrático;
- no a la "profesionalización" de las FFAA que las convierte en una guardia pretoriana; no a la concertación, a la auto-amnistía ni a la reconciliación.

IV. 22. La lucha antimperialista. A la ya débil estructura económica de nuestro país, atrasado y semicolonial, la dictadura militar y su aliada, la oligarquía financiera, llevó adelante un saqueo sistemático del mismo, estructuró una dependencia infinitamente mayor al imperialismo (creación de un poderoso mercado financiero, una economía regida por el tipo de cambio, un fabuloso endeudamiento externo, etc.). Una verdadera política económica de desarrollo, que garantice el pleno empleo y una seguridad para el nivel de vida de las masas, implica **comenzar** la lucha por:

- la expropiación de la oligarquía financiera y del capital imperialista;
- severa represión sobre el mercado negro y la especulación; control obrero de la producción;
- nacionalización del comercio exterior, la banca, la energía y partes estratégicas de los transportes, la industria de base, el comercio interno y la vivienda urbana;
- **suspensión** del pago de la deuda externa; **investigación** que haga público el fraude de la misma, para su posterior **desconocimiento**;
- ruptura de los acuerdos y tratados que someten nuestra soberanía a los intereses del imperialismo; activa solidaridad con los países atrasados —especialmente los de América Latina— y con el conjunto de países obreros, no capitalistas.

IV. 23. Por un frente Democrático Antimperialista. Estas tareas, aunque democráticas y nacionales, plantean la movilización de todos los explotados. Es que las tareas que "históricamente" han correspondido a la burguesía en ascenso

(independencia nacional, democratización, industrialización, reforma agraria, separación de la Iglesia del Estado, etc.) hoy sólo pueden ser tomadas por el conjunto de los explotados, acaudillados por el proletariado. Este nuevo bloque histórico, en formación, es el único que puede hacer suyo este programa; y la clase obrera, hemónica en dicho bloque, es la única interesada en llevar hasta el final dichas tareas. Por ello, decimos que la revolución tiene en nuestro país un **carácter permanente: democrática y nacional** por sus objetivos inmediatos, **pero socialista** por sus métodos y la clase que la hegemoniza.

Los partidos y grupos que se reclaman socialistas y del movimiento obrero (Partido Comunista, Movimiento al Socialismo, Partido Obrero, Partido del Trabajo y del Pueblo, etc.) deben dar el primer paso en la construcción de una **opción independiente, democrática y antimperialista, apoyada por la movilización de las masas**, que se convierta en un polo de atracción de los sectores políticos pequeñoburgueses y oscilantes, hoy hegemonizados políticamente por las direcciones burguesas (Intransigencia y Movilización Peronista, Partido Intransigente, Humanismo y Liberación, etc.).

Por todo esto, convocamos y llamamos a convocar a todos los partidos, organizaciones políticas, culturales, de derechos humanos y a todos los compañeros que levanten las banderas de la lucha antidictatorial y antimperialista, a la formación de un **Frente Democrático Antimperialista**, primera expresión política de un bloque histórico de todos los explotados en su lucha por la liberación nacional y social.

Marzo, 1983

NOTAS:

NOTA: para la confección de estas tesis, se utilizó abundantemente el material bibliográfico citado abajo. Evitamos las citas textuales y las notas al pie para elegir el texto, dado el carácter del presente trabajo. Desde luego, los autores citados no tienen responsabilidad alguna sobre las conclusiones políticas que nosotros podamos extraer de sus propias tesis.

- Peña, Milcíades, Masas, Caudillos y élites, Bs. As., Ed. Fichas, 1973.
- Peña, Milcíades (seud. Gustavo Polit), El legado del bonapartismo: conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina (en Revista Fichas de Investigación económica y social, año I, nro. 3, setiembre de 1964).
- Testa, Víctor; Peña, Milcíades y otros; número especial dedicado a La evolución industrial y la clase empresaria argentina, de Rev. Fichas nro. 1, abril 1964.
- Testa, Víctor, Aspectos económicos de la coyuntura actual (1973 - 1975), Bs. As., Cuadernos de CICSO, 1975.
- Peña, Milcíades, La clase dirigente argentina frente al imperialismo, Bs. As., Ed. Fichas, 1973.

los marxistas

Esta sección recogerá monografías, ensayos, documentos y debates referidos a la vida y la obra de los grandes marxistas, desde el propio Marx a nuestros días. En ella se sucederán, en los próximos números, Lukács, Lenin, Trotsky,

Rosa Luxemburg... hasta los más cercanos a nuestro medio, como Mariátegui, Ponce, Astrada, Mondolfo, etc. Aunque enfocados desde ángulos diversos y bajo distintas ópticas, la sección buscará incluir los trabajos que replanteen de modo crítico la relación entre el pensamiento y la práctica de cada uno de ellos y la concepción de la praxis inaugurada por Marx.

En este número comenzamos con el marxista italiano Antonio Gramsci (1891-1937). Nacido en Cerdeña, viaja en 1911 a Turín para estudiar Letras, donde ingresa en el movimiento socialista, y desarrolla una gran actividad periodística en *L'Ordine Nuovo*, *L'Avanti* y especialmente en *L'Ordine Nuovo*, semanario

inspirados del movimiento de los consejos de fábrica de Turín en 1919-1920. Participa en Livorno (1921) en la fundación del PCI, y desde 1921 hasta 1924 trabaja en el secretariado de la Tercera Internacional. A su vuelta a Italia, es elegido secretario del partido y, un año después, diputado en el Parlamento.

Encarcelado a fines de 1926, desarrolla en las cárceles mussolinianas una intensa actividad intelectual, de la que son muestra las Cartas desde la cárcel y especialmente los Cuadernos de la Cárcel que llegó a ser considerado el mayor aporte a la teoría marxista posterior a Lenin.

A continuación ofrecemos una nota del novelista y ensayista español Jorge Semprún, donde analiza las vicisitudes históricas del pensamiento gramsciano, del stalinismo al eurocomunismo; y un ensayo del joven autor argentino Alejandro Contti, que estudia críticamente el concepto de crisis orgánica a través de los célebres Cuadernos.



¿EXISTE UN VERDADERO GRAMSCI ?

por Jorge Semprún

Algunas semanas después de la muerte de Antonio Gramsci, la revista *Stato Operario*, editada por el P.C. italiano en el exilio, publicaba un artículo necrológico firmado por Togliatti. Curioso texto, a decir verdad, que inaugura una larga serie de equívocos y malentendidos a propósito de la obra y la personalidad de Gramsci.

En el caso de Togliatti, en 1937, el malentendido es voluntario, sin duda. Deliberadamente, atendiendo las necesidades hagiográficas que requería una causa determinada, Togliatti esquematiza, a veces en forma grosera, llegando allí a falsificar el sentido mismo de la indagación intelectual -tentativa- y de la actitud política -ésta perfectamente clara- de Gramsci.

Desde hacía años, desde el VI Congreso de la Komintern, que habría de codificar una línea sectaria, aberrante, convirtiendo a la socialdemocracia, calificada como "social-fascismo", en el enemigo principal de los comunistas -política que desembocaría en la victoria del nazismo en Alemania- Gramsci se halla en desacuerdo con la Internacional Comunista. Y también, en consecuencia, con la aplicación de su política en Italia. Enfermo, sufriendo los abominables rigores de la prisión mussoliniana, esforzándose por reconquistar, en sus cuadernos íntimos, una visión más precisa de la realidad social contemporánea, Gramsci se encontró cada vez más aislado, echado a un costado, por la organización clandestina del P.C.I. En realidad, desde que Gramsci abandona la cárcel, es un hombre solo. Y durante todo el tiempo que mediará entre su liberación condicional y su muerte,



EDITORIALES

PLANETA

ARIEL - SEIX-BARRAL

OBRAS DE JORGE SEMPRUN

El largo viaje (Seix-Barral)
La segunda muerte de Ramón
Mercader (Planeta)
El desvanecimiento (Planeta)
Aquél domingo (Planeta)
Autobiografía de Federico
Sánchez (Planeta)

NOVEDADES
Y REEDICIONES

Los naranjos del Lago Balaton
M. Duverger (Ariel)
El marxismo de Indias
J. Abelardo Ramos (Planeta)
Líderes
Richard Nixon (Planeta)
Argentina de Perón a Lanusse
Félix Luna (Planeta)
La segunda revolución china
K.S. Karol (Seix-Barral)
Persona non grata
Jorge Edwards (Seix-Barral)
Uno y el Universo
Ernesto Sábato (Seix-Barral)
Santiago Carrillo
Fernando Claudín (Planeta)

Libros de indispensable lectura
para un mundo
siempre cambiante

Distribuye Editorial
PLANETA ARGENTINA
Viamonte 1451 (1055)
BUENOS AIRES



CATALOGOS
SRL

Distribuidora de libros
Importación/Exportación

Algunos títulos
de nuestro fondo editorial:

La oposición en el socialismo real
Fernando Claudín (Siglo XXI)

Memoria del fuego
tomo I: Los nacimientos
Eduardo Galeano (Siglo XXI)

UNICEF. Estado mundial
de la infancia (Siglo XXI)

Europa: privilegio y protesta,
1730-1789

Olwen Hufton (Siglo XXI)

Revista
Pensamiento Iberoamericano
n. 1, 2 y 3

Revista
Nueva Sociedad n.65
La estrategia de seguridad e
independencia económica de
América Latina

Todas las publicaciones de
CLACSO, CEDES Y CISEA

CATALOGOS S.R.L.
Av. Independencia 1860
Tel. 38 5708
(1225) Buenos Aires,

Argentina

ninguna instancia responsable del P.C.I. intentará contactarse con él. A pesar de esto, Togliatti titulará su artículo necrológico **Antonio Gramsci, jefe de la clase obrera italiana.** ¡"Jefe"! No sólo una mentira, sino también un programa. Y Togliatti llegará allí -sin duda lo mas bajo que puede hallarse en su texto- a colocar en boca de Gramsci, muerto, una frase contra Trotski que aquél jamás había pronunciado. Incluso, que jamás había podido llegar a pensar. Es cierto que, para aquella época, Togliatti, secretario de la Komintern, estaba comprometido profundamente en la batalla internacional de Stalin contra el trotskismo, motivo por el cual bebe en cualquier fuente. Sin embargo, debemos decir que esta fuente está especialmente contaminada.

Mas tarde, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el mismo Togliatti modificará y matizará esta imagen piadosa y falsa (lo que constituye, sin duda, un pleonismo!) de un Gramsci fiel discípulo de Stalin. La publicación de los **Cuadernos de la cárcel**, arbitrariamente reagrupados (hasta la reciente edición crítica de Gerratana) bajo múltiples rúbricas que fragmentan la óptica gramsciana, oscureciendo sus contornos reales, es la ocasión propicia, para Togliatti y el grupo dirigente del P. C. I., de una sutil operación ideológica. Gramsci se transforma, entonces, no sólo en el Padre fundador y el héroe epónimo de un marxismo italiano, sino también en el precursor (cosa que, por supuesto, nunca pudo autorizar) de esa política pragmática de Togliatti que culminará, luego de las euforias democráticas de la Liberación y las ásperas escarchas de la guerra fría y del Kominform, en la teorización de la "vía italiana al socialismo", de la cual el compromiso histórico del actual equipo dirigente constituye la consagración hegeliana: a la vez apoteosis y negación, triunfo definitivo e impasse de una política que se extiende por varias décadas. Pero, si el verdadero Gramsci no guarda relación alguna con la hagiografía toglitiana del año 1937, ¿qué tiene que ver con los balbuceos eurocomunistas de la actualidad? El problema es serio, ciertamente, y amerita desarrollos más amplios. Digamos, por lo tanto, en forma voluntariamente abrupta, que la filiación de un wishful thinking (1) me parece un contrasentido absoluto. El eurocomunismo, en efecto, si es que llega a resolver el problema esencial de su esclarecimiento teórico y práctico -para hipótesis escolástica, ya que se trata de una aporía y no de un problema- que es la explicación global de la naturaleza social opresiva de la URSS y demás países denominados socialistas, con todas las consecuencias estratégicas que ello implica, se situaría más allá del leninismo, más allá de la problemática de la dictadura del proletariado.

Empero, las formulaciones de Gramsci en los **Cuadernos de la cárcel**, a pesar de su carácter inacabado, a pesar de las ambigüedades de un pensamiento que se busca a sí mismo -y que se disfraza, a causa, en parte, de la censura carcelaria- se sitúan plenamente en el interior de la problemática leninista. Reflexionando sobre el reflujo y la derrota de la revolución en Occidente, Gramsci no transgrede jamás los límites de la concepción leniniana de la hegemonía del proletariado, radicalmente opuesta a toda noción de pluralismo político, a toda consideración de la democracia como permanente explicitación de sus conflictos constitutivos, que son a la vez motor y límite de su desarrollo.

¿Acaso no fue Gramsci quien escribió: "La guerra de posiciones (metáfora mediante la cual aludía a la conquista de la hegemonía en los países occidentales de sociedad civil fuertemente estructurada) exige enormes sacrificios a importantes masas de la población: por esto se requiere una concentración inaudita de

la hegemonía y, por tanto, una forma de gobierno más 'intervencionista', que tome más abiertamente la ofensiva contra los adversarios y organice permanentemente la 'imposibilidad' de la disgregación interna: controles de todo tipo, políticos, administrativos, etc., reforzamiento de las 'posiciones' hegemónicas del grupo dominante, etc. (2)? ¿Esto es suficientemente claro? De hecho, el pensamiento de Gramsci en la cárcel, reflexión sobre la derrota del leninismo, no alcanza a superar el horizonte de este último. Es uno de los siglos, el más brillante y el más rico, sin duda, de esta derrota. Puede tener para nosotros, hoy en día, un interesante interés arqueológico. Pero jamás proveerá una estrategia aplicable.

NOTAS:

(1) En inglés en el original: expresión de deseos (N. de la R.).

(2) Gramsci, Antonio, Pasado y Presente, Bs. As., Gramsci, 1974, obra titulada "Pasaje de la guerra de maniobras (y del ataque frontal) a la guerra de posiciones también en el campo político", pp. 93-94, traducción de María Macri. Prefacio, sin embargo, por más política, la traducción de J. Solé Turá (La política y el Estado Moderno), Barcelona, Península, 1971, p. 194) de la que tomamos la cita. (N. de la R.).

GRAMSCI Y EL CONCEPTO DE LA CRISIS ORGANICA.

Por Alejandro Contti

Pensar la crisis

El proyecto gramsciano (los *Quaderni*) puede considerarse como un bloque dialéctico que comprende, en las reglas de su validación, la crisis del movimiento comunista orientado por la Comintern a partir de las derrotas alemana (1919, 1920, 1921, 1922) (1) e italiana (1921-26). (2) De hecho, este presupuesto "ingenuo" (ingenuidad derivada de su mera enunciación) desemboca en una dificultosa fundamentación: las epigramáticas auto-caracterizaciones de los *Quaderni*, rastreables a través de la correspondencia (3), en testimonios de terceros (4) y hasta en el cuerpo de los mismos, no apuntan directamente al espacio problemático inaugurado con la "derrota" del comunismo occidental (y oriental), espacio definido políticamente por la figura del "retroceso táctico". Sobre esta dificultad de carácter más o menos anecdótico, debemos asentar otra, de origen más nebuloso en lo que atañe a la presentación comercial de los textos de la cárcel (incluida la correspondencia) (5). A partir de los años '50 (bajo la protesta a veces fervorosa, de numerosos implicados: Croce y tutti quanti) la casa Einaudi agrupa temáti-

camente los más destacados fragmentos de los manuscritos, lanzando a la plaza una serie de seis volúmenes. (6) La edición, expresamente aprobada por la dirección toglattiana, escapará al control del aparato "técnico" de la intelectualidad partidaria, que solo logrará imponer su propia edición (transcurridas dos décadas). (7) El lapso que media entre ambas versiones, autorizará la multiplicación de antologías o compendios más o menos parciales, más o menos minuciosos, de la obra gramsciana, sobre todo de los *Quaderni*. (8) En base a esta multiplicación, el Gramsci "for export" adquiere rostros muy disímiles, acorde a los criterios y la política editorial de las traducciones seleccionadas (Así, en la Argentina, la editorial Lautaro, que recogió parte de la abundante producción teórica oficial del stalinismo retomará y "corregirá", mutilaciones mediante, el esquema Einaudi. En Francia, por el contrario, los Editions Sociales reagruparán confusamente los *Quaderni* en una colección de Obras Escogidas, etc). Esta simpática historietita tenía por objeto designios más retorcidos que la mera popularización (impuesta, podría argüirse, por las contingencias del tiempo y el estado del material gramsciano), de hecho se trataba de un hábil maniobra bipolar por parte de la dirección del PCI: frente a la franca descomposición político-teórica de la burocracia soviética, los "jefes históricos de la clase obrera italiana" anunciaban, tras la cobertura del policentrismo y la "vía pacífica al socialismo", que estaban dispuestos a tomarse en serio las conclusiones de la desestalinización impulsada por la burocracia, labrando bajo los auspicios de aquella corriente subterránea que conduciría al XX Congreso del PCUS, una cuña favorable a la autonomía política requerida por la occidentalización bipolar inaugurada en Yalta, compromiso histórico mediante. (9) A riesgo de suceder como Partido Obrero adaptado al marionetismo del neocapitalismo de posguerra, la dirección del PCI necesitaba imperiosamente una identidad nacional de recambio frente a la debacle del oportunismo stalinista ("camiseta" para el PCF y el PCI, "exterminio y aniquilamiento" para el PC griego (10)). Así, Togliatti y compañía demostraban haber comprendido la urgencia de guardar su autonomía, al tiempo que cortaban por lo sano los peligros del titoísmo en el movimiento comunista internacional. Por otra parte el toglattismo pretendía constituirse en alternativa ideológica para el marxismo occidental. Aquí debemos recordar que el acta de nacimiento del stalinismo universitario, fechada en Francia en vísperas de la guerra (11), sólo habría de confirmarse en Italia años después de su conclusión (12). Este marxismo occidental propuesto por el PCI encajaría de perillas en el "marxismo teórico" de Gramsci, previamente manipulado y revisado. Llegamos a un punto en el que Gramsci se convertía en el prototipo del intelectual, el hombre de acción, propuesto por el PCI a la comunidad nacional e internacional de los marxismos (13).

Volviendo a nuestro punto de partida, llegamos a la conclusión que sobre el texto escrito de los *Quaderni* se erige un maduro sistema de referencias y límites teóricos, que determinarían, ulteriormente, los contenidos efectivos presentes en los mismos. Texto e historia entran así en directa colisión a través de una historicidad presente que fuerza los contenidos del primero hasta obligarlo a confesar su sentido sobre el marco de un espacio construido desde su exterior. Esta operación se ve facilitada por las dificultades mismas (inobjetable) que supone el léxico y la recurrencia de los manuscritos. Sin embargo, esta fragmentación material no constituye una causa admisible a la hora de autorizar la manipula-

ción forzada de los segmentos de sentido desplegados por Gramsci (cuando no lisa y llanamente su deformación, falsificación y sustracción) (14).

Se impone, pues, la necesidad de "reconstruir" el pensamiento gramsciano en su identidad, en su discursividad, sobre el territorio lógico-histórico que dialectiza su contenido concreto, esto es, la presencia del texto (como unidad de teoría y práctica, como praxis) en su inserción histórico/social.

Una segunda prevención nos detiene, empero, en la definitiva admisión de nuestro presupuesto problemático: el texto gramsciano se extiende sobre un período histórico comprendido entre 1929 (casa Penal de Turi) y 1933-1937 (Gramsci deshauciado, Gramsci agonizante). Así, el tiempo conceptualizado específico de los *Quaderni* gira en torno al tiempo histórico reconstituyente de la táctica "clase contra clase", hijo pródigo festejado en las resoluciones del VI Congreso de la Comintern. (15). Lo sintomático, de ahí, es que ambos tiempos no coinciden, ni pueden coincidir en la discursividad explícita o latente de un dirigente "congelado", y hasta privado del sistema de correspondencia partidaria que por regla debía asignársele. El aislamiento gramsciano explica entonces la soledad política de sus reflexiones, lo que otorga un valor excepcional al testimonio de los *Quaderni*: su lectura parece confrontarnos frente a las reflexiones de un activo participante del giro leninista del 21-23 (16), más que a las de un militante de la Comintern que debe responder al día las conclusiones suicidas del tercer período staliniano. Esta actitud gramsciana, producto de su doble autonomía física y política, otorga a sus análisis un aire y una tensión muy distintas de la temperatura teórica que preside la dialéctica marxismo/ideología revisionista durante el debate alrededor del Thermidor soviético, y sus consecuencias para el proceso de la revolución mundial.

Si recordamos que aún en la actualidad nos resulta casi imposible restituir a su inteligibilidad histórica los marxismos multiplicados por aquel período así como definir de manera satisfactoria las respuestas neo-revisionistas al avance fascista - estas últimas abarcan un espectro riquísimo que comprende, por un lado, las expresiones austromarxistas (el más refinado producto de las Internacionales II y II 1/2) (17), y por el otro, la variante stalinista (incluido Lukács) (18) tanto más complejo, tanto más irrealizable nos resulta aprehender desde su logicidad inmanente la eficacia del gramscismo en el seno del marxismo considerado como unidad de la historia y la teoría en el movimiento obrero, la pluralidad dimensional (y "dimensionante", para no escatimar neologismos) del marxismo constituye de hecho, la expresión fluctuante de la relación que media la lógica de la revolución (la dialéctica clase obrera/sociedad capitalista) y la lógica del capital. Esta pluralidad, que al remitirnos a la conciencia del proletariado (Lukács) (19) no reduce a ésta la lógica de la revolución socialista, proceso histórico objetivo donde se realiza el sujeto revolucionario (el proletariado), esta pluralidad, decíamos, presupone por tanto un desfase posible entre el ser-para-sí de la clase obrera (el marxismo) y su identidad concreta en un período determinado. Este espacio "abierto" (según la feliz y pasajera expresión de V. Fay) (20) nos permite producir una noción marxista de "conciencia posible" (Bloch mediante) (21), noción que aprehende la distancia que la enajenación capitalista construye y reproduce entre clase obrera como inmediatez y revolución socialista (**Misión histórica del proletariado**). Aquella distancia adquiere existencia real sobredimensionada en el transcurso de las grandes crisis que baten al sistema, crisis que presuponen, por tanto, una crisis de la clase trabajadora como tal, una crisis en

la conciencia que ésta tiene de sus intereses verdaderos.

Queda autorizada, entonces, una dialéctica "crisis del movimiento obrero", "crisis en el marxismo", que nos permite incluir dentro de la legitimidad del socialismo científico, tanto los marxismos teóricos de Korsch Lukács, Gramsci, como la compleja relación que estos marxismos mantienen con la realidad y los objetivos del movimiento obrero entre las dos guerras imperialistas: expulsar del marxismo, sin mayores justificaciones, las **Tesis de Blum**, las **Tesis sobre el marxismo, hoy (1950)** (22) y ciertas páginas de los *Quaderni*, supondría una concepción rígida e inapelable (al estilo hegeliano: un "tribunal de la razón") de la "ortodoxia marxista". Otras soluciones, más cercanas a nuestro tiempo, como la distinción entre corrientes cálidas y frías en la evolución del pensamiento marxista (23), o la fraudulenta apelación al "comunismo crítico" (24) no ocultan, tras su falsa apertura hacia el mundo, más que la imposibilidad de un sector de la inteligencia de pensar en términos marxistas la crisis de renovación (parcial) del capitalismo. (25)

No deja de resultar significativo que esta pluralidad de reacciones reconocibles dentro del marxismo, frente a la crisis del movimiento obrero coincida práctica y teóricamente con el desbande desorganizado de la propuesta comunista a nivel internacional. La descomposición (términos que empleamos como sinónimo de derrota, capitulación, conciliación, etc., variantes empleadas profusamente por los marxistas revolucionarios) (26) de las direcciones burocráticas de la clase obrera europea ante la ofensiva imperialista, desembocaría finalmente en el fascismo crisis de crecimiento del capital monopolista internacional, asentada sobre la inercia operativa del movimiento revolucionario. En el confuso plano del "repliegue", se insertan los *Quaderni* gramscianos, textos caracterizados precisamente por su independencia (su "inorganicidad") al respecto de los discursos sistematizados que resultaron del mismo. Esta autonomía encuentra su razón de ser, como vimos, en la pluralidad de respuestas originadas por el movimiento obrero (enmarcadas en la tradición eurocentrista del socialismo ortodoxo), y reposa en su determinación sobre la concreción (nacional) que acoge la multidireccionalidad considerada. Ya que la bancarrota de la tercera internacional supone y determina, con relativa claridad, el impasse teórico del marxismo revolucionario, a través del cual debieron abrirse camino, con rumbos muy diversos entre sí, las formas de inteligencia política producidas tentativamente por los intelectuales comunistas al calor riguroso de las derrotas del '24-'33. Esto podemos afirmarlo a riesgo de desdibujar la personalidad socialista acogida por las corrientes socialdemócratas -debemos conservar un buen hígado para digerir las consideraciones que maduraron los Turati, Kautsky, Hilferding (y tantos otros "imperativos categóricos" del socialismo) en torno a la "tragedia del movimiento obrero" (27)-, puesto que el peso más considerable, a la hora de consolidar y extender la posición revolucionaria de los trabajadores debía recaer, y de hecho recayó, sobre las direcciones clasistas que confluyeron, a paso lento pero firme, en la línea internacionalista sostenida, entre otros, por los bolchevique-leninistas y los radicales alemanes (espartaquistas, "Arbeit Politik" -RadeK- y comunista conciliares). A posterior, la superación que impuso la lógica del capital imperial de este afianzamiento progresivo -y mundial- de la posición revolucionaria, superación derivada de la capacidad de maniobra política de la burguesía europea (volveremos al punto) frente a la crisis de crecimiento del imperialismo, condujo en poco tiempo a la burocracia

rización día a día pronunciada de la línea de la Comintern- burocratización en parte resultante del Thermidor soviético: mas recordemos que las bases de esta descomposición residían, mas bien, en la dinámica del capitalismo mundial, triunfante sobre la dialéctica de la revolución socialista- contribuyendo así- via "bolchevización" (stalinista) forzada- al desgaje de tendencias y formas organizativas inasimilables por la misma, y seguidamente a la integración progresiva del comunismo a las "reglas del juego" del estado liberal capitalista. Burocratización e integración, por tanto, consecuencias históricas tendencialmente implícitas de todo período de estabilización, soldaron firmemente al movimiento obrero en las formaciones objetivas del estado capitalista, creando de esta manera un espacio político enajenado apto para el desarrollo deformado de la lucha de clases proletaria (28): el relevamiento de las formas organizativas adquiridas por los trabajadores durante el período inmediato de posguerra constituía el otro lado de la asimilación del partido al sistema político imperialista.

Por estas razones, la autonomía del "marxismo de Gramsci" -tal como podemos reconstruirla a partir de los *Quaderni*- no es, en modo alguno, una autonomía "neutra", indistinta, que permanecería inmune al contexto polémico que delineamos a grandes rasgos: constituye, tal como lo entendemos, una respuesta política original -originalidad fundada, paradójicamente, en cierta desproporción, casi diríamos desubicación, teórica respecto de los límites de la autocomprensión comunista de la crisis- a los problemas planteados precisamente por ese contexto, sujeta por tanto, a la hora de verificar su eficacia, a las mismas reglas que presiden la construcción de un balance global de las respuestas del proletariado a la reacción fascista.

Al filo de los años '30, y al correr de la década, Gramsci intenta pensar en términos más o menos claros la realidad del proceso de fascistización de la sociedad capitalista occidental, así como consecuencia ineludible de ello- la reconstrucción de la estrategia del movimiento obrero europeo (estrategia en el sentido cabal del término: y especialmente, el "vector" definido en la implementación de una táctica de repliegue estructural). Y bien, este intento, que define la solución de lo esencial, o buena parte, de los *Quaderni*, constituye el primer diseño marxista de una teoría de la política. (29). El aparato conceptual que Gramsci nos legó comporta la inauguración programática y práctica- de una auténtica "sociología histórica de los poderes" extraída de una marxismo vuelto hacia la experiencia del movimiento obrero italiano (y europeo), (30). Este amplísimo aparato conceptual, que muy a pesar de la serialización de las exégesis (31) no parece agotarse nunca en su mera explicitación, ha desembocado en cauces no previstos por su autor: su problemática ha sido reimplantada en un contexto post keynesiano (32)- en el surco del eurocomunismo, así como en el de una no menos peregrina "tercerización" populista del marxismo (33). Volviendo el pensamiento político de Gramsci, y en especial su rotundo envés, el concepto de crisis orgánica, hacia su historia, vale decir, internalizándolo en la concreción teórico-política de su marxismo frente al "tercer período", pretendemos contribuir, tanto a desautorizar por lo sano las perversiones de la pluralidad de sus empleos, como a recortar allí donde corresponda, las inflexiones que en el mismo puedan consentir, o de hecho consientan una tergiversación de la posición clasista del marxismo revolucionario. El rabo de esta última aclaración, que habremos de desenrollar a lo largo de la exposición, se agota en la crítica "implacable del estado actual de

las cosas" en lo que concierne a la crisis del "marxismo teórico", coincidente por lo menos con la fase mas aguda en la continuidad del capitalismo tardío. Agudización que nos impone, como impone a todos los que se reclaman de Marx y del marxismo, una respuesta clasista y antimperialista a la integración del movimiento obrero europeo (eslabón decisivo en la cadena de la revolución mundial) al Estado capitalista, cuyo producto mas característico es el eurocomunismo, (34) así como el conjunto de posiciones que gravitan en torno a la "via democrática al socialismo" (35), alibi de los revisionismos presentes y futuros instaurados en América Latina a tenor de la descomposición de la solución militar provista por el bloque histórico imperialista. Recambio medroso e indeciso que "venezolizara" el capitalismo latinoamericano. La suerte de la "social democratización" de las burguesías nacionales criollas solo la decidirá su capacidad de recomponerse frente al avance de los trabajadores.

Política e historia en los "Cuadernos de la cárcel"

La especificación de las "fuentes y partes integrantes" de la teoría política gramsciana nos remite a un contexto dialéctico alimentado, aquí por la tradición bolchevique y marxista generalizada (consejos y partido como formas organizativas que producen y coronan la formación del bloque histórico revolucionario, teoría de la hegemonía, etc.) y allí por los aportes teóricos de intelectuales surgidos de medios muy disímiles, como Mosca, Michels, Sorel, Weber, y ante todo Maquiavelo, los jacobinos, etc. (estos últimos constituyen, como veremos, un elemento decisivo a tenor de la unidad en los factores integrantes de la teoría política gramsciana) y tantos otros, previa transformación mediante el tamiz marxiano, entronizado en razón de su confrontación crítica con la lectura realizada en los *Quaderni*, que cederían planteos, hasta problemas íntegros, al horizonte intelectual de nuestro autor. Esta ramificación pluri-partita de lo "verosímil" gramsciano no conduce necesariamente, empero a una disgregación espontánea del análisis *in nuce*, fragmentándolo en bloques temáticos autónomos irreductibles a la unidad dialéctica del aparato conceptual en "movimiento". Nada de eso. Precisamente, la relativa elasticidad que adquieren estas fuentes, en razón de su identidad (problemática) discursiva, nos previene acerca de la transformación que sufren en manos de Gramsci las posiciones de sus respectivos "nudos", remitiéndonos al plano histórico-político en donde cabe, incluso en forma pródiga, tal unidad.

¿Dentro de qué plano podemos asumir la coherencia de un discurso semejante? "Cómo (y por qué) el presente sea una crítica del pasado, además de su 'superación'. ¿Pero por eso debe rechazarse integralmente el pasado?. Se debe rechazar lo que el presente ha criticado "intrínsecamente" y esa parte de nosotros mismos que le corresponde. Tal cosa, ¿qué significa? Que tenemos que tener conciencia exacta de esta crítica real y darle una expresión no sólo teórica, sino política. O sea que debemos adherirnos más al pasado que nosotros mismos contribuimos a crear, teniendo conciencia del pasado y de su continuación (y revivirlo)" (36). Esta concepción de lo históricamente aprehensible, en la perspectiva del materialismo histórico, deriva en una noción del método y los límites de la cognoscibilidad: "Antes de juzgar (y para la historia en acción o política el juicio es justamente la acción) es preciso conocer y para conocer es preciso saber todo

lo que sea posible saber. ¿Pero qué se entiende por 'conocer'? Conocimiento líbresco, estadístico, 'erudición' mecánica -conocimiento histórico- intuición, verdadero contacto con la realidad viva y en movimiento, capacidad de 'simpatizar' psicológicamente hasta con el hombre particular. 'Límites' del conocimiento (no cosas inútiles), vale decir, conocimiento crítico o de lo 'necesario': por lo tanto, una 'concepción general' crítica." (37) "Desenajenar" la historia (38) representaba para Gramsci "tirar la punta del ovillo" enrollado en torno a una serie de sucesivas formas de sistematizar y proyectar lo pasado-histórico hacia un proyecto político concreto. La contemporaneidad del "suceso" se asienta en su presencia sobre los sedimentos (las capas de la historicidad) orgánico-estructurales propios de la formación económico-social. Por lo tanto, la desfetichización de lo pasado conduce a su subsunción en el seno de uno de los agentes de aquella formación, en la voluntad objetivada de la clase social capaz de desenvolver y "superar" la enajenación *tout court*: "el Príncipe Moderno", "el mito-príncipe no puede ser una persona real, un individuo concreto; sólo puede ser un organismo, un elemento de sociedad complejo en el cual comience a concretarse una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Este organismo ya ha sido dado por el desarrollo histórico y es el partido político: la primera célula en la que se resumen los gérmenes de voluntad colectiva que tienden a devenir universales y totales" (39). En efecto, en el corazón de los *Quaderni* se abriga la concepción de una objetividad social (que presupone la existencia de clases sociales situadas en una formación económica-social concreta) que solo cobra existencia material relevante (histórica), vale decir, que sólo desenvuelve su logicidad, a través del espacio político pre y para-estatal (sociedad civil y sociedad política, respectivamente, en la "revisión" gramsciana (40)). Por tanto, el problema de la voluntad política, de su formación y su inserción, el problema de "la voluntad como conciencia activa de la necesidad histórica, como protagonista de un drama histórico efectivo y real" (41), proyecta la conciencia proletaria al ángulo definido por la particidad específica del status social del trabajador. Y esta particidad halla justificación, aún orientación, en la trama conformada en el devenir organizativo de la clase, vale decir, en la construcción positiva del partido político. El partido político, en Gramsci, constituye entonces el factor cohesivo fundamental de la clase: " 'escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para poner de relieve un aspecto característico', de modo que 'la historia de un partido (...) no podrá dejar de ser la historia de un grupo determinado' " (42). La ecuación clase/nación pone de relieve la capacidad hegemónico-represiva (capacidad unitaria a nivel de las voluntades política objetivadas en las "casamatas", de la sociedad civil burguesa) de las distintas clases sociales que actúan en y soportan la nación misma, considerada desde el punto de vista de las formaciones políticas que esa nación conlleva. La nación, entonces, reemplaza a la formación económica social en la determinación (vale decir, en la producción) de la estructuricidad política que otorga contenido objetivo a la praxis de las clases organizadas políticamente. Esta reducción gramsciana tendrá sus consecuencias, paralelamente a la reducción de la sociedad civil a la inmediatez pre-estatal de "lo político", directamente observables sobre la esencia de la estrategia de la "guerra de posiciones" (43), clave de la propuesta recompositiva del movimiento obrero tras la "derrota histórica" que le infligió el imperialismo fascista.

Si recapitulamos la teoría gramsciana hasta enfrentarla a su verdad históri-

ca (relativa), verificaremos que la cohesión ideológica que preside la implementación práctica de múltiples fuentes teóricas ajenas al marxismo se valida (totalmente esta vez) sólo en el seno de un "exterior" a la ideología misma: Italia posee, en más de un sentido, el privilegio que le significa haber inaugurado la reflexión política auténticamente contemporánea, fundando así la posibilidad de un status científico (en el sentido burgués) autónomo de las ciencias sociales (44). En torno a Maquiavelo y al maquiavelismo habrán de definirse posiciones, habrán de elaborarse teorías, reglamentar partidos y confeccionar programas; definiciones implícitas a lo largo de las luchas que llevaron a la unidad (metafórica) italiana. La integración gramsciana no nos enfrenta, por tanto, a una asimilación unidireccional entre Weber, Pareto, Michels, Tönnies, primero, y el marxismo (tal como éste era comprendido en Italia, y tal como empezaba a delinearse bajo la orientación leninista) después, sino a una manipulación de los primeros en la dirección y el contenido de la problemática concreta determinada por el proceso de conformación de un bloque histórico que, bajo la hegemonía proletaria, realiza la revolución socialista. Así, aquellos que pretenden descubrir una solución de continuidad entre el nacimiento de una sociología contemporánea del poder, y el empleo gramsciano de elementos y planteos indiferenciados surgidos de los agentes de ese nacimiento, olvidan situar al marxista italiano dentro de la espiral trazada por la recuperación marxista de los significados proyectos por una forma de conocimiento que, como tal, resulta ajena a su horizonte mental (45). Existe una clara orientación recompositiva (lo que presupone un trazado transversal sobre la lógica interna de la ideología burguesa de los años '20), selectiva podríamos decir, en la actitud de nuestro autor hacia las ciencias sociales, orientación que define, a su manera, el proyecto gramsciano de una unidad histórica del marxismo como praxis, como filosofía de la praxis. Lo que no quita que tanto unos (la teoría de la política) como otros (la filosofía de la praxis que integra aquella teoría en una totalidad concreta) participen, hasta cierto punto, de las ilusiones y menudencias del revisionismo: en la medida en que nos atenemos a la ortodoxia marxista gramsciana en relación directa con su solución estratégica de la crisis del movimiento obrero occidental, un examen detallado de la especificidad marxista de la filosofía de la praxis queda fuera de nuestro espacio inmediato.

Habíamos llegado al sitio donde partido e historia, soldados con precisión por la totalidad política de la formación social, realizan la dinámica (la lucha de clases) social, constituyéndose, a través de su relación compleja, en el eje fundamental de la transición. Su forma fenoménica, el bloque histórico, (46) garantiza asimismo la fluidez relativa de la dinámica social, trazando en el extremo de su tensión (período de crisis orgánica) los límites donde cada clase se reconoce a sí misma y reconoce a las demás clases mediante la organización política-ideológica de las voluntades. Cuando nos referíamos a la producción de una objetividad social inmediatamente política, teníamos presente esta inflexión gramsciana, que encuentra garantías sólidas en la "crítica al economicismo" (47). Creemos, básicamente, que esta crítica participa, con muchas mediaciones (pero participa), en la limitación gramsciana (de su marxismo) que lo conduce a reducir la historia a su inmediatez, quebrando la objetividad natural que le sirve de "base y forma de expresión material", vale decir, reduciendo la historia a la pura subjetividad: una clara enajenación de aquellos elementos que, activos en la historia, son inescindi-

bles de sus condiciones de estructuración; y también una recusación de toda forma de objetividad pre-volitiva. El reduccionismo gramsciano cobra dimensiones trágicas si lo conectamos al trasfondo real de su discurso: la crisis del modo de producción capitalista, su carácter, las consecuencias directas que esta crisis implica sobre el curso de la revolución socialista (crisis del movimiento obrero), etc., elementos reagrupados parcialmente (parcialidad que fundamos en la extrema complejidad del aparato conceptual gramsciano) en el concepto de crisis orgánica.

En efecto, este concepto se representa como el punto álgido de toda una concepción de la historia, y como tal resume en sus contenidos las proyecciones concretas de la teoría política gramsciana. Si bien somos conscientes de la prevención que nos impone operar con un "concentrado teórico" a nivel conceptual, no es menos cierto que, en este caso, tal concentrado constituye el reflejo directo de lo "verosímil gramsciano": en verdad, se trata de un "concepto límite" que prefigura las manipulaciones toglattianas. En tanto no las autoriza directamente permite, sin embargo, un recorte maduro de tipo sociologizante, recorte que desemboca en la recuperación burocrática del marxismo gramsciano.

Antes de abordar directamente el espejo del concepto "crisis orgánica" en Gramsci, y su relación mediata con la teoría marxista de las crisis (teoría que aún no ha arribado a una expresión omnicompreensiva) nos detendremos en la problemática estructura/superestructura tal como se encuentra esbozada en los *Quaderni*. La importancia de esta problemática, en tanto concentra el núcleo de la teoría gramsciana de la objetividad social, comporta la clave de la "filosofía de la praxis", motivo por el cual reiteramos, que la solución de la totalidad concreta del marxismo tal como se desprende aquella, escapa al horizonte de nuestros objetivos.

"La estructura y la superestructura forman un 'bloque histórico', o sea, que el conjunto complejo, contradictorio y discordante de las superestructuras es el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción. De ello surge: sólo un sistema totalitario de ideologías refleja racionalmente la contradicción de la estructura y representa la existencia de las condiciones objetivas para la subversión de la praxis. Si se forma un grupo social homogéneo al cien por ciento por la ideología, ello significa que existen al cien por ciento las premisas para dicha subversión, o sea, que lo 'racional' es real activa y actualmente. El razonamiento se basa en la reciprocidad necesaria entre estructura y superestructura (reciprocidad que es, por cierto, el proceso dialéctico real)" (48). De donde deducimos que la "reciprocidad" dialéctica "el proceso dialéctico real" suponen la presencia objetiva de la estructura (la "existencia de condiciones objetivas"), nexo resolutorio de la racionalidad del sistema en tanto condición formal ("reflejo"), y por lo tanto estructurante, de la "ideología" (donde ideología expresa la coronación de la superestructura... o no expresa nada). Sin embargo, al quebrar la fenomenología joven-hegeliana de la expresividad -suponemos que Gramsci no podía acceder a formas más sofisticadas de fenomenología, variantes popularizadas en la década del '30 y el '40- el mismo Gramsci vacía de contenido la posición "reflejo" de las ideologías, dejando así en el aire la razón immanente de toda reciprocidad posible entre la estructura y la superestructura. Esta contradicción -característica- en el análisis gramsciano es resuelta en los "Quaderni" de

muy diversas maneras. En lo que nos toca, debemos responder a por lo menos una de estas resoluciones: "La cuestión particular del malestar o bienestar económico como causa de nuevas realidades históricas es un aspecto parcial de la cuestión de las relaciones de fuerzas en sus diversos grados. Pueden producirse novedades tanto porque una situación de bienestar está amenazada por el egoísmo mezquino de un grupo adversario, como porque el malestar se ha hecho intolerable y no se vislumbra en la vieja sociedad ninguna fuerza que sea capaz de mitigarlo y de restablecer una normalidad a través de medios legales. Se puede decir, por lo tanto, que todos estos elementos son la manifestación concreta de las fluctuaciones de coyuntura del conjunto de las relaciones sociales de fuerzas, sobre cuyo terreno adviene el pasaje de éstas a relaciones políticas de fuerzas para culminar en la relación militar decisiva" (49). El análisis de las "relaciones de fuerza", en Gramsci, (característica que llega hasta sus extremos a medida que nos aproximamos a los análisis concretos) suspende la precisión de los límites que determinan la eficacia concreta de la formación económica de la sociedad en la superestructura, límites que definen -por efecto de retorno- la especificidad de la relación entablada por ambos, vale decir, la "reciprocidad". Esta suspensión contribuye a relativizar el positivo aporte de Gramsci, en la medida en que nos aparta del sujeto positivo que vehiculiza la dinámica de una formación económico-social concreta: la lucha de clases, cuyo espacio se halla delimitado entre la objetividad natural que resulta de la objetivación productiva del hombre (del hombre como organización social) y la producción social de las formas cohesivas que garantizan el curso concreto e histórico de la relación humana (49 bis). El espacio positivo del materialismo histórico (célula cognoscitiva del marxismo, que distinguimos sólo a efectos de análisis) es desplazado, en Gramsci, por el reverso exacto (y por tanto partícipe de sus limitaciones) de la "teoría de los factores": la dialectización abstracta -falsa, por tanto- de la estructura y la superestructura considerados como "elementos" cognoscitivo/reales con idénticos patrones, y por tanto mensurables al mismo tiempo en el plano de las ideologías: "La formulación de Engels de que la 'unidad del mundo consiste en su materialidad demostrada por el... largo y laborioso desarrollo de la filosofía y de las ciencias naturales' contiene realmente el germen de la concepción justa, porque se recurre a la historia y al hombre para demostrar la realidad objetiva. Objetivo quiere decir siempre 'humanamente objetivo'. O sea: que objetivo significaría 'universalmente subjetivo'" (50). Gramsci autoriza un corte sobre el terreno de la cognoscibilidad -parte integrante del proceso ideológico entre el sujeto real activo (el sujeto de la producción y la reproducción objetiva) y el sujeto teórico, escisión necesaria a fin de asimilar la objetividad a la cognoscibilidad: solución que ya encontraríamos en Sorel, Labriola -Arturo- y Mondolfo (51). Sin embargo, debemos aclarar que Gramsci, muy a pesar de sí mismo incluso no abandona definitivamente el territorio de la dialéctica real: la desproporción que existe entre su marxismo y la subjetivación de las superestructuras (paso previo a su entronización como líneas conductoras del proceso histórico) si bien reducen la materialidad a la negatividad pasiva de su presencia desnuda (existe una tendencia en Gramsci a reducir la materialidad a la soledad pasiva de las estructuras), no le impiden reunificar provechosamente la realidad humana en la praxis revolucionaria.

Para una teoría de las crisis orgánicas

Las consideraciones previas, que pretenden situar la concepción de la historia en Gramsci, se limitan a presentar, en forma esquemática, el marco ideológico que preside su concepción del movimiento obrero (de su estrategia, de su crisis), en cuanto esta última discurre paralela con respecto a aquella. El concepto gramsciano de crisis orgánica representa, por tanto, una conceptualización "práctica" del problema fundamental de las condiciones históricas que regulan la transición del capitalismo al socialismo. El tenso rodeo que trazamos para arribar a este concepto se justifica en razón de su carácter mismo: intentamos reproducir su posición en el sistema gramsciano mediante una des-composición positiva (lógica e histórica) de la totalidad de las significaciones que soportan y recuperan sus posibilidades históricas. Esta reproducción, que intentamos ajustar lo más rigurosamente factible al aparato conceptual gramsciano, define el espacio ocupado por el concepto que nos ocupa, espacio que concluye en su interioridad un balance y una definición en torno a la crisis del capitalismo (insistimos: crisis del proyecto revolucionario).

La primera duda que asalta al marxista frente a la teoría política gramsciana, es decir, su revisión -madura- del concepto de sociedad civil delineado por Marx, regresa práctica y teóricamente al abordar la teoría de las crisis. Si la teoría de las superestructuras (de la ideología, etc.) en Gramsci soporta un tipo determinado de relaciones entre la política y la economía, con mayor pasividad el marxista italiano ubica el espacio de la crisis en el seno de la inmediatez hegemónica de la primera. De esta manera, la naturaleza de las crisis del sistema capitalista se desdobra en crisis "meramente" económicas y crisis "orgánicas" (crisis de la sociedad civil); distinción que no coincide directamente con la peridización objetiva de los ciclos que atraviesa la lógica del capital, y menos aún, con la usual digresión entre crisis "fenoménicas" y crisis estructurales. La originalidad del concepto de "crisis orgánica" descansa en la originalidad de la teoría gramsciana de las superestructuras. Ambas operan una redefinición del papel que juega política- las relaciones sociales objetivadas políticamente- en la dinámica de una formación económico-social, redefinición que conlleva una indeterminación del contenido de la praxis revolucionaria de la clase obrera (52).

En el debate sobre los límites objetivos (el derrumbe) del capitalismo (53), ante todo, debiera considerarse como un horizonte complejo que, por efecto de retorno, reacciona sobre la lógica de la mercancía. La crisis, en tanto crisis de las condiciones de crecimiento del capital, se convierte en crisis de las condiciones de su existencia histórica, en razón de aquella reacción política que instaura los "puntos sin retorno" que quiebran sus mecanismos recuperatorios. El carácter político (en última instancia) de estos mecanismos no puede ser puesto en duda; nuestro deber consiste en aclarar que su contenido y forma de manifestación son políticos en la medida en que constituyen la totalidad "expresiva" del sistema, su más-acá faz irreversible y objetiva (por ende, histórica) del modo de producción capitalista. La praxis revolucionaria actúa entre este límite y su más allá- el proyecto socialista- como una estructura objetiva que reagrupa las tendencias históricas que conducen al capital hacia su disolución, expresadas por el bloque histórico hegemónico por el proletariado (el trabajador como praxis). Aquí, la politicidad de la lógica revolucionaria es función directa de su proyección

totalizante: mientras aquella invalide las condiciones de reproducción del capital, reemplazándolas por el espacio dialéctico del socialismo (53 bis) lo político no queda apresado en los límites de la proyección política (la hegemonía, el bloque histórico), sino los rebasa, transformando al proceso revolucionario en un desarrollo desigual y combinado del proletariado (y de su bloque histórico), considerado como proceso histórico objetivo (54).

Desde este punto de vista, la revisión gramsciana descubre un flanco hábilmente aprovechado por los "cretinos parlamentaristas" de hoy y de siempre. El togliatismo, fénix sempiterno, cree poder prolongarse junto a los cófrades del eurocomunismo "socialdemocratizado" bajo los auspicios... ¡de Gramsci! Tanta desvergüenza se apoya, sin embargo, en la realidad de la teoría política gramsciana. Allí se asienta la propuesta eurocomunista de subsumir el espacio político de la praxis en el espacio de las estructuras políticas de la sociedad capitalista, conduciendo entonces la revolución (la clase trabajadora revolucionaria, y sus aliados) al terreno de la lógica unidimensional del capital, quebrando las posibilidades reales de la lógica revolucionaria (55). En lo que respecta al revisionismo contemporáneo, sólo cabría politizar los contenidos de la superestructura, caracterizando la base del capitalismo (la formación económica de la sociedad) como inercia indeterminante.

¿Por qué decimos que las formas objetivas del Estado burgués y sus antecedentes/consecuentes, las células políticas de la hegemonía, no agotan la politicidad de la dimensión social, y, mucho menos, no presiden la dinámica fundamental del capitalismo, cuya inmediatez se halla en la formación económica de la sociedad? H. Portelli sitúa correctamente el concepto de crisis orgánica en Gramsci: "Esta crisis de hegemonía, que hemos definido como 'crisis de autoridad' es por lo tanto una crisis de autoridad de la clase dirigente, convertida en clase puramente dominante y, consecuentemente crisis de la ideología tradicional, de la cual las clases subalternas se han escindido(...). En los Cuadernos Gramsci cita dos casos de crisis orgánica: una crisis se produce ya sea porque la clase dirigente 'fracasó en alguna empresa política para la cual demandó o impuso por la fuerza el consenso de las grandes masas (la guerra, por ejemplo) o bien porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeño burgueses intelectuales) pasaron de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantearon reivindicaciones que en su caótico conjunto, constituyeron una revolución'" (56).

La identificación brutal entre aquello que la ideología cohesionaba y potencia (el consentimiento de los dominados) y la capacidad del espacio ideológico dominante para abarcar la totalidad de los significados sociales en los puntos álgidos de la lucha de clase, conduce a Gramsci a considerar a la ideología como un "factor límite": a partir de ella habrá de definirse lo específico de la hegemonía que las clases dominantes reproducen día a día, hora tras hora. La ideología cumple entonces un rol central, ya que ella fusiona el núcleo de la política con la manifestación objetiva (estatal y paraestatal) de la misma, cerrándola sobre sí misma. Sin embargo, "Por su carácter orgánico, esta crisis de hegemonía refleja la crisis de la estructura y sigue, por lo tanto, su evolución"; por lo que "un análisis correcto de la crisis deberá entonces distinguir los fenómenos orgánicos de los esfuerzos coyunturales del personal dirigente por contenerla, y porque la ausencia de esta distinción significa que 'no se tiene en cuenta el factor tiempo y en última

instancia ni la misma economía en el sentido de que no se entiende cómo los hechos ideológicos de masa están siempre en retraso con respecto a los fenómenos económicos de masa y cómo, por lo tanto, el impulso automático, debido al factor económico es en ciertos momentos, demorado, trabado y hasta destruido momentáneamente por los elementos ideológicos tradicionales' " (57).

La introducción del "factor económico" en el esquema tiende a asimilar la "pasividad" o la "inmanencia" de las estructuras en tanto freno (pero no límite) de la capacidad recompositiva de las clases dominantes. Por lo tanto, es paralelo entre la crisis "estructural" (economía) y la crisis "orgánica", se funda en una delegación de lo económico (en tanto unión dialéctica entre la necesidad y la naturaleza) hasta su solitaria presencia como "bloque de contención" de la dinámica política. Lo que nos lleva, una vez más, a la prominencia de las ideologías como estructuras objetivas. Las clases sociales, entonces, concentrados políticos desarrollados sobre la estructura a partir de las ideologías, actúan en tanto soportes del espacio superestructural. El proletariado, fuerza productiva principal del modo de producción capitalista, queda reducido a su capacidad política (objetiva) en tanto agente que contiene o impulsa la crisis del sistema (58).

Los innumerables análisis concretos, dispersos en los Cuadernos, acerca del comportamiento y la conformación de las clases sociales de la sociedad moderna, que se remontan hasta el alborar (*Maquiavelo et alter*) del capitalismo, hacen recaer el acento, fundamental sobre el cuerpo cohesivo (ideológicamente) de las mismas: la clase se realiza como tal mediante la función intelectual que la reconoce como un grupo fusionado e insertado en el sistema hegemónico. El papel de los intelectuales, soldando la contextura de las clases sociales alrededor de su fisonomía política, se institucionaliza en función de la exterioridad que aquellos construyen sobre el aparato estatal: la burocracia penetra en la estructura.

El esquema "que-hacerista" que protege a la figura del "nuevo príncipe" (59) vendría de perillas al togliattismo, que obtendrá así materia prima fresca para su teoría del policentrismo. La ideología y la clase son categorías que Gramsci desarrolla extensamente en su teoría de la hegemonía: el concepto de crisis orgánica (en tanto "crisis hegemónica" o "crisis de autoridad") contiene ambos conceptos, y los despliega transparentemente en el seno de la politicidad restringida que admite un paréntesis sobre la estructura.

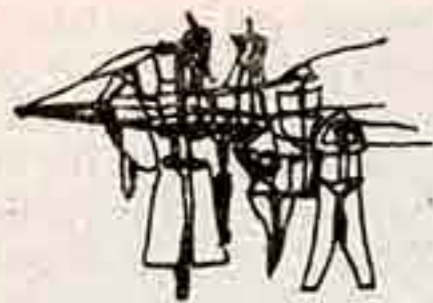
Llegamos a la conclusión que el concepto de "crisis orgánica" no logra pensar el nivel específico de la crisis capitalista -ya comprendamos a ésta como "puerta al derrumbe"; o bien la periodicemos en sus variantes históricas hasta hoy experimentadas: en tanto se aparta del marxismo en el punto, su teoría de la función de la superestructura en las crisis construye una fenomenología autónoma de la dialéctica del Estado. El desfasaje (histórico: no olvidemos que el propio Gramsci manifiesta una total prescindencia acerca de los pasos que el marxismo había dado en dirección a una investigación acerca de los límites objetivos del capitalismo) entre la crisis capitalista como totalidad que presiona y subvierte al sistema y la crisis hegemónica no puede solucionarse en el marco de una "teoría de la política" (al menos en el sentido que ésta recibe en Gramsci).

La solución requiere una teoría de la praxis revolucionaria como proceso objetivo, praxis que unifica, dialectizándolos, los conjuntos y subconjuntos significativos de la estructura social, realizando el sujeto revolucionario allí donde éste puede concebirse: en la lucha por el doble poder.

Finalmente, no resulta casual que la embestida teórica del imperialismo haya encontrado a los marxistas prácticamente desarmados ante la tarea de aportar contenidos concretos a la identidad fluctuante del socialismo revolucionario frente a la historia, frente a la clase obrera. Y esta inconsecuencia de los marxistas es expresión, no sólo de una profunda crisis en la hegemonía burguesa que se corresponde con una crisis de la dirección revolucionaria (incapaz de asumirse como tal), sino de una crisis en la identidad de la clase obrera. Si queremos rescatar la herencia positiva del gramscismo, debemos entonces dirigirnos hacia una teoría de la crisis orgánica que unifique ambos términos, en la medida en que ambos expresan la condición dialéctica de las fuerzas productivas. Así, la solución marxista de la crisis (orgánica) es un término fundamental de la solución del impasse de la dirección revolucionaria, en la medida en que contribuye a clarificar los alcances de la "conciencia posible" del proletariado en la medida en que no se limite en cuanto teoría a aprehender la cadena histórica de los sucesos, sino que, frente a esos sucesos: la estabilización, la crisis del movimiento revolucionario, indique salidas, perspectivas profundas en dirección a la fusión (mediatizada) de la clase obrera con el marxismo de nuestro tiempo. Esta tarea no es, no puede ser, una tarea científica "pura", una tarea "filosófica". Se trata de una tarea clásica, que minuto a minuto nos recuerda sin ambigüedades el valor cognoscitivo del marxismo: la transformación del mundo. En tanto sólo el marxismo, como praxis revolucionaria, puede brindar solución a su propia crisis al dirimir positivamente el estancamiento del proceso revolucionario, la delimitación correcta del alcance del status teórico de sus formas cognitivas (sus formas de apropiación teórica de la realidad) cobra una dimensión integral: el espacio de la teoría de la crisis orgánica aún debe construirse, y su construcción será el mejor tributo que podríamos brindar a la originalidad y la riqueza del análisis gramsciano. Con cuanta mayor razón, el oportunismo teórico del eurocomunismo justifica entonces la condena histórica que las direcciones burocráticas pequeñoburguesas recibieron del marxismo revolucionario: condena doblemente confirmada por la falsificación perpetrada por ellos sobre la teoría de la hegemonía, así como la capitulación organizativa (condena de los consejos, la dictadura del proletariado, etc.) mediante la cual pretenden amarrar al proletariado al mástil de una nave que se va a pique.

NOTAS:

1) La abrumadora masa de textos, monografías y fichas dedicados, desde la óptica marxista, a reconstruir paso a paso el ascenso político del imperialismo en Alemania, nos obliga a consignar una mínima porción de la bibliografía existente. Los textos más accesibles son: G. Badia, Historia de la Alemania contemporánea, tomo 2, Futuro; del mismo autor, Los espartaquistas, ed. en dos tomos, Maldoror; G. Rusconi, La crisis de la República de Weimar; E. Collotti, La Alemania de los Consejos, incluido en "Consejos Obreros y democracia socialista", Pasado y Presente; M. Poulantzas, Fascismo y dictadura, Siglo XXI. Desde la perspectiva sociologizante del liberalismo, puede consultarse Los orígenes del totalitarismo, de H. Arendt, Taurus; A. Sturmtal, La tragedia del movimiento obrero, varias ediciones; F. Neumann, Behemont, Estructura y práctica del nacional socialismo, F.C.E. Resulta imprescindible la consulta del material de la Internacional Comunista (Primer al Sexto Congresos, editados por Pasado y Presente, fragmentos del Séptimo Congreso en La Nouvelle Revue Internationale, marzo 1967 - la "resolución ante la amenaza de la guerra"), así como los trabajos de León Trotski (especialmente: "Los cinco primeros años de la Internacional Comunista").



libreria del humanista

FILOSOFIA

HISTORIA

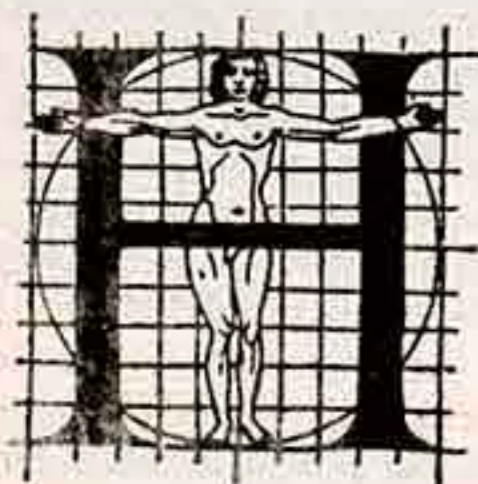
SOCIOLOGIA

POLITICA

LETRAS

TODO EN LETRAS Y
CIENCIAS SOCIALES

Rodríguez Peña 466 Tel. 45-7570



HOMO SAPIENS

La irrupción de la moral sexual
Wilhelm Reich

El concepto de verdad en Lacan
Jacques Derrida

La familia
Jacques Lacan

EDITORIAL HOMO SAPIENS



Folios Ediciones

Los usos de Gramsci
Juan Carlos Portantiero

La locura en la Argentina
Hugo Vezzetti

El discurso del poder
Michel Foucault

Ideología y discurso populista
Emilio de Ipola

Campo de poder y
campo intelectual
Pierre Bourdieu

TUCUMAN 3748
Tel. 88-5980
Buenos Aires
Ventas: 89-5050

ta", dos tomos; "Stalin, el gran organizador de derrotas"; "La lucha contra el fascismo en Alemania", dos tomos; "El fascismo", selecc. y prólogo A. Pia; y el material consagrado a Inglaterra, América, Francia y España).

2) Además de los textos mencionados, pueden consultarse: "Elementos para un análisis del fascismo", selecc. por M.A. Macciocchi, Ch. Bourgeois Ed., "Fascismo y antifascismo", VVAA (la edición italiana, ya que la síntesis publicada por J. Alvarez es por demás insuficiente); R. Paris, "Los orígenes del fascismo", Península; "El nacimiento del fascismo", Angelo Tasca, Ariel; D. Guerin, "Sobre el fascismo", ed. en dos tomos: "La peste parda" y "Fascismo y gran capital" (hay trad. castellana de Fundamentos); así como las valiosas obras de Enzo Collotti (hay trad. Alianza). Si no citamos los documentos partidarios directos del KPD y organizaciones obreras alemanas, se debe a la inexistencia de compilaciones accesibles al lector latino; en cambio el PCI, el PCI (b), es decir, bordiguista, y el PSIUP, han reeditado constantemente la literatura partidista -convenientemente expurgada- especialmente el primero, que también ha lanzado varias recopilaciones togliattianas, no siempre desprovistas de interés, aunque más no sea, anecdótico.

3) A. Gramsci, Cartas desde la cárcel, Lautaro, páginas 44-45. Gramsci confiesa a su cuñado, en una carta fechada el 19 de marzo de 1927, desde la cárcel de Milán, un proyecto de trabajo, o más bien, un conjunto de proyectos: "1. Iniciar una investigación sobre la formación del espíritu público en Italia durante el siglo pasado. En otras palabras, estudiar los intelectuales italianos, sus orígenes, sus grupos de acuerdo a las corrientes culturales, sus distintos modos de pensar, etc., etc." (...) "Un estudio de lingüística comparada! (...) sólo se trata de hablar sobre la parte metodológica y puramente teórica del tema que jamás fue tratada en forma sistemática y completa desde el nuevo punto de vista de los neolingüistas contra los neogramáticos" (...) 43. Un estudio sobre el teatro de Pirandello y sobre la transformación del gusto teatral italiano que él representó y a cuya determinación tanto contribuyó" (...) Bien mirado, en estos cuatro temas existe cierta homogeneidad: el espíritu popular creador a través de sus distintas manifestaciones y grados evolutivos resulta de igual importancia en sus cimientos". Programa mínimo -de talante culturalista- no tan alejado como podría creerse de la teoría de la hegemonía, si bien traza un panorama superpuesto y excluyente a la teoría política propiamente dicha.

4) Testimonios que, insistimos por si caben dudas, no podrán ser comprobados y examinados en forma exhaustiva en tanto queden bajo el contralor del aparato cultural del Pci (que no siempre coincide con la poderosa organización política del mismo, a pesar de participar en sus limitaciones): "La vita del carcere de Antonio Gramsci", D. Zucaro; G. Lay, "Colloqui con Gramsci nel carcere di Turi", Rinascita, 20 de febrero de 1965; y finalmente, los fragmentos recopilados por Athos Lisa, en Rinascita, 12 de diciembre de 1964 -a los que, a nuestro juicio, Portantiero concede una importancia desproporcionada, y ante todo, acrítica.

5) Debemos aclarar que, desde la edición Einaudi de 1948 (reimpresión - y en qué forma! - por el PC argentino en 1950, ediciones Lautaro) de las Cartas de la cárcel, hasta la fecha, no existe una edición aceptable de la correspondencia gramsciana. La primera edición potable, de 1968, nuevamente a cargo de Einaudi -con un prolijo estudio liminar de Fubini y Caprioglio- no ha llenado el vacío. Otras ediciones, como la de Riuniti, ni siquiera merecen comentarios, si bien algunas piezas interesantes figuran en las "Duemile pagine", vol. 2, editadas por Il Saggiatore en 1964, con prólogo de Ferrata y Gallo.

6) Los volúmenes clásicos de Einaudi, "El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce" (Bs.As., Lautaro, Nueva Visión, etc.), "Los intelectuales y la organización de la cultura" (idem), Nota sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno (idem), El Resurgimiento (ed. Granica, prólogo de M. Macri), Literatura y vida nacional (ed. Parcial Lautaro) y Pasado y Presente (ed. Granica, reed. Gedisa) parcializaron, tornándolos ilegibles, los Cuadernos de la cárcel. El mismo sello lanzó los volúmenes "Escritti giovanili" (1914 - 1918), "Sotto la Moie" (1916 - 1920), y "L'Ordine Nuovo", en dos volúmenes (el segundo, titula-

do "Socialismo e Facismo", abarca los años 1919-1920), aunque podría sumarse "La Costituzione del Partito Comunista (1923-1926) (este último debe completarse con "La Formazioni del grupo dirigente del P. C. I. en 1923-1924", Riuniti, así como con los "Trenta anni di vita e lotte del P.C.I.", Rinascita (reeditado por Feltrinelli).

7) V. Gerratana, en sus "Puntos de referencia para una edición crítica de los Cuadernos de la cárcel" (Crítica Marxista, Cuaderno Nro. 1, 1967: "Praxis revolucionaria e historicismo en Gramsci", págs. 240 y ss) anunciaba los criterios que guiarían la reedición Riuniti de los "Quaderni". Estos criterios, perfectamente atendibles en lo que hace al cuidado técnico y bibliológico, como lo demuestra el impresionante aparato de la Edición crítica del Instituto Gramsci, resultan insuficientes a la hora de precisar una definición marxista adulta acerca del alcance y contenido efectivos de la empresa gramsciana, insuficiencia por lo demás esperable, teniendo en cuenta el marco político en el cual dichos criterios se desarrollaron.

8) Otras ediciones de la obra gramsciana merecen destacarse: "Il Vaticano e L'Italia", a cargo de A. Cecchi (hay trad: Las maniobras del Vaticano, La Rosa Blindada); "Sul Risorgimento", a cargo de G. Candeloro (hay trad: El Resurgimiento, Granica, donde se agrega una introducción general a la obra gramsciana, por M. Macri, viejo intelectual "tránsfuga" del PC argentino), ambas editadas por Riuniti. La antología "Sul facismo" recoge los principales escritos de Gramsci al respecto. También hemos hallado citadas -en la bibliografía que acompaña a H. Portelli, Gramsci y el bloque histórico, S-glo XXI, pag 151- un cuaderno de la revista "Il Corpo", de 1968, que recoge una serie de trabajos (1915-1921) no incluidos en los Scritti giovanili. Las ediciones temáticas, a propósito de temas educacionales, políticos y culturales, suelen basarse en los Cuadernos, y no las consignamos ya que nada aportan a los textos mencionados, relativamente accesibles.

9) Además de los dos volúmenes que mencionamos en la nota 6, los documentos del PCI mas importantes son, sin duda, las ponencias de Togliatti en la Conferencia de la Paz celebrada en Moscú, así como sus "Discursos ante la Constituyente", testimonios inolvidables del mas astuto (y criminal) "integracionismo".

10) La capacidad de presión política de los Partidos Comunistas de Francia, Italia y Grecia tras la posguerra, resultó así doblemente minada: a la capacidad represiva y cohesionadora de una burguesía que se sabía respaldada por la presencia de tropas estadounidenses en el continente (por no mencionar la presión objetiva de los capitales yanquis), se sumó el repliegue geopolítico que el Thermidor soviético impuso a las burocracias hermanas, capitulación que no llegó a imponer en Oriente (donde el Ejército rojo chino ya constituía, por su misma existencia, garantía del poder obrero-campesino que abatiría, pocos meses después, a la reacción kuomintangista- y, podríamos agregar, donde el recambio colonial indochino había sido interrumpido bruscamente). Así, resulta claramente inteligible el aplastamiento militar de las guerrillas griegas -Castoriadis tiene algunas páginas interesantes sobre el tema-, así como las consignas del PCF: "Ayúdenos a reconstruir Francia", "La huelga es el arma de los trusts" y "Un solo Estado, un solo ejército, una sola policía" -véase J. Valier, El neocapitalismo en crisis, incluido en "La crisis del dólar", ed. Del Siglo, pag 11 y ss.

11) Albert Mathiez -que, curiosamente, ejerció cierta influencia en la lectura gramsciana de la revolución francesa, base de su concepción del "jacobinismo" político cultural- (al respecto, la nota 9, pag. 57, en el liminar de Candeloro al "Resurgimiento", op cit) y Marcel Prenant (ambos melosamente retratados por Ponce en las olvidables páginas que conforman los "Apuntes de viaje"- véase este texto, Eds. El viento en el mundo, pags. 65-68 y 136-140, respectivamente, Politzer (el desafortunado padre de L. Althusser) y Paul Nizan -intelectual que conocerá un destino muy retorcido (véase la introducción de J. P. Sartre a "A-denarabia", ed. La Flor, entre otros escritos), llamará la atención de Gramsci a través de sus notas sobre la lucha por una "nueva cultura" (véase Gramsci, Literatura y vida nacional.

Lautaro, pag. 29-30), recientemente vertidas al castellano (ed. Era)- por no mencionar sino a unos cuantos exponentes del stalinismo universitario en Francia.

12) El delirio del volpismo -haciendo abstracción de la activa presencia del propio Della Volpe en la universidad, en el período anterior a su conversión al marxismo- llegará a constituir un sólido soporte para la línea general del togliattismo, y, de rebote, propiciará corrientes similares en Francia e Inglaterra, si bien estas últimas se insertarán poco a poco, dialécticamente, en la corriente del "retorno a Marx" que batió definitivamente el prestigio ideológico del marxismo universitario. (Una ingenua visión del mismo proceso-aprehendida desde el automovimiento de la "Ciencia" puede consultarse en N. Poulantzas, Hegemonía y dominación en el estado moderno, Pasado y presente, que al punto continúa el espíritu de la introducción de Althusser al Pour Marx- (hay trad: La revolución teórica de Marx, Siglo XXI).

13) Al respecto, resulta muy significativo el discurso pronunciado por Togliatti, en el Aula Magna de la Universidad de Turín, el 23 de abril de 1949, recogida en el volumen "Gramsci", Ed. Riuniti (hay trad: "Pensador y hombre de acción", incluida en el volumen "La proletarianización del trabajo intelectual", Alberto Corazón editor, pag. 199-226).

14) Una buena respuesta (con tendencias a caer en el extremo opuesto, mito por mito) es la de J. Semprún (en L'Express, 3 de mayo de 1980), "¿Existe un verdadero Gramsci?", reproducida en el presente número de Praxis.

15) El VI Congreso de la Internacional Comunista tuvo lugar en Moscú durante el verano (europeo) de 1928. Acerca de los límites y alcances de dicho Congreso (cuyas principales ponencias y resoluciones fueron editadas recientemente por Cuadernos de Pasado y presente) no podemos mas que remitirnos a "Stalin, el gran organizador de derrotas (La tercera Internacional después de Lenin)", de L. Trotsky, constituye un buen paradigma de la incapacidad de la burocracia para comprender la dinámica del imperialismo, incapacidad que expresa con meridiana claridad la posición fluctuante que desempeña ésta en el seno del movimiento obrero: ubicada frente una crisis "orgánica" del capitalismo internacional, su principal reacción fue asegurarse, no como organización política de la clase obrera sino como apéndice formal del Thermidor, un terreno de regateos y contramarchas que le permitiese poner en jaque a otras direcciones obreras, integradas al funcionamiento normal de la hegemonía burguesa. La "táctica de clase contra clase", resumen óptimo de la estupidez criminal del stalinismo, consistía, en los hechos, en una disputa electoral sin mayores consecuencias muy a pesar de los mismos dirigentes que la aplicaron al pie de la letra en Alemania e Inglaterra. Tras la pantalla fraseológica construida por la burocracia sólo se hallaba el abandono conspicio de las tareas que suponía delimitar y proyectar una estrategia política objetiva de la clase obrera ante la crisis.

16) La relativa estabilización del capitalismo, favorecida por la victoria de la contrarrevolución en Hungría, Baviera e Italia, impondría, en el curso del Tercer Congreso de la Internacional Comunista, una primera instancia dirigida hacia la táctica del frente único: "En unión de Lenin, Trotsky elaboró las tácticas del 'frente unido', cuya esencia era la siguiente: Los Partidos Comunistas, todavía demasiado débiles para derrocar el orden establecido, debían ser los participantes más activos en las luchas cotidianas de los trabajadores por mejores salarios, jornadas de trabajo más cortas y libertades democráticas. No debían cambiar la idea del socialismo por las bagatelas del sindicalismo y la reforma parlamentaria, sino llevar a la lucha por las 'demandas parciales' su propio espíritu y propósito revolucionario. Debían hacer comprender a los trabajadores cuán deleznable eran todas las conquistas que podían lograr bajo el capitalismo, y movilizarlos así, incluso a través de la lucha por tales conquistas, para la batalla final. Los social demócratas dirigían la lucha por las 'demandas parciales' en tal forma que constreñían la energía militante de los trabajadores dentro del marco del capitalismo, y utilizaban la reforma como una desviación de la revolución. Los comunistas, por

el contrario, debían utilizarla como el trampolín de la revolución". I. Detuscher, *El profeta desarmado*, Era, 1968 (fragmentos reproducidos como introito a L. Trotski, *Una escuela de estrategia revolucionaria*, Ediciones Del Siglo, 1973, pag. 14).

17) El austromarxismo, cuerpo y alma de la internacional Dos y Media, llegó a constituirse, para la época que consideramos, en el principal sostén de los intereses cuasi-corporativos de la pequeña burguesía austríaca, que hallaban su alimento en los intersticios del Estado democrático burgués -y sólo en él. Esta característica, sin embargo, no lo privó de su naturaleza obrera "radicalizada" (a medias tintas, desde luego), pero contribuyó decisivamente a situarlo en una posición de clase contradictoria, muy conveniente de los fines de la burocracia.

18) Las "Tesis sobre la situación política y social en Hungría, y sobre las tareas del Partido Comunista Húngaro", mas conocidas como "Tesis de Blum", concebidas por Lukács en 1928, constituyen un aljón político sumamente interesante en la evolución del bujarinismo internacional (y en general, de la oposición de derecha), presentando algunas (vagas) similitudes con la líneas del PCI en el exilio -Véase las "Lecciones sobre el fascismo" de Togliatti.

19) En especial, "Historia y conciencia de clase", el ensayo dedicado a "La conciencia de clase".

20) "Por lo tanto, no es (el marxismo) un sistema acabado o cerrado; es abierto y activo. Con cada descubrimiento científico, con cada mutación social, extiende su campo de investigación, aprehende con mayor precisión la realidad, la interpreta con mayor exactitud, tornándose mas apto para transformarla. Al hacerlo así, se desarrolla, y se modifica a sí mismo". (V. Fay, presentación editorial de la "Introducción a la economía política" de Rosa Luxemburg, Anthrpos, 1971).

21) Sobre las dimensiones de esta categoría, puede consultarse: "Ernst Bloch: utopía y esperanza", Laennec Hurbon, incluido en "Utopía y esperanza/Diálogo con Ernst Bloch", Agora, 1980, pag. 29-107.

22) Incluidas en K. Korsch, *Escritos políticos*, Folios Ediciones, 1982, pag. 493.

23) Véase L. Hurbon, op. cit., y también E. Bloch, *El principio esperanza*, Aguilar.

24) La expresión engloba, mas o menos eficazmente, a las corrientes que se reivindican del "socialismo puro", principales autores del actual "retorno a Marx" (cuando no a Bakunín...).

25) El conjunto de ensayos recogidos por Era bajo el título de "Ensayos sobre el neocapitalismo", debidos a Ernest Mandel, así como el "Tratado de economía marxista" (misma ed., dos volúmenes), del mismo autor, constituyen (por lo que sabemos) la primera respuesta del marxismo revolucionario a la modificación de las condiciones del crecimiento en el capitalismo mundial (Obras que deben completarse con la investigación, sostenida día a día, ulterior del propio Mandel, así como de sus compañeros -Valier, Salama, Florian, etc.- nucleados en la revista *Critique de l'économie politique*).

26) La obra de León Trotski y la Oposición de Izquierda.

27) La expresión corresponde a Adolf Sturmthal (Véase "Sturmthal, op. cit. FC. E. 1945).

28) Recordemos que el mismo R. Milliband escribe: "Un partido revolucionario digno de tomarse en serio, en las circunstancias del capitalismo avanzado, tiene que ser esa clase de partido 'hegemónico' de que habló Gramsci, lo cual quiere decir que debe ser capaz de 'crear una unidad, no sólo de fines económicos y políticos, sino también una unidad intelectual y moral, que plantee todas las cuestiones no en el nivel corporativo, sino en el nivel 'universal' y además 'concretamente coordinado por los intereses generales de los grupos subordinados'. Pero la creación de tal partido es posible únicamente en condiciones de discusión libre y de democracia interior, de estructuras flexibles y sensitivas". (R. Milliband, *El Estado en la sociedad capitalista*, Siglo XXI, 1970, pags. 263-264).

29) ¿Primer diseño?, ¡Y Lenin, Trotski, Luxemburg!, ¿mandarina?. A nuestro juicio estos últimos han integrado, natural y fluidamente, el espacio de la política en el contexto dialéctico de la relación economía/política/sociedad, proveyendo una solución clasista al problema de la dinámica del capitalismo. En Gramsci, por lo contrario, existe la tendencia (sólo como tendencia: latencia que permite a los revisionistas de toda laya aferrarse a una sociología política supuestamente autorizada por los "Cuadernos de la cárcel") a recortar la especificidad de lo político en el marco de la objetividad general de las formas sociales, dando así el primer paso hacia una ciencia política autónoma (bien que comprendida en el proyecto de una "filosofía de la praxis"). Acerca de los peligros e inconsecuencias de esta vía gramsciana pretendemos advertir al lector.

30) En la obra de Poulantzas, *Fascismo y dictadura* (op. cit.), se traza un ajustado paralelo entre la posición de Gramsci frente a la historia italiana (la evolución del capitalismo en Italia, la historia del movimiento obrero) y sus observaciones sobre las diversas facetas del "jacobinismo" burgués como expresión hegemónica de la cohesión político/ideológica que llevó a la conclusión el ascenso institucional del capitalismo.

31) Entre las cuales se destacan: H. Portelli, *Gramsci y el bloque histórico*, Siglo XXI, 1973; J. M. Protte, *El pensamiento político de A. Gramsci*, Ciencia Nueva, 1970; A. Pizzorno, *Sobre el método de Gramsci*, y N. Bobbio, *Gramsci y la concepción de la sociedad civil*, incluidos en "Gramsci y las ciencias sociales", Pasado y Presente, 2da. ed. ampliada, 1972; G. Tamburrano, *Gramsci y la hegemonía del proletariado*, incluido en "Gramsci y el marxismo", Proteo, 1965; J. C. Portantiero, *Los usos de Gramsci*, Folios, 1981; también el académico y limitado- A. Buzzi, *La teoría política de A. Gramsci*, Fontanella, 1969.

32) Al respecto, Christine Buci-Glucksmann, *Gramsci y el Estado*, Fayard, 1975, y también Buci Glucksmann/Göran Therborn, *El desafío social-demócrata*, Maspéro, 1981.

33) Nos referimos, ante todo, a J. C. Portantiero. (Ver op. cit., pag. 165-171).

34) Una lograda caracterización del mismo en Ernest Mandel, *Crítica del eurocomunismo*, Maspéro (hay trad. Fontamara, 2da. edición).

35) Título del apéndice a N. Poulantzas, *Estado, poder, socialismo*, P.U.F. (Hay trad., Siglo XXI).

36) Gramsci, *Pasado y presente*, Granica, pag. 17.

37) Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, la política y el estado moderno*, Nueva Visión, pag. 195.

38) Gramsci, *El Resurgimiento*, Granica, Pag. 83 y ss.

39) Gramsci, *Notas...*, op. cit., pag. 12.

40) Como observa H. Portelli, Gramsci, al igual que Marx, deduce el concepto de sociedad civil del sistema hegeliano. Sin embargo: "Para Marx la sociedad civil es el conjunto de la estructura económica y social en un período determinado; se refiere a la concepción hegeliana de la sociedad civil, que incluye el complejo de las relaciones económicas y la formación de las clases sociales. La concepción gramsciana de la sociedad civil es radicalmente diferente, — tanto pertenece al momento de la superestructura (...) ¿Cómo explicar esta interpretación contradictoria de Hegel?. La respuesta parece estar en la noción tan extensa que Hegel tiene de la sociedad civil. Si la mayoría de las veces esta corresponde a la estructura socioeconómica (interpretación de Marx), Bobbio advierte que Gramsci se inspiró esencialmente en ciertos pasajes de la Filosofía del Derecho donde Hegel incluye también en el seno de la sociedad civil a las asociaciones políticas y sindicales, o sea, las corporaciones, que constituyen el 'contenido ético del Estado'. Reconocemos de este modo la definición gramsciana de la sociedad civil, 'organizaciones llamadas privadas' que son el 'contenido ético' del Estado". (Portelli, op. cit., pag. 14 y ss). Para un crítica del revisionismo gramsciano, véase Norberto Bobbio, op. cit.

41) Gramsci, Notas..., op. cit. pag. 13.

42) Citado en Cerroni, Para un teoría del partido político, incluido en Teoría marxista del partido político, primer volumen, Pasado y Presente, 1975 (4ta. ed.) pag. 2.

43) "Esta es, a mi parecer, la cuestión de la teoría política más importante que a planteado el período de post guerra, y la más difícil de resolver justamente. Se relaciona con las cuestiones planteadas por Bronstein que, de un modo u otro, se puede considerar el teórico político del ataque frontal en un período en que éste sólo es causa de derrota (...). La guerra de posiciones exige enormes sacrificios a imponentes masas de la población; por esto se requiere una concentración inaudita de la hegemonía y, por tanto, una forma de gobierno más 'intervencionista', que tome más abiertamente la ofensiva contra los adversarios y organice permanentemente la 'imposibilidad' de la disgregación interna: controles de todo tipo, políticos, administrativos, etc.; reforzamientos de las posiciones hegemónicas del grupo dominante, etc. Todo esto indica que se ha entrado en una fase culminante de la situación político-histórica, porque en la política, cuando se gana la 'guerra de posiciones' se decide definitivamente. Es decir, en la política subsiste la guerra de movimiento hasta que se trata de conquistar posiciones no decisivas y, por consiguiente, no son movilizables todos los recursos de la hegemonía del Estado; pero cuando por una razón u otra estas posiciones han perdido su valor y sólo tienen importancia las decisivas, se pasa a la guerra de asedio, dura, difícil, en la que se requieren cualidades excepcionales de paciencia y del espíritu inventivo. En la política el asedio es recíproco, pese a las apariencias, y sólo el hecho de que el dominante tenga que apelar a todos sus recursos demuestra el caso que hace del adversario". En Gramsci, La política y el estado moderno, Península, 1971, pag. 194.

44) El trabajo de Althusser, Montesquieu: la política y la historia, Ariel, 1974, contiene algunas observaciones interesantes.

45) Ver Pontantiero, op. cit.; también el trabajo Luciano Gallino, Gramsci y las ciencias sociales, incluido en el volumen del mismo título, pags. 7 y ss.

46) A propósito del concepto de "bloque histórico", el ensayo de Portelli, ya citado, aclara muchas aberraciones que circulan por ahí.

47) Podríamos anotar que la campaña del maoísmo (Bettelheim, Amin) contra el marxismo revolucionario se apoya en las sólidas garantías teóricas de Gramsci (más que en la no menos coherente crítica de Lenin). Al respecto, un caso límite está representado por B.

Jobic, La revolución cultural y la crítica del economicismo, incluido en Teoría del proceso de transición, Pasado y Presente, 1973.

48) Gramsci, El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce, op. cit., pags. 48-49.

49) Gramsci, Notas..., op. cit., pag. 61.

49 bis) Una interesante observación de Engels, lanzada en el prólogo a Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850, reconstruye esquemáticamente la dinámica que guía la inteligencia de las relaciones economía y política: "(...) la situación económica hallada al principio del período en cuestión, como dada para todo el período y de manera invariable, o en no tener en cuenta más que las modificaciones a esta situación que, proviniendo de acontecimientos manifiestamente visibles, aparecen, por consecuencia, también claramente. El método materialista deberá limitarse aquí; pues, con suma frecuencia, a referir los conflictos políticos a luchas de intereses entre las clases sociales y las fracciones de clases existentes, dadas por el desenvolvimiento económico y a mostrar los diversos partidos políticos son la expresión política mas o menos adecuada de esas mismas clases y fracciones de clases." Op. cit., Claridad, 1946, pag. 7.

50) Gramsci, El materialismo histórico..., op. cit., pag. 146.

51) Especialmente, Sorel, La descomposición del marxismo, Marcel Riviere, s/f (pueden consultarse sus Reflexiones sobre la violencia -Los ensayos de crítica del marxismo, que recogen parte del libro editado por Riviere, son prácticamente inhallables); Arturo Labriola, Marx en la economía, y como teórico de socialismo; R. Mondolfo, El materialismo histórico de Federico Engels, Librería y Editorial "Ciencia", 1940.

52) El examen del concepto de praxis en Gramsci -núcleo de la filosofía de la praxis- amerita un análisis especial.

53) Acerca del debate sobre el derrumbe, puede consultarse P.W. Sweezy, Teoría del desarrollo capitalista, F.C.E., 3ra. parte (capítulos VIII a XII), E. Mandel, Tratado de economía marxista, Era, 1972 (3ra. ed.), caps. XI (vol. 1), XIV y XVIII (vol. 2), también su El capitalismo tardío, caps. IV, XIII, XIV, XVII y XVIII, Era, 1980 (2da. ed.). Amén de los clásicos (Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Luxemburg, Hilferding, etc.), editorial Siglo XXI ha comenzado la edición de los principales materiales aportados por el marxismo occidental al debate sobre el derrumbe (N. Moskowa, F. Sternberg, Grossman, colectivos, etc.).

53 bis) La dialéctica del "doble poder", cuya máxima expresión ideológica la constituyen los trabajos de Lenin (Obras completas, tomos XXIV, XXV y ss.) y Trotsky (1905 -Planeta, 1975- y la Historia de la Revolución Rusa -Galerna, 1972, 2 tomos).

54) Un estudio profundo del aporte "metafísico" (al decir de Gramsci) contenido en la teoría de la revolución permanente de Trotsky encajaría perfectamente con nuestro esquema.

55) De esta manera, el sentido (el contenido histórico) del partido revolucionario se diluye, vía integración al sistema parlamentario, en las reglas del juego político de la burguesía. Véase la definición op. cit. de R. Milliband.

56) Portelli, op. cit., pag. 123.

57) Portelli, op. cit., pag. 132 (subrayados del autor).

58) Acerca de la concepción del proletariado como fuerza productiva (así como los límites de esta concepción) véase K. Korsch, Escritos políticos, Folios, 1982.

59) Que -hacerismo gramsciano que posee un sentido específico: reproduce ad-in-finitum el carácter estructural de la división del trabajo en trabajo manual e intelectual, primer paso hacia la integración del intelectual (por más colectivo que sea) con la burocracia.

CARLOS MARX

homenaje en su centenario

Hace ya cien años, el 14 de marzo de 1883, moría en Londres afectado de una enfermedad pulmonar, Karl Marx, padre del proletariado moderno.

Su pensamiento crítico -que recoge y supera el legado teórico de la burguesía revolucionaria: la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés- significa el bautismo de fuego de los tiempos nuevos.

Su concepción de la praxis, por encima de sus apologistas y detractores, atraviesa todo el pensamiento y la práctica política modernos, desde su primera formulación en 1844 hasta nuestros días.

Sin embargo, la actualidad de Marx, no basta con proclamarla. Es necesario plantearla en su problematicidad, en la relación conflictiva entre su concepción y el pensamiento no marxista, entre los distintos "marxismos", entre su teorización y su relativa incorporación por su motivador y su destinatario: el proletariado y los oprimidos del mundo.

Comenzamos en el presente número y concluiremos en el próximo este Homenaje a Marx en su centenario. El primer trabajo, realizado por el argentino Gabriel Rot, tatea a través de todos sus textos la concepción del partido de la clase obrera en Marx, abriendo así la discusión preliminar para la construcción del partido revolucionario en nuestro país. El segundo trabajo, perteneciente al español Manuel Sacristán, profesor de la Universidad de Barcelona, traductor de las obras de Marx y Engels y eximio marxólogo, plantea lo que hay de permanente en la obra de Marx.

EL CONCEPTO DE PARTIDO EN MARX

por Gabriel Rot

I - LOS PRESUPUESTOS

a) El proletariado como sujeto histórico de la revolución

En el **Manifiesto Comunista**, Marx y Engels establecieron el principio rector del curso histórico: en la lucha de clases se produce el desarrollo de las sociedades; la lucha de clases es el motor que impulsa las permanentes transformaciones revolucionarias de la sociedad y las divisiones sociales que implica dicha transformación.

Pero Marx y Engels no sólo demostraron que la historia no es otra que la historia de la lucha de clases, sino que extrajeron las leyes inherentes de esta lucha y de todo proceso revolucionario. Citemos, para lo que nos compete, dos de estas leyes: a) el sujeto revolucionario se desarrolla en el seno de la sociedad a revolucionar, y b) el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad entra en contradicción, en un período determinado, con la estructura económico-social imperante, activando y realizando al sujeto revolucionario.

El estudio de la sociedad moderna, la revolución burguesa en el mundo feudal y el desarrollo capitalista confirman estas leyes. En efecto, la burguesía, que terminó —con sus medios de producción y de cambio— por destruir la sociedad feudal, se había gestado lentamente en su seno. Con el desarrollo de estos medios de producción y de cambio, la estructura económica del feudalismo, las relaciones feudales de propiedad, terminaron convirtiéndose en una traba para la libre expansión burguesa. Finalmente, la traba se rompió.

La revolución burguesa en el mundo feudal imprimió, como jamás antes lo había hecho revolución alguna, un impulso vigoroso a las fuerzas productivas. La burguesía revolucionó la técnica y la puso al servicio de su producción, sometió el campo a la ciudad, abrió en todas las latitudes nuevos mercados, unificó al mundo con su producción y mercancías, a la par que creaba un impresionante ejército de productores a los cuales explotaba abiertamente, sin los velos idílicos del feudalismo. El desarrollo burgués está, pues, ligado irremediabilmente al desarrollo del proletariado, su brazo productor.

Pero el desarrollo de las fuerzas productivas durante el dominio de la burguesía revolucionaria no tardó en chocar contra su más grave contradicción. En efecto, las relaciones sociales de la producción capitalista, que tan enérgicamente las había movilizado, prontamente se erigen en su más férrea oposición, comportándose en forma análoga a las relaciones feudales en el período de transición al capitalismo. "... toda esta sociedad burguesa moderna, —leemos en el **Manifiesto Comunista**— que ha hecho surgir tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. Desde hace algunas décadas la historia

de la industria y el comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas contra las actuales relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación." (1)

La contradicción planteada entre las fuerzas productivas y la estructura económica de la sociedad burguesa abre un nuevo ciclo revolucionario, que cuenta en su seno con el sujeto que lo impulsa: el proletariado. La burguesía, pues, "... no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los **proletarios**." (2)

Los vulgarizadores del marxismo no han sabido encontrar en esto más que teleología, o, si se quiere, fetichismo revolucionario, reflejado en la idea que otorga al proletariado una "misión" histórica, una suerte de "destino" ineluctable. En verdad, nada más alejado del pensamiento de Marx y Engels que estas teorías. Para ellos, el proletariado se constituye en el sujeto de la revolución bajo precisas determinaciones objetivas y subjetivas, que responden a necesidades históricas de la clase. "El proletariado, por ejemplo, que tiene la misión de satisfacer sus necesidades al igual que cualquier otro hombre, y que ni siquiera puede dar satisfacción a las necesidades que le son comunes con los demás hombres, a quien la necesidad de trabajar 14 horas diarias equipara a una bestia de carga, a quien la competencia degrada al plano de una cosa, de un artículo comercial, que se ve desplazado de su posición de fuerza productiva, la única que se le tolera, por otras fuerzas productivas más eficaces; este proletario recibe ya con ello y por ello la misión real de revolucionar sus condiciones de vida" (3)

El proletariado, para emanciparse del yugo capitalista, debe, pues, negarse como tal, como proletariado, como clase que, vendiendo su fuerza de trabajo, produce para otra clase. Si el proletariado no emprende la subversión de su vida material y, por ende, la de las relaciones sociales todas, su ubicación en la sociedad burguesa lo irá arrojando cada vez más de su realización plena como hombre. Su rol de transformador de la sociedad está ligado a su porvenir como clase oprimida o clase emancipada, es decir, su actividad práctica carece de motivaciones ajenas a su vida material. Tal es la importancia de estas determinaciones que Marx señala: "Poco importa lo que tal o cual proletario, o incluso todo el proletariado **imagine** momentáneamente como su finalidad. Lo que importa es lo que realmente **es**, y lo que se verá obligado históricamente a hacer según su **ser**. Su finalidad y acción históricas le están trazadas concreta e irrevocablemente, en las circunstancias mismas de su vida así como en toda organización de la sociedad burguesa actual." (4).

No hay, entonces, más que una tarea histórica, determinada por el **ser** proletario, **ser** que encierra toda la potencialidad revolucionaria de la única clase capaz de emancipar a la totalidad de la sociedad moderna.

b) La lucha obrera y la relación entre el sujeto y la conciencia revolucionaria.

Definido el proletariado como sujeto revolucionario se plantea como interrogante cual es el punto de fusión entre este sujeto y la conciencia revolucionaria; dicho de otra manera, se trata de fijar la instancia en que la clase obrera adquiere la conciencia de su tarea histórica. Este proceso no fue explícitamente

abordado en su conjunto por Marx y Engels, e inclusive, momentos fundamentales del mismo, como el pasaje de "clase en sí" a "clase para sí", tan sólo han sido enunciados brevemente, sin que hayan ahondado en su dinámica y conexiones. Sin embargo, en su obra se hallan establecidos los elementos fundamentales que hacen a la superación del proletariado desde su situación como masa frente al Capital, hasta su actividad conscientemente revolucionaria.

Vale la pena remarcar esta cuestión puesto que se oyen más quejas por la falta de una teoría de la organización en Marx y Engels, que reconocimientos por haber abordado los elementos fundacionales de toda teoría organizativa. Estos elementos fundamentalmente son dos: a) el enfrentamiento con el Capital como marco en que la clase se supera, y b) dicha superación precisa de una definida independencia política, organizativa e ideológica respecto a la burguesía. Detengámonos, por el momento, en el primero de estos puntos; en los sucesivos items desarrollaremos el que le sigue.

I) La lucha obrera y el pasaje de "clase en sí" a "clase para sí"

"Las condiciones económicas —escribe Marx— transformaron primero a la masa de la población del país de trabajadores. La dominación del Capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase respecto al Capital, pero aún no es una clase para sí." (5)

Marx define claramente la diferencia entre la "clase para sí" y aquella masa que, frente al Capital, se encuentra en una situación común y con un interés común. Cuando habla de esta última se refiere al proletariado en su inmediatez social, esto es, cuando su identidad social está determinada por su rol en la producción, y sólo por éste, ya que no ha intervenido en la sociedad más que por la fuerza de sus brazos y, por lo tanto, como clase productora.

Se trata, pues, de una "clase en sí", de una clase cuya práctica social no apunta aún a su emancipación.

"En la lucha (...) —continúa Marx— esta masa se une, se constituye como clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase". (6)

Los elementos constitutivos de esta "clase para sí" son cualitativamente superiores a los de la "clase en sí". En primer lugar, la clase ha superado la atomización que le ha caracterizado en su primera etapa de desarrollo. La "clase para sí" presupone un conglomerado obrero importante y un grado de concentración suficientemente grande como para enfrentarse con confianza en sus propias fuerzas al Capital.

Por otra parte, Marx ha dejado de hablar de "situación" e "interés común" para hacerlo de "interés de clase". El cambio operado sitúa al proletariado con necesidades y requerimientos concretos en la sociedad, que van desde imponer límites a la jornada de trabajo hasta obtener un lugar en la vida política del país (los cartistas, por ejemplo). El proletariado deja de ser una masa sólo identificable por una situación común o por su rol productor en la sociedad. Como "clase para sí" el proletariado ha adquirido conciencia de aquella situación común, la cual ahora intenta superar; su interés por ello es interés de clase en tanto necesidad colectiva de emanciparse del capitalismo.

La conversión, pues, no es mecánica, y sólo se realiza en el marco de la lucha entre la clase obrera y el Capital. En esta lucha, el proletariado eleva su con-

ciencia hasta oponerla como interés de clase particular al de la burguesía. El proletariado realiza su conciencia en tanto se reconoce a sí mismo como clase explotada en la sociedad y "... reconoce su situación en la sociedad en la medida en que lucha contra el capitalismo." (7) La praxis es la transición misma en que se opera el pasaje. Es la mediación necesaria y única en la cual dicho proceso se materializa.

El pasaje de "clase en sí" a "clase para sí" podemos definirlo, entonces, como el proceso que marca el abandono de una indeterminación en cuanto a la conciencia de una situación social, y la incorporación de la conciencia de dicha situación, en el marco, y como mediación de uno y otro momento, del enfrentamiento contra el Capital. De este modo, y así como la "... teoría logra realizarse en un pueblo sólo en la medida en que es la realización de sus necesidades." (8), así la conciencia de clase del proletariado se realiza en la medida que responde a su necesidad de oponerse al Capital. La "clase en sí" y su conciencia de clase representa el primer eslabón que se tiende hacia la conciencia revolucionaria, es, por decirlo de alguna manera, su base, su plataforma de lanzamiento.

II) Determinaciones objetivas del enfrentamiento entre la clase y el Capital.

Ahora bien, para Marx y Engels quedaba absolutamente claro, hacia 1848, que sólo el enfrentamiento con el Capital constituiría la base material sobre la cual la conciencia del proletariado se elevaría. Las luchas del proletariado inglés, y especialmente el movimiento cartista, corroboraban puntualmente esta tesis, pero igualmente claro entendían que dicho enfrentamiento no se produciría por las buenas intenciones de un grupo de voluntariosos revolucionarios, sino por el mandato de condiciones objetivas en la estructura económica de la sociedad, por un lado, y por condiciones subjetivas, por el otro, determinadas en última instancia por las primeras. Históricamente esta "clase para sí" sólo puede darse con un profundo desarrollo capitalista que implique la exacerbación de las contradicciones de clase a partir de un determinado crecimiento de las fuerzas productivas; dicho con palabras de Engels: "El movimiento obrero por sí mismo jamás es independiente, jamás es de un carácter exclusivamente proletario, a menos que todos los diferentes sectores de la clase media y, particularmente, su sector más progresivo, el de los grandes fabricantes, haya conquistado el poder político y rehecho el estado según sus demandas. Entonces se hace inevitable —concluye Engels— el conflicto entre el patrono y el obrero y ya no es posible aplazarlo más..." (9)

Los sucesos revolucionarios de 1848 en Alemania y Francia muestran dos facetas de una única necesidad de contar con las condiciones objetivas donde desarrollar exitosamente la lucha de la clase obrera.

En Alemania, el desarrollo capitalista era por demás pobre y se mantenían las estructuras feudales de dominación en los estados en que se hallaba dividida.

La falta de modernas condiciones de vida y de producción, y, por lo tanto, la falta de una clase proletaria estructurada de tal manera que represente un antagonismo claro al Capital, iba acompañado, necesariamente, por una similar inmadurez en cuanto a lo teórico (10), de ahí que, como señalara Engels, los obreros reclamaran en plena revolución la restauración de los gremios y las privilegiadas in-

dustrias de oficio mediavales. En estas circunstancias "...mientras no se había desbrozado el terreno para la acción independiente de los obreros, mientras no se había establecido el sufragio universal y directo y mientras los 36 estados grandes y pequeños seguían desgarrando a Alemania en numerosos jirones ¿que otra cosa podía hacer el partido proletario más que estar al tanto del movimiento de París, importantísimo para él y luchar al lado de los pequeños artesanos y comerciantes para alcanzar los derechos que luego le permitirán batirse por su propia causa?" (11)

El movimiento proletario independiente, a la sazón muy pobre y limitado casi exclusivamente a la existencia de la Liga de los Comunistas y a otros grupos democráticos, fue interrumpido sólo y en tanto que el conjunto de la clase obrera debió luchar al lado de la burguesía para derrocar a los príncipes feudales, pero esta interrupción, en verdad, no fue más que necesaria para el ulterior desarrollo auténticamente independiente y proletario.

Este proceso ya había sido advertido por Marx en los albores mismos de las revoluciones del 48. En la *Crítica moralizante o moral crítica*, Marx puntualizaba: "Los obreros saben muy bien que la burguesía no solamente deberá hacerles, desde el punto de vista político, concesiones más amplias que la monarquía absoluta, sino, también, que, en beneficios de su comercio y de su industria, hace nacer, a pesar de ella, las condiciones más favorables para la unión de la clase obrera (...)" **"Saben que su propia lucha contra la burguesía no podrá estallar más que el día en que la burguesía haya logrado triunfar..."** (12).

Marx escribió estas líneas bajo la impresión que el cartismo le producía. Los cartistas, por entonces, se habían unido a los burgueses librecambistas para luchar contra las leyes cerealeras de los tories, el sector más reaccionario y conservador de la sociedad británica; derrotados los tories, se desató, inmediatamente, el enfrentamiento entre la burguesía librecambista y el cartismo. (13)

Lo escrito para Inglaterra resultaba casi premonitorio para Alemania.

El caso francés nos muestra un grado de desarrollo capitalista mucho mayor que el alemán. Sin embargo, solo en París se había agrupado un proletariado numeroso y compacto, pero aún incapaz de encabezar al resto de la sociedad explotada para el logro de sus reivindicaciones, sobre todo al numerosísimo campesinado disperso por el interior del país.

"Mientras que en Alemania las condiciones materiales para el enfrentamiento entre la clase obrera y el Capital eran nulas, en Francia eran insuficientes para que culminaran exitosamente. "La lucha contra el Capital -escribe Marx- en la forma moderna de su desarrollo, en su punto de apogeo -la lucha del obrero asalariado industrial contra el burgués industrial- es, en Francia, un hecho parcial..." (14) La burguesía francesa provocó el enfrentamiento de junio contra un proletariado cuya necesidad inmediata no era derrocarla, y mucho menos su posibilidad.

Las revoluciones de 1848 dejaron su profunda enseñanza acerca de las condiciones objetivas para el desarrollo de la lucha obrera contra la burguesía; Engels insistía en 1895 en esta relación y en el "mentis histórico" que la experiencia del 48 significaba para aquellos que la obviaron; pero a su vez, las revoluciones del 48 afianzaron a las burguesías nacionales en el poder y marcarán el inicio de un período donde el proletariado se desarrollará a tal punto que, sólo 16 años más tarde, construirá su primera Internacional.

II - EL PARTIDO: PLANTEOS GENERALES Y PRIMER ENSAYO de el Comité de Correspondencia a la Circular de 1850

a) Del Comité a la Liga de los Comunistas

Que Marx y Engels caracterizarán como insuficientes las condiciones objetivas para la revolución obrera durante las décadas del 40 y el 50 no significa que hayan tomado una posición quietista e indiferente con respecto a los intentos organizativos de la clase obrera, o que no hayan impulsado a la misma. Todo lo contrario.

Ya hemos visto que para Marx y Engels el proletariado se constituye en "clase para sí" en el marco de su enfrentamiento con el Capital; se trata, en consecuencia, no de un enfrentamiento episódico sino de una larga lucha organizada, con objetivos precisos, aunque no siempre participe en ella el conjunto de la clase.

Este tipo de lucha no puede llevarse a cabo sin una organización que vaya más allá de las organizaciones gremiales. Se impone, pues, la **constitución del proletariado en partido político propio, independiente**, que marca un hito fundamental en el camino de su emancipación, y representa su esfuerzo mayor para alcanzar su independencia de la burguesía.

La necesidad de este tipo de organización ya había sido planteada por Engels en su libro sobre Inglaterra (1845), y la hallamos en la correspondencia de Marx del año 46. Sin embargo, durante el período que corresponde al Comité de Correspondencia Comunista de Bruselas y hasta la Liga de los Comunistas, el planteo será confuso en su formulación y no hallará cabida en la práctica. En efecto, Lowy recuerda una reveladora carta que define a este "partido"; se trata de la que Bernays -antiguo periodista del Vorwärts- envía a Marx en agosto de 1846. En ella "... le formuló una pregunta angustiada, que muestra el carácter vago e indeterminado de este "partido"; 'pero, ¿qué somos? ¿qué es lo que constituye en núcleo de nuestro partido?' " (15) También en carta de Marx a Annenkov, de diciembre del mismo año, se indica que para él el "partido" "... no era algo todavía organizado y preciso, sino simplemente la expresión del comunismo alemán como corriente política muy heterogénea y contradictoria." (16).

En este período el partido aparece en forma imprecisa, formulado como **potencialidad**, como proyecto necesario de los sectores proletarios de avanzada, do cada vez más nítidos a medida que progresan en el esclarecimiento de "nuestras propias ideas".

En efecto, para Marx y Engels dicho esclarecimiento era vital y procuraban ofrecer ideas fundamentales justamente por el respeto que las masas le inspiraban y por el rol determinante que otorgaban a ellas en la revolución. Es sumamente interesante el recuerdo de Annenkov de una discusión en la que Marx interviene con motivo de su ruptura con el comunista utópico Weitling, en marzo de 1846: "Dirigirse en Alemania a los obreros sin tener ideas rigurosamente científicas y una doctrina concreta es tanto como, sin fundamento y sin conciencia, hacer propaganda suponiendo, de un lado, la existencia de un apóstol entusiasta y, del otro, la de simples imbéciles que escuchan con la boca abierta." (17)

Estas palabras nos ilustran acerca de la tarea en que estaban abocados principalmente pero el "esclarecimiento de nuestras propias ideas", como bien ad-

vierte el marxólogo soviético D. Riazanof, nada tiene que ver con dos intelectuales encerrados en sus gabinetes de estudios. Por entonces, Marx y Engels mantenían relaciones con los cartistas y con la Liga de los Justos, a la vez que con diversos grupos de emigrados.

Las relaciones con la Liga se fueron profundizando a la par que esta se radicalizaba. Ante la rarificación general del pensamiento socialista, primero con Weitling, y luego con Albrecht y Kullmann, y las diversas expresiones de socialismo "auténtico" y "comunismo cristiano", la Liga observó la justeza de las posiciones de Marx y Engels a la vez que las hacía suyas. Finalmente, saldadas las diferencias fundamentales y comprendiendo la necesidad de la organización obrera "aunque solo fuera por razones de propaganda" (18), Marx y Engels ingresaron a la Liga, que, desde su primer congreso, adoptó el nombre de Liga de los Comunistas. "El fin de la Liga -dice el artículo primero de sus Estatutos- es la ruina de la burguesía, el dominio del proletariado, la destrucción de la antigua sociedad que descansa sobre la lucha de clases y la fundación de una nueva sociedad sin clases y sin propiedad privada." (19).

La Liga de los Comunistas repudia a las "legiones libertarias" a las que juzga de "pasatiempos revolucionarios" (20) y elimina de los viejos Estatutos toda característica conspirativa como el parágrafo segundo que decía: "Una asociación esencialmente secreta" (21)

Destacamos con Lowy tres aspectos fundamentales de la Liga: a) su carácter internacionalista; b) la superación del dilema ideológico anterior y los planteos utopistas-conspirativistas, dando lugar a una nueva teoría para la nueva organización, y c) su intento de reunir en una misma organización a la clase y a la intelligentsia. "En resumen, la Liga de los Comunistas fue, para Marx, un primer ensayo práctico para superar la contradicción entre la organización nacional e internacional de proletariado, y para superar la división del movimiento comunista entre la conspiración y la propaganda pacífica mediante la creación de un partido que no fuese ni una secta artesanal limitada ni un seudopartido de filósofos pequeño burgueses." (22)

b) El Manifiesto Comunista

Es en el programa de la Liga, el célebre **Manifiesto Comunista**, donde se aborda con absoluta claridad la cuestión del partido, hasta donde sabemos, por primera vez.

Allí se considera la organización del proletariado en clase y, por tanto, "en partido político" (23) Según Monty Johnstone, Marx y Engels se hallaban bajo la fuerte influencia que el cartismo ejercía sobre ambos, y según él, "...piensan evidentemente en el modelo inglés que Marx había descrito el año anterior en *Miseria de la Filosofía*. Allí -continúa Johnstone- había mostrado cómo en su lucha, primero en los sindicatos y luego también al construir un gran partido político, bajo el nombre de cartismo, la masa de los obreros había dejado de ser una clase potencial an sich (en sí), amorfa y fragmentaria, para convertirse en una clase für sich (para sí), nacional y consumada, forzosamente dedicada a la lucha política." (24).

Marx y Engels, por lo tanto, consideraban la estructuración de un partido obrero como un paso fundamental en la lucha por su liberación, pero no se trata

de un partido obrero separado a los ya existentes, al contrario, los comunistas, se lee en el **Manifiesto** "no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros." (25) sino que integran los partidos de la clase ya que tienen los mismos intereses que el conjunto del proletariado, y sólo se distinguen por defender el internacionalismo por sobre las distintas luchas nacionales, y por representar los intereses del movimiento en su conjunto. "Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros (...) teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario." (26).

La influencia del movimiento cartista cobra aquí especial presencia; por entonces, solo el cartismo había dado pruebas de una movilización de masas por reivindicaciones políticas y la idea de una fusión entre cartistas y socialistas estaba vigente en el pensamiento de Marx y Engels desde año atrás. Ya en su trabajo sobre **La situación de la clase obrera en Inglaterra**, Engels escribía: "vemos pues que el movimiento obrero está dividido en dos sectores: cartistas y socialistas (...) La fusión del socialismo y el Cartismo, la reproducción del Comunismo Francés a la manera inglesa, está próxima y, en parte, ha comenzado ya; Por lo tanto, si esto se hace efectivo, la clase obrera inglesa sería realmente la dominadora de Inglaterra" (27).

Al escribirse el **Manifiesto**, los comunistas ingleses conformaban la fracción de izquierda del cartismo, conducidos por J. Harney y E. Jones; el modelo expresado en dicho texto sugiere, pues, una plena identificación con la experiencia inglesa.

¿Que representa, entonces, la no formación de un partido opositor y comunista a los otros partidos obreros, la formulación acerca de la relación vanguardia-masas, donde la vanguardia, inmersa en la clase constituida en partido propio, milita en función de todo el movimiento? Lo propuesto por el **Manifiesto** ¿anula la posibilidad de crear partidos comunistas separados de los otros partidos obreros? Si es así, ¿cómo se armoniza o establecido por el **Manifiesto** con la estructura orgánica de la Liga, pequeña organización de cuadros comunistas?

Según D. Riazanof, es erróneo pensar que Marx y Engels eran reacios a formar partidos comunistas, y la propuesta del **Manifiesto** responde a una coyuntura histórica que la determina: por entonces, solo el cartismo era una organización nacional y de masas, y crear un partido comunista aparte era, indudablemente, oponerse a la organización legítima y representativa del conjunto del proletariado inglés. (28)

Presentadas así las cosas, nos encontramos con que la organización que Marx y Engels animan es un pequeño partido comunista, y la militancia dentro del cartismo no responde sino a una táctica tan necesaria como coyuntural. La crítica stalinista llevó esto a su extremo y no supo más que trazar una línea recta entre Marx y Lenin, entre la Liga y el **¿Qué Hacer?** y, finalmente, entre la A.I.T. y la III Internacional, además, se trata de la imagen burocratizada de Lenin y de la Internacional burocratizada.

Hasta donde sabemos, sólo en el período que va desde el Comité de Correspondencia de Bruselas hasta la reacción del '52 Marx y Engels hablan de Partido Comunista. En este período, a su vez, debemos distinguir el partido comunista de los años '46, es decir, como corriente potencial del proletariado, y a la Liga de los Comunistas, organización de cuadros.

Destaquemos en primera instancia que el modelo de la Liga no se reproducirá jamás por iniciativa de Marx y Engels, por el contrario, los modelos posteriores serán radicalmente distintos.

Por otra parte, entre el '48 y el '52 Marx y Engels mismos rectificarán el rumbo organizativo, llamando a crear clubes independientes de base amplia.

Es indudable que Lowy acierta cuando considera a la Liga como un primer ensayo, pero de ningún modo como el modelo ineluctable que debe seguir todo revolucionario. Aún más, para Marx y Engels sólo el conjunto de la masa puede operar los cambios revolucionarios, y supieron siempre alentar a organizaciones proletarias de masas aún con defectuosos programas.

La estructura de la Liga, entonces, no responde a un modelo invariable sino a una organización que en el marco de una Alemania absolutamente atrasada, agrupaba práctica y teóricamente a los trabajadores, organización que no podía mantenerse con su estructura rígida allí donde el conjunto de la clase se levantaba contra el Capital.

La no formación de un partido comunista aparte apunta, justamente, a esta cuestión, y el ejemplo inglés con el cartismo marcará el rumbo de la política seguida por Marx y Engels para EE.UU. e Inglaterra en la década del '80, y hallará más de un punto en común con la experiencia de la Internacional.

c) La Circular de 1850 y la independencia de clase

Las derrotas de las revoluciones del '48 cambiaron el panorama político continental. Todas las conquistas alcanzadas fueron arrolladas "...imprensa, libertad de palabras, derecho de asociación, vale decir, los medios legales para la organización del partido" (29) se perdieron en el embate de la reacción.

En este marco, la Circular de marzo de 1850 cumplirá un papel importante en la reorientación del trabajo de la Liga.

La contrarrevolución había dispersado las fuerzas revolucionarias, y dicha dispersión permitió que gran parte de estas fuerzas cayeran bajo la influencia directa de los demócratas pequeño-burgueses. La Circular apuntó sus armas sobre este asunto y remarcó, enérgicamente, la necesidad de recuperar la independencia política para las masas "...sino quiere ser usufructuada por la burguesía, como en 1848, y no quiere ser llevada a remolque por otra clase." (30)

La Circular insta a la Liga a rechazar toda unión con los democráticos pequeño-burgueses que "...tienden a envolver a los trabajadores en una organización de partido en que dominan las frases genéricas democrático-sociales, detrás de las que se esconden los intereses específicos de los pequeños burgueses." (31)

Finalmente, la Circular propone la organización de los trabajadores en **Clubes** independientes y la de una federación de los mismos, a los que caracteriza como "...uno de los momentos más importantes para reforzar y desarrollar el partido de los trabajadores." (32)

La Circular remarca que el proceso revolucionario no puede ser ejecutado por un grupo ajeno a las masas, y su contribución más importante reside en relacionar los dos elementos fundamentales para emprender el camino de la emancipación de los trabajadores: la **independencia de clase** de la burguesía que toma cuerpo en el **partido político propio** con la más amplia base posible.

Las posibilidades de un nuevo alumbramiento revolucionario eran, hacia

1850/52 cada vez más remotas. El período de prosperidad industrial que sobrevino determinó el agotamiento final de los ecos del '48. La ruptura con Willich-Schapper, que insistían en una política extrema sin reparar en las condiciones objetivas que se presentaban, la ola de arrestos y, finalmente, el proceso de Colonia con sus condenas de 1852, marcaron el fin de la Liga de los Comunistas.

En resumidas cuentas, el período que culmina en la disolución de la Liga ha dejado planteados los elementos más importantes acerca de la organización proletaria, y podemos enumerarlos de la siguiente manera a) el partido surge como expresión de la constitución del proletariado en "clase para sí", b) la relación de los comunistas con la clase se da en el marco de un mismo partido obrero, donde los comunistas formaran su ala más radicalizada, c) la independencia de clase constituye la única base sólida para un certero enfrentamiento contra el Capital, dicha independencia alcanza su más elevado punto en la constitución del partido político propio.

III. CONTRA SECTAS Y CONSPIRADORES

El largo camino recorrido por Marx y Engels buscando "esclarecer nuestras propias ideas" llega, hacia 1847-1848 a conclusiones muy precisas acerca del carácter de la revolución proletaria. Fundamentalmente, el principio rector de la misma y que el **Manifiesto** consagrará poco después: "la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos", determinaba sin ambages a quien correspondía el papel protagónico en los sucesos revolucionarios.

Sus marcadas acentuaciones sobre la necesidad del proletariado en constituirse en "clase para sí", oponiéndose al Capital como fase imprescindible en la marcha hacia su liberación, no podía ir acompañado sino de un **rotundo rechazo a toda experiencia ajena a la actividad de las masas**. Por entonces, cuando el babeufismo aún poseía una importante influencia, y las respuestas románticas al capitalismo se gestaban en los Bakunin y Herweg, a la sombra de los ecos de la tentativa blanquista de el '39, la crítica de Marx y Engels se dirigió implacablemente sobre éstos.

El logro más importante fue, para ellos, el viraje dado por la Liga de los Justos hacia el abandono de toda característica sectaria y conspirativa. En el número de prueba de la **Revista Comunista**, órgano de la Liga de los Comunistas, se manifestaba claramente la nueva línea: "Nosotros no somos ningunos conspiradores de esos que pretenden hacer estallar una revolución o asesinar a un príncipe un día determinado..." (33). Engels comentaría poco tiempo después: "La Liga de los Comunistas no era, por consiguiente, una sociedad conspiradora sino una sociedad que, en secreto, perseguía la organización del partido proletario, porque el proletariado alemán estaba absolutamente interdicto **igne et aquo** de lo escrito, de la palabra y de la asociación" y concluía: "no podía ofrecer una gran atracción para individuos que, por un lado, procuraban exaltar la propia nulidad bajo el manto teatral de la conspiración, y por el otro, querían satisfacer el propio orgullo limitado en el día de la próxima revolución..." (34).

Lo que los separa, pues, de las organizaciones conspirativas, es la respuesta sectaria que éstas brindan al problema de la emancipación de los trabajadores, producto directo de sus análisis no científicos de la estructura de la sociedad, y

que las lleva a una completa incapacidad para entender la trama íntima de todo proceso revolucionario.

Es importante remarcar esto último, pues la ambición de vanguardia que poseen las sectas conspiradoras, su autoproclamada dirigencia de la revolución, expresan trágicamente la irritabilidad de la pequeñoburguesía que no alcanza a entender el desarrollo de la sociedad capitalista, y por tanto, los métodos para oponerse a ella.

En 1850, Marx escribe una de sus páginas más brillantes en torno a la crítica de las sectas conspirativas: "Se entiende que estos conspiradores no se contenten con organizar en general al proletariado revolucionario, en impulsarlo intencionalmente a la crisis, en hacer la revolución de inmediato, sin las condiciones de la revolución... la única condición es que la insurrección esté suficientemente organizada. Son los alquimistas de la revolución, y comparten con los antiguos alquimistas su confusión de ideas. Afanados a estos continuos proyectos, no tienen otro objetivo que el cercano derrocamiento del gobierno existente y desprecian profundamente la actividad, de carácter más teórico, consistente en aclarar a los trabajadores sus intereses de clase" (35).

Los hechos mismos se encargaron de culminar la crítica de Marx. En efecto, el fracaso estrepitoso, casi humillante, de las "legiones libertarias" y las enseñanzas de las revoluciones del '48, despejaron ampliamente el panorama. Los métodos sectarios y alejados de las masas chocaban rudamente contra el numeroso proletariado que comenzaba a poblar a todas las naciones europeas, y que gestaba en su lucha organizaciones políticas y sindicales amplias, públicas, abiertas.

Los métodos conspirativistas sólo podían sobrevivir allí donde no estaban planteadas, aún, las modernas formas de lucha contra las modernas formas de producción. No es en absoluto contradictorio que el anarquismo, heredero preferido de las antiguas sectas conspiradoras, haya logrado enraizar en suelo español con particular fuerza, aún en la década del '70, en tanto que en el resto de Europa -y sobre todo en las naciones más industrializadas-, la Internacional primero, y luego los grandes partidos de masas, hayan sido la expresión del proletariado de avanzada (36).

IV. EL PARTIDO EN EL SENTIDO HISTÓRICO

Es absolutamente corriente hallar en la obra y la correspondencia de Marx y Engels referencias constantes al "partido" y "nuestro partido" sin que existiera realmente dicha organización. Tales referencias, sobre todo, abundan en el período que va desde la constitución del Comité de Correspondencia de Bruselas hasta la Liga, y durante el interregno que abre la contrarrevolución del 1849/50 y que se extiende hasta la fundación de la A.I.T., en 1864.

En efecto, Marx y Engels hablan de "partido", pero sólo en el sentido histórico del término, es decir, como potencialidad, o, dicho de otra manera, como expresión de una materialidad que aún no se ha realizado entre el proletariado.

No se trata de un planteo hegeliano, idealista, donde el partido es la "idea absoluta" que deviene en materialidad. No se trata aquí de que la teoría comu-

nista "prende" en un cuerpo-partido. Marx y Engels hablan de potencialidad en tanto que la organización que conlleva una teoría aún no se ha enraizado entre el proletariado alemán. La organización de la clase, el partido, pasa por numerosas etapas de desarrollo, cada una de las cuales corresponde a una etapa del desarrollo de la clase misma. De este modo, el proceso comenzará con la rebeldía de unos pocos trabajadores, luego con la formación de entidades gremiales; un salto importante será la constitución en "clase para sí" y, por lo tanto, en partido político propio; finalmente, la clase irá perfeccionando sus organizaciones y sus programas bajo las enseñanzas que le brinda su experiencia en la lucha. "Clase, partido y teoría se desarrollan correlativamente y en íntima conexión.

Es en este sentido que Marx habla de partido en el sentido histórico, es decir, como **presencia siempre en desarrollo** de la organización obrera, más allá de las formas organizativas que adopte en determinados períodos (secreta, pública, o, inclusive, se disuelva temporariamente). En su carta a Freiligrath del 29 de febrero de 1860, Marx escribe: "desde que a propuesta mía, la Liga quedó disuelta en noviembre de 1852, no pertenezco (ni pertenecí) a ninguna organización secreta ni pública; de modo que el partido, en ese sentido completamente efímero, dejó de existir para mí hace ocho años... La Liga, así como la Sociedad de las Estaciones de París y centenares de otras sociedades, no fue sino un episodio en la historia del partido, que nace **espontáneamente** del suelo de la sociedad moderna... Cuando digo partido doy a este término un sentido eminentemente histórico." (37)

Es importante remarcar que el partido "nace espontáneamente del suelo de la sociedad moderna" pues elimina toda sospecha acerca de un posible planteo idealista.

Ese planteo idealista es el que defenderá el marxólogo francés Maximilien Rubel. Para Rubel, el partido en sentido histórico es "...para Marx, el **PARTIDO INVISIBLE DEL SABER REAL**, antes que el saber dudoso de un partido real; es decir, -continúa Rubel- en modo alguno concebía que un partido obrero, cualquiera que fuese, pudiera encarnar, por el simple hecho de su existencia, la **CONCIENCIA** o el **SABER** del conjunto del proletariado." (38)

Como se ve, es Rubel el que incursiona en el idealismo hegeliano, pues plantea un saber idílico que aún no se ha materializado, o, a lo sumo, lo ha hecho en grados imperfectos; el "saber" de Rubel no ha encontrado, como la idea absoluta su estado prusiano.

La falsedad del planteo de Rubel es total. Si bien para Marx y Engels el esclarecimiento de ideas era fundamental, jamás concibieron organización alguna como una ánfora desbordante de sabiduría, y mucho menos retaceaban su apoyo a organizaciones obreras que carecían, a claras vistas, de una prolija formación teórica. Pruebas no faltan y son elocuentes las que brindan el cartismo y las organizaciones obreras yanqueas e inglesas de la década del '80. En cuanto a la A.I.T., a su vez, Marx propone permitir a cada sección hacer libremente su programa, y sólo importa que éste no vaya en contra de los principios de la Internacional, esto es, la plena emancipación de los trabajadores.

Como veremos más adelante Marx y Engels confían, por sobre todas las co-

*Este esquema no es único ni universalmente válido. En Inglaterra y los EE.UU. la organización gremial presidió a la política; sin embargo, en Austria y Rusia, por ejemplo, el proceso fue exactamente el contrario.

sas, en la creatividad revolucionaria de las masas, creatividad enriquecida básicamente por su experiencia de lucha. ¿Qué tiene que ver el "Partido invisible del saber real" con todo esto?

Es lícito preguntarse a qué apunta la afirmación de Rubel. La idea de un "Partido del saber real" como partido en sentido histórico, al oponerse al partido en permanente desarrollo, presupone un postulado trascendente en tanto deposita en un foro idealista, ajeno a su materialidad histórica, el desarrollo de la organización obrera. Para Marx, el partido en sentido histórico es aquel que nace y se desarrolla en la lucha de clases; para Rubel, en cambio, es una abstracción teórica, utópica, que le lleva a rechazar la organización proletaria en partido político propia como herramienta para su emancipación (39).

V - EL PARTIDO Y EL DESARROLLO DE LA CONCIENCIA PROLETARIA

a) La conciencia aportada a la clase desde el exterior de ella.

Ya hemos visto como es que en su praxis el proletariado adquiere su conciencia de "clase para sí", como sus intereses se convierten en intereses de clase opuestos a los de la burguesía. La lucha contra el Capital representa la base material que genera la conciencia.

Ahora bien, es lícito preguntarse acerca del NIVEL de dicha conciencia; dicho de otro modo: interesa saber si la lucha contra el Capital genera permanentemente nuevos grados de desarrollo de la conciencia obrera, si lleva finalmente a la conciencia revolucionaria, y si no es así, como se establece la unidad de ambos.

Tampoco en esta cuestión se expedieron Marx y Engels con especial atención. Esta cuestión, evidentemente, a permitido la teorización del tema siendo llevado a extremos francamente opuestos al pesimismo de Marx y Engels sin perjuicio de haber abandonado la "ortodoxia" (tal el caso de K. Kautsky y el Lenin del "¿Que Hacer?")

Hay una respuesta clásica a estos interrogantes que suele pasar por "norma" en el pensamiento marxista; la misma fue formulada primeramente por Kautsky: "Para no ser totalmente ingenuo y políticamente ineficaz, el socialismo presupone la comprensión en toda su gran complejidad de las relaciones sociales y su análisis metódico. Pero la ciencia es todavía hoy un privilegio de las clases poseedoras. El proletariado no puede, en consecuencia, producir por sí mismo un socialismo lleno de vitalidad; este debe serle aportado por pensadores que, armados de todos los instrumentos de la ciencia burguesa se coloquen en un punto de vista proletario y desarrollen desde ese punto de vista una nueva concepción proletaria de la sociedad." (40)

Se trata, pues, de la ya conocida teoría de la procedencia externa de la conciencia socialista, teoría central de la organización leninista de 1903 (41), y defendida ardientemente en forma oficial en la URSS, como así también dicho sea de paso hasta por autores tan disímiles como G. Luckas y el belga E. Mandel (42). Para Kautsky, la conciencia socialista es introducida a las masas por los sectores cultos, intelectuales, desprendidos en situaciones revolucionarias y de crisis de sus clases para adherir a la causa proletaria. Por sí misma, la clase obrera no puede acceder jamás a la conciencia socialista, limitándose a lo que Lenin llamaría una conciencia tradeunionista.

Kautsky - como bien dice Lucio Magri - reduce todo a identificar la conciencia socialista con la ciencia de la sociedad burguesa, capitalista. Para el dirigente alemán, por lo tanto, la conciencia no tendrá más que aclarar la necesidad de socializar los medios de producción. Se trata, también en este caso, por demás claro, de una posición idealista, de filiación hegeliana, que otorga a los cambios sociales-económicos la categoría de "idea materializada", de proyecto devenido historia. "De este modo, la revolución socialista no es otra cosa que la sanción de un proceso necesario; el proletariado sólo debe reflejar y acompañar la evolución de las fuerzas objetivas, en sustancia, ya no definir y construir un nuevo ordenamiento social, una nueva forma de vida humana, sino sólo crear las 'bases materiales', los presupuestos." (43).

La interpretación intelectual Kautskiana desplazaría, así, a la actividad revolucionaria del proletariado. Ya no se trata de una crítica transformadora de la sociedad, sino de su entendimiento. En pocas palabras: de la revolución a la reforma: del marxismo al revisionismo.

Contrariamente a esta tesis, ni Marx ni Engels se refirieron jamás a los intelectuales, aún los comunistas, como los encargados de ilustrar e iluminar a la clase en sus pasos históricos. No en vano Kautsky no puede citar para apoyar su tesis ni una sola vez a Marx y Engels, y Lenin al sostener la idea kautskiana se verá en el mismo trance, limitándose sólo a citar a Kautsky.

Marx y Engels entendieron la producción intelectual como consecuencia -aunque no mecánica- del acontecer práctico. "Un movimiento histórico -escribe Marx- puede servir perfectamente de órgano al escritor, pero es evidente que éste no podría crearlo." (44).

"La supresión de las condiciones feudales de la propiedad -escribe Marx en 1847- y el establecimiento de la sociedad burguesa moderna no fueron pues, de ningún modo, el resultado de una cierta acción, que partiendo de una principio teórico determinado elegido como centro, hubiera sacado de él otras consecuencias. Por el contrario -continúa Marx- los principios y las teorías de los escritores de la burguesía establecieron en el curso de su lucha contra el feudalismo, sólo fueron la expresión teórica del movimiento práctico..." (45).

La relación que plantea Marx entre el intelectual y el "movimiento práctico" es muy concreta: el primero EXPRESA al segundo, NO LO ANTECEDE y, por ende, NO LO PREPARA.*

Esta caracterización sobrepasa por la carencia de elementos fetichistas respecto a la "fuerza de la razón" (es evidente que el planteo de Kautsky tiene mucho de iluminista), de ahí que resulta incomprensible el intento de adozar a la teoría marxista un apostolado intelectual para con el proletariado.

Es más, Marx especificará: "No podemos... colaborar con individuos que declaran abiertamente que los obreros son demasiado incultos para liberarse ellos mismos, y deben ser liberados desde arriba, o sea por burgueses filántropos, grandes y pequeños..." (46). ¿No es esto la negación de la teoría kautskiana misma?

Para Marx y Engels los intelectuales deben esclarecer el proceso revolucio-

*Marquemos, sin embargo, que la expresión del Movimiento práctico puede alcanzar notable desarrollo y anteceder, en un momento determinado, a los sucesos revolucionarios que, en última instancia, permitieran su desarrollo: tal el caso del iluminismo y la revolución Francesa.

nario, deben ser los portavoces de la realidad de la lucha de clases, pero su función como intelectuales JAMAS llega a anteponer su ciencia a la experiencia militante de la clase.

b) El partido como conciencia colectiva de la clase.

Hemos visto que Marx y Engels desechaban la idea de un desarrollo de la conciencia proletaria impulsada desde el exterior, hacia la conciencia revolucionaria.

Para ellos, el proceso de desarrollo de la conciencia es absolutamente inmanente al desarrollo de la clase misma; la constitución y posterior evolución de la segunda impulsa y corrige permanentemente a la primera así como la primera organiza, cohesiona a la clase en tanto masa amorfa. Son dos términos de una misma ecuación.

Se entiende entonces que en el mismo proceso de constitución del proletariado en clase "para sí" la conciencia obrera se desarrollará correspondientemente, sin limitarse a una conciencia primaria sino que ésta accederá cada vez más a la clarificación de sus intereses de clase y la imposibilidad de realizarlos sin el derrumbe de la sociedad capitalista.

Es en la lucha, pues, donde la conciencia de clase del proletariado se identificará con la conciencia revolucionaria. Pero no se trata aquí de las conciencias individuales, de la conciencia de tal o cual proletario o de un sector de ellos. Se trata de la conciencia expresada por el partido obrero que recoge la experiencia histórica de la clase en una suerte de conciencia colectiva. El desarrollo de la conciencia obrera es, entonces, AUTODESARROLLO, pero entendido sólo y únicamente bajo el auspicio del enfrentamiento de la clase constituida en partido contra el Capital.

Ni Marx ni Engels interpretan este desarrollo como un proceso lineal, evolucionista, como una simple acumulación de hechos y teorías que conducirán a la clase a la liberación. Por el contrario, para ellos el desarrollo de la conciencia obrera está perturbado por reveses y frenos, derrotas y contradicciones; cuenta de ello es el fenómeno de la aristocratización y burocratización de un sector de la clase, fenómeno que supieron advertir en innumerables ocasiones. (47).

El desarrollo de fuertes y concentrados proletariados, como el de los EE.UU. e Inglaterra, intensificaron la confianza de Marx y Engels en la experiencia práctica de la clase y el rol clarificador de la misma. En efecto, analizando el movimiento yankee, Marx escribe: "Reconocemos totalmente la justificación histórica del Movimiento de los National Reformes norteamericanos. Sabemos que este movimiento aspira a un resultado,... pero que, en su calidad de ataque contra la propiedad de bienes raíces en general, y en particular en las condiciones existentes en los Estados Unidos, tiene que progresar por sus propias consecuencias en dirección del comunismo." (48). Por su parte, Engels, refiriéndose también al proletariado yankee, no es menos tajante: "El primer gran paso de importancia para todo país que entre en el movimiento es siempre la organización de los obreros como partido político independiente, no importando como, siempre que sea un partido netamente obrero... Que el primer programa de este partido sea todavía confuso y muy deficiente, que haya izado la bandera de Henry George, son males inevitables pero también transitorios. La masa debe tener tiempo y oportunidad para desarrollarse, y únicamente pueden tener la oportunidad de ha-

cerlo si tienen su propio movimiento, al que hacen progresar por sus propios errores y aprendiendo de sus heridas. (49). Poco tiempo después, Engels insistirá en que el partido "pronto hallará la dirección correcta" (50), se entiende que a costa de su propia experiencia.

Cuando se refieren al proletariado inglés, sobre todo Engels, se marca que el mismo ya advierte la insuficiencia de las luchas meramente salariales, y que su experiencia le determina que aún para solucionar lo salarial hay que ir mucho más allá de lo meramente económico. (51).

Concluyendo, a la posición que le otorga a la clase el rol de espectador en el desarrollo de la conciencia revolucionaria, Marx y Engels le oponen la teoría del desarrollo de la conciencia como fenómeno inmanente al desarrollo de la clase misma, constituida en partido.

Es el partido quien recoge, ordena y sintetiza cada una de las experiencias combativas de la clase. Es el partido quien las universaliza y desarrolla para el conjunto de los trabajadores. Es el partido, finalmente, quien, actuando como conciencia colectiva, expresa los grados de desarrollo de dicha conciencia.

VI. EL PARTIDO COMO INSTRUMENTO DE LA CLASE OBRERA:

Los diversos modelos

Es notorio como se suele remarcar que en Marx y Engels no hay un ateoría general de la organización sin preguntarse por qué criterio animaron tantas y tan diversas organizaciones partidarias.

En efecto, Marx y Engels se relacionaron activamente e impulsaron varios modelos sumamente diferenciados entre sí y que podemos simplificar en a) la pequeña organización de cuadros (Liga de los Comunistas); b) La gran confederación internacional de organizaciones obreras (A.I.T.); c) el partido nacional y socialista de masas (Socialdemocracia alemana); y d) los partidos nacionales de masas (Inglaterra y EE.UU en la década del '80).

La diversidad de organizaciones citadas encuentran su denominador común en que son instrumentos de la clase ante determinadas situaciones, y siempre transformables según las exigencias de la situación.

Para Marx y Engels el partido jamás se presenta como presupuesto del proceso revolucionario sino como su consecuencia más importante para el devenir exitoso de éste. El partido no es un a priori que determina los rumbos de la lucha de clases sino quien expresa concientemente tales rumbos.

En carta a Damela Nieuwenhuis del 22 de febrero de 1881 Marx escribe: "La visión científica de la inevitable descomposición del orden social vigente, que se produce continuamente ante nuestros ojos, y el creciente apasionamiento de las masas acicateadas por los viejos fantasmas del gobierno - en tanto que al mismo tiempo avanza con zancadas de gigante el desarrollo positivo de los medios de producción- todo esto es garantía suficiente de que en el momento en que estalle una verdadera revolución proletaria existirán también las condiciones (si bien éstas, seguramente, no serán idílicas) de su inmediato MODUS OPERANDI." (52).

El partido es, pues, "...un instrumento plástico y mutable, un reflejo de lo que constituye el único objeto real de las revoluciones: el proletariado." (53).

Echando una ojeada sobre los distintos modelos que Marx y Engels animaron se comprueba que esta conclusión no sale de una cita de sus obras, sino de la realidad misma de su política.

La historia del movimiento obrero alemán durante la segunda mitad del siglo pasado nos servirá como primer ejemplo:

Ya hemos visto que la Liga de los Comunistas, durante la contrarrevolución, abogaba por la formación de **clubes** independientes y por una federación de los mismos como forma de construcción del partido de los trabajadores.

Se abandonaba la forma organizativa del grupo pequeño para pasar a núcleos de base amplia. Los proyectos no prosperarán mayormente y la Liga se disolverá en el '52.

En la década del '60 la primera organización de importancia que surge es la A.D.A.V. (Unión General de Obreros Alemanes), dirigida por Ferdinand Lassalle.

La A.D.A.V. (fundada en 1863) tenía como rasgo distintivo un marcado burocratismo y una disciplina consecuente a un partido estructurado de arriba a abajo. Marx y Engels criticaron duramente a esta organización y al intento lassalleano de prescribir a los trabajadores el curso a seguir, según los mandatos de un líder.

En 1868, Liebknecht y Bebel fundan la Asociación de Organizaciones Obreras de Alemania. Un año después, en el Congreso de Eisenach se funden los sectores opositores de la A.D.A.V. y el partido de Bebel, creándose el Partido Obrero Socialdemócrata Alemán.

"Aunque en algunos sentidos no era tan directamente socialista como la A.D.A.V., el nuevo partido, según lo veían Marx y Engels, tenía sobre la primera la gran ventaja de oponerse sin retaceos al nacionalismo de Bismarck y de estar organizado de acuerdo con lineamientos completamente democráticos. En él Marx y Engels llegaron a reconocer un partido proletario genuino y, por primera vez desde la disolución de la Liga de los Comunistas en 1852, aplicaron la expresión 'nuestro partido' a un partido político organizado de la época." (54)*

En 1875 se planteó la unidad del partido de Eisenach y el de Lassalle. En el Congreso de Gotha se realizó la unificación y se elaboró el nuevo programa. Marx y Engels reaccionaron con dureza contra este programa cuyas características delataban la tradición lassalleana; de especial tono es la carta de Engels a Bebel del 18/28 de marzo de 1875 y la de Marx a Brake del 5 de mayo del mismo año.

Aún así, Marx y Engels permanecieron en el Partido y no pasará demasiado tiempo para que Engels (Marx ya había muerto) se entusiasmará ante los progresos electorales del partido.

Hacia 1880, el nuevo curso planteado por la lucha contra el Capital, que encontraba ahora un tabuloso desarrollo en el plano parlamentario requería un nuevo cambio en la organización de las masas. Engels mismo escribe al respecto: "A mi me parece que el **VIEJO PARTIDO**, junto con su organización, **HA TERMINADO**. Sí, como es de esperar, el movimiento europeo se pone nuevamente en marcha, la **GRAN MAYORÍA DEL PROLETARIADO ALEMÁN** se incorporará a él, y entonces los 500.000 hombres de 1878 se unirán al núcleo

*Franz Mehring no es de la misma opinión. Para el biógrafo de Marx la organización lassalleana revestía mayor importancia que el partido de Eisenach.

experimentado y educado de esa masa; pero entonces la vieja 'organización estricta' ligada por la tradición lassalleana se convertirá en un muro capaz de contener a un carro pero no a una avalancha." (55).

Solo cinco años más tarde Engels iba aún más lejos: "Hoy el proletariado alemán no tiene más necesidad de ninguna organización oficial, ni pública ni privada. La simple coherencia de sus compañeros concientes le basta para sacudir, sin estatutos, cargos... y otras formas tangibles, a todo el imperio alemán." (56).

Por supuesto que Engels no buscaba la disolución del partido con esta consideración, hecha en uno de los momentos de mayor apogeo electoral del mismo, pero dejaba bien en claro que las masas se encargan de destruir las formas políticas que ya no le corresponden según su desarrollo construyendo prontamente las nuevas. Lo que está claro es que son las masas las que determinan en su creatividad revolucionaria cuales son los medios organizativos que mejor defienden sus intereses y de manera más representativa, aunque jamás cobren formas idílicas.

El carácter instrumental del partido tiene aquí una de sus expresiones más acabadas, ligado estrechamente a la experiencia creativa **el partido es instrumento mutable en tanto las masas corrigen en su desarrollo las formas que reviste su organización.**

El modelo de la Asociación Internacional de Trabajadores (A.I.T.) no es menos elocuente:

La A.I.T. en ningún momento surgió como resultado de una detenida prefiguración; por el contrario, es la materialización en el campo proletario del vertiginoso desarrollo de la clase, ayudada por las condiciones que le brinda la prosperidad capitalista durante la década del '50 y comienzos de la siguiente.

En efecto, durante este período la burguesía verá sus aspiraciones democráticas, necesarias para su dominación como clase, más o menos satisfechas. Los intelectuales comenzaron a tener libertad de prensa y el derecho a sufragar alcanzó a pequeños burgueses y campesinos. Italia comenzó su camino de unidad que finalizaría en 1870; la guerra de Crimea suprimió la servidumbre en Rusia. El desarrollo capitalista desató una amplísima población obrera concentrada en ciudades y regiones enteras.

Hacia 1860, la situación contrarrevolucionaria de doce años atrás estaba completamente superada. El levantamiento de los siervos en Rusia y el movimiento de los esclavos norteamericanos perfilaban una nueva situación. En 1863, y a raíz de la revolución en Polonia, Marx le escribe a Engels: "¿Qué me dices de los asuntos polacos? Una cosa es segura: la era de la revolución se ha reabierto favorablemente en Europa y el estado general de las cosas es bueno." (57).

En este marco, las **Trade Union** inglesas convocan a los trabajadores franceses y del resto de Europa a ponerse de acuerdo para considerar el tratamiento de problemas comunes. Los obreros franceses enviaron su delegación, y finalmente se realizó, para recibirlos, el fantástico mitin obrero de Saint Martin's Hall de Londres. Era el 28 de setiembre de 1864 cuando la Internacional nacía.

De inmediato se formó un Consejo General provisional integrado por unos 50 miembros; entre el grupo alemán se encontraba Marx y otros miembros de la disuelta Liga de los Comunistas.

El 1ro. de noviembre el Consejo aprobó los proyectos de Estatuto y Manifiesto inaugural, elaborados ambos por Marx.

En el manifiesto a los trabajadores se especificaba: "La clase obrera posee

un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza sino está unido por la asociación y guiado por el saber." (58) y hace un llamamiento al internacionalismo proletariado cuya fraternal universalidad representa la A.I.T.

Los rasgos distintivos de este modelo los podemos resumir fundamentalmente en tres. En primer lugar el **carácter internacional** de la lucha de clases y la necesidad, por lo tanto, de **un frente único** de los trabajadores de todas las naciones. A tal fin, expresa el artículo primero de sus estatutos: "La Asociación es establecida para crear un centro de comunicación y de cooperación entre las sociedades obreras de los diferentes países y que aspiran a un mismo fin a saber: la defensa, el progreso y la completa emancipación de la clase obrera." (59).

En segundo término, y ligado al primero, se llama formalmente a **organizar secciones nacionales** en los distintos países para quebrar el aislamiento de los pequeños grupos obreros. (60)

Finalmente, **la AIT otorga plena libertad para organizarse y formular sus programas** a las distintas secciones nacionales, en tanto no atenten contra el principio rector de la A.I.T., esto es: la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos. "Sería desconocer por completo la naturaleza de la Internacional hablar de instrucciones secretas procedentes de Londres, como si se tratara de decretos en materia de moral y emanando de algún centro pontifical de dominación e intrigas. Esto implicaría una forma centralizada de gobierno por la Internacional, mientras que su verdadera forma **concede de manera expresa y por iniciativa local el mayor campo de acción a la energía y al espíritu de independencia**. La Internacional no es de hecho ningún gobierno de la clase obrera. (61)

Aún más, Marx agrega: "Nuestros objetivos deben ser necesariamente lo bastante amplios como para englobar a todas las formas de actividad de la clase obrera. Darles un carácter particular hubiera supuesto adaptarlos a la necesidad de una sola sección, de los trabajadores de una sola nación. Pero ¿cómo puede exigirse que todos se unan para alcanzar los objetivos de unos pocos? Si la Asociación hubiera obrado así, hubiera tricionado a la Internacional. **La Asociación concluye Marx: no impone ninguna forma a los movimientos políticos.**" (62)

A pesar de la claridad de conceptos esgrimidas por Marx y Engels acerca de la independencia con que podían obrar las secciones de la AIT, hay autores empeñados en "descubrir" planes secretos que llevarían a la AIT a ser una fortaleza dirigida por el poder discrecional del Consejo General y, muy especialmente, por Marx y Engels. Con esmerada dedicación Micklos Molnar realiza esta tarea en su libro **El declive de la Primera Internacional**. En efecto, para Molnar, Marx y Engels deseaban transformar la A.I.T. en el centro rector de partidos nacionales que respondieran a sus ideas. Según nuestro autor, Marx y Engels dedujeron de la derrota de la Comuna la necesidad de un partido férreo, clarificado teóricamente, y de ahí en más tendieron a transformar la Internacional según sus nuevas ideas sobre la organización de la clase; pero citemos a Molnar pues es ejemplo de como se falsifica el pensamiento de Marx y Engels: "La Internacional así reorganizada, -escribe- compuesta de partidos nacionales y de secciones más o menos uniformadas, disponiendo de una doctrina común y de estatutos revisados que atribuyen amplios poderes discrecionales al Consejo General, he aquí 'la clase obrera constituida en partido político' "(63). Molnar va aún más lejos y considera que Marx y Engels deseaban un partido "a la vez idéntico a la clase

obrero, a la Internacional y, por último, a ellos mismos." (64) En pocas palabras, Molnar anula la idea de Marx y Engels acerca del partido como instrumento de clase, y "descubre" en su lugar a un partido cuyo mérito mayor sería el de llegar a ser reflejo no de la clase, sino de sus dos mentores geniales: Marx y Engels.

Al igual que Kautsky y su teoría de la procedencia externa de la conciencia socialista, M. Molnar no puede citar a Marx y Engels ni una sola vez para apoyar su tesis, tesis ésta que no pasa de ser una colección de conjeturas acomodadas y dispuestas a avalar, aunque desde otro ángulo, la posición de Rubel (65). En efecto, ¿qué es el partido idéntico a "ellos mismos" sino la materialización de la idea en organización?

Veamos ahora como esta posición no resiste la realidad del otro modelo auspiciado por Marx y Engels, es decir, el partido de masas tal como se estructuró en Inglaterra y los EE.UU.

Marquemos en primera instancia que lo que se brinda en Inglaterra y los EE.UU. es casi opuesto a lo que se brinda en Francia y Alemania. Mientras que en Francia Engels apoyaba a la fracción guesdista contra la conciliadora, y en Alemania el partido se consolidaba sobre un programa socialista, en EEUU e Inglaterra se plantea una organización de masas cuyo programa se irá purificando de tendencias sindicalistas y conservadoras. Hacia 1880, en Inglaterra había surgido un nuevo sindicalismo que prontamente superó a las organizaciones socialistas existentes en el intento de atraerse a la clase obrera. Engels divisaba en el surgimiento de este nuevo sindicalismo una base para la construcción del partido independiente de la burguesía. En sus artículos del **Labour Standard**, especialmente en los de mayo-junio de 1881, Engels remarca la necesidad de romper y ampliar la organización puramente gremial: "En la clase obrera del país se despierta la conciencia de que lleva cierto tiempo marchando por un camino falso; -escribe- que el movimiento actual, cuyo exclusivo fin es el aumento del salario y la reducción de la jornada, lo mantiene en un círculo vicioso del que no hay salida, que el mal básico no es el escaso nivel de los salarios, sino el propio sistema de trabajo asalariado. En cuanto la conciencia de esto se haga general entre la clase obrera, la posición de los tradeunions deberá cambiar considerablemente.

Perderán el privilegio de ser los únicos organizaciones de la clase obrera **Junto a las uniones de los distintos oficios, o sobre ellas, debe surgir una unión general, una unión política de la clase obrera como un todo único.**" (66)

La idea de construir el partido político **JUNTO** o **SOBRE** las uniones es completamente superada por la aparición pujante del nuevo sindicalismo que desde las uniones crea una organización superior a ellas. Se trata del **Independiente Labour Party** (Partido Laborista Independiente) fundado a comienzos de 1893 en Bradford, donde existía un movimiento importante del sindicalismo de nuevo cuño. Engels saludó entusiastamente al nuevo partido; en carta a Sorge del 18 de enero de 1893, escribe: "La Federación Socialdemócrata por una parte, y los fabianos por otra, no han sido capaces, por su actitud sectaria, de absorber la presión del socialismo que se ejerce en las provincias, de manera que la fundación de un tercer partido es beneficiosa. Pero la presión es ahora tan grande -continúa Engels-, especialmente en los distritos industriales del norte, que el nuevo partido es ya, en su primer Congreso, más fuerte que la Federación Socialdemócrata o que los fabianos, sino más fuerte que los dos juntos. Y la **MASA** de los afiliados es muy buena, ya que su centro de gravedad está en las provincias y no en Lon

dres, reducto de las camarillas, y como el punto principal del programa es nuestro, Aveling hizo bien en afiliarse y en aceptar integrar el Ejecutivo." (67).

El Partido Laborista Independiente distaba mucho de ser "idéntico" al pensamiento marxista y, de hecho, no logró fortalecerse como alternativa radicalizada de las masas, sin embargo, y esto es lo que nos importa subrayar, Engels le dió todo su apoyo en tanto representaba el movimiento independiente de la clase que construyendo su partido rompía el estrecho marco de la organización meramente sindical. Detrás del Partido estaban las masas cuya actividad política representa, para Engels, el reaseguro que en la práctica todo defecto puede corregirse así, el partido, irá hallando su ruta, sus formas de intervención, su cada vez más depurado programa de clase. Las masas moldearán al partido, al programa y a sus dirigentes, a los cuales "enseñaran honestidad o los lanzarán por la borda." (68).

El movimiento independiente del proletariado yankee es similar en tanto también se basa en la actividad del sindicalismo, sobre todo el desarrollado entre 1884 y 1886 con el movimiento de los Knights of Labor (Caballeros del Trabajo). Es un hecho innegable -escribe Daniel Guérin- que este gran movimiento espontáneo y elemental estaba fuertemente impregnado de ideas socialistas y revolucionarias, circunstancia quizás única, por lo menos hasta hoy en la historia del movimiento obrero norteamericano. El empuje elemental, -continúa Guérin- de las masas fue orientado por una vanguardia consciente. Joseph R. Buchanan, que fue el gran organizador de los Knights en el Oeste, estaba ligado al socialismo revolucionario e internacionalista." (69).

La ejecución de los mártires de Chicago, el 4 de mayo de 1886, marca el inicio de un terror antiobrero que llegaría a quebrar el movimiento; por otra parte, las debilidades inmanentes del mismo minaron su estructura y permitieron, finalmente, que el mismo se extinguiera. Sin embargo, Engels escribía a Schlüter el 11 de enero de 1890: "Los obreros norteamericanos ya están andando, pero lo mismo que los ingleses, a su manera. No se les puede endosar de antemano la teoría, pero su propia experiencia y sus propios errores y las perjudiciales consecuencias de éstos, pronto harán que choquen contra la teoría y entonces todo marchará bien." (70). Es evidente que para Engels importaba más suscribir la acción independiente de la clase obrera yankee, acción de visos espontáneos que buscaba canalizarse orgánicamente, que la certeza de sus programas. Nuevamente prima, por encima de cualquier otra cuestión, el apoyo a la manifestación genuina de la clase contra el Capital, cualquiera sea la forma que adopte y a pesar de todas sus deficiencias, y es que a las masas **JAMAS** se les puede "endozar" no sólo teoría, sino el cuerpo donde desarrollarla. Las masas crean una y otra; incorporan, "a su manera", y de acuerdo a sus intereses, las teorías elaboradas por los intelectuales, o bien, generan sus propios intelectuales orgánicos, provengan éstos originariamente de la misma clase obrera, de la pequeña burguesía, o de la burguesía.

VII. CONCLUSION

Hemos intentamos demostrar, partiendo de los presupuestos básicos que hace a la intervención de la clase contra el capital, como la teoría marxista de la revolución es por completo incompatible con cualquier tipo de forma organizativa del proletariado no impuesta por su propio desarrollo. En la teoría marxista

de la revolución no hay cabida para imperativos externos para con el proletariado, y así como las condiciones objetivas de la revolución no pueden ser producto sino del desenvolvimiento de la sociedad misma, las condiciones subjetivas de la revolución, la organización de los trabajadores en partido político propio, no puede ser sino producto de su desenvolvimiento como clase.

El abc de la teoría marxista de la organización está, pues, en esta sencilla fórmula: clase y organización de clase están ligadas a un mismo proceso de desarrollo social e histórico.

En este sentido creemos exacta la afirmación de Rossana Rossanda: "Si en Marx... no hay una teoría del partido, es porque en su teoría de la revolución no existe necesidad de ella ni espacio para la misma." (71). Carencia de "necesidad" y "espacio" en tanto que la teoría del partido no surge como *a priori* al devenir del proceso revolucionario.

Otro rasgo distintivo es el que le da el antifetichismo concreto que significa el carácter instrumental del partido; en efecto, es por completo ajeno al pensamiento marxista el estigmatizar a la clase con una forma particular de organización ineluctable para el éxito de su lucha contra el Capital.

Finalmente, la relación entre el partido y la clase, según los planteos de Marx y Engels, es absolutamente dialéctica. El partido organiza al proletariado consciente, el partido expresa a este proletariado y, a su vez, toma el rol de conciencia colectiva del conjunto de las masas, en tanto sus intervenciones apuntan a emancipar a toda la sociedad explotada. Pero al mismo tiempo, el partido surge de esta masa misma, no puede ser sino parte de ella. El partido puede ser la expresión consciente de la clase obrera sólo porque es alimentado, nutrido por la experiencia y los hombres de la misma clase que representa. El partido, pues, no es una conciencia escindida abstractamente del tronco que le da vida; de igual manera, la clase no es una base pasiva sobre la que se separa lo mejor de ella para integrar el partido. Partido y clase se relacionan y precisan a lo largo del desarrollo de la lucha de clases, y el alejamiento de uno y otro término, no puede acarrear sino un desfasaje peligroso, productor de todo tipo de desviaciones burocráticas y sectarias, por un lado, y apartidistas por el otro.

NOTAS:

- (1) Marx-Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", Bs. As., Anteo, 1975, p.40.
- (2) Ibid, p.41.
- (3) Marx-Engels, "La Ideología Alemana", Bs. As., Ed. Pueblos Unidos, 1973, p. 336.
- (4) Marx-Engels, "La Sagrada Familia", Bs.As., Claridad, 1975, p.51. Subrayado de GR.
- (5) Marx, K., "Miseria de la filosofía", en Obras Escogidas, Bs.As., Ciencias del Hombre, 1973, t.VII, p.116.
- (6) Ibid, p.116.
- (7) Lukács, G., Historia y conciencia de clase, Barcelona, Grijalbo, 1978, p.44.
- (8) Marx, K., "Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel", Bs.As., Ed. Nuevas, 1968, p.34.
- (9) Engels, F., "Revolución y contrarrevolución en Alemania", Bs.As., Polémica, 1976, p.18.
- (10) Ibid, p.62.
- (11) Engels, refiriéndose a los orígenes del socialismo en su "AntiDühring": "A la inmadurez de la producción capitalista y del proletariado como clase, correspondió la inmadurez de sus teorías" (Bs.As., Cartago, 1973, p.210).
- (12) Marx, K., "La crítica moralizante o la moral crítica", en "La Sagrada Familia", cit., p.248. Subrayado de GR.
- (13) Ibid, p.248.
- (14) Marx, K., La Lucha de clases en Francia de 1848 a 1850, Bs. As., Anteo, 1972, p. 53-54.

- (15) Lowy, Michel, "La teoría de la revolución en el joven Marx", México, Siglo XXI, 1972, p.197.
- (16) Marx-Engels, "Correspondencia", Bs.As., Cartago, 1973, pp.14-23. Preferimos citarla de Lowy, "La teoría de la revolución...", cit., p.197.
- (17) Lowy, cit., p.191.
- (18) Engels, F., "Para la historia de la Liga de los Comunistas", en: Marx, K., "Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia", Bs.As., Lautaro, 1946, p.22. Hay reedición en: Marx-Engels, "Obras escogidas", cit.
- (19) "Estatutos de la Liga Comunista", en "Biografía del Manifiesto Comunista", México, Ed. México, 1949, pp.407-413. Hay reedición mexicana.
- (20) Engels, F., "Para la historia de la Liga...", cit., p.26.
- (21) Lowy, cit., p.209.
- (22) Ibid., p.211.
- (23) Marx-Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", cit., p.47.
- (24) Johnstone, Monty, Marx y Engels y el concepto de partido, en: VVAA, "Teoría marxista del partido político", Córdoba, Pasado y Presente, 1971, p.109.
- (25) Marx-Engels, "Manifiesto...", cit., p.49.
- (26) Ibid., p.50.
- (27) Engels, F., "La situación de la clase obrera en Inglaterra", Bs.As., Futuro, 1965, p.230.
- (28) Riazanof, David, "Notas al Manifiesto Comunista", Bs.As., Aquarius, 1973, p.89.
- (29) Marx, K., "Revelaciones sobre el proceso de...", cit., p.161.
- (30) Marx-Engels, "Alocución de marzo de 1850", en: Marx, "Revelaciones sobre el proceso de los comunistas...", cit., p.197.
- (31) Ibid., pp.201-202.
- (32) Ibid., p.205.
- (33) "Revista Comunista", en "Biografía del Manifiesto Comunista", cit., p.378. Se trata del número de prueba -el único que vio la luz- editado en Londres, setiembre de 1847.
- (34) Marx, K., "Revelaciones sobre el proceso...", cit., p.162.
- (35) Este texto está tomado de un comentario de Marx a sendos libros de A.Chenu ("Les Conspirateurs") y L. de la Hodde ("La Naissance de la République"), publicado en 1850 en la "Neue Rheinische Zeitung Revue", citado por Rossana Rossanda en "De Marx a Marx" (en "Teoría marxista del partido político", cit., p.131(n)).
- (36) Sobre la situación de la clase obrera en España, v. Engels, F., "Los bakuninistas en acción", en Marx-Engels, "Revolución en España", Barcelona, Ariel, 1970.
- (37) Rubel, M., "Páginas escogidas de Marx para una ética socialista", Bs.As., Amorrortu, 1974, pp.77, t.I.
- (38) Ibid., p.47-48.
- (39) Rubel ha llegado a considerar al partido como la traba más grande para la revolución obrera. V. su artículo en la antología "Partido y Revolución", Bs.As., R.Alonso Editor, 1971.
- (40) K.Kautsky, en su artículo del 17 de abril de 1901, cit. por Mandel, "Construir el partido", Bs.As., Schapire, 1974, p.28-29.
- (41) LLlamamos la atención sobre la posición de Lenin en 1903, dadas las mutaciones que, a lo largo de los años, fue sufriendo la concepción del partido en el líder de Octubre. V. el documentado trabajo de Antonio Carlo, "El partido revolucionario en Lenin" (en: rev. Pasado y Presente, 2a. época, n.2, dic.1973) y el apéndice del citado libro de Lowy.
- (42) Como ejemplo de sacralización stalinista de la teoría del "Qué hacer", v. la célebre "Historia del PC/b/US", varias ediciones. Para Lukács, v. su "Lenin", Bs.As., La Rosa Blindada, 1968, y para E.Mandel, op.cit.
- (43) Magri, Lucio, "Problemas de la teoría marxista del partido revolucionario", en VVAA, "Teoría marxista del partido político", cit., p.74.
- (44) Marx, K., "La crítica moralizante...", cit., p.252.
- (45) Ibid., p. 253. Subrayado de GR.
- (46) Citado por C.Lefort, "¿Qué es la burocracia?", Francia, Ruedo Ibérico, 1970, p.63.
- (47) En carta a Liebknecht, del 11-11-1878, Marx escribe: "La clase obrera inglesa había sido cada vez más corrompida desde 1848 y había terminado por no ser más que el furgón de gran Partido Liberal, es decir, lacayos de los capitalistas. Su dirección había pasado completamente a manos de los corrompidos dirigentes sindicales y agitadores profesionales". V. "Correspondencia", cit. p.291.
- (48) El texto corresponde a la circular contra el "verdadero socialista" Kriege, de mayo de 1846, cit. por Lowy, p.193(n.6). Subrayado de GR.

- (49) Carta de Engels a Sorge del 29-XI-1886, en "Correspondencia", cit. p.361. Subrayado de GR.
- (50) Carta de Engels a Schlüter del 11-I-1890, en "Correspondencia", cit., p.371.
- (51) Engels, F., "Artículos de The Labour Standard", Moscú, Ed. Lenguas Extranjeras, s/f. V. esp. artículos del 28 de mayo y 4 de junio de 1881.
- (52) Carta de Marx a Damela Nieuwenhuis, en "Correspondencia", cit., p.315.
- (53) Rossanda, R., cit., p.2.
- (54) Johnstone, M., cit., p.127.
- (55) Carta de Engels a J.P. Becker del 10-IV-1880, en "Correspondencia", cit. p.310.
- (56) Engels, F., "Para la historia...", cit., p.34.
- (57) Carta de Marx a Engels del 13-11-1863, en "Correspondencia", cit., p.125.
- (58) Marx, K., "Manifiesto inaugural de la AIT" en: "La Primera Internacional. Historia, documentos, polémica", Bs.As., Calicanto, 1968, p.51.
- (59) Ibid., p.54.
- (60) Punto 7 de los Estatutos generales de la AIT, en "La Primera Internacional..." cit.
- (61) Declaraciones de Marx ante el corresponsal de "The World" de N.York, cit. por Molnar, "El declive de la Primera Internacional", Madrid, Edicusa, 1974, pp.182-183. V. también Rubel, cit., t.II, pp.82-83. Subrayado de GR.
- (62) Ibid. Subrayado de GR.
- (63) Molnar, cit., pp.178-179.
- (64) Ibid., p.182.
- (65) Ibid., p.180.
- (66) Engels, F., "Artículos de The Labour...", cit., p.18. Subrayado de GR.
- (67) Marx-Engels, "Correspondencia", cit. pp.402-403.
- (68) Carta de Engels a Sorge del 18-III-1893, cit. en Morton y Tate, "Historia del movimiento obrero inglés", Madrid, Fundamentos, 1971, p.288.
- (69) Guerin, D., "Movimiento obrero y campesino: Estados Unidos 1880-1950", Bs.As., CEAL, 1972, p.11.
- (70) Marx-Engels, "Correspondencia", cit., p.371.
- (71) Rossanda, R., cit., p.5.

¿QUE MARX SE LEERA EN EL SIGLO XXI?

por Manuel Sacristán

En el siglo XXI se seguirá leyendo a Marx. Para entonces estará claro que el desprecio por Marx de los años setenta y ochenta, nacido del hipermarxismo de 1968, fue sólo, como éste, otro despiste de la misma labilidad pequeñoburguesa. Estará claro, como lo está hoy, que Marx es un clásico. Se seguirá leyendo, si es que algo se lee: si no se produce antes la catástrofe cuyo presentimiento anda reprimiendo tanta gente, con la ayuda del angelical Tofler o con la del siniestro obeso Khan. De todos modos, ni la catástrofe arrinconaría definitivamente a Marx, sino que algún marxólogo extraterrestre que asistiera al espectáculo podría sostener que el desenlace estaba previsto en "la ruina común de las clases en lucha" del **Manifiesto comunista**.

Las páginas de Marx que pueden sobrevivir como clásicas ofrecen textos de varias clases; científicos sistemáticos, históricos, de análisis sociológico y político, de programa. Por otra parte, ninguno de estos textos -tal vez con la excepción del **Manifiesto comunista** y de algunos trozos de **El Capital**- es tan bueno literariamente como para perdurar por su sola perfección.

Dentro de veinte años no habrá dificultad para reconocer la dimensión y los límites del núcleo formalmente teórico (de "economía pura", como decía Marx, y también de sociología e historia) de la obra marxiana; pero se habrá disipado la ilusión de dellavolpianos y althusserianos que hacía de la obra de Marx

en cuenta que el factor subjetivo está ya presente, antes de que sobrevenga en el choque con las "relaciones de producción" y la afirmada necesidad del desarrollo subjetivamente revolucionario de la clase explotada. Para apreciar lo complicada que es esta concepción o "teoría" de la revolución social, hay que tener en cuenta el riesgo de levantar ronchas que eso no excluye la presencia central de contenidos estrictamente científico-positivos en la obra de Marx. Ellos son imprescindibles en su concepción y la diferencian de las de otras épocas de la tradición revolucionaria.

Atengámonos a su obra, puesto que nos preguntamos qué Marx será el más leído en el siglo XXI.

Lo más importante y lo más problemático que ha sembrado en la obra de Marx el **Hegel enderezado** es el objetivismo de las "leyes de la historia" que aparece en su idea de la revolución social. Sin duda es una mala lectura la que ve en esa idea un determinismo fatalista; pero ya tiene más justificación la que considera irresuelta la tensión, que está en el centro de la concepción marxiana, entre la acción de los factores objetivos u objetivados y la del subjetivo, entre la eficacia transformadora que tiene el "desarrollo de las fuerzas productivas" en su tendencia en el umbral de su madurez de autor, que empieza con la recuperación de Hegel. Esa es precisamente la circunstancia que hace tan complicada y oscura la cuestión del elemento científico en la obra de Marx: por un lado, la inspiración hegeliana ignora la naturaleza de la ciencia moderna, pese a la magnitud de las lecturas científicas de Hegel (y pese a los entusiastas esfuerzos de los hegelianos por convencer y convencerse de lo contrario con la misma tenacidad con que el Vaticano mantuvo hasta bien entrado el pontificado de Pío XII la pretensión de cientificidad del geocentrismo hoy, en forma de premio a quien lo justificara); por otro lado, la inspiración hegeliana ha permitido a Marx reconciliarse con la idea de teoría (a través de la de sistema), y rebasar su anterior programa intelectual de mera crítica de la teoría.

Pero la herencia especulativa de Marx, que ha nacido intelectualmente como filósofo romántico y ha tardado unos veinte años en abrirse camino hasta una noción clara de lo que es trabajo científico en el sentido moderno del término, y que además se ha puesto a practicar ese trabajo sin abandonar la especulación, no es la única causa de que su obra no sea teoría pura, aun contando con un núcleo que sí lo es. Hay otra causa, y más interesante, que es el proyecto intelectual de Marx, su ideal de conocimiento, por así decirlo, la idea que se hace de su obra. El conocimiento que busca Marx ha de ser muy abarcante, contener lo que en nuestra academia llamamos economía, sociología, política e historia (la historia es para Marx el conocimiento más digno de ese nombre). Pero además, el ideal de conocimiento marxiano incluye una proyección no solamente tecnológica, sino globalmente social, hacia la práctica. Un producto intelectual con esos dos rasgos no puede ser teoría científica positiva en sentido estricto, sino que ha de parecerse bastante al conocimiento común, o incluso al artístico, e integrarse en un discurso ético, más precisamente político. Es principalmente saber teoría pura sin mezcla de especulación hegeliana alguna. El período en que Marx se ha considerado y ha sido menos hegeliano se sitúa entre 1845 y 1855, es decir,

En el siglo XXI se seguirá leyendo a Marx. Para entonces estará claro que el desprecio por Marx de los años setenta y ochenta, nacido del hipermarxismo de 1968, fue sólo, como éste, otro despiste de la misma labilidad pequeñoburguesa.

forma política, entre los factores objetivos, en las fuerzas productivas que son la fuerza de trabajo y el conocimiento científico.

Precisamente el desarrollo de las fuerzas productivas, mucho más allá de lo que Marx podía imaginar, permite hoy plantear la cuestión de un modo más preciso que en los viejos debates entre marxistas **economicistas** y marxistas **dialécticos**. No sólo lo permite, sino que, desgraciadamente, también obliga a ello. El desarrollo de las fuerzas productivas, señaladamente el de ciertas técnicas militares (armamento atómico, biológico y químico), pero también, y no menos profundamente, el de técnicas para la vida civil (desde la producción de energía en gran escala, con fuerte efecto centralizador, hasta la ingeniería genética), se puede integrar perfectamente en una perspectiva política que tiende a eternizar la explotación y la opresión, dando una vuelta más a la triste noria de la historia universal. Esas perspectivas existen ya, y alguna está traducida al castellano, por ejemplo, **Los próximos diez años**, de A. Berry. Si se combina la perspectiva de la conquista del cosmos de A. Berry -basada en la energía nuclear, en la unificación autoritaria de la humanidad (previsiblemente mediante una o varias guerras atómicas para la destrucción de la URSS y el sometimiento de los pueblos no blancos) y en la aceptación de la devastación y el abandono de la Tierra- con la que abre la "fuerza productiva", hoy ya casi existente, que fabuló Aldous Huxley en **Un mundo feliz**, se obtiene un cuadro en el cual el triunfo del progreso consiste en que billones de esclavitos épsilon trabajan servilmente en la Luna, en pedazos de Júpiter y mucho más lejos, sin que sus amos, que seguramente hablarán en un inglés simplificado en el Hudson Institute), tengan siquiera que azotarlos. La "síntesis dialéctica", la emancipadora "negación de la negación", esperaría en vano, sentada en la **Lógica** de Hegel, a que el movimiento de la historia (ya que no el de la idea) realizara todos sus desastres previos supuestamente necesarios.

No todo lo real es racional; más bien, casi nada.

No me propongo discutir ahora la bondad de la concepción marxiana del papel del desarrollo de las fuerzas productivas; en primer lugar, porque creo que es consistente teóricamente y plausible desde el punto de vista empírico, y además, porque me apartaría de la cuestión planteada. Lo que interesa para saber cómo se leerá a Marx en el siglo XXI es lo que ha escrito acerca del cambio social que más le importaba: el paso al socialismo. Al plantear así las cosas puede parecer que divido la historia en dos reinos -el pasado y el presente- de frontera muy arbitraria, como hizo en otro tiempo Croce, y precisamente en su crítica del marxismo. Pero no es este el caso. Admitiendo que el esquema dinámico marxiano no es determinista - ni para el presente ni para el pasado-, la novedad de hoy no afecta a la cuestión teórica de cuál es el modo de validez del esquema, sino a la cuestión política de cómo hay que actuar sobre los datos que satisfacen hoy el esquema para promover la realización de los valores socialistas. Y para contestar a esa pregunta hay que tener en cuenta la peculiaridad y novedad de una fuerza productiva apenas naciente en tiempo de Marx; lo tecnociencia contemporánea.

Se encuentran en la obra de Marx, sobre todo a partir de los manuscritos de 1857-1858 -como lo señaló Ernest Mandel-, consideraciones bastante sistemáticas y completas acerca de la influencia de la ciencia de la naturaleza en el cambio social moderno. Es posible catalogarlas en tres grupos: hay reflexiones visiblemente animadas por una peculiar mezcla del infalibilismo de la dialéctica hegeliana con el optimismo ilustrado dieciochesco que implantaron en Marx su padre y su suegro; estas se encuentran sobre todo desde los citados Grundrisse hasta finales de

los años setenta. Hay otras contrapuestas a las anteriores, en las que Marx estudia y expone los efectos opresivos y destructores del progreso técnico, no sólo en la clase obrera, sino también en la naturaleza; estas exposiciones se encuentran dispersas por toda la obra de Marx, pero principalmente en el libro primero de El capital, y en los manuscritos de la época en que más química y agronomía leyó (preparación del libro cuarto de El capital); se puede añadir a este grupo algunas reflexiones melancólicas y dubitativas de sus últimos años, por ejemplo, a propósito de la disolución de la comunidad aldeana rusa o de la penetración del ferrocarril por los valles de los afluentes del Rin. Por último, hay un tercer registro, característicamente dialéctico, que apunta en el Manifiesto comunista (1848) y se encuentra plenamente formulado en el manuscrito de 1857-1858, en un paso, bastante citado estos últimos años, que describe la pugna entre progresismo maquinista y reacción medievalizante y afirma que la lucha entre esas dos concepciones igualmente parciales no se resolverá sino con la superación del capitalismo. También la repetida observación marxiana de que en el capitalismo toda fuerza productiva es al mismo tiempo una fuerza destructiva pertenece a esta línea dialéctica.

Es poco probable que se impongan nunca en la lectura de la obra de Marx —a pesar de que son lo mejor, literariamente hablando— las páginas de condena profética del progreso capitalista. Ningún profesor de economía o de sociología que no sea un poco raro gustará de exponer textos que se parecen más a Isaías que a Durkheim o Walras. Puro moralismo, como dicen.

Queda la lectura más fiel al sistema de Marx y a su estilo intelectual la que se orienta por la perspectiva dialéctica articulada por vez primera en el manuscrito de 1857-1858, aunque anticipada en el **Manifiesto comunista**: la tensión entre la creación y la destrucción causadas ambas por el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas destructivas, así como la tensión entre las ideologías correspondientes, no puede resolverse más que con el socialismo. En lo que se refiere a las sociedades conocidas, o en la medida en que niega, la tesis suena realista y los hechos parecen concordar con ella. Pero no da ni una tenue pista para hacerse una idea de por qué y cómo se van a superar esas tensiones en el socialismo. Se puede sospechar que el logicismo de origen hegeliano, "enderizado" y convertido en confianza en las "leyes de la historia" y en la "racionalidad de lo real", es la causa de esa laguna. (Hasta después de muerto Marx, no empezará a sospechar Engels, cuando contesta a preocupaciones de Kautsky, que a lo mejor Malthus tenía un poco de razón; y sólo entonces deja de confiar en la dialéctica de las leyes históricas y se pone a investigar y argumentar por qué el problema demográfico, "si se presenta", será más fácil de resolver en el socialismo que en el capitalismo).

El que este Marx más completo —aun con su importante laguna— sea el leído en el siglo XXI presupone que sus lectores han abandonado la fe progresista en

El que este Marx más completo —aun con su importante laguna— sea el leído en el siglo XXI presupone que sus lectores han abandonado la fe progresista en la bondad supuestamente necesaria de toda reproducción ampliada, y hasta del mismo paso del tiempo. Y el que los marxistas del siglo XXI se den cuenta de la laguna que presenta incluso esta que es la mejor de las lecturas presupone que hayan abandonado también la fe hegeliana en la racionalidad de lo real (que vaya usted a saber lo que significa, dicho sea de paso).

El asunto real que anda por detrás de tanta lectura es la cuestión política de si la naturaleza del socialismo es hacer lo mismo que el capitalismo, aunque mejor, o consiste en vivir otra cosa.

ESTUDIOS-DEBATES-DOCUMENTOS PRAXIS

El conocimiento de nuestro mundo
no puede separarse del proyecto de transformarlo

ALGUNOS ARTICULOS QUE APARECEN EN LOS PROXIMOS NUMEROS DE PRAXIS

SECCION EL "SOCIALISMO REAL":

*Los modelos de interpretación acerca de las relaciones de producción en la URSS, de Lenin a Bettelheim, por Federico Fernández.

*Capitalismo de estado y economía totalitaria, por Rudolf Hilferding.

*Además, artículos inéditos de Trotsky, Bordiga, etc.

SECCION SOCIALISMO Y LIBERTAD

*Democracia obrera y dictadura del proletariado, por Ernest Mandel.

*Socialismo y libertad, por Fernando Claudín.

SECCION LOS MARXISTAS

*número dedicado a **Lasalle y Marx: Ferdinand Lasalle**, por Franz Mehering, **La cuestión obrera** y otros textos inéditos de Lasalle, texto de Marx y Engels sobre Lasalle, la correspondencia de Lasalle con Bismarck, **Marxistas y lasalleanos en Argentina**.

*además, números dedicados a Lenin, Trotsky, Lukács, etc.

SECCION LA REALIDAD ARGENTINA

***Quientismo y conservadurismo en la clase obrera argentina**, de Milciades Peña. Seguido de un ensayo sobre Peña de Horacio Tarcus.

* **Historia crítica de Trotskismo argentino**.

***La Primera internacional y los orígenes del marxismo en Argentina**, por Gabriel Rot.

ESTUDIOS-DEBATES-DOCUMENTOS. PRAXIS es una publicación independiente de toda organización política o institución académica. Pedimos el apoyo de cada uno de nuestros lectores: 1. Suscríbase por un año; 2. Obtenga un suscriptor; 3. Obsequie una suscripción a sus colegas o amigos.

Precio de la suscripción:

ARGENTINA: suscripción anual (4 números)

Sa. 60.-

EXTERIOR: (vía aérea) suscripción anual (4 números)

USA 15.-

PARA SUSCRIBIRSE envíe este talón a: CC 18 SUCURSAL 13 B (1413) a nombre de Emilio Cafassi.

Adjunto a nombre de Emilio Cafassi, por, importe de una suscripción anual, a partir del Nro. inclusive.

La revista debe ser remitida a:

Nombre y Apellido Dirección

AL LECTOR

PRAXIS desea disculparse tanto por la deficiente impresión y presentación de sus dos primeros números, así como por la larga demora de este último. El retraso del presente número hizo perder actualidad al Editorial, dedicado al balance de las elecciones y escrito en diciembre del '83, pero creemos que la caracterización que allí puede leerse mantiene la misma vigencia. Las causas de las falencias apuntadas arriba no son de nuestra estricta responsabilidad: hemos sido objeto de una verdadera estafa por parte de la imprenta. Por nuestra parte, hemos tratado de compensarlas ofreciendo este número de 176 páginas al reducido precio de \$350. Nos comprometemos con revisores, suscriptores y lectores en general a superar radicalmente estas dificultades a partir de nuestro próximo número —otoño 1984— que anunciaremos para mayo.

FE DE ERRATAS

página, línea	se lee	debería leerse
2, 7 ^a , abajo	profundo condicional	profundo condicionamiento
5, ult. línea	en hacer lo que pone	en hacerlo que pone
161, 20-21 ^a , ab.	1) Se contaba	1) Se constata
166, 19 ^a	vuelco... crítico	vuelco... acritico
170, 4 ^a , abajo	no formulamos	formulamos
175, 23 ^a , abajo	lucha sindical, ser el primer paso	lucha sindical, debería ser el primer paso

pág. 5 intercalar luego del primer párrafo:

"No obstante, Marx no previó el hecho de que la revolución mundial comenzara en un país atrasado como Rusia, quedando en manos de sus sucesores el análisis de los fenómenos derivados de este hecho. El fenómeno burocrático, por tanto, debió ser pensado por los marxistas como un nuevo planteamiento, relacionándolo constantemente con la naturaleza social del Estado, en el que se manifiesta."

pág. 10 agregar luego del último punto, última línea:

"Panorama que difícilmente pueda abarcar la inmensa diversidad y complejidad de sus manifestaciones, y que lleva por único objeto presentar una visión global del desarrollo de esta crítica."

Los libros comentados en la sección *Lecturas Críticas* son:

- * Cardoso, Kirschbaum, Van der Kooy, *Malvinas. La trama secreta*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1983.
- * Agosti, Héctor, *Mirar hacia adelante*, Bs. As., Sudamericana-Planeta, 1983.
- * Schwarz, Jorge, *Expansión económica del Estado subsidiario*, Bs. As., CISEA, 1983; *Martínez de Hoz. la lógica política de la política económica*, Bs. As., CISEA, 1983; *Argentina 1976-81: El endeudamiento externo como pivote de la especulación financiera*, Bs. As., Cuadernos del Bimestre, 1983.

pag. y col., línea	se lee	debería leerse
113, 1 ^a , 12 ^a	Una cosa es lo que lo lograran	Una cosa es que lo lograran
118, 1 ^a , 40-41 ^a	que no puede ni debe, en la burguesía...	que no puede ni debe, en nombre de las tareas del presente, desembarazarse de brindar apoyo a la burguesía, ocultando el...
153, lin. 25 ab.	Kurt Kenk	Kurt Lenk
157, lin. 6 ^a	tomar el mano	tomar en mano

Además, las páginas 122 y 123 deben leerse en orden inverso: 123-122.

Finalmente, se omitió la fuente de los artículos dedicados al centenario de Marx. Los de Sánchez Vázquez y Paul Sweezy son transcripción íntegra y autorizada de los que aparecieron en el suplemento especial de *El País* de Madrid, del 14 de marzo de 1983. La carta de Toni Negri se publica por primera vez en PRAXIS.



Editorial PLANETA

Editorial ARIEL - SEIX-BARRAL

NOVEDADES Y REEDICIONES

EL ESTADO MEGALOMANO, de Jean Francois Revel
Lúcido cuestionario a las estructuras de poder

LOS RUSOS DE HOY, de C. Haller

La más completa obra sobre la vida cotidiana en la URSS

LA CHINA VISTA DESDE DENTRO, de Erwin Wickert
La China contemporánea en un impecable estudio

EL MARXISMO DE INDIAS, de Jorge Abelardo Ramos
Un integral enfoque ideológico de la realidad latinoamericana

HISTORIA DEL SOCIALISMO EN ESPAÑA,
de Ricardo de la Cierva

Un estudio profundo y lúcido de Pablo Iglesias a Felipe González

LAS DOS MUERTES DE UN TIRANO, de Juan Pablo Ortega
¿Qué sucede cuando un dictador hereda el cerebro
de un homosexual?

TODAVIA OTRA VEZ DE AYER Y DE HOY,
de C. Sánchez Albornoz

El pasado y el presente en una serie de apasionantes ensayos

LAS BELLAS BANDERAS, de Pier Paolo Pasolini
Diálogos de Pasolini con sus lectores, cartas, versos y polémicas

ENTORNO Y CAIDA, de Pablo Kandel y Mario Monteverde
El la agonía del proceso el pasado se vuelve irónico

LINGUISTICA Y FILOSOFIA, de Mario Bunge
La crisis de la lingüística en una obra singular

ESTRUCTURA Y DINAMICA DE TEORIAS, de W. Stegmüller
Un concepto totalmente nuevo para el análisis
de las teorías científicas

RECUERDOS, SUEÑOS Y PENSAMIENTOS, de C.G. Yung
Las experiencias internas de un pensador fundamental

SOR JUANA INES DE LA CRUZ, de Octavio Paz
Las trampas de la fe de un personaje concreto y apasionante

LOS MEJORES LIBROS PARA HOMBRES MAS LIBRES

Distribuye **EDITORIAL PLANETA ARGENTINA**
Viamonte 1451 (1055) Buenos Aires

